ELISA A. MENÉNDEZ

DIRECTORA DE LA ESCUELA SOLAR DE ARTIGAS-PARAGUAY

ARTIGAS

DEFENSOR DE LA DEMOCRACIA AMERICANA

SEGUNDA EDICION



MONTEVIDEO

Imprenta Editorial de Fontanillas y González - Avenida General Flores 2226

1955

NOTA

Conociendo los males que reportan a los jóvenes estudiantes encontrar vocablos escritos con ortografía equivocada, o simplemente en antiguo español, nos hemos permitido corregirlos en algunos documentos, pero respetando integralmente el fondo y en lo posible la forma de los mismos.

El Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social del Uruguay ha subvencionado este libro por considerarlo un valioso aporte de investigación a la historia nacional.

Editorial FONTANILLAS & GONZALEZ. — Gral. Flores 2226.

AUTORIZADAS OPINIONES SOBRE ESTA OBRA

El presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay dice así:

Raf. Schiaffino, saluda al señor Director de Enseñanza Primaria y Normal, Arq. Carlos Pérez Montero y en respuesta a su atenta, solicitando su opinión respecto al trabajo que bajo el seudónimo de "Amparo" se presentó al concurso del premio "P. Blanco Acevedo", le manifiesta que es una obra digna de ser difundida pues significa un esfuerzo de investigación ponderable, sobre la vida de Artigas en el Paraguay y está realizada con un espíritu de patriotismo y en forma accesible a la divulgación popular. — Montevideo, febrero 23 de 1944.

El destacado historiador señor Ariosto González expresa su opinión en la forma siguiente:

"Montevideo, febrero 16 de 1944. — Señor Director General de Enseñanza Primaria y Normal, Arquitecto Carlos Pérez Montero. Señor Director: En respuesta a su solicitud de una opinión, en forma general y sintética, sobre el trabajo seudónimo "Amparo" relativo a la vida de Artigas en el Paraguay, que oportunamente fuera presentado a optar el premio "Pablo Blanco Acevedo", tengo el agrado de expresar a usted: Se trata de una monografía correctamente escrita, que en muchas de sus páginas alcanza verdadero

antes de que recibieran el bautismo de las linotipias. Hoy debo celebrar aquel momento, porque esta lectura ha logrado fortalecer mi fe artiguista, porque me ha permitido conocer a una Maestra en la plenitud del vocablo y porque libros de esta naturaleza contribuyen a reavivar la conciencia nacional, dentro de un indisoluble marco americano, mientras nuestras tierras son esperanza para un mundo mejor y esencia de un futuro que aun necesita del evangelio artiguista.

J. C. SÁBAT PEBET,
Director del Liceo Nocturno
de Enseñanza Secundaria

valor literario. Está informada con el material más conocido sobre ese hecho histórico y con tradiciones que la autora ha recogido en el lugar. No es un trabajo propiamente de investigación, ni una evocación literaria; pero merece, indudablemente, la atención de los estudiosos por la forma de presentación y contenido. Es posible que una lectura del trabajo impreso mejore todavía esa opinión, formada al estudiar la obra en relación con las condiciones requeridas para el otorgamiento del premio al que aspiraba. — Saluda a usted su affmo. y S. S. (Firmado). Ariosto González.

ELOCUENTE JUICIO DEL CONSAGRADO ESCRITOR Y POETA, PROFESOR JUAN CARLOS SABAT PEBET

Si el propósito que guió a nuestras autoridades, cuando se proyectó la creación de una escuela en el solar de Artigas paraguayo, hubiera plasmado sólo como impulso de este libro bueno, bastarían sus páginas para dar la sensación del pleno logro de las finalidades perseguidas. Fácil es advertir a través de la lectura que, no obstante la distancia, aquel ambiente ha creado calidades de templo, con su religión propia, sus aspectos de misticismo y sus elementos de sacerdocio. Allí se vive para exaltar al héroe que tuvo la heroicidad de saber pasar inadvertido. Aun quedan un recuerdo humano y un centinela vegetal, como tributos centenarios que unifican pasado y presente. Era necesario que esos testimonios hablaran para los que nunca hemos tenido la suerte de estar allí. Y eso es lo que se ha conseguido con este libro, en el que la tradición se purifica por el documento y en el que la naturaleza contribuye a dar el necesario fondo vital.

Mucho se ha escrito sobre Artigas. Desde el libelo, hasta la amplia justificación; desde el esbozo, hasta las páginas brillantes saturadas de poesía. Faltaba esta obra, que tiene algo de síntesis de lo hecho, pero mucho de diferente y original. Parecía agotada la búsqueda, si no la discusión, con respecto a Las Piedras, el Exodo y las Instrucciones, luego de los últimos estudios, especialmente los de Emilio Ravignani, Señor de la verdad histórica. Catorce años vividos a la sombra del Ibyra-pytá secular, han permitido a la Srta. de Menéndez investigar, o más bien dicho, VIVIR la otra existencia del Patriarca, la del destierro voluntario y la resignación, la que sólo sabe de máximas de bondad y está al margen de la calumnia; la otra vida con aspectos impenetrables como la región selvática que ha impedido a la autora acercarse a ese lugar sólo conocido por un arzobispo viajero y un maestro sa-

crificado, impedimento del que sacó partido para capítulos de hondo interés humano, tanto más cercanos a la unidad esencial del libro cuanto más aparentan alejarse del relato fundamental de sus páginas.

Ya la dedicatoria y el prólogo de Enrique de Gandía estimulan para la lectura fervorosa y dan el tono psicológico de la obra. La primera, por su hondo sabor humano y emotivo. Luego, el análisis del historiador argentino valoriza el libro no solamente por el prestigio del escritor amigo, sino y esto es lo más interesante, porque, no obstante ciertas discrepancias en materia de juicio histórico, hace el más cumplido elogio del trabajo de la señorita Menéndez.

Dése a mi comentario un valor absolutamente distinto. Yo también soy un iniciado del culto artiguista. Todo lo que se refiera al Jefe de los Orientales incide directamente en mi emoción. Con el mayor cariño acabo de plantar en mi jardín semillas de su árbol paraguayo y algún día he de regalar retoños a escuelas o liceos de mi tierra, para contribuir a la difusión de ese dogma hecho esperanza. Creo —como lo he dicho— en "el ponchito criollo de Juan Manuel Blanes". En consecuencia, mi apreciación de este libro pierde en objetividad crítica, lo que gana en simpatía. He leído apasionadamente sus páginas, que tienen la virtud, por signo y estilo, de darnos una imagen nueva del otro Artigas, del que grabamos en la iconografía interior del recuerdo como trazado por Bonpland, problema hoy resuelto por la Srta. de Menéndez. Al leer, he viajado con el héroe a través de selvas impenetrables. Y he apreciado cómo la autora sumó a su sentimiento esencialmente uruguayo, una "manera" que no es nuestra o, por lo menos, no es de la década actual y que, por milagrosa combinación de meridianos y paralelos histórico - geográficos, puede ser perfectamente paraguaya. En la adjetivación, el léxico y las frases, se advierte mucho de sinfonía guaranítica, de esa música que permanece un rato vibrando en el mundo interior con sus aspectos incambiados de tristeza y de tradicionalismo. Hasta podría afirmarse que una de las páginas más hermosas de esta biografía es aquella en que se hace el elogio de la

lengua guaraní, lo que constituye la mejor ofrenda de la autora a la tierra de sus alumnos, en el momento de cumplir tres lustros de vida en la Asunción.

Este libro, colofón de las biografías artiguistas, que tiene la virtud de dar vida a la frialdad de los documentos, es un libro serio. No aventura afirmaciones u opiniones sin la seguridad de que existen las pruebas. A veces, el amarillento papel de los archivos rompe un prejuicio o anula un mito. En otras oportunidades, "la voz del ambiente" es la que se encarga de destruir una leyenda. Todo lo leído y lo vivido se acumulan en la expresión exacta de la autora, que no ha ido de Montevideo a Asunción con el propósito de tergiversar las realidades de la histiria, aun a costa de matar ilusiones de los que se sienten atraídos por lo legendario. Artigas, por otra parte, no necesitaba otro tratamiento, que ya bastante legendaria es la aparentemente imposible realidad de sus sueños, de sus ideas, de sus intuiciones, de sus anticipos a la ulterior verdad de las Américas. El Artigas federal; el Artigas republicano; el Artigas demócrata, que con los hechos robusteció sus palabras — no "Words, words, words"...—; el Artigas propagador de la cultura; el Artigas "señor de las frases", dan oportunidad para que lo subconsciente siga tejiendo leyendas sobre una visión de mundos adelantada en más de una centuria, mientras el hecho histórico puede ser aclarado sin mengua de su gloria. Lo mismo puede observarse con respecto a los que lo acompañaron en su exilio. Quizás aparezca doloroso para muchos el desdoblamiento que realiza la autora entre las figuras de Ansina y de Manuel Antonio Ledesma. Yo no lo creo así. Mientras Ansina seguirá viviendo en el fondo de la emoción vernácula como la auténtica expresión de la fidelidad afroamericana, los restos de Ledesma deberán ser venerados como si fueran los del soldado desconocido de la gran cruzada que dió razón de ser a nuestra vida independiente. Que poco importa, a tantos años de distancia, la identificación de unos restos, así como el hecho de que no haya caído en Las Piedras o en Tacuarembó.

Una circunstancia casual quiso que tuviera el privilegio de leer los originales de la Srta. Elisa A. Menéndez,

DEDICATORIA

Dedico este libro a la memoria de mi mejor amigo el jurisconsulto doctor Pedro P. Samaniego, muerto en el destierro el 26 de abril de 1942, por defender la Justicia y la Cultura de su patria desde el alto sitial de Presidente de la Suprema Corte de Justicia y Profesor de Derecho y Filosofía de la Facultad de Asunción del Paraguay.

Admirador de todos los hombres capaces de sacrificarse por altos ideales humanos, sin tener en cuenta fronteras ni razas, se sentía atraído por la inquebrantable fortaleza moral de nuestra prócer, y aspiraba a que su figura se presentara como ejemplo de probidad y justicia a todas las juventudes americanas.

...¿Te acuerdas, caro amigo, "desde el seno de Dios donde reposas", que un día me sorprendiste con la idea que yo debía escribir un libro sobre el largo exilio de Artigas en el Paraguay? Nunca había pensado en ello y la empresa me pareció difícil e irrealizable. Agoté mis argumentos para no emprenderla, pero todos fueron refutados.

La mano cruel del destino nos separó...

Tus cartas seguían llegando desde el destierro y siempre traían un recuerdo halagador para el libro que debía aparecer. Estímulos, esperanzas, deber.

La idea echaba raíces en tu espíritu, puesto que en él había nacido, pero no germinaba en el mío. Dudaba. Y la duda ha sido siempre estéril.

Pero tu constante y cálido optimismo produjo un día el milagro de la transfusión espiritual. Y al fin aparecieron las primeras páginas, muy malas, vacilantes y débiles como planta nacida en tierra exótica. Empero, tu nobleza sólo quiso ver en ellas lo poco bueno que, acaso, no tenían. Y me estimulaste, como siempre, con palabras de fecundo aliento, hasta que le tomé cariño a este hijo espiritual, porque era tuyo.

...¿Te acuerdas que otro día leyendo juntos "Vida

de Jesús", por Renán, nos remontábamos en interesantes divagaciones filosóficas sobre la obra de aquellos dos grandes espíritus hermanos que se confundían para escribirla en mística conjunción?

Tú me dijiste: —Alguien ha criticado a Renán por no haberle levantado un monumento a su hermana Enriqueta. Pero — agregaste — ¿qué mayor monumento que dedicarle un libro?

Más tarde, estas palabras golpeando en mi memoria me sugirieron la idea de similar ofrenda.

Comprendo que mi obra es un pigmeo junto a la montaña literaria que he citado; pero, ¿pueden medirse la ternura y la unción de los recuerdos?

La humilde flor silvestre, colocada con amor sobre una tumba querida, ¿no vale más, mil veces, que la ostentosa corona fría y protocolar?

* * *

Luego vino lo irreparable... La Parca, con sañudo ademán deshizo todo. Todo, menos la simiente que habías sembrado en mi espíritu y que tuviste la grandeza de alentar hasta en tus postreras palabras de despedida eterna...

Desde entonces, no queriendo defraudar tu última esperanza, escribí este libro con más amor y fe, escudada en tu recuerdo generoso.

Era también la historia de un proscripto incomprendido, calumniado, perseguido, víctima de la vileza humana, que moría en la miseria en tierra extraña, antes que quebrar con una claudicación el recto camino que le marcó el deber.

Eterno viacrucis, desde el Gólgota hasta hoy, que recorren los espíritus de selección al elevarse en ansias de redención social sobre el nivel vulgar del ambiente.

Hoy, en el primer aniversario de tu muerte, te lo ofrendo con mística ternura, depositándolo sobre tu solitaria tumba de proscripto, como una flor de pureza que ha condensado en sus pétalos la íntima esencia de nuestro mutuo dolor.

Solar de Artigas, abril 26 de 1943.
PARAGUAY.

PRÓLOGO

Por Enrique de Gandía

El estudio de las vidas y de las obras de los grandes héroes americanos deja una enseñanza pesimista. Es una fatalidad que se extiende sobre ellos y los iguala en la desgracia. Destino misterioso que arranca desde los primeros años de la conquista y corre por la historia con pocas excepciones. Ahí están las sombras de Cortés, Pizarro, Almagro, Mendoza, Ayolas y tantos otros en la colonia: asesinados por sus compañeros, muertos por los indios y olvidados por los reyes, en la miseria. La historia independiente es aún más cruel: muertes a traición, destierros, calumnias. No se exceptúa uno solo de los grandes próceres americanos. Entre ellos, el caso más triste, de prisión voluntaria, en un destierro sombrío, es el de Artigas.

Gran figura americana, gran caudillo del Río de la Plata. Puede levantarse como un símbolo porque en su vida ardió inextinguible, con la inocencia y la sinceridad de los seres inspirados, el amor de la democracia y de la libertad.

La señorita Elisa A. Menéndez, uruguaya y directora de la Escuela Solar de Artigas, en el Paraguay, presenta una nueva visión de Artigas como defensor de la democracia americana. Debemos ser sinceros y explícitos en este prólogo. No siempre nuestras investigaciones y nuestras interpretaciones nos han llevado a los mismos puntos que ha alcanzado la autora. No debe sorprender esta declaración y, al mismo tiempo, nuestro aplauso a este libro. Es un buen libro porque está bien informado en la corriente que sigue y porque destaca el amor de Artigas por la democracia.

Artigas, indudablemente, fué un gran demócrata. Lo fué por su vida, por sus ideales y hasta por sus erores, que vivió con sinceridad. Por ello fué un defensor noble

de la democracia y merecen elogio los libros que presentan este aspecto de su existencia. Las palabras de Artigas, cuando hablaba de la libertad, eran las de un inspirado. Tenía un verdadero terror de que la libertad americana pudiera perderse. Un psiquiatra diría que constituía en él una especie de obsesión. Lo indudable es que su vida fué la de un caudillo original como pocos. No fué el señor feudal que gobernaba encerrado en su ciudad - provincia o ciudad-desierto. Un pueblo entero creyó sus palabras y lo siguió con el entusiasmo y la fidelidad de las convicciones profundas. No sólo su provincia se sintió hechizada por su prédica: también otras de la banda occidental se plegaron con fervor a su cruzada. En un momento fué el caudillo más popular y más poderoso. Luego, como siempre, la rivalidad, la envidia, la fuerza de los intereses, la traición y la caída, digna y elevada, que deja sin poder en las manos, pero con una aureola en las sienes. Estos hechos no pueden negarse. Por ello los historiadores honestos deben reconocer su error de no ser más humano, más real, tal vez pérfido, calculador, intrigante, para aminorar sus sueños y no precipitarse al fracaso, y deben confesar, al mismo tiempo, su admiración por este soñador, este sublime iluso que creyó en utopias, en la bondad de los hombres y en la sinceridad de los políticos. El bronce que algún día lo inmortalice en Buenos Aires debe mostrarlo como símbolo del caudillo soñador.

Elisa A. Menéndez ha escrito una nueva vida de Artigas. Muchas son las que han evocado su historia. Ninguna es inútil. Todas tienen una virtud: la de hacer admirar a este héroe y a este iluso, y todas muestran una verdad: nunca hubo mala fe en sus actos. Nosotros, en LOS TREINTA Y TRES ORIENTALES Y LA INDEPENDENCIA DEL URUGUAY, *creímos ver a Artigas como un héroe dominado por sus ilusiones. Elisa A. Menéndez lo trae a nuestro tiempo como el más grande caudillo americano. Fué, sin duda, un gran caudillo, de trascendencia innegable en la Argentina porque nos dejó en herencia el sistema federal y ahondó la separación espiritual que terminó por hacer del Uruguay, con la influencia de Canning, una nación independiente.*

El libro de Elisa A. Menéndez tiene el gran mérito de revelar la figura, el alma y la obra de Artigas con aspectos insospechados. Es una hermosa radiografía. El hombre aparece con todos sus ideales en el pleno ambiente político que lo rodeaba. Tarea ardua y bien lograda dentro de la tendencia que sigue la autora. Patriota y estudiosa, ha llevado a cabo una labor agotadora. La confesión de nuestra disidencia, en la interpretación de algunos hechos, creemos que da más mérito a nuestro elogio. El fin que la inspira es el de la verdad histórica, del triunfo de la democracia y de la unión de nuestros pueblos. En su libro palpita, con fuerza, el anhelo de una mayor comprensión americana. No son los espíritus, en América, los que separan a los pueblos, sino las distancias, las barreras materiales.

Elisa A. Menéndez cumple, en el Paraguay, un apostolado de amor. Es un alma de mujer pacifista, iluminada por amplios ideales humanitarios. La tierra fértil recibe en la niñez americana su optimismo y su fe. Desde el Solar de Artigas, en el corazón del Continente, irradia paz y cultura hasta las más lejanas ciudades. Son sus alumnos — niños paraguayos — que escriben cientos de cartas a los otros niños de América. Son sus proverbiales "repartos de regalos" a niños, pobres y enfermos que han creado una aureola en torno a su nombre. El Solar histórico tiene en su bondad y en su labor el cumplimiento de una alta misión. Un azar del destino quiso llevarla al extranjero, arrancándola a un hogar patriarcal, confortable y feliz, y así la Escuela Solar de Artigas, impregnada del espíritu del viejo sembrador que en Curuguaty era llamado el Padre de los Pobres, cumple la triple misión de educar, proteger y americanizar.

Hemos visitado esta institución uruguaya — única en el mundo por el desinterés que la anima — hace unos años, en un día de fiesta. Un majestuoso ybira - pytá, cargado de siglos, — el Arbol de Artigas — hacía flamear entre sus ramas, confundiéndolas con las flores, todas las banderas de América. El viejo árbol parecía sonreír con una maravillosa juventud, palpitante de idealismo, como si en su savia revivieran los sueños del anciano que descansaba a la sombra.

Es en este apartado solar, saturado de ensoñaciones — ambiente envidiable para la investigación serena — que un alma fuerte y sensible de mujer ha concebido este libro. Es la primera mujer americana que estudia a fondo la vida de Artigas, no sólo como héroe, sino como hombre. El proscripto desdichado es el aspecto de Artigas que más la ha detenido en su resurrección. Tal vez esto se deba a que esa faz de su vida la hermana a hondos capítulos de su propia historia... Por ello este libro tiene alma, emoción y dolor.

Los hechos históricos, áridamente tratados por otros historiadores, viven en este libro con un hálito suave de espíritu sereno. La autora comprende a su héroe con sus debilidades y flaquezas. No hay rencor en sus críticas ni agresividad alguna contra otros historiadores. Estudia hombres, hechos y épocas colocándose en el plano histórico que les corresponde. Admira a San Martín y a Bolívar. Su compenetración de Artigas es honda. Muchas de sus páginas son más que excelentes, magistrales, y a ratos el interés qué inspira su relato arrastra aún a quienes conocen con profundidad estos temas. No hay injusticias en sus juicios. Compara con equilibrio. Tiene paralelos curiosos: por ejemplo, el que hace con Benito Juárez. Explica el origen de la amistad paraguayo - uruguaya. Pero la parte más nueva y lograda de este libro es la que estudia la vida de Artigas en el Paraguay. Zorrilla de San Martín, Fulgencio R. Moreno, Juan Francisco Pérez Acosta y otros autores han tocado este punto con datos originales e interesantes revelaciones. La señorita Menéndez aporta documentos desconocidos, como la lista de útiles y enseres proveídos al general Artigas por el dictador Francia. Artigas quedó vestido regiamente, con un rico guardarropa y hasta un "fraqué". Había en el dictador sombrío e incomprensible rasgos contradictorios. Aclara, también, otros puntos oscuros: el por qué Artigas no aceptó el ofrecimiento de los Estados Unidos, que le brindaban un asilo seguro, y lo solicitó, en cambio, al dictador paraguayo. Descubre las causas que determinaron el viaje del hijo de Artigas al Paraguay para que su padre volviera a la patria, y los motivos que hicieron fracasar su misión. Prueba, en contra de lo admitido hasta la fecha,

que los soldados artiguistas, negros, Ansina y Manuel Antonio Ledesma, no fueron uno solo, sino dos personas, confinadas por Francia en pueblos distantes más de cien leguas entre sí. Puede afirmarse, muy bien, que Ledesma nunca vió a Artigas en el Paraguay. El monumento que se levanta en Montevideo deberá llevar otro nombre o ser modificado.

El relato de la vida de Artigas en el Paraguay, embrujado por el hálito del dictador Francia, es de una emoción y riqueza de detalles en verdad sorprendente. Esta parte del libro, ya lo hemos dicho, es la más lograda y la que tiene una trascendencia superior por su contenido. Vida de santo laico, de filósofo y hasta de asceta. El lector lee con emoción y con asombro. La autora ha conocido a viejos pobladores que de niños trataron a Artigas, lo vieron mil veces, silencioso en su trabajo y en su meditación, y conservaron de él largos recuerdos. Todos estos recuerdos de seres que miraron los ojos de Artigas, y todo cuanto los archivos han podido conservar, se ha amalgamado en este libro y se presenta ante el lector con un encanto de leyenda. No interesa, ahora, que en la actuación política de Artigas los críticos e historiadores modernos discrepemos sobre algún punto. Los libros no se miden por los detalles que no pueden conformar todas las opiniones, sino por lo que traen de nuevo y de inesperado a la ciencia histórica. Esta obra, con solo sus capítulos dedicados a Artigas en el Paraguay, merece aprecio y respeto, porque es un esfuerzo digno que logra, a la perfección, el fin propuesto.

Escribimos estas líneas llevados por el alto concepto que nos merece la autora, su amistad y la admiración que le profesamos, y por el recuerdo de un amigo común, hoy muerto, que estará siempre vivo entre nosotros: el doctor Pedro P. Samaniego, paraguayo ilustre y desdichado, que se extinguió en el ostracismo, en nuestra Buenos Aires, rodeado de pobreza, con la frente alta e ilusiones infinitas en sus pensamientos. Fué, como Artigas, una víctima de la ingratitud y de la política. Así como la autora dedica su libro a su memoria, nosotros le dedicamos, humildemente, estas líneas y nuestro recuerdo.

ENRIQUE DE GANDÍA

PREFACIO

La vida de Artigas puede dividirse en cuatro períodos completamente distintos entre sí, pero unidos como los peldaños de una misma escala. El primero, que podría titularse "Infancia y Juventud", comprende el interregno que parte desde su nacimiento en 1764 a 1797, en que vemos al niño transformarse en hombre.

El segundo — 1797 - 1811 — abarca el lapso que dedica a su preparación militar en el Regimiento de Blandengues, donde el hombre se convierte en soldado.

El tercero, comprendido entre 1811 - 1820, es la etapa culminante de su vida, en la cual contemplamos al soldado transformado en héroe.

El cuarto, triste atardecer de su existencia, se esfuma en las sombras de un destierro de tres décadas 1820 - 1850, realiza la más profunda metamorfosis, convirtiendo al héroe en labriego y en padre de los pobres.

Fué la última etapa de aquella vida de renunciamiento y soledad, que me indujo a escribir este libro, después de haber bebido de las fuentes en que es posible haberlo, todo lo que he hallado sobre su exilio en el Paraguay.

Tarea facilitada por mi larga permanencia en el país, como directora de la Escuela que el pueblo uruguayo erigiera en el solar do el proscripto cerrara sus pupilas, como el más digno homenaje a su memoria y reconocimiento al país que le prestara asilo.

Mis propósitos son: perfilar su faz espiritual, su norma interior, más que hacer resaltar el brillo de sus batallas. Estudiar al hombre más que al héroe; al sociólogo y al estadista, más que al guerrero; al Patriarca de Curuguaty y Padre de los Pobres, más que al Jefe de los Orientales y al Protector de los Pueblos Libres. Pero vistos a través del prisma de mi psicología, que espero ha de darme, no un Artigas nuevo, pero sí distinto, más humano que el héroe de bronce que hemos aprendido a amar desde los bancos escolares.

Porque la figura de nuestro prócer ha sido analizada siempre desde el punto de vista militar, envuelta en los resplandores de los múltiples acontecimientos políticos, felices o desgraciados, que la envolvieron. Se ha descuidado el estudio importantísimo del factor "hombre" que sufrió en carne mortal, con entereza granítica el flujo y reflujo del agitado mar de la época en que le tocó actuar, de pasiones y de odios.

Hacia ese plano humano procuraré inclinar mis investigaciones, escudriñando documentos y haciendo brotar juicios que me conduzcan a descubrir el secreto místico de su fuerza espiritual. Pues tiene su faz psicológica aristas de brillo diamantino más dignas de exponerlas, que las glorias guerreras con las cuales nos hemos acostumbrado a enaltecerlo.

La obra de Artigas, además, se ha circunscripto demasiado a la tierra oriental, presentándolo solamente como su libertador y precursor de la nacionalidad, tal vez con la idea de facilitar su conocimiento a nuestro pueblo y de hacerlo amar del mismo. Pues no es fácil hacer asimilar su obra, amplísima y profunda, a la niñez escolar, si no es simplificándola a costa de negarle subidos valores; dado que su ideario era amplio, complejo, genial.

Para comprender a Artigas es necesario sentirlo, internándose en su alma, a fin de adueñarse del pensamiento central que la iluminaba y guiaba.

Fué la suya lucha de principios, de ideales, marcando normas de futuro, dando a los pueblos conciencia de su soberanía, que afectaron profundamente los cimientos del continente americano.

Sin Artigas en el escenario de la lucha, muy distinta hubiera sido la suerte reservada a los pueblos de América.

No hay duda, que como consecuencia de esas contiendas, surgió más tarde la independencia de la Provincia Oriental; pero como accidente transaccional de las mismas, no como fin. Lo que nada amengua, sino agiganta la figura de nuestro prócer, cuya visión era continental.

Artigas fué un sembrador de ideas democráticas, un paladín de la causa republicana en el Río de la Plata, contra las ideas monárquicas que habían arraigado en los

principales hombres que regían los destinos de América en el momento en que nacían los pueblos a la vida.

América republicana, fué su divisa de guerra, su bandera de paz, su ideal eterno. Con él sahumó las auras de la victoria, se reconfortó en los vendavales de la derrota, se envolvió para caer con gloria en el ostracismo.

De Artigas puede decirse, como del Cid, "que ganó la gran batalla después de muerto".

Aunque el destino, que no le escatimó amarguras en la vida, le concedió la satisfacción de llegar a ver desde su destierro, el panorama americano libre de coronas y títulos nobiliarios, mientras en su lugar el gorro frigio, símbolo de la libertad y la justicia humanas, se enarbolaba orgulloso desde un confín al otro del continente.

Partiremos, pues, acompañando al héroe en su declive fatal, desde que empieza a oscurecerse su estrella de guerrero, mientras se agiganta su figura de hombre, subyugante por su potencialidad espiritual.

Artigas pudo exclamar como el personaje de Ibsen: "Solo me encuentro; pero cuanto más solo me hallo tanto más fuerte me siento".

Su figura moral estaría simbolizada en una sola pieza de granito rojo: grande como sus ideales, inquebrantable como su voluntad, roja como la sangre viril que puso al servicio de ambos.

No ha nacido envuelta en el incienso de la leyenda y de la adulación, sino entre las fauces de la calumnia, y para erguirse airosa ha tenido que cimentarse en abundantes e irrefutables documentos históricos. Estos reproducen fielmente su ideario, después de haber pasado por el crisol de las más recias controversias. Cada uno de esos documentos es un peldaño más que lo eleva a la admiración de quienes son capaces de comprender el valor de sacrificarse por un ideal.

Sobre esos cimientos se levantará esta obra.

Es de lamentar que nuestro prócer haya sido hombre tan poco dado a confidencias íntimas, por lo menos a transmitirlas al papel. Su correspondencia particular que ha llegado hasta nosotros, es tan reducida, como abundante la oficial. De ahí que sea más fácil conocer y estu-

diar su vida pública que privada, su faz exotérica que esotérica.

Otros hombres de su categoría han dejado expresados, aunque sea en sencillas cartas familiares, con esa bella espontaneidad que las caracteriza, sus anhelos, proyectos, aspiraciones y desengaños, lo que facilita su estudio psicológico.

Artigas calla siempre. En la gloria como en la derrota, en la felicidad como en el dolor. Parece presentir que más tarde la posteridad aspirará a desnudar su espíritu, y siente la necesidad de replegarse en sí mismo. Lo envolvía la modestia de los grandes. Artigas nunca ambicionó la gloria, no lo envanecieron los aplausos de las multitudes, ni lo deslumbraron las alturas del mando y de la fuerza. Obró sobre la línea recta que le marcó el destino, porque creyó que era ese su deber. En ninguno de sus escritos se trasluce la idea de que escribe para la posteridad. Dijo lo que el momento le exigía, para dar órdenes, contestar oficios, replicar o atacar al enemigo: lo indispensable, con el lenguaje austero del soldado. Nunca se defendió de los dardos calumniosos que le lanzaron, porque no tenía prensa ni tiempo que dedicarles. Cumplió a conciencia su misión y dejó que el mundo lo juzgara. Ahí quedaba su obra inmensa extendida sobre un continente, clara, limpia, como fué su vida, y no temía el fallo de la posteridad. Por eso en vida no quiso defenderse, y en la muerte confió en el juicio de la historia.

Seguiremos al hombre, en el triste descenso de su vida, como las santas mujeres a Jesús en el áspero camino del Calvario. Más tarde lo acompañaremos a cerrar sus azules pupilas en este Solar, cuando la muerte lo hiciera inmortal. Y que aun evoca, en las noches de plata, fragantes de selvas y azahares, su figura de patriarca dialogando con las estrellas en solitario deambular, bajo este árbol de majestuosa fronda que hoy presta sombra a mi ventana, como le prestara otrora a aquella frente, cansada de recuerdos y de glorias...

PROLEGÓMENOS

HOGAR Y JUVENTUD

Sintetizaremos aquí la vida de los padres del prócer, su hogar, su juventud, pedestales inconmovibles sobre los cuales se levantan las columnas de su personalidad. Las montañas se yerguen muy altas porque tienen cimientos de piedras. Horademos en la vida de los grandes hombres, y hallaremos también que esas montañas humanas tienen profundas raíces en el hogar y en el ambiente que rodeó su juventud.

Por eso voy a pediros me acompañéis a hacer unas ligeras incursiones en la genealogía de nuestro héroe. Ligeras para no cansaros; pero lo suficientemente documentadas para probar el limpio linaje de la sangre que corre por sus venas.

Trasladémonos a la España de las postrimerías del siglo XVII; en Zaragoza, encontraremos la casa solariega de un hidalgo español, de larga tradición militar. De ese tronco hispano nace don Juan Antonio Artigas, abuelo de nuestro prócer, que desde joven se dedica también a la carrera de las armas, tomando parte en la Guerra de Sucesión, en una de cuyas batallas cayó prisionero. Cuando recobró la libertad, pensó en América, tierra de leyendas, de fortunas fabulosas y heroicas aventuras y se embarcó, con su alforja de ilusiones, rumbo a estas playas.

Según los padrones de época, es el primer habitante de este apellido que pisa estas tierras, donde su nieto había de inmortalizarlo. Pasó a Buenos Aires y se estableció, continuando la carrera militar. Allí formó su hogar con una distinguida niña, Ignacia Xaviera Carrasco, perteneciente a una de las familias patricias de la vecina capital. Su nombre figura entre los expedicionarios que enviara al Uruguay el gobernador de Buenos Aires don Bruno Mau-

ricio de Zabala, para desalojar de Maldonado al célebre pirata francés Monreau.

Habiendo conocido estas tierras resolvió radicarse en ellas, y se trasladó con su familia. El mismo dice que habitaba estos sitios antes de fundarse la capital, "poseyendo casa de firme, árboles y plantíos".

Sin embargo volvió a Buenos Aires, porque figura en el padrón del primer grupo de familias con que Zabala fundara la ciudad de Montevideo, en 1726.

A pesar de que don Juan Antonio Artigas no sabía escribir, Zabala le dispensó el honor de nombrarlo Alcalde de la Santa Hermandad del primer cabildo de Montevideo, manifestando que sólo exigía honradez y capacidad, y lo hacía firmar con testigos. El requisito citado lo había dispensado Zabala por cinco años; pero después, teniendo en cuenta la capacidad con que desempeñaba los altos cargos que se le confiaban, lo vemos ocupando los más altos puestos públicos de la naciente población: Alférez Real, Alférez Provenzal, Capitán de la Compañía de Caballos Corazas Españoles, etc., siendo reelegido en muchos de ellos. A los ocho años de residir con su familia en Montevideo, nació su hijo menor, Martín José, que será después padre del fundador de nuestra nacionalidad, y que por sus relevantes condiciones de inteligencia y honradez, ocupará más tarde los mismos cargos que desempeñara su digno antecesor.

La rama materna de Artigas también tiene sus raíces en España. Fueron sus abuelos don Felipe Pascual Arnal y doña María Rodríguez Camejo. Ella, niña aún, figura entre las trece familias canarias y gallegas que trajo de España el capitán Alzáibar para fundar la ciudad de Montevideo. El aparece entre los primeros vecinos, pero no fundadores de la ciudad. Establecidos dentro de los muros forman su hogar, de cuya unión nace su única hija, Francisca Antonia, que será con el correr del tiempo, madre de nuestro prócer epónimo.

La naciente ciudad de Montevideo, acuna así en su tierno regazo a los padres del héroe.

El pequeño Martín José creció entre otros hermanos, los mayores argentinos, como su madre, jugando con libertad estre los sitios baldíos, lagunas y arenales, que las

olas del Plata formaban en nuestra incipiente capital. Sus pulmones respiraron desde niño brisas de libertad americana, aprendiendo a amar estas tierras, este cielo; sobre todo el anchuroso Plata de olas azules, coronadas de espumas. Recibió la escasa instrucción que las escuelas religiosas daban en aquellas épocas. Su firma, Martín Artigas, como acostumbraba a firmar, se ve estampada en todos los documentos que él expidiera en los altos cargos que le tocara desempeñar, a pesar de haber cometido el pecado de nacer en América, que lo inhibía para ocupar puestos públicos, que no fueran cabildante o capitán de milicias, el más alto grado a que podían llegar los criollos en el ejército español - americano. Grado al que alcanzaron el abuelo, el padre y el hijo, capitán éste del Regimiento de Blandengues.

Teniendo en cuenta lo poco accesibles que eran los puestos públicos para los americanos, cabe deducir que el padre de Artigas era persona de destacada solvencia moral y económica, para merecer tales distinciones.

EL HOGAR PATERNO

Martín tenía 22 años cuando formó su hogar con Francisca Antonia, de 14. Fué uno de los testigos don Nicolás Zamora, más tarde padrino de Artigas, quien no tuvo madrina, según reza la partida bautismal.

Este hogar de adolescentes debía dejar profunda huella en la historia uruguaya. Seis vigorosos vástagos formarán su ramaje. La primogénita es una niña llamada Martina, única de este sexo en la familia; le siguen después cinco varones: José Nicolás, José Gervasio, Manuel Francisco, Pedro Antonio y Cornelio Cipriano. Los dos menores murieron muy jóvenes: uno niño y el otro adolescente, fulminado por un rayo. Los otros dos se dedicaron desde temprana edad a las tareas rurales, en las estancias que su padre poseía en Casupá, Chamizo y Sauce.

Manuel Francisco figura en las luchas por la independencia, pero no con papel destacado; mientras José Nicolás sólo aparece en el escenario político como uno de los prisioneros canjeados en la batalla de las Piedras; y después acompañando al héroe, con su familia, en el éxodo

inmortal. Se ha perdido su partida de defunción, pero debió fallecer en esa época, porque en 1813 su viuda contrae segundas nupcias.

La única hermana, Martina, se casa cuando apenas tiene 15 años de edad, quedando viuda muy joven. Debido a la soledad en que la dejó el destino, buscó siempre en el hogar paterno el cariño que la muerte le arrebató en el suyo, siendo la hija predilecta de su padre, a quien acompañó hasta la muerte, acaecida casi a los 90 años de edad.

En el ambiente sano de este hogar honrado se deslizó la vida de nuestro prócer. Va a la escuela como sus hermanos; pronto se distingue entre ellos y entre sus condiscípulos por su clara inteligencia y aficiones literarias. Sus maestros, los monjes del convento de San Francisco, lo distinguen y lo estimulan. Es el nieto predilecto de su abuelo materno, quien descubre también estas condiciones, y sueña verlo convertido en un sacerdote que llegará a ser tal vez, un alto dignatario de la iglesia, e "instituye una capellanía a su favor".

El ambiente de su hogar cristiano y de la sociedad que lo rodea, la fe en Dios que le inculca su buena madre la fervorosa doña Francisca, sus mentores y directores espirituales, todo conspira a despertar en el joven una vocación que no siente.

La fuerza vocacional de sus mayores, la carrera de las armas, le ha sido transmitida y la siente gestar en su alma, en forma imprecisa. El impulso decisivo recién aparece cuando ya tiene 38 años; lo lleva a sentar plaza de soldado al crearse el batallón de Blandengues de la Frontera, el 4 de marzo de 1797. Allí le confían enseguida tan arriesgadas misiones, que por sus servicios es ascendido ese mismo año al grado de capitán de milicias, luego al de ayudante mayor de dicho cuerpo, que él contribuye a formar reclutando en la campaña gente para el mismo.

Cabe hacer notar que para la juventud española y americana de la época sólo se abren dos horizontes: la carrera militar y la eclesiástica. Es también el único porvenir que se le ofrece al joven Artigas, educado en un hogar patriarcal, de abolengo y distinción, dentro de los muros de una naciente sociedad colonial.

¿DONDE NACIO ARTIGAS?

Hasta ayer, nuestros textos afirmaban que *Artigas nació en el Sauce, departamento de Canelones,* y exhibían la fotografía de una humilde azotea con la siguiente inscripción: "Casa donde nació Artigas en el Sauce".

Cuando esto sucedía, ya había trabajos serios, ampliamente comprobatorios de que Artigas vió la luz en Montevideo, como el publicado en 1907 por el doctor Lorenzo Barbagelata, titulado: "Artigas antes de 1810" y el que dió a la estampa en 1825 el señor Llambías de Olivar, sobre "El linaje de los Artigas en el Uruguay", en los cuales se presentan documentos irrefutables. Aunque para probarlo bastaría con haber publicado la partida de bautismo, cuya copia hemos tomado de los libros correspondientes de la Iglesia Matriz, la cual dice así: "El día diez y nueve de Junio de mil setecientos sesenta y cuatro nació José Gervasio, hijo legítimo de don Martín José Artigas y de doña Francisca Antonia Arnal vecinos de esta ciudad de Montevideo, y yo el doctor Pedro García lo bauticé, puse óleo y chrisma en la Iglesia Parroquial de dicha ciudad, el veintiuno del expresado mes.

Fué su padrino el Doctor Nicolás Zamora.

Doctor Pedro García."

Como se ve, este documento prueba que los padres de Artigas eran vecinos de Montevideo — como asimismo su padrino, de acuerdo a nuestras investigaciones — y que el niño fué bautizado a los tres días de nacer, lo que habría sido imposible si este suceso hubiese tenido lugar en el Sauce, población distante más de 36 kilómetros de la capital, y disponiendo de los rudimentarios medios de locomoción propios de la época.

No obstante, aun sigue repitiéndose en algunos textos escolares esta infracción a la verdad histórica. Otros la han corregido; no ha podido corregirse, ni se ha intentado siquiera, del alma del pueblo oriental, donde permanece inalterable, como recuerdos que se graban en las mentes infantiles.

Así vemos que anualmente el 19 de junio, aniversario del natalicio del prócer, nuestro pueblo realiza, con pa-

triótica unción, una pregrinación al Sauce, a la casa donde, según se lo enseñaron, nació el padre de la patria. Esto sería disculpable si se tratara de cualquier mortal; pero refiriéndose a Artigas, figura máxima de nuestra historia, a la altura de nuestras instituciones, en un país donde abundan hstoriadores y escritores, en el cual existen archivos públicos y privados con documentación copiosa, una prensa ilustrada y culta, es inconcebible que el pueblo oriental ande aún a oscuras, buscando a tientas, y equivocando el sitio donde nació el fundador de su nacionalidad.

¿Es el magisterio culpable de enseñar tales errores? No. Los maestros no somos historiadores, y menos investigadores. Damos a beber el agua tal como nos la suministran.

Antes de pasar adelante aclaremos el origen de la citada equivocación. La casa del Sauce perteneció a los abuelos maternos de Artigas, don Felipe Pascual Arnal y doña María Rodríguez Camejo, y más tarde, por herencia, pasó a la madre de aquél; pero cuando ya Artigas contaba nueve años de edad. Sin duda, dada la proximidad de la capital, la estancia era frecuentada por la familia Artigas, pues allí falleció su madre en 1803.

Ante lo brevemente anotado, cabe hacer esta dolorosa reflexión: si alrededor de la personalidad de Artigas, figura central de nuestra historia, se ciernen tales errores, ¿qué estaremos enseñando sobre otros próceres de menores quilates?

El documento transcripto prueba que su nombre era José Gervasio. No obstante, él jamás usó el segundo nombre, prefiriendo firmar simplemente José Artigas. Nosotros, respetando su voluntad, seguiremos llamándole de esta manera.

EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Dediquemos algunas palabras a este célebre convento, no sólo porque en él se educó Artigas, sino porque fué la universidad donde se formó el espíritu republicano de la juventud de la época, que tan brillante papel había de desempeñar en las gestas de la emancipación americana.

Tuvo su origen en un humilde hospicio de frailes, en el año 1738, en un rancho de paja y terrón. Con el correr del tiempo fué creciendo en edificación y categoría, pasando de hospicio a convento, por disposición del cabildo de Montevideo. Desde entonces los jóvenes podían hacer allí el noviciado y ordenarse sacerdotes, dando origen al clero criollo, que dentro y fuera del convento desempeñó papel preponderante, no sólo por el aporte de destacadas personalidades, sino porque preparó el espíritu renovador de lo más distinguido de la juventud de Montevideo, a la que pertenecía el joven Artigas.

No se trataban allí abiertamente asuntos revolucionarios. Nadie podía acusarlos de subversivos; pero el trabajo se hacía lentamente sobre sólidas bases. Entre los autores que se estudiaban con especial interés estaba Rousseau, con sus doctrinas que revolucionaron el mundo; Montesquieu, con su tratado "El Espíritu de las Leyes", y especialmente Aristóteles, con sus enjundiosos comentarios sobre las formas de gobierno: la Monarquía, La Aristocracia y la Democracia. La constitución norteamericana, el progreso alcanzado por aquel país, sus hombres y costumbres, todos eran motivos de estudios.

El espíritu netamente americano de aquellos monjes criollos, hacía ver a sus alumnos, con claridad meridiana, las enormes ventajas que para los pueblos tiene esta forma de gobierno sobre las dos primeras. Allí se criticaban los abusos de las monarquías europeas, la negación de los derechos del hombre y la falta de libertad individual en todos los órdenes, y como consecuencia surgía el comentario del absolutismo de España sobre sus colonias, el monopolio del comercio, y las mil injusticias de que hacían víctimas a los criollos.

Las ansias de libertad e igualdad iban echando raíces en el alma de aquella juventud oprimida.

Allí, en ese yunque cotidiano, se formó el alma de Artigas, que concibió y soñó la forma republicana, libre de las ataduras de sangre y nacimiento, para estos pueblos de América.

Estas ideas, no fueron hijas de la improvisación y las circunstancias, sino el resultado de un largo trabajo inteligentemente dirigido.

Al estallar la revolución de Mayo era director del convento el célebre Fray José Benito Lamas. No es de extrañar así que una noche lluviosa de 1811, todos los miembros de la comunidad fueran arrojados allende los muros de la ciudad, y se les abandonara allí, diciéndoles: "¡Váyanse con sus matreros!"

¡Bien podían marchar los patriotas franciscanos! Su obra estaba ya realizada. Eran conscientes sembradores, habían depositado la semilla en tierra propicia y esperaban alcanzar el fruto de sus afanes.

Así se explica que cuando el ideal republicano amenazaba zozobrar en distintos puntos del continente, hombres de la talla de San Martín, Belgrano, Rivadavia y otros, pensaran en una monarquía americana, como tabla salvadora de la independencia amenazada en aquel mar de anarquía. Sólo Artigas y los suyos defendían, sin claudicar, el ideal republicano que habían concebido y acariciado dentro de los muros, aparentemente sombríos, del convento de San Francisco.

Artigas, además, había sido amamantado por madre americana; los cantos de su cuna fueron cantos de América. Llevaba en sus venas la sangre de dos generaciones criollas; había vivido en la ciudad y en el campo; era esa mezcla valiosísima de hombre que se siente firme en todos los terrenos. Había convivido con el hombre de la ciudad y de la campaña, había compartido la azarosa vida de éste, y conocía las aspiraciones justísimas de todos. Había auscultado la psicología de su pueblo, la conocía y la compartía; y, ensanchando el horizonte, comprendía el alma singular de las multitudes americanas.

Por el contrario, la mayoría de los próceres de Mayo fueron educados en los más aristocráticos colegios europeos, conviviendo con aquellas sociedades llenas de esplendor. Otros hicieron allí su carrera militar, y habían regresado imbuídos de las ideas monárquicas de aquellos pueblos en los cuales habían formado su espíritu.

Por eso, hombres sinceramente patriotas, que sustentaban un mismo ideal, chocaron sin piedad a la aparición de los primeros escollos. Todos ven el mal, pero buscan distintos remedios. Los próceres argentinos se desesperan ante la anarquía reinante y piensan dominarla con gobier-



Pila bautismal existente en la Iglesia Matriz de Montevideo, donde se bautizó Artigas. Fué empleada para tal fin desde el año 1753 al 1842.

nos de fuerza, unitarios, monárquicos, al fin. Envían a las cortes europeas, una y otra vez, delegaciones oficiales, para ofrecer la corona a un príncipe de las casas reinantes que se digne aceptarla.

No es muy halagador el panorama americano que se ofrece, para que un príncipe real se resuelva a cambiar su vida cortesana, de molicie y esplendor, a fin de venir a estas tierras pobladas de indios ardiendo en la hoguera de la guerra civil. ¡Oh! ¡Les sauvages d'Amérique!! decían y rehusaban.

Artigas, que es carne de la carne dolorida, vibrante del espíritu de los pueblos de América, no teme la anarquía porque piensa que el mal es pasajero. Ve el raudal que sale de su cauce y lo avasalla todo. Pero confía que, como todas las fuerzas de la naturaleza, pasado ese momento de transición, buscará el ritmo de su normal desarrollo.

No desespera ni claudica. Escribe valientemente en su primer escudo patrio, en 1815: "CON LIBERTAD NO OFENDO NI TEMO". Sigue defendiendo su ideal republicano; dentro de sus formas elige la más libre, proclama la más alta: la federal. El choque es rudo. De la ofuscación surge la incomprensión; se le acusa de traidor, montonero, facineroso, poniendo a precio su cabeza. No importa. Lo dejan solo, lo calumnian, lo traicionan, lo vencen militarmente, por fin; y marcha al destierro.

Pero jamás claudica.

El ideal republicano que concibió su alma adolescente en las aulas del convento de San Francisco, será el único que la amarga realidad no ha de lograr arrancar nunca de su espíritu y lo acompañará cuando en la amarga soledad del destierro, emprenda el viaje a la eternidad.

AÑOS JUVENILES

La vida dentro de la ciudad es sencilla, monótona. El portón de San Pedro se abre y cierra con el Sol. Después nadie puede entrar ni salir. No obstante, en aquella sociedad se realizan bailes, fiestas, corridas de toros, desfiles militares, se sacan las cédulas de San Juan y de San Pe-

dro y se encienden las tradicionales fogatas. Se llevan serenatas con alegres guitarras, gaitas y mandolinas, a la reja cubierta de enredaderas y claveles rojos, tras la cual suspira la maja soñadora...

Es la vida española trasplantada al Plata. Como todo fruto sacado de su medio, pierde algo de su sabor autóctono.

El joven Artigas no ama la patria que no conoció, allá tras el océano, imaginada por las leyendas contadas por sus abuelos en las veladas familiares. Ama las cuchillas orientales, las aguas del Plata, en las cuales aprendió a dilatar sus pupilas y a ensimismarse en el lejano horizonte, tan ignoto como el porvenir. Ama la libertad del campo. Por eso va con frecuencia a las estancias donde sus hermanos Manuel Francisco y Nicolás, se dedican a las faenas rurales. Allí aprende sus usos y costumbres.

Hasta los 20 años, Artigas permanece en la ciudad, dedicándose a cultivar su espíritu. Fué compañero de estudios de Melchor de Viana, de Vedia y otros, esperando siempre ingresar en la carrera militar, que para los americanos era muy difícil. Viendo que no le era posible, resolvió dedicar sus actividades al acopio de frutos del país, los cuales enviaba en carretas a la barraca que su padre poseía en Montevideo. A veces iba él mismo conduciendo los productos: lanas, cueros, astas, etc., pasando temporadas con sus familiares, tiempo que aprovechaba para cultivar sus amistades, hacer vida social y descansar de la vida azarosa que le ofrecía la campaña.

"Su actividad fué notable, — dice Zorrilla. — Trabajó y negoció en Misiones, Arapey, Queguay y principalmente en Soriano".

Conoció el territorio de la república, sus montes, sus pasos y picadas. Conocimientos que le fueron útiles, más tarde, cuando al ingresar en el Regimiento de Blandengues, el gobernador de Montevideo lo destinó a limpiar la campaña, plagada de ladrones, contrabandistas, indios y matreros. Puso tal voluntad, inteligencia y valor en el cumplimiento de su deber, que en poco tiempo logró cambiar el ambiente de la provincia.

Hallamos comprobado este hecho en una nota que los

hacendados pasan al virrey Sobremonte, en 1803, pidiendo que envíe al capitán Artigas; sólo a él, comprometiéndose ellos a pagarle el sueldo. Hela aquí: "Este se ha portado tan bien, con tal celo y eficacia, que en breve tiempo experimentamos los buenos oficios a que aspirábamos, siendo substituído el temor y el sobresalto por la tranquilidad de espíritu y la seguridad de nuestras haciendas".

Pocos meses después los beneficiarios gratificaban voluntariamente, con $ 500, al correcto funcionario.

SU VIDA SENTIMENTAL

En la vida espiritual de nuestro héroe hay una gran laguna. Le falta la fuerza inspiradora y reconfortante del amor. En los años azarosos de su existencia no tuvo a su lado el corazón de una gran mujer que le infundiera aliento, le ayudara a conocer a los hombres con la intuición propia de su sexo, y le ofreciera el refugio de su tierno regazo. Le faltó el oasis de un hogar tranquilo y el aliento de una mujer amante.

Sus horas de guerrero y de proscripto son espiritualmente solitarias. Siente el vacío de la incomprensión de los hombres, la falta de la compañera amorosa y abnegada.

No obstante amó y formó su hogar. Los vendavales de la vida deshicieron el nido apenas formado, dejando en su alma una incurable herida, que en vano intentó cicatrizar.

Los historiadores están contestes en afirmar que el joven Artigas era de regular estatura, de ojos azules y de una atrayente fuerza de simpatía que lo convertía en centro de atracción de los salones que frecuentaba, siendo disputado entre las jóvenes de su época.

De los muchos retratos que sus biógrafos nos han legado, hemos elegido, ex profeso, por considerarlo el más imparcial, el que hizo de él un argentino, el general de Vedia, cuando Artigas en Santa Fe levantaba la bandera de la federación. Dice así: "Era Artigas de regular estatura, ancho y cargado de espaldas, de rostro agradable, algo calvo, de tez blanca y de conversación afable y decente. Sin embargo de haber pasado la mayor parte de su vida

en campaña, sus maneras no eran las de un gaucho. Su traje habitual era una levita azul con botones militares, sobre la cual ceñía el sable. Jugaba mucho a los naipes, bebía poco y comía parcamente. Tocaba la guitarra, cantaba y bailaba con bastante gracia. Escribía con mucha naturalidad, era aficionado a las lindas muchachas, etc."

El doctor Busaniche, escritor argentino, comentando este retrato, escribe: "nada del monstruo cubierto de harapos, engendrado por el odio de sus enemigos y adoptado por la rutina en la enseñanza oficial".

No obstante ser aficionado a las lindas muchachas, vemos que a pesar de esa predilección, en la cual Artigas no podía ser la excepción, pasó los cuarenta años sin que ninguna beldad fuera lo bastante subyugadora para arrastrarlo al pie de los altares... Tal vez contribuyó a ello la vida agitada y llena de peligros que soportó en su juventud, poco propicia para la formación de un hogar. Sin embargo, cuando el amor, más soberano que todos los soberanos se alojó en su corazón dominó al blandengue endurecido por las rudas andanzas de los campos y lo hizo pensar en las tibiezas del nido, bajo el alero de la ciudad natal. Fué la elegida su hermosa prima Rosalía Rafaela Villagrán, hija de una hermana de su padre, doña Francisca Artigas. La joven creció dentro del ambiente afectivo, tranquilo de aquella sociedad. Casi tres lustros menor que su primo José Gervasio, y dada la vida alejada de la capital que éste llevara, hizo que hasta entonces no reparase en ella. Pero ahora lo hallamos dispuesto hasta a abandonar la carrera de las armas, a pesar de su vocación y prestigios alcanzados.

En 1805, desde Tacuarembó donde se hallaba destacado, Artigas elevó al gobernador Huidobro una nota solicitando su baja del Regimiento de Blandengues y a la vez ser transferido a Montevideo donde deseaba radicarse. Justificaba la inesperada solicitud en un extenso informe, existente en nuestro archivo, escrito de su puño y letra, en el cual resume los servicios prestados desde su ingreso al ejército español, aduciendo como principal motivo de la renuncia su quebrantada salud, que requiere atención y tranquilidad. Pero ya sabemos el mal que lo aquejaba...

Surge de este pequeño detalle, risueño comentario que generaliza el espíritu humano. Físicamente, Artigas debió poseer el tesoro de una salud a toda prueba, no sólo por la longevidad alcanzada, aun en medio del abandono, sino porque en su correspondencia jamás se queja de hallarse enfermo, como lo hace San Martín, Bolívar y tantos otros, dado que la salud es punto capital que influye inevitablemente en las acciones de los hombres. Su salud moral era tan recia como su cuerpo. Varón que obra siempre a base de verdad, sin dobleces ni subterfugios, tanto en su vida pública como privada. Sin embargo, ¡hombre al fin! cuando del amor se trata, no desdeña recurrir a las pequeñas o grandes tretas a fin de conseguir la realización de sus anhelos.

El gobernador Huidobro le concedió su traslado a Montevideo, nombrándolo oficial de resguardo, y su padre, dado lo exiguo del sueldo percibido, le regaló una casa contigua a la suya, en la calle San Benito, hoy Colón. Así pudo la feliz pareja realizar sus sueños de venturas, apenas radicado el blandengue en Montevideo, el último día del año 1805.

Aunque la vida de los noveles esposos se inicia en los días monótonamente tranquilos del Montevideo colonial, pronto se vieron oscurecidos por el humo de la pólvora y el tronar de los cañones de las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Artigas, retirado de la vida militar, no vaciló en presentarse inmediatamente a ofrecer sus servicios a los organizadores de la defensa, ocupando lugar destacado en la lucha contra los ingleses en ambas márgenes del Plata. Estos acontecimientos, como es lógico, alejaron al esposo del hogar recién formado, hasta que el cielo de la colonia volvió a recobrar su aparente tranquilidad; pues gestaba en su seno tempestades que transformarían pronto la faz continental, atando a su historia la vida de aquel hombre desconocido, que llegaba a la plenitud de su existencia sin que nada hiciera presagiar que estaba reservado a integrar la constelación de los elegidos.

¡Qué lejos de pensar estaba la joven Rafaela, en el momento de sus nupcias, que unía su vida a tan enorme destino!

El mismo blandengue, al renunciar a su carrera militar, abría prematuramente la puerta al retiro tranquilo de la vida privada, en el mismo momento en que la campana de su sino lo llamaba a cumplir la gran misión que le tenía reservada.

Antes, ese mismo destino con saña despiadada, destruyó los cimientos de aquel hogar. Fué la vida de la joven esposa una flor cercenada en capullo cuando el amor y la dicha aparecían radiantes de plenitud. La maternidad le reclamó el sacrificio de su salud. Atacada del mal que llaman "locura o delirio puerperal", se apagó la luz de su razón. La esposa y el niño pasaron a habitar en casa de su señora madre, doña Francisca Artigas de Villagrán, que le prodigó tiernos, pero ineficaces cuidados. El blandengue, con aquella herida en el alma, volvió a su regimiento, grave, silencioso, llevando en sus ojos azules una sombra de tristeza que nunca pudo disipar.

La aurora de la independencia lo encontró en este estado espiritual, que no fué óbice para que acudiera al llamado del deber, siendo proclamado, como todos sabemos, primer jefe de los orientales. Es ampliamente conocido este período de su vida, de una década de incesante lucha; nada le hace olvidar los sagrados deberes que le dicta su corazón hacia su esposa enferma y a su pequeño hijo, los cuales siguen siendo el fanal que ilumina su existencia. A pesar de los auxilios que le fueron prestados, la noche se hace eterna en el cerebro de la esposa. A veces tiene claridades de aurora, que hacen vislumbrar una esperanza, pero luego vuelve a caer en una postración fatal, haciendo desaparecer toda idea de curación.

La correspondencia de Artigas con su señora madre política revela los vaivenes de su alma entre la esperanza y el desaliento. Leeremos algunos fragmentos de estas cartas cronológicamente:

El 16 de agosto de 1809, escribe desde Paso de Polanco: "Mi más venerada señora: Aquí estamos pasando trabajos siempre a caballo, para garantir a los vecinos de los malevos. Siento en el alma el estado de mi querida Rafaela. Venda Ud. cuanto tengamos para asistirla, que es lo pri-

mero, y atender a mi José María, que para eso he trabajado".

La esperanza en la lucha por salvarla se refleja en esta carta, conmovedora por su ternura y espontaneidad.

En 1815, una acentuada mejoría hace pensar en una completa curación, y escribe a su suegra, ilusionado y jovial: "Expresiones a Rafaela, dígale que no sea tan ingrata y que tenga esta por suya"...

Hasta qué punto pudo creerse en el restablecimiento de la esposa, lo prueba una carta que ella dirige al cabildo de Montevideo, y que revela no sólo el estado de una persona normal, sino con qué altura y dignidad compartía con el esposo su rectitud de espíritu, su honradez y su respeto a los intereses de la nación. No en vano corría por sus venas la limpia sangre de los Artigas.

La carta está fechada el 21 de julio del año 1815, en Canelones, donde residía con su señora madre.

1815 es conocido en nuestra historia por el *año del apogeo de Artigas*, y hay razón para ello. Sin duda fué el más feliz de su vida, porque en él vió realizar sus grandes aspiraciones: ha logrado ver a su patria libre de enemigos, puede entregarse a su organización política y social, su amada esposa ha recobrado el dominio de sus facultades. Desgraciadamente ambas conquistas tuvieron el brillo de un meteoro.

El cabildo de Montevideo, queriendo retribuir en alguna forma los servicios prestados al país por el jefe de los orientales, le ofrece a su familia que pase a residir a Montevideo, a fin de atender la educación de José María que está ya en edad escolar, para lo cual puede disponer de una casa amueblada y cien pesos mensuales.

Oíd lo que la esposa contesta: "No está en mí mudar de domicilio sin la expresa voluntad de mi señor esposo, y así mismo sería habitar la casa que poseemos en ésa, con los muebles de nuestro servicio. Yo agradezco el reconocimiento que hace V. S. de mi señor esposo, y las propuestas que me hace, pero ni puedo ni debo hacer uso de ellas sin su aprobación".

Esta carta llena de sensatez y cristalina claridad, nos exime de comentarios.

No menos elevación de miras demuestra el jefe de los orientales, al dirigirse con ese motivo a la misma corporación: "Acaba de avisarme mi familia, dice, la generosidad con que V. S. se ha franqueado en su obsequio, poniendo casa alhajada, enseñanza a mi José María y cien pesos mensuales, para socorro de sus necesidades. Doy a V. S. las gracias por tan grato recuerdo. Sin embargo, yo conozco mejor que nadie las urgencias de la Provincia, y sin hacer traición a la nobleza de mis sentimientos jamás podría consentir esa exorbitancia.

"Por lo mismo ordeno a mi esposa y suegra, admitan solamente la educación que V. S. proporcionará a mi hijo, y que ellas pasen a vivir en su casa, y solamente reciban cincuenta pesos para su subsistencia. Aun esta erogación (créamelo V. S.) la hubiera ahorrado a la Provincia, si mis facultades bastasen a sostener aquella obligación. Pero no ignora V. S. mi indigencia, y en obsequio a mi patria, ella me obliga a no ser gravoso y sí agradecido".

¡Qué hermoso ejemplo de desinterés y abnegación nunca desmentido!

Habla de indigencia, pero por encima de sí mismo y de los seres que le son queridos, vela por los sagrados intereses de la patria.

Tres cualidades innatas en su espíritu, fluyen de esta carta, documento magnífico, digno de ser grabado en el alma de las generaciones: su desinterés, su honradez y su gratitud.

Pero volvamos al año 1816, que, desgraciadamente, fué fatal para la patria y para el alma del caudillo.

El mal de la amada esposa recrudece matando en su espíritu toda esperanza de curación. Entonces levanta al cielo sus ojos de creyente, y sepultando su corazón en una resignación de asceta, escribe desde su campamento: "De Rafaela sé que sigue lo mismo. ¡Cómo ha de ser! Cuando Dios manda los trabajos no viene uno solo. El lo ha dispuesto así, y así me convendrá. Yo me consuelo con que esté a su lado, porque si Ud. me faltase serían mayores mis trabajos. Y así el Señor le conserve a Ud. la salud".

¡Qué inmensa desolación revelan estas breves palabras! Ha perdido toda esperanza de recobrar su felicidad.

Y no se equivoca. El mal sigue su marcha y acabará con la vida de la esposa el 11 de febrero de 1824, cuando ya el héroe se encontraba bebiendo las amarguras del destierro. (1)

El pequeño José María fué educado por su bondadosa abuela que le inculcó una gran veneración por su padre, cuyo recuerdo conservó siempre entre sus caros afectos infantiles.

OFRENDA A LOS PADRES DE ARTIGAS

Volvamos al hogar paterno, aquella tierra generosa que nos legara tan magnífico fruto.

Hay en la vida privada del padre y del hijo muchos puntos semejantes. Casi a la misma edad, octogenarios ambos, abrazaron al hijo dilecto con la amargura de las despedidas eternas. El uno marchaba al destierro, el otro quedaba desterrado; pero el dolor tenía la misma intensidad. Aunque el padre fué más feliz que el hijo. El quedaba en su patria y en su hogar, tenía a su lado el corazón generoso de su hija, la dulce Martina, que nunca lo abandonó.

Su esposa lo había precedido veinte años a emprender el viaje sin retorno, pues había fallecido en 1803, en su estancia del Sauce.

El anciano retribuyó siempre a su hija los solícitos cuidados que le prodigaba, con un inmenso afecto, superior al de todos sus hijos. Prueba de ello es que cuando otorgó testamento, dieciseis años antes de su muerte, a

(1) Por creerla aún inédita, damos a publicidad la partida de defunción de la esposa de Artigas, que hemos tomado del libro 8, folio 30, de la Iglesia Matriz de Montevideo.

Dice así: "Rosalía Rafaela Josefa: El once de febrero de mil ochocientos veinticuatro: se enterró en el Cementerio de esta Iglesia Matriz de Montevideo el cadáver de Rosalía Rafaela Josefa; edad 47 años. Hija legítima de don José Díaz Villagrán y de doña Francisca Josefa Artigas, de esta ciudad. Casada con don José Gervasio Artigas. Recibió los Santos Sacramentos. Deja un hijo llamado José María, de edad 17 años. En verdad lo firmo como Teniente Cura. — **Fermín Bunguete Arias**".

pesar de los prejuicios de la época que sólo relegaban a la mujer para las tareas domésticas o muñequita de salón, la nombró su albacea en primer término, con preferencia a Artigas, que lo fué en segundo. La dejó, además, heredera de dos suertes de estancias en Chamamé, una chacra en Carrasco y otros bienes. Lo que prueba también la desahogada posición económica de que llegó a gozar el hogar de los Artigas.

Sin embargo, al final de su existencia consagrada al deber y al trabajo, conoció Don Martín los aleves golpes de la fortuna. Así nos lo dice una carta escrita a su hijo, a la sazón jefe de los orientales. Es una carta de conmovedora sencillez y desgarradora realidad, en la cual le dice: "Que habiendo quedado completamente pobre por efectos de las guerras le preste auxilio para seguir trabajando".

¡El anciano tiene 82 años! Pero haciendo un supremo esfuerzo quiere ir a reemplazar a sus hijos que han partido al frente. — La vida es un eterno cine, cuyos cuadros se repiten constantemente. ¡En el atardecer de su existencia estará el hijo guerrro altivo y fuerte de entonces, pidiendo al más sombrío tirano de América, bueyes y arados para seguir trabajando!

¡Admirable dignidad en la pobreza, santa herencia legada por el ejemplo! Cuando los años y la miseria los azotan, los dos buscan en sus exhaustas fuerzas el recurso del trabajo honrado, antes de convencerse de que las leyes naturales son inexorables.

¿Y qué se hicieron las estancias y cuantiosos bienes de don Martín Artigas? — El mismo se lo dice a su hijo, y lo dicen también otros valiosos documentos que, como los anteriores, nos ofrece el señor R. Llambías de Olivar en su libro "El linaje de los Artigas en el Uruguay": "Don Martín Artigas fué de los que dió caballadas, sin responsabilidad ni obligación de reintegro alguno en la expedición contra los ingleses".

Pero más ampliamente lo dice una nota existente en el archivo de Montevideo, por la cual vemos que el hijo, capitán general de la provincia, se encontró ante el dilema de ser juez de su propio padre, en una causa, donde, por ventura, la justicia resplandecía inconfundible. Empero,

su delicadeza personal le prohibe ejercerla. Entonces se dirige al cabildo, por nota, en la cual se reflejan los sentimientos doloridos del hijo y la altivez del patriota, que quiere pedir sólo justicia.

Escuchadle: "Me es bastante doloroso oír los lamentos de mi padre, a quien amo y venero. Acabo de recibir por el correo una solicitud suya relativa a la mendicidad en que se halla, y la necesidad que tiene de agarrar algún ganado para criar y fomentar sus estancias y con ellas ocurrir al sustento de su familia.

"Yo sin embargo de hallarme penetrado de la justicia de su solicitud, no he querido resoverla, librándola a la discreción de V. S. Sus padecimientos son notorios igualmente que sus pérdidas. Todo el mundo sabe que él era un hacendado de crédito antes de la revolución, y que por efecto de las mismas todas sus haciendas han sido consumidas o extraviadas.

"Por lo mismo, y estando decretado que de las haciendas de los emigrados se resarzan aquellas quiebras, es de esperar de la generosidad de V. S. libre la orden conveniente, a fin de que se le den 400 ó 500 vacas, en el modo y la forma que estima más arreglado a justicia.

"Yo no me atrevo a firmar esta providencia, ansioso de que el mérito decida de la justicia y que no se atribuya a parcialidad lo que es obra de la razón". 16 de julio de 1816.

¡Las guerras serán siempre sinónimas de ruinas y miserias! Observemos la fecha de la carta que comentamos: 1816. — Fatídico año para la tierra oriental. En su transcurso se realiza la segunda invasión portuguesa, que acabará con el poder militar del hijo.

Víctimas de esta inicua invasión fueron los sencillos habitantes de la campaña, que vieron destruído el fruto de sus trabajos. Lógico es, pues, deducir que el padre del jefe de los orientales fuese una de las víctimas. Sus estancias quedaron desiertas.

El viejo roble no se convence de su fatal decadencia, y piensa que desde la retaguardia puede ser aún útil a la patria. Y dejando las comodidades de la ciudad, parte a ocupar el puesto que sus hijos dejan vacíos. El sabe que

el éxito del ejército patriota que comanda su hijo, radica en que sus gauchos tengan un fogoso potro y un buen asado criollo con que retemplar sus músculos de acero. Y haciendo un supremo esfuerzo quiere ofrendar a la patria su noble ancianidad. Pero ante la impotencia de sus esfuerzos y de su capital desaparecido, "pide a su hijo que lo auxilie para seguir trabajando!".

¡Magnífico esfuerzo de perseverancia! Bella lección digna de ser conocida e imitada por la juventud uruguaya. El caudillo conocía su padre. Sabía de su recia voluntad, sus hábitos de trabajo, su patriotismo. Y acaso no quiso hacerle perder sus últimas ilusiones de servir a la patria.

El viejo octogenario, levantando su blanca cabeza, dejará vagar su mirada cargada de recuerdos sobre las cuchillas repobladas, y sonreirá soñando con la nación que está gestando el cerebro de su hijo, sintiendo renacer en el fondo de su alma, nuevas esperanzas para seguir trabajando!

Y cumplió, el viejo centauro de blanca melena.

Murió en su puesto, al frente de su estancia en Casupá, cuando ya casi tenía noventa años.

Nos lo dice un curioso documento, fechado en ese paraje el 4 de marzo de 1822, por el cual lega a su hija Martina, como valiosa herencia, una esclava, la negra Vicenta que ha comprado expresamente para ella. Y para que a su muerte, dice, ninguno de sus hermanos pueda tener ingerencia en ella, ni en los hijos que tuviere, le otorga aquel documento, tal vez el último que redactó en su vida, que hace firmar con testigos, porque ya su mal estado de salud no le permite hacerlo.

Esta última disposición del padre anciano se cumplió en el hogar de los Artigas pues Martina en su testamento dispone "que deja libre a la negra Vicenta y a sus dos hijos Ambrosio y Marcelino".

No se ha encontrado la partida de defunción de don Martín Artigas, pero en el año 1825 ya se halla abierta su testamentaría.

El noble viejo, duro como el ñandubay de su tierra, cayó vencido por los hachazos de los años; altivo y digno, luchando con las tormentas de la vida para legar a sus hijos la herencia de un nombre honrado. No nos explicamos

por qué, en el Uruguay, tierra de escritores talentosos, de vigorosos historiadores e inspirados poetas, no haya habido, uno que se ocupase de exhumar del olvido los nombres de Martín Artigas y Francisca Arnal, padres dignísimos del fundador de nuestra nacionalidad.

Apenas si en los bancos escolares aprendimos sus nombres escuetamente. Nombres pronunciados sin amor ni admiración, que el niño aprende y el hombre olvida. Se nos objetará tal vez, que no fueron notables personalidades. Estamos de acuerdo. Fueron unos padres ejemplares, abnegados y bondadosos, como son la mayoría de los padres para con sus hijos.

¡Pero fueron los padres de Artigas! — ¡Y este nombre solo, llena los ámbitos de la patria, y sus ecos, traspasando las fronteras, van muy lejos, llevados por los vientos de la gloria, a perderse en los dominios de la inmortalidad!

Cuando aparece en el escenario del mundo algo de valor que rebasa los límites de lo común, buscamos a su autor, y a continuación queremos conocer su origen, sus ideas, sus aficiones. Hasta los más simples detalles de su vida toman relieves extraordinarios.

¿Dónde estaría sepultado el nombre de Cervantes, si no hubiese producido el Quijote? ¿Dónde el de Dante sin la Divina Comedia? ¿Dónde el de Shakespeare, sin sus obras inmortales?

¿Dónde hemos dejado sepultar, nosotros, los nombres de aquéllos que nos legaron al precursor de nuestra nacionalidad? Los padres de los héroes, como los de los dioses de la mitología, deben ser inmortales.

Alguien podrá replicar: Los grandes hombres nacen grandes, como las montañas y el océano. Nadie los hace. Habría en ello mucha razón. Pero, ¿quién podrá negar la poderosa influencia que sobre el espíritu, durante la vida, ejerce la educación del hogar? ¿Quién niega las leyes de la herencia?

Marco Aurelio confiesa que debe la rectitud de su carácter y la base de su sabiduría a las enseñanzas de su madre. Renán atribuye su grandeza a la influencia de su hermana Enriqueta, doce años mayor, que fué su madre es-

piritual. Los Gracos hicieron inmortal a Cornelia, su madre. ¿Por qué hemos de negar, a nuestro Artigas, con quien la vida fué tan avara en satisfacciones, la que fué, tal vez, íntima inspiración de la suya, fuerza misteriosa que lo ayudó a luchar?

¡Oh viejo patriarca de límpida memoria! Yo os pido perdón por el olvido en que hemos dejado sumergir la memoria de vuestros padres.

Conociendo la veneración que el pueblo os profesa, yo, la menos autorizada de sus hijos, me atrevo a prometeros, que en mi patria, los niños de mañana pronunciarán con amor los nombres de vuestros progenitores.

No confío en mis fuerzas: mi pluma es torpe, mi inteligencia débil. Confío ampliamente en el patriotismo, justicia y talento de mis conciudadanos, y especialmente en el elevado espíritu del magisterio uruguayo. En su seno fecundo y generoso deposito esta semilla.

Por eso espero que los nombres de Martín Artigas y Francisca Arnal, han de ocupar mañana, junto a su hijo dilecto, el sitial de honor que legítimamente les corresponde.

¿Cómo no confiar en ello, si ayer no más la patria estremecida le ofrendaba el homenaje de su gratitud a "Ansina", su fiel acompañante?

¿Y puede, acaso, compararse el lugar que ocuparía en el alma del caudillo este humilde servidor, al que ocuparon sus venerados padres?

Si el nombre de "Ansina" es pronunciado con respeto y gratitud desde el uno al otro confín de la patria, ¿cómo no confiar que el pueblo oriental sabrá ofrecer a su fundador el homenaje para quienes fueron los forjadores de su personalidad?

¡Puedes dormir tranquilo, noble Artigas!

La gratitud fué una de las cualidades de tu espíritu y la transmitiste al alma de tu pueblo. El se encargará de elevar al sitial de honor que les corresponde las figuras venerables de tus padres, que en su noble ancianidad, se durmieron soñando que un día el hijo dilecto los llamaría para compartir unidos el templo de la gloria!

PRIMERA PARTE

EL MAS GRANDE CAUDILLO AMERICANO

Iniciaremos el estudio de su múltiple personalidad desde el punto de vista de caudillo americano, ya que siempre se le ha considerado solamente como caudillo oriental.

Encontraremos que merece contemplarlo desde este punto angular, porque nadie como Artigas comprendió la psicología de estas sociedades embrionarias en el momento más difícil de su historia, ni nadie como él fué amado perseguido con tan espontánea sensibilidad nativista por esas mismas muchedumbres.

El éxodo es la expresión inconcusa. Eran aquéllas, multitudes incultas, producto heterogéneo del suelo, de la época y de la sangre española. Pero unidas fuertemente por un ideal instintivo, subconsciente tal vez, el de la libertad del suelo en que nacieron.

"Estos pueblos, decía Artigas en un oficio al director Pueyrredon, que han comprado la libertad al precio de su sangre, nada les acobarda tanto como perderla".

El hablaba así, porque conocía sus anhelos, sus dolores, sus miserias, sobre los cuales basaba su fe en la justicia de su causa, que lo impulsaba a vencer todos los obtáculos y sufrimientos.

Cabe destacar que Artigas nunca tuvo a sus espaldas el concurso de un gobierno organizado, que se encargara de prepararle nuevos elementos defensivos. No tuvo un estado mayor, ni un cuerpo consultivo, ni siquiera un diario que lo defendiera. Estuvo siempre solo. Era cerebro pensante y brazo ejecutor. Sus tropas nacían espontáneamente de aquellos campos desiertos, con la misma pujanza y reciedumbre que sus talas y sus espinillos, los cuales

por igual dan flores y acunan sin saberlo a un tierno nido, como arañan con sus punzantes espinas al osado que pretende arrebatarles sus tesoros. Y aquellas vidas tristes, perdidas en los campos desolados, entre los montes o las sierras, sin otro horizonte que el monótono correr de los días, sin estímulos, sin ambiciones, vacías de ideales, hallaron de pronto en las mágicas palabras Patria y Libertad, un hálito de vida nueva con qué llenar sus almas, tan pobres como sus cuerpos. Un algo desconocido, haciéndoles entrever que sus vidas tenían una razón de existir y de morir por un fin superior.

Este fué el secreto del valor denodado de los gauchos.

Concibieron una Patria, cuya grandeza dependía de la libertad que ellos supieran darle, y se lanzaron a conseguirla sin cálculos ni vacilaciones. La amaron más que a su madre, porque la patria era su propia concepción, y tuvieron por única ambición hacerla libre, grande, feliz, con esa desproporción que pone el niño en sus proyectos. Sintieron el orgullo de ostentar por ella el sacrificio, y levantaron un culto al coraje y al heroísmo, como único fin que daba grandeza al hombre. El índice de su valer estaba condicionado al valor brutal que demostraran en los entreveros.

He ahí el gaucho, ese complejo semitrágico, valiente hasta la temeridad, mezcla de generosidad e hidalguía, que brotó como producto autóctono de todas las latitudes americanas, porque en todas partes la semilla humana crecía en las mismas precarias condiciones, llevando en germen un ansia de justa redención.

Por eso amaron y siguieron al hombre que consideraron superior, capaz de conducirlos a la victoria.

Y surgió otro producto americano: EL CAUDILLO.

Los hubo buenos y malos, desinteresados y ambiciosos, patriotas y egoístas. Nadie podrá negar que con esa arcilla humana se plasmaron las naciones americanas. Todos dieron su sangre generosa para fertilizar el suelo donde se enterraron muy hondas las raíces de potentes nacionalidades. Sin ese combustible nativo que se echó sin vacilar en la hoguera de la guerra, hubiera sido imposible el triunfo de la Revolución de Mayo.

Montevideo ha realizado un acto de estricta justicia levantando en bronce imperecedero un monumento al Gaucho, como lo ha hecho también con la Carreta, ornando uno de sus hermosos parques.

Ambos elementos han entrado ya en el silencio largo de la tradición. Pero silencio no significa olvido, y América no podrá olvidar a aquellos forjadores rudos y humildes, que sirvieron de piedra angular al edificio de veintiuna naciones que se enorgullece de ostentar este rico continente. Tierra elegida para cumplir un gran destino, presagiado desde su nacimiento en la inmensidad de sus selvas, en la altura de sus montañas, en el vómito ígneo de sus volcanes, en sus ríos como mares, en el abrazo de los dos océanos, arrullándola en sus ondas, como a una deidad profética, con el canto de todos los mundos.

Lógicamente, en una tierra enriquecida por tantas grandezas, el hombre, obra magistral de la naturaleza, no podía nacer empequeñecido. Estos pueblos en edad de infancia realizaron prodigios que asombraron a aquéllos que habían bebido las enseñanzas de las viejas civilizaciones y disponían de todos sus beneficios. Los hombres, vivían envueltos en la indiferencia de la ignorancia, como el puma y el cóndor, en las distintas latitudes de América. Cuando el deber despertó sus corazones, se lanzaron a la heroica empresa, cada uno dispuesto a cumplir su destino, feliz o desgraciado, pero a cumplirlo, sin medir ni temer las consecuencias.

Así vemos a Páez realizar proezas en las dilatadas sabanas de Venezuela, como a Güemes en las sierras de Salta y Tucumán, a Rivera en las Misiones, a Lavalleja llevando a feliz término su sueño épico de enfrentarse al Imperio del Brasil, con 33 hombres mal armados y vestidos. Serían incontables sus nombres y hazañas si intentáramos enumerarlos.

Por encima de todos, con caracteres propios, se eleva, cual un potente faro iluminado el escenario que lo rodea, la figura de Artigas, como el más grande caudillo americano.

Porque Artigas no estaba plasmado con la pasta común de los caudillos. Poseía, sí, esa fuerza subyugante,

magnética, que los caracteriza. Conocía la psicología del criollo, con sus virtudes y defectos, y comprobando sus dolores, aspiró siempre mejorar su suerte. La sinceridad de su proceder despertó el amor y la admiración por él en aquellas masas desamparadas.

Lo prueba la frondosa correspondencia de Artigas, que dirige a cabildos y congresos, en la cual hallamos con frecuencia frases sencillas, puestas al pasar, pero grandes en su modesta elocuencia.

"Enseñemos a los paisanos a ser virtuosos"... "Que los hombres se compenetren de sus deberes"... "Hagamos la felicidad de estos pueblos"... "Pensemos primero en los sacrificios de la provincia"...

Palabras expresadas generalmente como complemento de otras ideas, que pasando inadvertidas para el lector indiferente, señalan, no obstante, lineamientos generales de su obra cívica, acaso más grande que la militar.

Elevar el nivel moral y material de estos pueblos, predicando con el ejemplo, para lo cual despreciaba honores, sueldos y títulos, fué una de sus constantes aspiraciones. Así lo dice al cabildo de Montevideo, reprochándole su afición a los honores, le cita el caso de haber rechazado él mismo, ante aquella corporación, el 25 de Abril de 1815, el título de "Protector y Patrono de la Libertad de los Pueblos". — "Los títulos son el fantasma de los estados, le dice, y sobra a esa ilustre corporación tener la gloria de sostener su libertad... Por lo mismo he conservado hasta el presente el título de simple ciudadano, sin esperar la honra con que el año pasado me distinguió ese cabildo... Días vendrán en que los hombres se penetren de sus deberes y sancionen con escrupulosidad lo más interesante al bien de la provincia y honor de sus conciudadanos..."

Quien piensa, se expresa y obra así, no es un caudillo vulgar, como han querido pintarlo sus detractores.

Esta nota, como otras que vamos a transcribir, son códigos de austeridad; revelan el alto concepto que tenía de su responsabilidad como funcionario público; que con el ejemplo y la palabra se proponía inculcar en sus conciudadanos, ya que a aquella generación le cabía el honor

de construír el basamento de la patria, por consiguiente habia de servir de ejemplo a la posteridad.

Nacido en Montevideo en un hogar de honrosa tradición, el héroe formó su espíritu con el ejemplo de virtudes varoniles, rico patrimonio de la familia Artigas. En consecuencia, el hogar, la escuela y la vida, contribuyeron a tejer su alma con recia trama americana.

Y aquellas multitudes oscuras le confiaron su incierto destino, porque cuánto más primitivo es el hombre siente con más vigor la fuerza orientadora del instinto. Hacia él iban aquellos hombres rudos, como moléculas semiinconscientes, llevadas, a reunirse a ese núcleo central que los atraía con la fuerza de su espíritu. No alcanzaban a comprender su grandeza, pero la presentían en lo íntimo de su ser, como una fuerza subyugante.

El héroe, con un inmenso corazón de hombre, se sentía responsable de aquellos pueblos niños, que confiaban en él con candorosa fe de infancia campesina. Así se lo dice a Rivera el 17 de diciembre de 1816, con motivo de la sublevación en Mercedes del Regimiento de Blandengues: "Vd. no ignora que mi interés es el de todos los orientales, y que si los motivos de una convulsión fueran bastante para sofocar nuestros deberes, ya antes de ahora hubiera rechazado un puesto que no me produce sino azares. Ud. no lo ignora, pero la confianza que depositaron en mí los paisanos para decidir de su felicidad, es superior en mi concepto, a los contratiempos. Ella me empeña a superar las dificultades, y a tirar el carro hasta donde me lleguen las fuerzas. Tome de mí un ejemplo: obre y calle, que al fin nuestras operaciones se regularán por el cálculo de los prudentes".

Helo aquí al caudillo, consciente de su deber y responsabilidad. De ahí parte su visión de estadista, de sociólogo humano y comprensivo. Su vida de guerrero no le permitió colgar su espada; pero no pudo impedirle que pensase y expresara con inteligencia la organización definitiva que convenía a estos pueblos. Además de las históricas instrucciones del año XIII, toda su correspondencia sostenida con cabildos y congresos, está plena de resoluciones acertadísimas sobre las medidas a adoptar.

Porque, como lo dice el doctor Acevedo: "Suprímase a Artigas del escenario de la revolución en el período de 1811 al 1820, que es también el de la formación vigorosa de los pueblos del Río de la Plata, y las provincias argentinas hubieran constituído, lógica y naturalmente una monarquía, y no una monarquía autónoma, sino una monarquía tributaria de otras más fuertes, que habría reanudado, con ligeras variantes el régimen del coloniaje español".

Sin embargo, aun se sigue enseñando a niños americanos la figura de un Artigas deformada por ambiciones personales, manchada de sangre, crímenes y robos; llegando a negarle, como lo hace Mitre, hasta "el instinto animal de su propia conservación".

No obstante es dable esperar que cuando la historia del Río de la Plata se escriba con sereno sentido crítico, con menos chauvinismo localista, basándose en los innumerables documentos de la época, única fuente que nos conduce a la verdad, no ha de faltar en la tierra argentina, cuna de un pueblo hidalgo, un hombre que encarnando la justicia histórica, levante la voz para reivindicar en su patria la figura de uno de los más grandes defensores de los derechos de su pueblo, paladín de la forma de gobierno republicano-federal, que la Argentina ostenta con orgullo. Por cuyos fueros, hoy la humanidad espantada se desangra ante la amenaza de perder las valiosas prerrogativas humanas, que le otorga la más justa de las formas de gobierno, conocidas hasta el presente. Porque si nos detenemos a estudiar los vicios e imperfecciones de las instituciones republicanas, encontramos siempre que ellos son hijos de los hombres que aplican sus leyes, y no de su esencia misma, humana y justiciera.

Artigas bregó por legarle esa valiosa herencia a los pueblos del Plata.

Por eso esperamos que un día, en la gran metrópoli argentina, no ha de faltar un sitio prominente para que se yerga su figura de prócer americano, fundida en el bronce de los héroes, o en el mármol de los mártires, como acto de justicia dictaminado por el pueblo de la federa-

ción del Sur, al que fuera salvador de la democracia rioplatense.

Porque si las cosas inanimadas tienen alma, si hay hasta en los más humildes objetos hogareños algo de nuestro yo, si a todo lo que amamos le transmitimos los más delicados átomos de nuestro espíritu, las estatuas, a pesar de su serenidad olímpica, deben estar impregnadas de los más nobles atributos de los seres que representan, de esa chispa genial que los elevó sobre la vulgaridad. De ahí que "las estatuas no se odien", como dice Rodó, porque han quedado diluídas en ellas, como sutilísimo perfume espiritual, lo más puro del ser. Esa porción luminosa del alma, que en más o menos grados todos poseemos, y por la cual nos acercamos a Dios.

No temamos, pues, reunirlas. Ellas nos darán, en su majestuosa serenidad, el raro ejemplo de saber perdonar los errores humanos.

ESTADISTA MAS QUE GUERRERO

Artigas no nació para la guerra. Su alma contenía un gran caudal de amor hacia los pueblos, estaba dotada de un hálito de idealismo. Creía en la lealtad de los hombres, en la fidelidad de las muchedumbres. Cualidades éstas que no caben en el espíritu insensible de un guerrero. "Artigas fué general, —dice el doctor Acevedo—, porque había necesidad de que alguien mandara los ejércitos". Cuánto más nos internamos en el templo de su alma, con la unción del creyente y el escalpelo del anatomista, nos encontramos con ideas directrices, recias y elevadas.

Admiramos en él al estadista, al fundador de pueblos, al encauzador de multitudes, que marca rumbos, más que con la pluma, con aletazos de corazón, donde una clara intuición del ambiente y de la hora, juegan rol preponderante.

Artigas no nació para guerrero, repetimos, porque estos destruyen siempre, ya que la destrucción entra en sus cálculos y éxitos. Y Artigas anhelaba construir, no fastuosas ciudades plenas de progreso material, que más tarde surgirían como corolario de su propia obra, sino un limo de alma virtuoso, rico en abnegación y pro-

bidad, que sirviera de materia prima al gran pueblo americano que se esforzaba en formar.

Nos permite formular estas afirmaciones, la lectura detenida de su frondosa correspondencia oficial, mantenida con el cabildo de Montevideo durante los años 1815 y 16, desde su cuartel de Purificación que acaba de ser publicada por el Archivo Nacional de Montevideo. (1)

Llama la atención la variedad de asuntos que son sometidos a su juicio. — Así hallamos a Artigas ya actuando como juez, ya impartiendo órdenes, ya aconsejando como debe obrar el cabildo, cuya autoridad respeta como partícipe del gobierno civil, político y militar de la provincia; pero al cual también le censura su proceder cuando halla que no ha procedido con la justicia o altivez que su alta representación le exige. Empero, en todo momento se revela el hombre de conceptos claros, acrisolada honradez y razonable tolerancia. No le importa ser severo si el caso lo requiere, y aconseja al cabildo que obre lo mismo, pero con justicia, dictando esta sentencia digna de un juez de alta investidura jerárquica y moral: "Los magistrados deben ser enérgicos, garantidos en la solidez de sus virtudes".

Magnífica frase de eterna aplicación, porque es la única base en que puede cimentarse la feble justicia humana.

En todos sus fallos campea la esencia misma del pensamiento citado. Oigámoslo: "...Estas ventajas, dice, debemos concedérselas al hijo del país para su adelanto. V. S. castigue severamente al que fuese ilegal en sus contratos o al que por su mala versación degradase el honor americano. Enseñemos a los paisanos a ser virtuosos a presencia de los extraños, y si su propio honor no los contiene en los límites de su deber, conténgalos al menos, la pena con que serán castigados".

Estas palabras tienen la sensatez y austeridad de un padre severo, que a cualquier precio quiera formar en

---

(1) A esta fuente de seriedad insospechable pertenecen los documentos que insertamos en esta parte, dirigidos al cabildo de aquella época.

sus hijos caracteres morales, a fin de que honren el nuevo continente. Los estimula pero les exige honradez, sin cuyo requisito caerán bajo la sanción penal.

En el segundo punto que trata el oficio, comprobamos de nuevo al juez incorruptible, impetrando al cabildo a ser inexorable en su deber, pero después de la absoluta conformación de las faltas cometidas; no obstante ser el acusado un comandante del ejército. — Vemos que para Artigas los galones no eran un timbre de inviolabilidad, ni siquiera de mérito personal. Acaso por eso mismo él nunca los usó, conformándose siempre con su sencilla chaquetilla de blandengue, a pesar de que los pueblos, en el más libérrimo sufragio, porque había nacido en lo íntimo de sus conciencias ciudadanas, lo ungieron con el grado de general. Sin embargo jamás hizo uso de este justísimo título, firmando siempre con lacónica sencillez: José Artigas. La modestia era una de las columnas más sólidas de su espíritu, que armonizaba, además, con el ambiente de pobreza en que se desarrollaba la vida americana.

Sigámoslo estudiando en su carácter de juez: "Es la primera insinuación, dice, que tengo sobre los degradantes procedimientos del comandante Moreira. V. S. como Gobernador político y militar obre francamente cuando llegue a su presencia, y después de la confirmación precisa de sus atentados... Para mí nada hay tan lisonjero, como ver plantado el orden y que los perturbadores no queden impunes. Sea V. S. inexorable para este deber. No haya la menor condescendencia a presencia del delito y seremos felices".

Horas cruentas y difíciles se le presentaban al protector, plenas de desbordes y pasiones, entre las cuales anhelaba echar las bases de una conciencia ciudadana, desconocida hasta entonces, que sirviera de ley y freno a la embrionaria nacionalidad que gestaba.

Se sentía responsable de aquellos pueblos que surgían a la vida con todas las rebeldías de su inculta juventud, y comprendía que para dirigirlos necesitaba emplear mano de juez y corazón de padre.

Sigamos estudiando el mismo documento; hallaremos

un tercer punto, por el cual desaprueba la conducta asumida por otros dos oficiales, acusa al cabildo por no haber sabido defender su propia autoridad ultrajada, exigiéndole más dignidad en consonancia con su alta investidura: "No he podido mirar con indiferencia, el despecho de los oficiales Iglesia y Fragata, ni dejaré de increpar la indolencia con que miró V. S. el ultraje de su autoridad. Debió V. S. mantener arrestados dichos oficiales, y haber dado parte a su comandante como a mí, esperando la resolución para soltarlos. Pues de esas condescendencias no espere buenos resultados. Los magistrados deben ser enérgicos, garantidos en la solidez de sus virtudes".

Es un soldado quien piensa y obra así. ¿Llevaría la toga con más alta dignidad un hombre empapado en la difícil ciencia del derecho?

Veamos cómo responde al cabildo cuando este le propone para desempeñar un puesto de responsabilidad a un ciudadano honorable, que posee todas las condiciones necesarias, pero le advierte que no es adicto a su persona. En seguida Artigas encuentra esta fácil solución: "Hallando V. S. todas las cualidades precisas en el ciudadano Pedro Elisondo para la administración de fondos públicos, es indiferente la adhesión a mi persona. Póngalo en posesión de tan importante ministerio...".

¡Qué hermosa lección de tolerancia política! A esa fuente pura, que brotó allá en los cimientos de la patria, deben ir a beber esas sabias enseñanzas nuestras deficientes democracias, impulsadas por encontrados intereses, entre los cuales vemos, con dolor, zozobrar o perderse en la esterilidad los más puros valores ciudadanos. Allá deben volver sus ojos. como vuelven los suyos a la Atenas milenaria, las almas sedientas de refrescar sus ansias de perfección en las más elevadas concepciones artísticas.

ARTIGAS Y EL COMERCIO EXTERIOR

Lo encontramos ahora tratando con el comandante de las fuerzas de S. M. Británica, interesada en implantar

su comercio en los puertos de la Provincia Oriental; vemos con cuánta energía defiende los intereses y dignidad de su pueblo.

Con clara visión de estadista, le ofrece las garantías necesarias para comerciar con libertad, pero exigiéndole que se someta a las leyes territoriales, como las imponen los ingleses en sus dominios.

El documento que vamos a transcribir, fechado el 12 de agosto de 1815, es una pieza interesantísima, llena del color de la época, que retrata con rasgos másculos su recia personalidad.

"...Ya dije a V. S. lo que respondí al comandante principal sobre el comercio inglés: mis puertos estaban abiertos, que la seguridad de sus intereses mercantiles era garantida, debiendo los comerciantes para importar y exportar sus mercancías, reconocer por puertos precisos Colonia, Montevideo y Maldonado: Que dichos comerciantes ingleses no pueden comerciar con Buenos Aires, mientras nuestras desavenencias con aquel gobierno no quedan allanadas...".

"Si no le acomoda haga V. S. retirar todos sus buques de estas costas, que yo abriré comercio con quien nos convenga.

"En cuyo concepto, prevengo a V. S. no se rebaje un ápice de su representación... Los ingleses deben conocer que ellos son los beneficiados; por lo mismo, jamás deben imponernos: al contrario, deben someterse a las leyes territoriales, según lo verifican todas las naciones, y la misma inglesa, en sus puertos. Aún no he tenido contestación. Yo avisaré a V. S. de cualquier resultado".

La conciencia de la gran causa que defiende eleva el valor moral de este varón de ingénita modestia, que acompaña a su pueblo en la indigencia, en un oscuro rincón de su provincia, para erguirse lleno de dignidad y tratar de igual a igual al representante de la nación más rica y dominadora del mundo. Encuadra perfectamente aquí, transcribir el juicio que uno de los hermanos Robertson vierte sobre Artigas, por ser un comerciante in-

glés que lo conoció, precisamente, en los momentos que historiamos (1815).

Sus palabras son pinceladas de luz que dan color y vida al cuadro que bosquejamos, por la sencilla espontaneidad que pone en los detalles; también por provenir de un hombre influenciado por las calumniosas pasiones del ambiente desatadas contra Artigas.

Recordemos que estos hermanos Robertson eran de aquellos espíritus audaces, que desde todos los ámbitos del mundo, se lanzaron a nuestras playas en busca de fortunas y aventuras. Hombres de incierta cultura, amantes de la investigación, hábiles observadores, describieron con claridad el ambiente, los hombres, las cosas, plenas del encanto de lo nuevo, que les ofrecía este rico continente, como lo prueban sus dos interesantes libros: Letters on South America y Letters on Paraguay.

Eran estos viajeros, a pesar de su apariencia mercantil, verdaderos exploradores del nuevo mundo, en aquellos momentos que despertaba, más que nunca, las ambiciones de conquistas europeas. En 1815, los citados comerciantes remontaban el Paraná en un barquichuelo cargado de mercancías, cuando, según sus informes, fueron alcanzados por una partida de gauchos artiguistas, que lograron apoderarse del cargamento conducido. Como la provincia de Corrientes estaba a la sazón bajo la égida del protector, aquéllos reclamaron los daños y perjuicios sufridos, a pesar de los pésimos informes que habían recogido en sus viajes por las provincias platinas, tomadas especialmente del famoso libelo de Cavia y de las leyendas a que dió origen.

No obstante, los citados hermanos se dirigieron a Artigas en demanda de justicia; éste, en posesión de las pruebas del delito, ordenó en seguida la devolución de las mercaderías, así como la libertad de algunos prisioneros. Lógicamente es suponer que la orden no era de fácil realización, y sólo pudo ser cumplida en partes.

Entonces uno de los Robertson resolvió ir hasta su campamento, a fin de conseguir de Artigas la indemnización de las mercaderías no rescatadas, que avaluaba en unos $ 6.000.

Fácil es deducir que si el citado comerciante no conocía bien al protector, menos conocía la situación financiera de su incipiente gobierno, cuando se resolvía a presentar una demanda, que, aunque no carecía de justicia, era de imposible solución en aquellos difíciles momentos.

A pesar de venir mal predispuesto hacia la persona que iba a entrevistar, no pudo disimular la admiración que le causó aquel hombre, del cual tantas difamaciones había escuchado. Con la lealtad propia de un caballero de esa raza fuerte, parca en palabras elogiosas, describió magistralmente el cuadro de grandeza y miseria que le rodeaba. Son unas breves páginas, interesantísimas, plenas de realismo y de color, escritas sin alardes literarios, que tienen la virtud de transportarnos, de hacernos vivir aquellas horas genésicas de nuestra historia, donde un cerebro fuerte que alimenta un carácter, amasa con sus manos, en medio de todas clases de miserias, los cimientos de la libertad de los pueblos del Plata.

Escuchésmolo: "...Y allí encontré al Excmo. Señor Protector de la mitad del Nuevo Mundo, sentado en una cabeza de buey, junto a un fogón encendido en el suelo fangoso de un rancho... Lo rodeaban una docena de oficiales andrajosos. El Protector estaba dictando a dos secretarios, que ocupaban en torno de una mesa de pino, las dos únicas sillas que había en la pieza, y esas mismas con el asiento de esterilla roto... El piso del departamento de la choza se encontraba sembrado de ostentosos sobres, de todas las provincias, distantes algunas de ellas 1500 millas... En la puerta estaban los caballos jadeantes de los correos que llegaban cada media hora, y los caballos de refresco de los que salían con igual frecuencia... De todos los campamentos llegaban a galope soldados, edecanes, exploradores...

"Todos ellos se dirigían a S. E. El Protector, que sentado en su cabeza de buey, dictaba y despachaba todos los asuntos que le llegaban, con una calma distinta de la "nonchalance"...

"Pienso que si los asuntos del mundo entero hubieran pesado sobre sus hombros, hubiera procedido de igual manera. Parecía un hombre abstraído del bullicio, y era

de este sólo punto de vista, si se me permite la alusión, semejante al más grande de los generales de nuestros tiempos...

"Al leer mi carta de introducción, S. E. se levantó de su asiento y me recibió, no sólo con cordialidad, sino también, lo que me sorprendió más, con modales comparativamente de un caballero y de un hombre realmente bien educado. Habló conmigo alegremente de sus apartamentos oficiales, y como mis corvas y mis piernas no estaban acostumbrados a ponerse en cuclillas, me pidió que me sentara en el canto de un catre de cuero, que estaba en un rincón del cuarto y me hizo acercar al fuego.

"Sin mayores preámbulos, puso en mis manos su propio cuchillo, con un pedazo de carne de vaca bien asada. Me pidió que comiera, me hizo beber, y por último me ofreció un cigarrillo.

"Iniciada la conversación, la interrumpió la llegada de un gaucho, y antes de que hubieran transcurrido cinco minutos, ya el General Artigas estaba nuevamente dictando a sus secretarios, engolfado en un mundo de negocios, y al mismo tiempo que me presentaba excusas por lo que había pasado en la Bajada y condenaba a sus autores, me decía que apenas de haber recibido la carta del capitán Percy, había dado orden que me pusieran en libertad.

"Era aquel un ambiente en que simultáneamente se conversaba, se escribía, se comía y se bebía, en razón de que no había cuartos distintos para cada tarea. El trabajo del Protector se prolongaba, desde la mañana hasta la noche, lo mismo que su comida; porque así que un oficial se alejaba del fuego, otro tomaba su sitio junto al asado.

"Habiendo pasado ya varias horas con el General, le entregué la carta del Capitán Percy, y con palabras tan moderadas como lo permitía la explicación de mi caso inicié el reclamo de indemnización.

"Ya ve Ud. me contestó, con gran calma y espontaneidad, de qué modo vivimos aquí. Es lo más que podemos hacer en estos duros tiempos, para conseguir carne, aguardiente y tabaco. Pagarle a Ud. $ 6.000 ahora, es

algo tan fuera de alcances, como pagarle $ 60.000 o $ 600.000.

"Mire Ud. dijo, y levantando la tapa de una vieja caja militar, señaló una valija de lona que había en el fondo: aquí está todo mi tesoro, que llega a $ 300; y antes de la llegada de la próxima remesa debo ser tan cuidadoso del dinero como lo es Ud.".

Creemos que las páginas que acabamos de transcribir son digno marco de su vigorosa figura moral. Ahí aparece en su severa modestia, viviendo en un rancho, "cuyo piso se halla cubierto de sobres", mientras él dicta a dos secretarios que están constantemente ocupados". Estos pequeños detalles son de un realismo indiscutible; especialmente cuando tenemos a la vista el grueso volúmen que, como magnífica ánfora, encierra solamente la correspondencia mantenida con el cabildo de Montevideo, durante estos años de fecunda labor constructiva: 1815-1816.

EL PROTECTOR

Confesamos que alguna vez, cuando conocíamos a Artigas más superficialmente que ahora, hemos pensado si el título de protector tendría sólido fundamento, o sería un aguinaldo con que sus panegiristas querían engrandecer su figura.

Sin embargo, más profundizamos su historia, más penetramos en el dominio de la rica documentación que nos ha legado, más justicia encontramos para que los pueblos lo honraran con ese título.

Acabamos de ver que Mr. Robertson, viajero de paso en estas comarcas, lo llama indistintamente "Protector" o "General", títulos que flotaban en el ambiente como un homenaje popular de reconocimiento a su obra. Estamos acostumbrados a oírlo llamar "Protector de los Pueblos Libres", pero con un concepto limitado, como si sólo abarcara la libertad política de los mismos. Al leer su correspondencia, casi inédita, que dormía en los archivos, nos hallamos que lo era también en muchos otros órdenes de la vida individual, social y política de sus conciudadanos.

De todas partes, y por los más diversos asuntos, acuden al protector, aún aquellos seres de más modesta condición, en demanda de justicia, de protección, de consejos. A todos atiende aquel hombre extraordinario, con una clara visión de justicia y de humana solidaridad. Así lo vemos, a veces protegiendo, defendiendo, castigando si el caso lo requiere, aún cuando se tratare de personas de elevada jerarquía; cabe señalar que Artigas nunca fué un demagogo. Lo hallamos rodeado de los ciudadanos de mayor ilustración y talento, aprovechando sus condiciones para elevar el nivel moral e intelectual de su pueblo.

Considera a sus gauchos como niños grandes, muy buenos, capaces de todos los sacrificios; pero mal educados, rebeldes, con los instintos de una naturaleza primitiva, a quienes hay que educar, encauzándolos en las prácticas del bien por medio de una moderada organización política y social, nueva para ellos. Su actividad lo lleva a actuar y a resolver los más elevados asuntos de gobierno, como los más sencillos detalles de índole administrativo y comercial. Todo pasa por su severo control.

Aquel paupérrimo campamento de Purificación, que aspira a transformarse en villorrio, con su ranchería de paja y terrón, entre barrosas callejuelas, su escuelita de primeras letras, su infaltable capilla, rudimentaria fábrica de armas o simple herrería para componerlas, es cerebro y brazo de medio continente. Allí van a buscar solución complicados problemas internacionales.

Artigas, rodeado de sus secretarios, de sus gauchos, de su pueblo, no rehuye responsabilidades ni sacrificios. Allá está, altivo y digno, desafiando las tormentas que se preparan. Y mientras piensa y traza planes defensivos, moldea con sus manos los cimientos administrativos del estado.

Es el jefe de provincias, general de ejército, director de pueblos; no considera menoscabada su personalidad, ocupándose de producir los medios necesarios para sufragar los gastos que demanda aquella incipiente administración.

Poseedor de dos barquichuelos destartalados, el San

Francisco Solano y la balandra Carmen, los tiene en continuos viajes a Montevideo, enviando al cabildo para la venta, cueros, astas, cebo, maderas, etc., y llevando de regreso artículos de primera necesidad de las más variadas aplicaciones; cartillas de primeras letras, papel para hacer cartuchos, campana para una capilla, puertas para la misma, tabaco, sacos de cal, hachas, sierras, vacunas contra la viruela, etc.

Más que nuestras palabras hablarán los documentos, elegidos entre los más variados temas, para dar una idea de su extraordinaria actividad en aquella época, en que lo estudiamos como hombre de acción constructiva, buscando justificativo a su título de "Protector".

El 27 de abril de 1816, escribe: "He recibido la cajita con cinco vidrios de vacuna, igualmente tres ejemplares que sirven de instrucción. Con este fin procuraré remitirlas a las demás provincias, deseando eficazmente la extensión de este gran consuelo de la humanidad..."

Lo expresado nos demuestra, que su protección, limitada por las circunstancias, se extendía a todas las provincias de la Liga.

Contemplémoslo desempeñando asuntos meramente comerciales, con patriótico fin de obtener recursos para continuar su obra.

"Acompaño a V. S., la relación de los efectos que, por cuenta del estado, conduce la lancha San Francisco Solano, para que sean vendidos en ese destino, y su producto aplicado a los fondos públicos. El resto del cargamento que debe levantar en Paysandú, noticiaré a V. S. cuando me pasen los debidos conocimientos. Lo que encargo es que se haga economía y que no se malbarate el sebo. Si el precio corriente de la plaza no es equitativo, almacénense los efectos hasta mejor oportunidad".

En otro oficio similar, de los tantos que tenemos a la vista, dice: "Lo que interesa es el pronto regreso de este buque, como el San Francisco Solano, pues ya tengo carga para entrambos, y quisiera que no se perdiese el momento para cubrir el crédito de la provincia.

"Con el fin de alistar dos buques que aquí están detenidos e inutilizados, pedí a V. S. dos barriles de alqui-

trán y estopa para su composición. No han venido. Recuerdo a V. S. esta necesidad que remediada servirá a la provincia de no poca importancia"

No descuidaba tampoco la honrada inversión de los fondos, y decía: es forzoso que V. S. pida a los Ministros de Hacienda una relación exacta de los ingresos de la provincia, desde agosto del año p.p. e igualmente de su inversión, como también de todos los empleados con especificación de sus sueldos..."

Creemos bastan estos documentos para probar con qué delicadeza e interés administraba los bienes del estado, sin descuidar detalles, como lo demuestra este otro oficio: "Ya llegaron los barcos que conducían la pólvora y útiles. Hoy se han abierto algunos rollos de tabaco, y han salido tan pasados que ni para los infieles sirven. Cuide V. S. en la remisión de los efectos que compra el estado, que no sean tan inútiles, pues para ello se paga el dinero".

Así lo vemos dividiendo su tiempo y atención con solicitud paternal, entre quienes lo reclaman. Ahora son dos pobres esclavos que solicitan su libertad, y Artigas intercede por ellos con estas justas disposiciones: "Incluyo igualmente a V. S. esa presentación del moreno José Balle. Justificando haber servido a la patria, según los hechos que expone, su libertad debe ser decretada y permanecer a su servicio".

Y el otro documento dice: "Presentado a V. S. el moreno Florentino Camejo solicita en justicia su libertad. El se compromete a entregar $ 200 a su amo Almanzora, y después de sus servicios, nada me parece que pueda exigírsele sino dicha cantidad. V. S. obre con justicia".

Todo esclavo que servía a la causa de la libertad tenía derecho a ella. Así le fué posible al protector formar batallones de libertos, asimilando voluntariamente a su obra esa desventurada masa humana, uncida al yugo del más mísero estado social.

Tres razas diferentes entre sí, unidas en un mismo desamparo, primaban en este continente, viviendo en paupérrimas condiciones bajo la explotación del conquistador:

la aborigen, la criolla y la negra. Artigas quería enraizar en la tierra ese elemento humano, sin derechos, que se entregaba a él con fe de niño abandonado.

Escuchemos como habla al gobernador de Corrientes, el 3 de mayo de 1815: "Paisano de todo mi aprecio: Reencargo a Ud. que mire y atienda a los infelices pueblos de indios. Los pueblos de Santa Lucía, de Itaquí y de las Garzas, se me han presentado arguyendo la malversación de su administrador. Yo no lo creí extraño por ser una conducta tan inveterada, que ya es preciso mudarla. Yo deseo que los indios en sus pueblos se gobiernen por sí, para que cuiden de sus intereses como nosotros de los nuestros. Así experimentarán la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho, y que sería una desgracia vergonzosa para nosotros mantenerlos en aquella exclusión que hasta hoy han padecido por ser indianos. Acordémonos de su pasada infelicidad, y si ésta los agobió tanto, que han degenerado de su carácter noble y generoso, enseñémosles nosotros a ser hombres, señores de sí mismos. Para ello demos la mayor importancia a sus negocios. Si faltan a los deberes, castígueseles; si cumplen, servirá para que los demás se enmienden, tomen amor a la patria, a sus pueblos y a sus semejantes. (Hernán Gómez: "El Gral. Artigas y los Prohombres de Corrientes").

Al año siguiente, ya tiene resuelto que las reducciones indígenas que lo deseen, pueden pasar a Purificación, donde les proporcionará tierras y medios de trabajos. Y Artigas oficia así al cabildo de Corrientes. ... "Efectivamente ha llegado el Cacique Juan Benávidez, quien se queja de la indolencia con que son mirados y de los ningunos auxilios que se le han franqueado para su transporte, por lo que no han podido traer sus familias y se hallarán, por consecuencia, imposibilitados para conducir los demás que quieran venirse del otro lado. Ya dije a V. S. que a mí, lejos de serme perjudiciales, me serían útiles. Es preciso que a los indios se trate con más consideración, pues no es dable, cuando sostenemos nuestros derechos, excluírlos del que justamente les corres-

ponde. Su ignorancia e incivilización no es un delito reprensible; ellos deben más bien ser condolidos de esta desgracia, pues no ignora V. S. quien ha sido su causante, ¿y nosotros habremos de perpetuarla?..." (Obra citada).

En la misma forma, en prosecución de tan humanitarios anhelos, se dirige al cabildo de Montevideo solicitando su cooperación; tras fundamentales razones, expresa: "...Estos robustos brazos darán un nuevo ser a estas fértiles campañas, que por su despoblación no descubren todo lo que en sí encierran, ni todas las riquezas que son capaces de producir... V. S. sabe que mi situación es aislada de recursos, y sin embargo corro presuroso al sacrificio para el logro de aquel fin... En medio de las penalidades sólo me consuela esta dulce satisfacción... Al efecto es preciso que V. S. nos provea de algunos útiles de labranza: arados, azadas, algunos picos, palas, hachas, para que empiecen estos infelices a formar sus poblaciones y emprender sus tareas.

Es así mismo necesario que V. S. remita las semillas de todos los granos que se crean útiles y aún necesarios para su subsistencia y de los demás...".

Muchos otros documentos similares podríamos agregar, pero creemos que éstos bastarán para probar el interés que despertaban en su espíritu los explotados aborígenes, fueren cuales fuesen las provincias a que pertenecieran.

No descuida la población montevideana, cuando ésta reclama su intervención. Precisamente, en estos momentos, los vecinos le hacen llegar sus quejas por falta de carne y pan: Artigas se dirige al cabildo, con estas palabras:

"Van ya dos insinuaciones que me han hecho los vecinos de esa ciudad sobre la escasez de carne y pan, por el mal arreglo y la arbitrariedad de los abastecedores. Por cuya razón el pueblo padece en medio de la abundancia de trigo y ganados que diariamente se matan..."

Con lo expresado hasta aquí, y con lo que seguiremos exponiendo al estudiar al hombre en sus múltiples aspectos, esperamos llegar a demostrar en forma incon-

cusa la justicia que encarnaba el título de "Protector".

Ningún prócer americano, de un confín al otro del continente, puede superar a Artigas en la gloria de ostentar, con más equidad, este título, dado espontáneamente por los pueblos.

ARTIGAS Y LA IGLESIA

En las inmortales Instrucciones del año XIII, Artigas establece categóricamente, "promover la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable". Lo hemos visto, profesando siempre la religión católica con sinceridad de creyente, y contribuyendo a su propagación por todas las provincias. No obstante, cuando confirma que las mismas autoridades pretenden explotarla en beneficio de sus intereses, levanta airado la voz en defensa de su pueblo; con santa indignación, semejante a la de Jesús cuando arroja a los mercaderes del templo, las obliga a salir de su provincia.

Artigas había conseguido de las autoridades eclesiásticas de Buenos Aires, autonomía provincial; habiendo sido designado vicario de Montevideo el Pbro. Larrañaga, con las atribuciones necesarias para nombrar y decidir en todos los casos. Pero el Provisor de aquella capital, aprovechando los conflictos políticos, llenó por su cuenta varios curatos en la Banda Oriental, lo cual despertó gran indignación en Artigas, al ver que no se cumplían los compromisos contraídos.

Se dirigió entonces al cabildo, dándole estas enérgicas y decisivas resoluciones: "Aquel pastor de la Iglesia si hubiera sido más celoso de las almas hubiera conservado su autoridad, que en atención a las presentes circunstancias le pedí, y me concedió en julio del presente año, nombrando al Pbro. Larrañaga para decidir en todos los casos. ¿Acaso aquel Provisor pretendió triunfar de la ignorancia con sus excomuniones, y fijar sobre esta base espiritual sus miras a lo temporal?

"V. S. no ignora el influjo de los curas, y cuánto por este medio adelantó Buenos Aires para entronizar su des-

potismo, y además para adelantar sus fondos con las rentas eclesiásticas que debían recibir de estos pueblos con notables detrimentos de ellos mismos.

"Si este es su objeto, claudica su autoridad espiritual, y el Señor Provisor debiera ser más escrupuloso para no desunir el santuario y el estado. Y si no lo es ¿por qué pretende una reiteración degradante, que nunca debió creerla necesario después de las facultades concedidas? ¿O juzga el señor Provisor que aun vive la América en tinieblas? ¿Y que la Banda Oriental es juguete de sus pasiones? Empiécelo a experimentar en sus efectos. En seguida V. S. pase orden para que los curas recién venidos de Buenos Aires, Peña, el de San José, Gomensoro, el de Canelones, Giménez, el de Minas, el guardián de Montevideo Pbro. Peralta y Pbro. Risso, dejen sus prebendas y se manden mudar inmediatamente a Buenos Aires.

"V. S. proponga algunos sacerdotes patricios, si los hay, para llenar esos ministerios, y si no los hay esperaremos que vengan, y si no vienen, acaso sin ellos seremos doblemente felices.

"Reencargo a V. S. la ejecución de esta medida que creo necesaria para asegurar nuestra libertad". 25 de noviembre de 1815".

Estas palabras revelan su personalidad invulnerable. El valor moral es su escudo, y ante el fuerte se siente más fuerte. Conoce, como él lo dice en su recio lenguaje de soldado, el poder del clero cuando interviene en los negocios del estado; señala el ejemplo de Buenos Aires, y dispone que salga fuera de fronteras todo elemento que considera contrario a la causa libertadora.

Es un golpe de altivez que nos asombra, si nos transportamos a la hora en que lanza este reto a las autoridades eclesiásticas de Buenos Aires, miembro del poder clerical, entronizado en el mundo. Evoquemos, la triste visión de España, cuyo ejemplo habían venido inoculando, con misiones, púlpitos y conventos, durante la larga noche de tres siglos.

La adhesión del clero a cualquier bando era un factor importantísimo, y el mundo se disputaba sus favo-

res. Por eso, entre las instrucciones que el rey de Portugal da, en estos mismos momentos, al general Lecor para afianzar su conquista en la Banda Oriental, entresacamos la cláusula:

"Comportamiento con los habitantes:

"Deberá procurarse por todos los medios posibles adquirir los ánimos de los pueblos para el servicio de S. M. e inducir a los párrocos con destreza a tomar el partido de S. M. y esparcir semejantes opiniones entre sus parroquianos...".

No obstante, Artigas es y será hasta su muerte un católico práctico. Pero su exacta visión de América, y de la hora mundial en que actuaba, le permitían ver entre las brumas que lo envolvían, quiso contrarrestar el influjo del clero español, dueño y señor de la dirección espiritual de estos pueblos. Por eso pide sacerdotes patricios, entre los que se contaron valiosos elementos para la causa emancipadora, y dispone una razonable separación entre ambos poderes. Artigas sigue prestando a la iglesia católica, a cuyo místico aliento confía el alma de su pueblo, la ayuda material y moral que le es posible. Vemos cómo se interesa por la capilla de Las Piedras, atribuyéndole, en su fe de creyente, alguna intervención sobre su glorioso triunfo en aquel lugar. A pesar de las necesidades que lo rodean, promete su ayuda y pide al cabildo su intervención, a fin de salvar aquel pequeño templo de la miseria en que yace. "La capilla de Las Piedras necesita nuestro especial patrocinio, tanto por su actual indigencia, cuanto por merecer nuestra recomendación, por haberse estampado en ese punto los primeros pasos que harán inmarcesible nuestra gloria.

"Yo a fin de realizarla me comprometo a auxiliarla con lo que de aquí pueda y me permitan las circunstancias, por lo mismo soy de parecer que se le franqueen al cura párroco Don Domingo Castilla, $ 500 pesos de pronto para entrar en la recomposición de aquella Iglesia. El resto, hasta mil, se lo darán sucesivamente, luego que los fondos del estado puedan adelantarse con nuevos ingresos. Al efecto escribo con esta fecha a dicho cura..."

Así extiende sus miradas y reparte su atención, con

paternal solicitud, desde un ámbito al otro de los territorios que lo proclaman su protector.

ARTIGAS Y LA INSTRUCCION PUBLICA

Este es el punto básico en que cifraba la futura organización de sus provincias. Hallamos en su correspondencia múltiples pruebas de su inteligente tenacidad por elevar el nivel cultural de sus conciudadanos, basada en la enseñanza común. Hemos visto que apenas funda en Purificación un incipiente núcleo humano, ya levanta, en un humilde rancho, una escuelita, que llevará luz de saber a aquellos cerebros oscurecidos por la ignorancia. En seguida se dirige al cabildo, solicitando "siquiera cuatro docenas de cartillas para ocurrir a la enseñanza de estos jóvenes, y fundar una escuela de primeras letras en esta nueva población. También necesito, algunas resmas de papel para escribir y para hacer cartuchos".

Nada lo desvía de su idea fundamental: la formación de países libres y pueblos cultos; sabe que la democracia es planta que no puede florecer, si no hay luz en los cerebros y patriotismo en el corazón.

Al mismo tiempo habla al cabildo de los movimientos realizados por los portugueses, como presagio de una nueva invasión; lo exhorta a tomar las medidas precisas en salvaguardia de la libertad amenazada, fin y norte de todos sus sacrificios.

Pero no descuida la organización política, social y económica de la provincia, a fin de probar con hechos la bondad de "su sistema"...

La extensión de la instrucción pública a todas las capas sociales, bulle en su mente como una noble obsesión.

Hallamos ahora a Artigas precisado a juzgar al maestro de su hijo José María, don Juan Manuel Pagola, a quien el cabildo anterior ha penado por haber hecho manifestaciones hostiles a su gobierno.

Al iniciarse el año escolar de 1816, Pagola recibe entre sus nuevos alumnos a José María Artigas, que cuenta apenas nueve años de edad. Resuelve valerse de la influen-

cia que el pequeñuelo debe ejercer sobre aquel corazón de padre, para solicitar, por su intermedio, que le sea levantada la sanción, a fin de poder dedicarse libremente a su profesión de educador.

Artigas sabe que aquel maestro, a pesar de los beneficios dispensados a la enseñanza, no comparte su ideario; ha procurado influir en tal sentido sobre sus alumnos. En consecuencia, Artigas mismo ha censurado su proceder con esta severa sentencia: "Dígnese V. S. llamar a dicho Pagola a su presencia y reconviniéndole sobre su comportamiento, intimarle la absoluta privación de la enseñanza de niños, y amenazarle con castigo más severo si no refrena su mordacidad contra el sistema.

"El americano delincuente debe ser tanto más reprensible cuanto es de execrable su delito..." (16 de setiembre de 1815).

Como lo hemos dicho, José María fué criado y educado por su bondadosa abuela, desde que su madre cayó en largo letargo cerebral. Dado los difíciles medios de comunicación de la época, el padre no fué consultado en la elección de profesor para su niño. De modo que esa solicitud inesperada que llega a su solitario campamento, en nombre de su hijo, conmueve a aquel corazón, que consagrado al deber de la patria, se ha separado de todo afecto familiar. Reflexiona. El país necesita maestros, y especialmente maestros americanos, dado que la instrucción ha estado siempre en manos españolas. Confía en la enmienda prometida por este hijo del solar charrúa, que reclama, en nombre de su José María, el derecho a instruírse para todos los niños de su edad. El héroe, con ternura de corazón de padre, piensa que el porvenir de la patria está basado en la instrucción de la infancia, de la que forma parte ese pedazo de su alma, único retoño salvado de las ruinas de su hogar, y resuelve conceder la gracia solicitada.

Aquel hombre altivo, pero humano, depone su orgullo; no se avergüenza de este rasgo de sensibilidad; por el contrario, dice al cabildo: "El maestro de escuela don Juan Manuel Pagola se ha servido del fuerte resorte de mi hijo José María (a quien da enseñanza) pa-

ra ser habilitado y poner una escuela pública. Por el Gobierno anterior fué penado a no tener más que 25 muchachos. Creo que en concederle la gracia de que tenga cuantos quiera, se facilita la enseñanza de los jóvenes, y el que los padres de familia tengan ese recurso para la enseñanza de sus hijos. Así los maestros se empeñarán en inspirar confianza al público.

"Con este objeto me dirijo a V. S. esperando que reconocerá lo favorable del resultado, y lo pequeño de la gracia para su ratificación". (Marzo 17 de 1816).

Artigas no limita su acción, por creerla reducida, a echar los cimientos de la escuela primaria; aspira a extenderla a las clases sociales y a rincones de los territorios que comanda. Para ello recurre a la prensa, como eficaz auxiliar, disponiendo que el cabildo funde la primera imprenta nacional, aprovechando las máquinas que se habían salvado de la imprenta que la princesa Carlota enviara a Montevideo, a fin de contrarrestar la propaganda nacionalista, al inicarse el movimiento de Mayo.

El 14 de setiembre de 1815, Artigas tiene la satisfacción de recibir el primer ejemplar del "Periódico Oriental" como se le denomina, que, "por lo discreto y juicioso" merece su aprobación.

Escuchemos ahora las atinadas observaciones que formula sobre la prensa, revelando la claridad del concepto y ecuanimidad de juicio, al señalar los beneficios y peligros que ofrece, según el espíritu que le imprima dirección. En consecuencia, dice: "He recibido el prospecto oriental, primer fruto de la prensa del estado, y conveniente para fomentar la ilustración de nuestros paisanos. yo propenderé por mi parte a desempeñar la confianza, que en mi se ha depositado con los escritos. Entre tanto V. S. debe velar porque no se abùse de la imprenta. La libertad de ella, al paso que proporciona a los buenos ciudadanos la utilidad de expresar sus ideas y ser benéficos a sus semejantes, imprime a los malvados el prurito de escribir con brillo aparente y contradicciones perniciosas a la sociedad.

"Por lo mismo el periódico está juicioso y merece mi aprobación. V. S. mande invitar por el periodista a los

paisanos que con sus luces quieran coadyuvar a nuestros esfuerzos, excitando en ellos el amor a su país, y al mayor deseo por ver realizado el triunfo de la libertad. V. S. es el encargado de este deber y de adoptar todas las medidas conducentes a realizarlo, como de evitar las que puedan conducir a imposibilitarlo" (24 de Setiembre de 1815).

La aparición del periódico no despertó el entusiasmo ni tuvo el éxito esperado; resultado explicable, dado el ambiente poco propicio para las activdades intelectuales.

Pero aquel espíritu de inquebrantable fortaleza y sano optimismo, no concibe la indiferencia ante una obra de transcendental importancia para la causa, que reclama unánimes esfuerzos y en la que cifra tantas esperanzas. Por lo tanto, recrimina al cabildo con amargura y dureza, haciéndolo responsable del poco entusiasmo y actividades desplegadas.

Empieza a notar que no halla en esa entidad la colaboración que espera y necesita. La sombra de una duda debió rozarle el alma, dejándole dolorosa estela, y habló con la vehemencia que presta el peligro de un ideal, al que se han consagrado todos los esfuerzos. Sus palabras destilan dolor, pero no desaliento. Por el contrario, revelan energía y ardiente decisión de triunfo. Para ello se desborda en la llama soberbia de que está poseído. Fustiga, recrimina, amenaza, expresando su desagrado con estas palabras llenas de varonil entereza: "Para mí es muy doloroso no haya en Montevideo un solo paisano que encargado de la prensa dé a luz sus ideas ilustrando a los orientales y procurando instruirlo en sus deberes.

"Todo me penetra de la poca decisión y la falta de espíritu público que observo en ese pueblo..."

No se equivoca. Apenas transcurrirán unos meses y ya verá comprobadas sus amargas dudas.

Ese cabildo, seguido de algunos ciudadanos que ahora rehuyen ilustrar al pueblo con la luz de sus ideas, será el mismo que, cuando el invasor se presente a las puertas de Montevideo, saldrá a rendirle pleitesía.

El héroe, desde su lejano compamento, presagia la tormenta más allá del horizonte visible; en su afán de conjurarla continúa: "Yo deposité en V. S. esta confianza,

ansioso de verla desempeñada, y una frialdad degradante ha ocupado el asiento de las resoluciones. Más energías, más actividad, de lo contrario tomaré providencias más ejecutivas" (12 de noviembre de 1815).

El fuego de sus palabras logra una aparente reacción en el cabildo, que se propone influir saludablemente en el espíritu público.

No han transcurrido quince días desde que Artigas escribiera esa nota, y el periódico aparece arrancándole aplausos, por considerarlo que encierra motivos dignos de inspirar altas ideas. En su alma renace la fe, sus palabras trasuntan satisfacción por la reacción alcanzada en el espíritu ciudadano.

"Al cabo, la prensa de Montevideo ha salido a luz con objetos dignos de la pública estimación. Sobre ellos podrían formarse las mejores reflexiones: con ellos se adelantaría el convencimiento, la energía y la ilustración..."

Desgraciadamente la reacción era ficticia y el periódico no tuvo vida; no se halló una sola persona que quisiera hacerse cargo de la dirección. Le fué ofrecido a Larrañaga el cargo de censor; lo declinó aduciendo sus múltiples ocupaciones. Así fué languideciendo hasta su agotamiento, el primer periódico oriental. La misión de la imprenta quedó reducida a la impresión de cartillas, bandos, papeles de propaganda, etc.

No obstante, Artigas entonces, como Varela después, piensa que "para establecer la república lo primero es formar los republicanos". Comprende que la luz espiritual es el camino del triunfo, porque su programa de gobierno consiste en implantar en este continente las libérrimas leyes de la constitución norteamericana. Pero sabe que para poder ser respetadas y cumplidas, es necesario que el pueblo las comprenda; pues nada es más difícil al hombre que hacer lo que no entiende. He ahí, hasta hoy, la gran barrera que impide el desenvolvimiento sereno de nuestras democracias.

Por eso Artigas quiere difundir entre sus compatriotas la historia de la gran república del Norte, como eficaz auxiliar de sus ideas liberales. Sólo cuenta con un

ejemplar propio y dos que le ofrece el cabildo; sus deseos son que cada oriental posea uno, dice, convencido de que cada libro sería un soldado más, que lucharía a su lado en la justa soberbia que realiza.

Escribe al cabildo: "Espero los dos tomos que V. S. me ofrece referente al descubrimiento de Norte América, su revolución, los varios contratos, y sus progresos hasta 1807. Yo celebraría que esa historia tan interesante la tuviera cada uno de los orientales. Por fortuna tengo un ejemplar; pero él no basta a ilustrar tanto como yo deseo, y por este medio mucho podría adelantarse".

Este hombre que desde su aislado campamento pide la historia del país más libre del continente para instruir a sus conciudadanos, es el mismo acusado ante el mundo de gaucho ignorante y bárbaro malevo!

FUNDACION DE LA PRIMERA BIBLIOTECA NACIONAL

En su obra de cultura nacional, Artigas tiene un valioso colaborador en el eminente sabio don Dámaso Antonio Larrañaga. Este se propone fundar una biblioteca popular con la donación que, a su muerte, hiciera de sus libros el primer doctor oriental y presbítero don Manuel Pérez Castellanos. Al comunicársele el proyecto a Artigas, respondió con términos encomiables para su digno autor: "Nunca es tan loable, dice, el celo de cualquier ciudadano en obsequio de su patria, como cuando es firmado por votos reales, que lo caracterizan. Tal es el diseño que V. S. me presenta en el venerable cura y vicario de esa ciudad, don Dámaso A. Larrañaga. Yo jamás dejaré de poner el sello de mi aprobación a cualquier obra que llevara esculpido el título de pública felicidad. Conozco las ventajas de una Biblioteca Pública y espero que V. S. cooperará con su esfuerzo a perfeccionarla, coadyuvando los heroicos esfuerzos de tan virtuoso ciudadano. Por mi parte dará V. S. las gracias a dicho paisano, protestándole la más íntima cordialidad, y cuanto depende de mi influjo por el adelanto de tan noble empeño... "Toda la librería que se halla entre los intereses de propiedades extrañas, se dedicará a tan importante obsequio"...

La inauguración tuvo lugar el 25 de mayo de 1816, como uno de los números principales con que se celebró en Montevideo el VI aniversario de la Revolución de Mayo, a pesar de las divergencias surgidas entre Artigas y el gobierno de Buenos Aires. La idea de consolidar una América libre con sus pueblos unidos por los mil vínculos que los enlazan, formando una gran familia, primaba en la mente del jefe oriental sobre aquellas pasajeras rencillas familiares.

He aquí algunos párrafos del discurso inaugural de Larrañaga, en que pone de relieve la valiosa cooperación de Artigas.

"...El jefe que tan dignamente nos dirige y estos magistrados, lejos de temer las luces, las ponen de manifiesto y desean su publicidad...

"Si, amados compatriotas, os pondremos de manifiesto los libros más clásicos que hablan de vuestros derechos; las constituciones más sabias, entre ellas la británica, con su comentador Blakstone; la de Norte América, con las actas de los congresos; las constituciones provinciales y principios de gobierno, por Paine; la de la península, con su diario de Cortés; la de la República Italiana, por Napoleón, y su famoso código del pueblo francés..."

Vemos que desde su primera infancia, al pueblo oriental le brindaron claras fuentes de enseñanzas sobre la justicia de los derechos y deberes del hombre, en una sociedad libremente constituída. Decía bien el sabio sacerdote: El jefe de los orientales no teme la luz para su pueblo... Nada le ocultaba.

Es el mismo Artigas de las inmortales Instrucciones del año XIII, siguiendo la ruta que trazó a sí mismo, escabrosa y áspera, pero siempre ascendente en la prosecución de su ideal.

El espíritu de Larrañaga está impregnado de la fe que irradia aquel apóstol de la libertad, cuya admiración expresa con estas palabras en el discurso que comentamos: "Gloria inmortal y loor perpetuo al celo patriótico del jefe de los orientales, que escasea aún lo necesario en su propia persona para tener que expender con profusión en establecimientos tan útiles como estos a sus paisanos".

Después de escuchar estas apreciaciones rebosantes de justicia de los labios de tan preclaro ciudadano, es doloroso comprobar que apenas transcurridos unos meses, volverá la espalda al jefe que hoy aclama, para ir a rendirle pública pleitesía al invasor. No siempre el talento y el saber están refrendados por la fuerza de un carácter superior. Los innegables beneficios que su vastísima preparación legó a la obra de cultura y redención social de nuestro pueblo, le han hecho perdonar este desvío, propio de la feble naturaleza humana, y el nombre del vicario Dámaso Antonio Larrañaga continuará honrando la historia de nuestra cultura nacional. Su talento brilló con honor entre los sabios mundiales, principalmente en ciencias naturales y sociales. La trayectoria honrosa de moral y virtud que dejara como vicario de Montevideo, es indiscutible. Nos ha legado dos magníficos juicios sobre Artigas, que por la sinceridad que ellos reflejan y por los méritos de su autor, son brochazos de luz en las páginas de su historia.

Vamos a comentar el más interesante; porque hace un retrato admirable, físico y moral, del jefe de los orientales. Es un cuadro vivo, lleno de color, en el que nos permite ver la figura inconfundible del personaje central.

Lo que lamentamos es que nuestro sabio, tan hábil en el dibujo, no lo haya reproducido también gráficamente, inmortalizando más el recuerdo de aquella visita memorable a Purificación.

Hagamos una pequeña síntesis sobre el motivo de la misma:

Era el mes de mayo de 1815. El cabildo de Montevideo quiso imponer a la población un nuevo impuesto para aumentar el erario público. Consultado Artigas al respecto, se opuso tenazmente, aduciendo la miseria en que yacía el vecindario después de cinco años de guerra. Como el cabildo insistiera, Artigas expresó que primero dejaría de ser jefe de los orientales, si no le era permitido defender a su pueblo, verdadera víctima de aquellas cruentas horas. Y lo hizo con tal energía y fundamentales razones, que la citada corporación, temiendo un conflicto mayor,

resolvió enviar personalmente al vicario, a fin de que tratara de buscarle una solución al asunto.

Este nos ha legado un "Diario de Viaje", del cual transcribimos la parte correspondiente a su entrevista con Artigas, que dice así: "A las cuatro de la tarde llegó el general Don José Artigas acompañado de un ayudante y de una pequeña escolta. Nos recibió sin la menor etiqueta. En nada parecía un general: su traje era de paisano y muy sencillo: pantalón y chaleco azul sin vivos ni vueltas; zapatos, y media blanca de algodón, sombrero redondo con gorro blanco y un capote de balleta, eran todas sus galas, y aun todo esto pobre y viejo. Es hombre de una estatura regular y robusto, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con nariz algo aguileña, pelo negro y con pocas canas. Aparenta tener 48 años de edad.

"Su conversación tiene atractivos, habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce las dificultades a pocas palabras, y lleno de mucha experiencia, tiene una previsión y un tino extraordinarios.

"Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quien lo iguale en el arte de manejarlos. Todos lo rodean y todos lo siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miseria a su lado, no por faltarle recursos, sino por no oprimir a los pueblos con contribuciones, prefiriendo dejar el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en esta parte, y que ha sido uno de los principales motivos de nuestra visita.

"Nuestras sesiones duraron hasta la hora de la cena. Esta fué correspondiente al tren y boato de nuestro general: un poco de asado de vaca, carne, un guiso de carne, pan ordinario y vino servido en una taza, por falta de vasos de vidrio; cuatro cucharas de hierro estañado, sin tenedores ni cuchillo, sino los que cada uno traía; dos o tres platos de loza, una fuente de peltre cuyos bordes estaban despegados, por asiento tres sillas y la petaca, quedando los demás en pie".

Coincide perfectamente esta descripción de la severa modestia en que envolvía su vida aquel capitán de pro-

vincias, con la que nos legara Mr. Robertson. Coincide, también, con una nota que pasa al cabildo, fechada el 19 de mayo de 1816, por la cual vemos que Artigas se prepara para recibir a los representantes electos después de un congreso, y pide al cabildo que le envíe: "Dos barriles de vino, una bolsa de azúcar, otra de arroz y dos docenas de platos que necesito, siquiera para obsequiar a los señores diputados cuando lleguen".

Mientras Artigas, en medio de su pobreza, se entregaba a la tarea de construir sólidos cimientos morales para levantar sobre ellos potentes nacionalidades, las diplomacias lusitana y porteña se encargaban, en la oscuridad de sus logias, de tender sus redes a fin de vencer el único obstáculo, que "como un azote de Dios", se les presentaba para desbaratar sus planes monarquistas.

Sin Artigas al frente, que pensaba por todos, qué fácil hubiera sido al directorio de Buenos Aires someter a los pueblos provinciales al carro de una nueva Roma!

En vista de su indomable resistencia, llamará a las reales puertas de don Juan de Portugal, a quien ha interesado siempre extender sus dominios hasta el Río de la Plata, y unidos alcanzarán su total aniquilamiento.

¿Qué importa el sacrificio de esa pequeña provincia, que se le regalará como premio a su intervención, si se termina con el poder de ese "monstruo" y en consecuencia se logra realizar el magnífico plan de levantar un Trono regio en el Río de la Plata?

En Río de Janeiro está el famoso canciller argentino don Manuel José García, habilísimo diplomático, encargado de combinar planes y maniobras hasta dejar resuelta la próxima invasión, que tendrá por fin, según se asegura públicamente, resguardar las fronteras de la anarquía artiguista; tomar el país bajo su tutela *para pacificarlo*.

Se ha designado ya jefe de las fuerzas invasoras al general don Carlos Federico Lecor, que en agosto de 1816 invadirá por el Este con un ejército de 12.000 hombres bien equipados, los cuales irán a medirse con aquellos gerrilleros famélicos y semidesnudos.

CAUSAS Y EFECTOS DE LA INVASION PORTUGUESA

¡1816! Campana de tristes tañidos que esparces ecos de dolor por las desiertas campiñas orientales. Tus ecos retumban por los cerros, los valles, los montes y en los humildes hogares abandonados.

Enardece el corazón de los gauchos artiguistas. Los cascos de los potros invasores huellan el terruño nativo. Ante tamaña afrenta, aquellos hombres rudos, que "han comprado la libertad al precio de su sangre", no alcanzan a medir la grandeza de sus rebeldías; corren altivos a engrosar la cohorte de bravos que ha de acompañar en su empresa al jefe de los orientales.

Nosotros también, con las alas que nos prestan los documentos históricos, seguiremos lo más cerca posible al apóstol de los pueblos americanos, en las múltiples y difíciles encrucijadas que le reserva el destino.

Traslademonos a nuestras verdes cuchillas ensangrentadas donde se reinicia aquella contienda legendaria que admiró a sus propios enemigos. Guerra de recursos, de combates, de habilidades y cruentos sacrificios, con que desorientan a los bien equipados ejércitos portugueses, no acostumbrados a estas clases de luchas. Así lo hace constar en sus "Memorias" el conde de Figueiras, uno de los principales actores de la contienda. Gauchos diestros, conocedores de todos los escondrijos de montes y serranías, dirigidos con inteligencia y patriotismo, se convertían en centauros invencibles.

Así se concibe el sostenimiento de aquella guerra, que contra cuatro países, se prolongará durante nueve años.

Encarnación del criollo audaz y valiente, que lleva en la retina el mapa del territorio en que actúa, era el general Rivera, realizador de proezas y ardides que desalentaban al invasor. Tenía por teatro de sus hazañas las sierras de Maldonado y Rocha, desde las cuales detenía el avance portugués; habiéndole presentado batalla campal en India Muerta fué completamente vencido, lo que facilitó la llegada de Lecor a las puertas de Montevideo.

Como único medio de evitar el sacrificio de la peque-

ña guarnición de la plaza, los patriotas Barreiro y Suárez que la dirigían, cumpliendo órdenes de Artigas, resolvieron evacuarla para reunirse a las fuerzas de García de Zúñiga, con las cuales sitiarían al invasor una vez encerrado dentro de la ciudadela.

El espíritu de resistencia no decae en la campaña; no sucede así en el cabildo de Montevideo, que da el primer ejemplo de sometimiento. Los miembros más dignos se retiraron a los campos; una minoría del mismo, celebró sesión el 17 de enero de 1817, resolviendo prestar acatamiento al invasor. En cumplimiento de lo dispuesto, enviaron al vicario Larrañaga a tratar con Lecor; aquella minoría de cabildantes, salió a recibirlo, llevando las llaves de la ciudad, que el síndico procurador don Gerónimo Bianqui puso en sus manos, diciéndole "que lo hacía con suma dedicación y placer".

Luego de esta ceremonia, Lecor entró triunfante en la ciudad, y fué conducido por el mismo cabildo, bajo palio, a la catedral, donde se celebró un Tedeum en acción de gracias. A continuación, entre repiques de campanas y vivas, dados por los españoles que veían en el portugués un seguro aliado de su monarca, fué izada la bandera portuguesa en la fortaleza y edificios públicos de la ciudad.

El primer cuidado de Lecor fué completar el cabildo con miembros que le eran adeptos; tomarlo de instrumento para llevar la confusión a los espíritus, a fin de quebrar en la ciudad el prestigio de Artigas, que como sabemos, se encontraba en campaña. Este ocupaba el centro del país, procurando evitar que el ejército de Curado, que se hallaba en el Norte, pudiera accionar junto con el del Sur, recientemente dueño de Montevideo. El ver flamear la bandera portuguesa en la ciudadela, desalentó a muchos espíritus menos dotados de la fuerza moral y clarividencia, que el de su jefe. Momento que supo aprovechar el astuto invasor para atraer a su causa, con bien dotados puestos y honores, a destacados ciudadanos, que hasta ese momento habían secundado eficazmente al jefe de los orientales. Vemos con dolor, abandonar la causa santa que defendían, a hombres de la talla de Larrañaga, Durán

y Giró. Otros, que tuvieron la sensatez de desoír tan halagadoras promesas, creyeron en la buena fe de las públicas protestas que a la causa de los orientales hacía el director Pueyrredón, y fueron a Buenos Aires, esperando que con los auxilios ofrecidos por el directorio, podrían luchar contra los intrusos.

Entre los muchos orientales que sufrieron esta felonía, citaremos, al coronel don Rufino Bauza, jefe del regimiento de Libertos, formado por 600 soldados y tres piezas de artillería, que con esta fuerza pasó a Buenos Aires, para ofrecer "sus servicios y su sangre allí donde los creyeran más útiles a la causa de la libertad". Lecor, después de hacerles tentadores ofrecimientos para atraerlos, lo mismo que a otros oficiales, sin conseguirlo, les facilitó los medios para realizar el viaje. Iban engañados. Por eso cuando el coronel Bauzá se enteró del convenio escrito que existía entre Pueyrredón y Lecor, por el cual se estipulaba "que durante un año les estaba prohibido tomar las armas contra Portugal" reclamó con indignación y altivez, a lo que aquél contestó: "Viniendo ese regimiento a Buenos Aires, será remoto el caso a que se refiere el compromiso".

Es más censurable la conducta de Otorgués, que actuaba bajo las órdenes de Rivera en las líneas sitiadoras. Se ha convertido en agente del directorio para provocar deserciones entre los fieles de Artigas, y mantiene con Pueyrredón correspondencia secreta, en una de cuyas cartas le dice: ..."Por aquí ya están tomadas las medidas que faciliten el acierto. Yo estoy de acuerdo con todos los paisanos de mayor influjo; con la mayor cautela se han ido dando todos los pasos precisos y puedo asegurar a V. S. que todo está listo.

"Sólo falta una persona autorizada para tratar con ella lo competente para sellar tan preciosa obra..."

Otorgués había sido hasta entonces un buen soldado de Artigas, que dirigido por éste había prestado grandes servicios a la causa. Pero después, envanecido con el espejismo que ante sus ojos le presentaba Pueyrredón, prometiéndole que una vez de terminar con el prestigio de Artigas sería él su reemplazante, se prestó a las vilezas que la carta preinserta pone de relieve.

Desgraciadamente reina un momento de tétrico desaliento en las filas patrióticas, que actúan frente a los muros de Montevideo. Están fuera del influjo magnético del caudillo y toda semilla ponzoñosa crece con vigor.

Más tarde, el mismo Otorgués, parece arrepentirse de su proceder y seguirá luchando en las filas artiguistas, hasta que al año siguiente caerá prisionero de los portugueses.

Artigas, con el alma dolorida por tantas defecciones, resolvió abandonar la defensa de Montevideo, que estaba a cargo de Rivera y Barreiro; y reconcentró sus fuerzas en el Norte, desde donde le era posible atender la dirección de la guerra en ambas márgenes del Uruguay.

Halagado Lecor por las fáciles adhesiones que conseguía, creyó toda conquista posible; tuvo la osadía de enviar sus emisarios ante Artigas para ofrecerle el título de coronel de infantería portugués y los honores y garantías necesarios para retirarse a vivir a Río de Janeiro o cualquier punto de Portugal, a trueque de disolver las reducidas fuerzas que lo seguían y entregar las armas. Esta proposición fué contestada, según el historiador Arreguine, con esta célebre frase:

"Dígale a su jefe que cuando no tenga soldados lo pelearé con perros cimarrones".

Serán estas palabras verdad o leyenda; pero los hechos se encargaron de demostrar que así pensaba el jefe de los orientales.

Desgraciadamente, los hombres que lo rodeaban, aún los más ponderados, no veían con claridad en el turbión de fuerzas antagónicas que había levantado en toda América la Revolución de Mayo. El mal se extendía por el continente, convirtiéndose la mayoría de los actores en instrumentos circunstanciales de la hora. Así vemos a los mismos hombres luchando ya en un bando ya en otro. Ora junto a Artigas, que al frente de los pueblos provinciales representaba la fuerza autóctona de América, en toda su pureza indígena, bravía, instintiva e inmensa, como sus selvas y sus ríos; ora frente a él, dejándo-

nos atónitos el proceder de ciertos hombres que hemos admirado luchando.

Había en ellos más confusión espiritual que maldad. Contribuían a aumentarla, como es lógico suponer, sus enemigos, representados por lo más distinguido de las diplomacias porteña y portuguesa, y por el patriciado y clero españoles, con el prestigio de su jerarquía política y social.

De ahí el número de defecciones sufridas por el jefe oriental a lo largo de su vida guerrera, en defensa del porvenir indoamericano.

En medio de aquella época oscurecida por la ignorancia, pasiones y ambiciones encontradas, aparece más grande su figura moral, irguiéndose como un faro golpeado por las olas de un mar embravecido, que si bien alcanza a iluminar la superficie de las cosas, no le es dado penetrar en su interior. El héroe permanece altivo, como el faro mismo, mientras la tempestad ruge a su alrededor, arrastrando a los hombres en su oleaje de orilla a orilla.

Los hombres cumbres no tienen similares; por eso quedan solos defendiendo quiméricos ideales.

El alma del hombre, fundida en el bronce de los héroes, recibía los golpes de la vida sin demostrar desaliento; el destino le preparaba aún aleves y certeros golpes.

El célebre Andresito, defensor infatigable de las Misiones, fué hecho prisionero por los portugueses. Lavalleja, jefe de toda su confianza, que comandaba la vanguardia del ejército, había caído en manos enemigas, lo que fué considerado un gran triunfo en el campo lusitano. Igual suerte le cupo a Manuel Francisco Artigas, hermano del prócer, a Bernabé Rivera, Otorgués y otros elementos valiosos, que fueron enviados a las prisiones de la isla Das Cobras, en Río Janeiro.

El integérrimo ciudadano don Joaquín Suárez, al entrar a la ciudad, con el fin de hacer una compra de armas, cayó también prisionero.

Todo eran sombras, tormentas de tempestad en el cielo de la patria, de un confín al otro, la sangre de los orientales regaba las cuchillas, los montes, los valles. Ar-

tigas y Rivera eran las únicas columnas que aún seguían en el centro del país oponiendo tenaz resistencia, logrando mantener separados los ejércitos de Curado y Lecor, protegido éste por una poderosa escuadra frente a Montevideo.

Así finaliza 1819, después de nueve años de cruenta lucha, durante los cuales, al decir de un historiador brasileño: "Artigas era siempre batido, pero nunca vencido".

1820 se inicia aún más torvo para la Provincia Oriental, abandonada a sus recursos frente a tan poderoso enemigo, ayudado ahora abiertamente por el directorio de Buenos Aires.

El 22 de enero, estando el ejército patriota en las márgenes del Tacuarembó Chico, a las inmediatas órdenes de Latorre, por haberse alejado Artigas en cumplimiento de una importante misión, fué sorprendido por el conde De Figueiras al frente de poderoso ejército, venciéndolo totalmente.

Con esta batalla termina el poder militar de Artigas en su provincia.

Como compensación, del otro lado del río, las provincias que lo aclaman su protector obtienen resonantes triunfos, haciendo vacilar los cimientos del viejo edificio directorial, que cada día se desprestigiaba más frente a la opinión sana del país, alarmada al ver los trabajos que realizaba a fin de conseguir la coronación de un rey en el Río de la Plata.

Artigas sabía algo de esto.

Aquella maraña oscura, que traman entre sí logistas y diplomáticos, enardece su espíritu, hace hervir de indignación su sangre americana.

Cruzará el río patrio y allí reiniciará la lucha con la cooperación de las provincias que forman la Liga Federal.

Aún tiene a su lado a Rivera con su división invicta; pero éste, como Pedro, lo abandonará en breve.

Estas amargas realidades eran golpes que destrozaban las entrañas del héroe.

Sentía el frío de la soledad, de la incomprensión,

levantarse a su alrededor. En nadie puede creer, en nadie puede confiar. Queda solo en medio del combate. Esta actitud viril enaltece su figura heroica.

La naturaleza humana salvo raras excepciones, es débil y egoísta. En el camino del sacrificio cae casi siempre vencida por el miraje del oro, o de los sillones que vislumbra en las alturas del poder.

Las figuras cumbres por su valor moral, más difícil de alcanzar que el valor heroico, tan comúnmente demostrado al jugarse el hombre la vida en los entreveros de las batallas, aparecen en el escenario del mundo, solitarias y enormes como las montañas, en medio de la planicie vulgar que las circunda.

BUSCANDO LUZ ENTRE LAS SOMBRAS

Es éste, para Artigas, uno de los momentos de más desolación. No es que lo abatan los reveses, ni el número y calidad de sus enemigos. Sabe lo que es la guerra y sabe lo que es luchar con desventajas, porque en esas condiciones la ha sostenido siempre. Su dolor es moral, al ver que sus fieles se transforman y abandonan su causa. Sabe también donde está la fuente venenosa que enceguece al que se mira en ella; tomando la péñola sin dejar la espada, desenmascara a su solapado enemigo. Con varonil entereza, enfrenta al director Pueyrredón y le enumera todas las vilezas que trama ocultándose en las sombras que proyectan sus públicas declaraciones de adhesión a la causa de los orientales, mientras está dando la mano al invasor portugués. Así lo declara al mismo Pueyrredón, en un pliego de instrucciones, fechado el 8 de enero de 1817, en el cual, entre otras cosas, dice: "Podrá indicar la necesidad en que se ha visto el Supremo Director de publicar sus declaraciones al general Lecor y comunicaciones con la Banda Oriental, para aquietar la general alarma que ya causaba la aproximación de las tropas portuguesas y satisfacer el clamor público..."

El 13 de noviembre de 1817, Artigas. desde su campamento de Purificación había ya dirigido a Pueyrredón una histórica nota, que es un reto pleno de altivez. Se atri-

buye la redacción de la misma a su secretario, el célebre Padre Monterroso, por su estilo enérgico y violento.

Vamos a transcribir algunos de los párrafos más salientes de esta pieza, que publica Antonio Díaz en "Galería Contemporánea".

"Promovida la agresión de Portugal, V. S. es altamente criminal en repetir los insultos con que los enemigos consideran asegurada su temeraria empresa...

"Confiese V. S. que sólo por realizar sus intrigas puede representar el papel ridículo de neutral. Por lo demás el supremo Director de Buenos Aires no puede ni debe serlo.

"Pero sea V. S. un neutral, o un indiferente, o un enemigo, tema con justicia el enojo de los pueblos, que sacrificados por el amor a la libertad nada les acobarda, nada, como perderla...

"La grandeza de los orientales sólo es comparable a su abnegación en la desgracia. Ellos saben acometer y desafiar los peligros y dominarlos; resisten la imposición de los opresores, y yo al frente de ellos marcharé a donde primero se presente el peligro...

"Yo en campaña y envuelto nuestro país en las sangrientas escenas de guerra contra los injustos invasores, y V. S. debilitando nuestra decisión y energías, suscitando negocios que no dejan de excitar nuestras justas sospechas. Yo empeñado en rechazar a los portugueses y V. S. en favorecerlos! En mi lugar, ¿V. S. habría mirado con rostro sereno tantas desgracias? Confieso que teniendo que violentarme he podido dominar mi indignación, para no complicar los preciosos instantes en que la patria reclamaba la reconcentración de sus esfuerzos, y por la misma razón invité a V. S. con la paz, ¿y .V S. provoca la guerra?...

"Pero es un hecho, desgraciadamente, que ha sido otro el resultado, y que hasta ahora nada ha hecho V. S. a este respecto. Sus procederes han sido muy al contrario de lo que esperábamos y nos prometíamos...

"Mis palabras tienen el sello de la sinceridad y la justicia. V. S. ha apurado mi moderación, mi honor reclama, cuando menos mi vindicación. Hablaré esta vez

y hablaré para siempre. V. S. es responsable ante la Patria por su inacción y perfidia contra los intereses generales. Algún día se levantará el tribunal severo de la Nación y administrará justicia equitativa y recta para todos.

"Entretanto invito a V. S. a combatir al frente de los enemigos con decisión y energía y ostentar virtudes de las almas patriotas que hacen glorioso el nombre americano..."

Vemos, a través de esta nota, que el espíritu de Artigas, lejos de amilanarse con los reveses y deserciones, se sublevaba en alas de su indignación, arrojando virilmente al rostro de su enemigo todas las bajezas que trama bajo el manto de mentida neutralidad. Descorre el velo y ataca al enemigo de frente. No se equivoca. Aún no sabe todo, pero sabe bastante. Lo demás está escondido entre aquella nebulosa diplomacia y la Logia Lautaro, presidida por el joven Alvear, del cual dice Mitre, refiriéndose al momento que estudiamos: "Alvear con su talento de intrigas y sus ambiciones impacientes, se lisonjeó de tener en sus manos el instrumento poderoso que necesitaba para elevarse con rapidez".

De entre los "hermanos" salía el elemento destinado a ocupar los más altos puestos públicos: Directores, gobernadores, jueces, parlamentaristas, sin que el pueblo tuviera ninguna intervención. Alvear mismo saltará de con 28 años de edad, para plantarse como Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sin ningún apoyo popular.

Artigas sabe que entre esa compleja trama, existe, como fin principal, la destrucción y aniquilamiento de su prestigio y de su influjo moral sobre los pueblos, por ser la única barrera que se opone a la realización de sus ideas monárquicas.

Sabe también que esos hombres, contrariando las justas aspiraciones del pueblo argentino, pueblo americano que no ama las exóticas realezas, están enviando una y otra vez, delegaciones a Europa en busca de un príncipe, sea el de Orleans, de Luca o de Braganza, o de cualquier corte europea, con tal que se digne venir a coronarse rey de estos países.

Artigas está allí para salvar la enseña republicana, como una débil lucecilla, que sólo logra hacer más palpable la oscuridad en que se debaten aquellos hombres cegados por ambiciones, disputándose la posibilidad de alcanzar un título nobiliario.

San Martín, el honrado San Martín, está sobre los Andes, como un inmenso cóndor mirando con dolor lo que pasa en el valle. Es también monarquista, más por tradición que por convicción. Pero cuando el directorio lo llama para que vaya con su ejército a vencer a los pueblos provinciales, que bajo la dirección de Artigas amenazan terminar con el poder central de Buenos Aires, él desobedece y contesta: "Mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en contra de los españoles y de sus dependencias..."

Se fué a Chile y luego al Perú, empujado por su glorioso destino. El héroe intuía su misión más amplia, inmensa, cual las montañas donde posaba su planta. Sentía el llamado de los manes de América, como una fuerza misteriosa que lo impulsaba a cumplirla. Sabía que esta resolución suya sería incomprendida, y le costaría el destierro con su cortejo de calificativos: traidor, vendido, ladrón...

El mismo lo dice a su amigo Godoy Cruz, desde Santiago de Chile, antes de partir, "que se despedía de él para siempre, pues fuere cual fuese la suerte de las armas, ha tomado la firme resolución de no volver más a su patria".

En ese momento explica también a su amado pueblo argentino las causas de su desobediencia a las órdenes recibidas, con estas emotivas palabras: "Compatriotas: Yo os dejo con el profundo sentimiento que causan las perspectivas de vuestras desgracias.

"Vosotros me habéis acriminado aún de no haber contribuído a aumentarlas, porque éste hubiera sido el resultado, si yo hubiera tomado parte activa contra los federalistas; mi ejército era el único que conservaba su moral, y lo exponía a perderlo abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armaría mis tropas contra el orden.

"En tal caso era preciso renunciar a mi empresa de libertar el Perú, y suponiendo que la suerte de las armas me hubiera sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria junto con los mismos vencidos.

"No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de América". (Mitre: H. de San Martín).

Belgrano está en Mendoza con su ejército. Es también un hombre íntegro y patriota sincero. Pero cree, como San Martín, que la monarquía es el único remedio que salvará a América de la anarquía que padece.

Es llamado, a su vez, por el directorio, para que vaya con su ejército a terminar con Artigas y sus famosas "montoneras".

De menos carácter que San Martín y más respetuoso del código militar, Belgrano obedece y se engolfa en la guerra civil. Bien pronto confesó cuán difícil era la empresa. Así se lo dice al directorio: "El ejército de mi mando no puede acabar con esta guerra. Los campos son inmensos y su movilidad facilísima; lo que nosotros no podemos hacer marchando con infantería, como tal. Por otra parte, ¿de dónde sacar caballos para correr por todas partes y con efecto? ¿De dónde hombres constantes para la multitud de trabajos y sin alicientes como tienen ellos?... Hay mucha equivocación en los conceptos. No existe la facilidad de concluir esta guerra... (Mitre: H. de Belgrano).

Como se ve, el poder de Artigas se mantenía inconmovible en las provincias occidentales, aun en el momento en que se eclipsaba en su provincia natal. Lo comprueba aún más Belgrano, en la nota del 13 de junio, respondiendo al directorio sobre su ya citado oficio. Este le dice que no puede mandarle refuerzos porque el erario público está exhausto, que en consecuencia haga uso de la propiedad particular, que es necesario vencer o morir... A lo que Belgrano contesta ya con indignación: "Demasiado convencido estoy, como lo he estado siempre desde el principio de nuestra gloriosa revolución, que es pre-

ciso vencer o morir para afianzar nuestra independencia; pero también lo estoy, que no es el terrorismo lo que puede cimentar el gobierno que se desea y en que nos hallamos constituídos...

"Tampoco deben los orientales al terrorismo la gente que se les une, ni las victorias que los anarquistas han conquistado sobre las armas del orden. Aquéllas se han aumentado y le siguen por la indisciplina de nuestras tropas y excesos horrorosos que han cometido, haciendo odioso hasta el nombre de la patria... (Mitre: H. de Belgrano).

Este valioso documento prueba:

1º) Que al hacer referencia *a los orientales*, Belgrano reconocía que aquellos ejércitos provinciales, aunque argentinos, estaban bajo el influjo y la hechura del jefe oriental.

2º) Que éste no debía sus éxitos al terrorismo, como lo afirman sus detractores.

3º) Que eran sus propias tropas, y no las de Artigas, las que cometían excesos horrorosos, que hacían odioso hasta el nombre de la patria.

Comentando la respectiva actitud de los jefes argentinos aparentemente antagónicas, dice el Dr. Acevedo en su "Alégato Histórico", que tienen un fondo común; pues ninguno de los dos aprueba la conducta seguida por el directorio de Buenos Aires, el cual no quería reconocer ningún derecho a las provincias, considerándolas como pueblos conquistados obligados a soportar su yugo.

La actitud de San Martín, al no acatar las órdenes del directorio, era un reconocimiento tácito de la justicia de la causa federalista. Por eso dice, "que si la suerte de las armas le hubiera sido propicia, habría tenido que llorar la victoria junto con los vencidos". Magnífica frase que revela los nobles sentimientos que animaban su alma, y que demostró a lo largo de su accidentada vida.

San Martín, en su afán de evitar que el monstruo de la guerra civil devorara carne americana, solicitó y obtuvo del gobierno de Chile que mediara entre ambos beligerantes, enviando comisionados a entrevistarse con Artigas a fin de invitarlo a concertar un armisticio.

Pueyrredón rechazó indignado la intervención chilena, y escribió a San Martín con fecha 11 de mayo de 1819, expresando: "Sería imposible celebrar un armisticio duradero con esa fiera indócil. Por otra parte, cuán humillante es para nosotros que la embajada se dirija a Artigas para pedirle la paz y no a este gobierno! Esto probaría que él es el fuerte, el poderoso, el que lleva la razón a su favor, que nuestro lugar político es subordinado al de aquél..."

Después de extenderse largamente en razones de esta índole, termina: "Que por ello ha resuelto prevenir a los diputados que suspendan todo paso en ejercicio de su comisión".

Convenía, al directorio tomar esta actitud, no permitiendo que un vecino fuera a intervenir allí, donde había tantas cosas que ocultar y tanto interés en ocultarlas.

No hay duda que entonces se habrían puesto el descubierto las connivencias con los portugueses, porque esta aclaración hubiera sido el primer punto de las bases exigidas por Artigas. De ahí que nada pudo hacerse, a pesar de la buena voluntad que animaba a San Martín de poner término a aquella guerra fratricida. Lo que prueba, aunque no lo declara abiertamente, que él comprendía y simpatizaba con la causa americanista sostenida por el jefe oriental.

El gran general argentino, sin ver realizados sus nobles anhelos, se fué a Chile, en aquella gesta legendaria, a continuar luchando por la independencia de América; Artigas, al frente de sus "montoneras", continuaba la suya, a fin de consolidar la libertad de los pueblos ya independizados.

La obra de estas dos grandes figuras de la historia, se complementa. Y aunque uno era monarquista y el otro republicano, el uno contribuyó a la independencia de América, el otro a la de la democracia americana.

LA MONARQUIA EN EL RIO DE LA PLATA

En aquel escenario confuso, resultado del cambio de régimen, "había más desorden material que caos espiri-

tual". Las ideologías estaban definidas. Buenos Aires, que tuvo la gloria de encender el foco revolucionario, se encargaría, muy pronto, de apagarlo. Con sus directorios, sus juntas, sus cabildos, la enorme fuerza del clero español influyendo pesadamente sobre aquella sociedad patricia, era la metrópoli española transplantada al Plata, donde anhelaba seguir rigiendo, la vida política, administrativa, económica y social de las provincias. Representaba el espírtu conservador español, encarnado en hombres americanos. En consecuencia, nació muy pronto en ellos la idea de levantar un trono en el antiguo virreinato, teniendo por capital a Buenos Aires. Contribuían las ideas predominantes del siglo y la efervescencia anárquica que cundía por el continente.

Hagamos constar esto último en descargo del asombro que nos causa hoy comprobar, que los hombres más destacados de la sociedad porteña, por su ilustración, talento o patriotismo, pues ni el mismo Rivadavia ni Belgrano, cuyos servicios a la causa de la independencia son innegables, se libraron de acariciar esta idea y de luchar por realizarla como única solución.

Pusieron tal tenacidad por alcanzarla, que llegaron a sobreponerse a los fracasos y desaires recibidos en las cortes. Primero en la española, luego en la británica, portuguesa, francesa; por último pensaron restaurar el imperio de los incas, desaparecido con Atahualpa hacía más de dos siglos, a propuesta del general Belgrano en el congreso de Tucumán.

Frente a este grupo monarquista, encabezado por el directorio y la Logia Lautaro, se levantaba Artigas enarbolando la bandera de la república federal, semejante a la constituída por los Estados Unidos. Le seguían los pueblos provinciales, a cuyas tropas algunos historiadores han llamado montonera, caudillaje, barbarie... Llámenle como quiera, ¿qué importa el nombre? Es innegable que en esa tierra, tan inculta como fértil, habían arraigado los principios reivindicadores de la Revolución de Mayo.

Contribuyeron a la tarea de su divulgación por las comarcas argentinas, los ejércitos de Belgrano, Castelli y Balcarce, que si no fueron siempre felices en sus empre-

sas militares, cumplieron la gran misión de propagar el verbo revolucionario.

Las proclamas de Artigas y de los jefes federales, eran claras y terminantes: No querían cambios de tutelajes. Odiaban las cadenas, ya proviniesen de la madre España o de la hija americana, que se presentaba más exigente y cruel dado lo trágico de la hora.

Se le ha criticado acremente a Artigas, acaso no despojado de razón, lo inoportuno del momento para encabezar aquella revolución, cuando aun existían en América fuertes reductos españoles que hacían peligrar la independencia. ¿Habría sido posible derribar un trono, una vez enterradas sus raíces, con los escasos medios defensivos de que se disponía?

Artigas veía el peligro inminente cernirse amenazador sobre el suelo de América; quería evitar que alcanzara a convertirse en irreparable realidad.

Para estudiar este punto nos hemos engolfado en las obras de los principales historiadores argentinos de la época, especialmente en Mitre, el más macizo de ellos, ofreciendo en sus obras abundantísima documentación, como también en Vicente Fidel López, Saldías y otros. De ellos serán, los documentos que probarán hasta qué punto llevaron aquellos hombres los trabajos para implantar un reino en el Río de la Plata.

Esta idea tomó mayor vigor con el establecimiento en Buenos Aires de la Logia Lautaro, creada por San Martín, Alvear, Pueyrredón y los hombres más relevantes del mundo político porteño, que se hermanaron en esa sociedad secreta.

Las asociaciones de esta índole estaban en boga en Europa; nada podía ser más inoportuno que su creación en estos pueblos, cuyo credo era hacer oír y respetar sus derechos.

La afirmación de que San Martín, cuya moral incorruptible lo pone a prueba de toda sospecha, fuese su iniciador, pues más tarde fundó otras similares en Chile y Perú, da la pauta de que creía sinceramente sacar partido de ellas en pro de la independencia, juzgando por el suyo el patriotismo de sus conciudadanos. Desgraciada-

mente no fué así. Desde su fundación fué designado para presidirla el joven Carlos Antonio de Alvear, cuya desmedida ambición fué el sello característico de su personalidad; en seguida hizo de ella un poderoso instrumento para alcanzar sus fines personales, consiguiendo ser ascendido a general apenas tenía 25 años de edad; a los 28, era Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Oigamos lo que al respecto dice Mitre en su "Historia de Belgrano": "Elevado al mando supremo a los 28 años de edad, más por influencia de una camarilla que por el voto público, se creyó en actitud de dominar la situación, y se contrajo a disciplinar al ejército de la capital. Este paso insensato, que puede explicarse por la impaciente ambición de un joven sin bastante madurez en sus ideas, era tan indisculpable como el paso anárquico del ejército del Perú. Así es que Alvear subió al gobierno sin plan, sin ideas, sin fe en la revolución, sin objeto hacia el cual dirigir sus esfuerzos, sobreponiendo su ambición personal; gastó su tiempo y su energía en cimentar su precaria autoridad, en lucha con la opinión, contra las provincias; contra la mayor parte de las fuerzas armadas, que le negó obediencia. Para colmo de desdichas las tropas argentinas se vieron obligadas a evacuar la plaza de Montevideo, dejándola a disposición de Artigas, que también se declaró contra el nuevo director supremo".

Alvear quiso entonces aunar todos sus esfuerzos para cristalizar sus ideas monárquicas. A los quince días de subir al poder ya mandó ofrecer el país a la corona británica, como un presente particular suyo, invocando que la petición de dominio partía de los pueblos, ansiosos de ser gobernados por Inglaterra, cuando sólo había intervenido en el asunto la pequeña camarilla que lo rodeaba.

Con este fin envió como emisarios a don Bernardino Rivadavia y a don Manuel José García con sendos pliegos, uno para el Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, y el otro para Lord Stranford, representante diplomático inglés en Río de Janeiro.

Cuando Rivadavia, que al principio de su carrera política había sido republicano, se enteró de la forma en que iba planteado el asunto que debía tratar en Inglaterra,

halló tal gravedad, que se reservó la nota para sí, porque, según sus palabras, "aquel asunto podía teñirse con los colores del crimen". Aconsejó a su compañero que hiciera lo propio. Ambos se limitaron a solicitar, en forma general, el apoyo del gobierno inglés, aunque pronto se convencieron que no podían contar con él, dada la estrecha alianza que mantenía con España. A continuación transcribiremos las citadas notas, que probarán por sí solas cómo no eran infundadas las reservas de los comisionados. Ambas están firmadas en Buenos Aires el 15 de enero de 1815.

En la que iba dirigida al gobierno inglés, después de expresar que las provincias eran inhábiles para gobernarse a sí mismas; que necesitaban una mano exterior que las dirigiese y contuviese en la esfera del orden, antes que se precipitaran en los horrores de la anarquía, agregaba: "Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno, y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud para libertarlas de los males que las afligen..."

"Es necesario que se aprovechen los momentos, que vengan tropas que impongan a los genios díscolos, y un jefe plenamente autorizado que empiece a dar al país las formas que sean de su beneplácito, del rey y de la nación, a cuyos efectos espero que V. S. me dará sus avisos con las reservas y prontitud que conviene, para preparar oportunamente la ejecución".

Prescindiremos de los comentarios, porque no puede pedirse expresión más clara de una entrega sin condiciones a un poderoso país extranjero.

La nota dirigida al embajador inglés en Río de Janeiro, difiere de la primera porque empieza diciendo grandes verdades; hacía referencia a la irritación producida en el pueblo argentino al saber el envío de un embajador ante el rey inglés, para terminar con una súplica desdorosa, comparando a los habitantes de América con los negros africanos y pidiéndole para ellos la misma protección. Hela aquí: "Ha sido necesaria toda la prudencia política

y ascendiente del gobierno actual, para apagar la irritación que ha causado en la masa de estos habitantes el envío de diputados ante el rey. La sola idea de composición con los españoles los exalta hasta el fanatismo, y todos juran en público y en secreto, morir antes que sujetarse a la metrópoli.

"En estas circunstancias, sólo la generosa nación británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas provincias, que obedecerán su gobierno y recibirán sus leyes con placer, porque conocen que es el único medio de evitar la destrucción del país, a que están dispuestos antes de volver a la antigua servidumbre, y esperan de la sabiduría de esa nación una existencia pacífica y dichosa. La Inglaterra que ha protegido la libertad de los negros en la costa de Africa, impidiendo con la fuerza el comercio de esclavatura a sus íntimos aliados, no puede abandonar a su suerte a los habitantes del Río de la Plata, en el acto mismo en que se entregan a sus brazos generosos". (Mitre: H. de Belgrano).

Nada más elocuente que estas palabras de Alvear, quien al condenar las justas y patrióticas aspiraciones del pueblo argentino, pone con inconsciencia juvenil, pinceladas magistrales reflejando el alma popular de América.

¿Cómo, frente a estos hombres que pensaban y obraban así, no iba a agigantarse, en el concepto de los pueblos, la figura moral de Artigas, oponiéndose tenazmente a la realización de tan humillantes planes?

No en vano lo proclamaban Protector de los Pueblos Libres.

Convencidos los emisarios que nada podrían conseguir en Inglaterra, se reunieron con Belgrano y Sarratea que se hallaban en Europa, a donde habían ido anteriormente en cumplimiento de la misma misión ante el rey de España, sin obtener mejor resultado.

En vista de los reiterados fracasos, pero resueltos a toda costa a traer un rey a Buenos Aires, resolvieron, a propuesta de Sarratea, dirigirse a Roma, donde se hallaba desterrado el ex rey de España Carlos IV, que había sido destronado por Napoleón I y, substituído por su hijo Fernando VII. El fin de la entrevista era interesarlo para

que enviase, como rey de los que fueron sus vasallos, a su hijo Francisco de Paula. Todo marchaba a las mil maravillas, habiendo redactado ya Rivadavia hasta la carta constitucional que debería regir la naciente monarquía, como también el elocuente manifiesto que el flamante soberano lanzaría a sus súbditos, cuando Carlos IV, vislumbrando una ocasión favorable para recuperar su trono y sus dominios de América, se retractó de lo dicho, desbaratando los planes monarquistas.

A continuación vamos a transcribir los párrafos más salientes de la nota, de suplicante tono, en que hicieron la petición al monarca destronado, declarando en la misma "que solo a él reconocían como rey las provincias del Río de la Plata". En consecuencia, considerando nula su abdicación y no pudiendo S. M. trasladarse a Buenos Aires, rogábanle cediera a favor de su hijo Francisco de Paula el dominio y soberanía de las Provincias Unidas, como rey independiente.

Después de extenderse en largas consideraciones del mismo tenor, terminaban con estas palabras: "El favor, señor, que pedimos a las plantas de V. M. en su propio nombre y en el de sus constituyentes, imploran de V. M. como soberano, les otorgue el objeto de su ardiente súplica, y que V. M. se digne extender benignamente su paternal y poderosa protección a tres millones de sus más leales vasallos". (Mayo 16 de 1815). (C. Calvo: H. de la Revolución).

Antes de continuar describiendo la sinuosa ruta que seguían los citados comisionados, obsesionados en cumplir, costare lo que costase, la misión encomendada, vamos a transcribir algunas cláusulas de la carta-constitucional redactada por los mismos para presentarla al ex-monarca, que habla con más elocuencia de lo arraigado que estaba en ellos la idea de levantar un trono, y que publica el citado autor: "La nueva monarquía de la América del Sur, se denominará "Reino Unido del Río de la Plata, Perú y Chile". La corona será hereditaria; la persona del rey será sagrada e inviolable; pero sus ministros serán responsables; el rey mandará las fuerzas, declarará la guerra, hará los tratados, distribuirá todos los empleos,

tendrá a su cargo la administración y nombrará la nobleza compuesta de duques, condes y marqueses. El cuerpo legislativo será integrado por el rey, por la nobleza y representación común. Formarán la Cámara Alta los duques, condes y marqueses; la segunda sólo la formarán los diputados de los pueblos. Ninguna orden del rey será cumplida sin autorización de su ministro. Los jueces serán nombrados por el rey. La nación gozará del derecho de propiedad, de la libertad de cultos y de conciencias, de la libertad de imprenta, de la inviolabilidad de la propiedad, y de la seguridad individual...".

Después de conocer esta declaración constitucional, de sometimiento voluntario a un rey destronado, hagamos una ligera biografía de este personaje, de triste memoria en la historia española. Como rey y como hombre, Carlos IV fué un imbécil, sin dignidad ni carácter; pues había entregado abiertamente el manejo de los negocios públicos a Godoy, astuto cortesano suyo, favorito de la reina, que de simple guardia de corps, llegó a ser ministro y gobernante. Tal estado de cosas provocaba un descontento general en el pueblo y en la familia real, especialmente en su hijo mayor, el príncipe Fernando, que libraba escandalosas querellas con el favorito de su madre, por lo cual el joven se captaba la simpatía popular.

Estas disenciones de familia supo aprovecharlas Napoleón para conseguir que el rey abdicara de la corona española "a favor de su amigo el gran Napoleón", a fin de que pudiera desheredar a su primogénito. Dueño de un nuevo cetro, aquél lo pasó a su hermano José, provocando la célebre reacción popular que durante cinco años ensangrentó el suelo español, cavando aquel heroico pueblo los umbrales de la tumba del emperador francés.

El monarca fué desterrado a Roma, donde permaneció hasta su muerte, siendo más tarde substituído en el trono por su hijo Fernando VII.

Allá lo encontramos, cuando los comisionados de Alvear van a hacerle el ofrecimiento ya descripto.

Ante tan inesperado reconocimiento, al escuchar tantas expresiones de obsecuencia y fidelidad, aquel hombre que jamás realizó nada bueno en su vida de soberano, se

sintió un superhombre. No debe sorprendernos si en el manifiesto preparado expresaba que implantaría en el Río de la Plata dos reinos independientes, para coronar a sus dos hijos, don Carlos y don Francisco de Paula, redactado con estas palabras: "...En tan apurada crisis, las provincias del Río de la Plata han ocurrido a mi real persona por medio de diputados plenamente autorizados, imploran mi real beneficencia y reclaman mi paternal protección. Las provincias del Río de la Plata han sido las primeras que postradas a mis reales pies, protestan que no han reconocido, ni pueden reconocer otro soberano legítimo que yo, y como su rey y padre, claman y piden de mí el remedio de los males que padecen y de las ruinas que les amenaza..." (Saldías: "La Evolución Republicana").

Después de reflexionar un momento sobre lo expuesto, ¿podrá negarse el papel preponderante que le cupo desempeñar a Artigas en el futuro de los pueblos americanos, al oponerse enérgica y tesoneramente a la realización de tales proyectos?

Para apagar el brillo del Sol, necesitan reunirse en abundancia torvas y pesadas nubes. Así los detractores de Artigas han tenido que acumular tormentas de calumnias para eclipsar la luz de la verdad. Pero el triunfo de la mentira, por sólido que parezca, es efímero; le falta raigambre, no resiste las estocadas de la verdad documentada, que se aclara y cimenta a través de los tiempos. Es ella el génesis que da vida y valor a la historia.

Todavía cabe agregar que los diputados de Alvear, en el afán de influir sobre la resolución del monarca, le habían reconocido una renta vitalicia, equivalente a la que recibía de Madrid, siempre que ésta le fuera retirada. En caso de fallecimiento debía pasar, en igual carácter, a su esposa María Luisa.

La nota en que presentaron este asunto, está fechada en Londres el 16 de mayo de 1815, encabezada del modo siguiente:

"Don Manuel de Sarratea, don Bernardino Rivadavia y don Manuel Belgrano plenamente facultados por el Superior Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata para tratar con el rey nuestro señor, Don Carlos IV

(que Dios guarde) a fin de conseguir del justo y piadoso ánimo de S. M. la institución de un reino en aquellas provincias, y cesión de él al serenísimo señor don Francisco de Paula, en todo y la más necesaria forma: Prometemos y juramos por nosotros y a nombre de nuestros comitentes. . ."

Ningún ofrecimiento fué bastante para decidirlo, cuando el ex rey, vislumbrando una posible vuelta al trono, se retractó de lo pactado.

Con este nuevo fracaso, la misión se deshizo y resolvieron volver a Buenos Aires. Mas Rivadavia todavía intentó hacer, por parte suya, una nueva tentativa ante Fernando VII, en la cual había fracasado Sarratea; con este fin se dirigió a Madrid. Allí se encontró con que el rey preparaba una expedición de diez mil hombres, en Cádiz, con el fin de recuperar sus colonias. No obstante, Rivadavia trató el asunto, proponiendo instaurar una monarquía hispano-americana. Todo iba bien; pero Rivadavia tenía a su lado a Sarratea, el cual no le permitiría nunca que triunfara allí donde él no había podido. Recurrió a las intrigas, que fueron siempre sus armas de combate.

A este respecto, dice el Dr. López: "Al dar este paso, Rivadavia no había contado con la perfidia de Sarratea, con el vil proceder de este intrigante, que podía clavarlo en una situación harto desairada y no poco peligrosa, denunciando ante la corte de Madrid, que no tenía papeles ni instrucciones; por lo cual, aunque Rivadavia reconocía el vasallaje de los pueblos del Río de la Plata, recibió orden de salir inmediatamente de España". Mientras Rivadavia hacía estas últimas tentativas en Europa, Belgrano, desilusionado, se vino a Buenos Aires dispuesto a restaurar la monarquía incásica, ya sola, ya enlazándola a la casa de Braganza, en Portugal.

Entregado con entusiasmo a hacer triunfar esta idea, lo encontraremos en el histórico congreso.

EL CONGRESO DE TUCUMAN

Corría el año 1816, señalado en la historia de Amé-

rica por dos grandes acontecimientos: la invasión portuguesa a la Banda Oriental y el Congreso de Tucumán, realizado el 9 de julio para proclamar la independencia argentina. Una vez efectuado este hecho fundamental en la vida de un pueblo, surgió como lógica consecuencia, determinar la forma de gobierno que había de dársele. Aunque la idea monarquista primaba en aquel ambiente, las opiniones estaban divididas. Belgrano y todos los diputados del Alto Perú pugnaban por restaurar el trono de los incas; proponiendo por capital a la ciudad de Cuzco. Los diputados porteños anhelaban hacer triunfar sus ideas monárquicas para traer algún príncipe de Portugal, por cuya causa venían trabajando desde hacía tiempo. Artigas, en conocimiento de esta complicidad con su enemigo, no había querido enviar representantes de las provincias a su mando.

A pesar de primar en el congreso el elemento realista, la opinión pública argentina, con esa visión intuitiva, propia de las multitudes cuando hay un peligro, era abiertamente republicana. Era inútil que los asuntos se trataran en el misterio de las logias; el pueblo los intuía, los sabía, los desaprobaba, rebelándose a la sola idea de ver levantarse un trono en su suelo natal.

Fué esa fuerza invisible, casi sin representación en el ambiente de Tucumán, la que influyó para que aquel proyecto no tuviera inmediata aprobación. Fueron otra vez los diputados provinciales los que salvaron la enseña republicana, levantada por el diputado cordobés Fray Santa María del Oro, quien afirmó resueltamente "que para decidir la forma de gobierno era necesario primero consultar a los pueblos".

Así lo hace constar uno de los congresales enviados por Buenos Aires, el doctor Antonio Saenz, de cuyas declaraciones publicadas por Mitre, transcribimos los siguientes párrafos: "Luego que se declaró la independencia, los diputados por Buenos Aires nos propusimos entrar en la tarea de la constitución. Pero en este primer paso encontramos un atolladero tal que nos obligó a volver atrás, dejándolo enteramente abandonado. La desconfianza, el desafecto y la rivalidad contra Buenos Aires se

habían descubierto públicamente desde que llegamos aquí..."

"Ya habíamos sufrido en el Congreso el reproche de que se nos dijese que el gobierno de Buenos Aires era una jerga rota con quien nadie quería taparse".

Como vemos, aquel histórico congreso no pudo hacer triunfar sus ideas porque era inmenso el peso de la opinión popular que las repudiaba. Aunque públicamente no llegó a imponerlas, siguió trabajando en secreto, conjuntamente con el directorio, para coronar a un príncipe de Portugal. Con tal fin hicieron invadir la Provincia Oriental por el general Lecor, apenas transcurrido un mes de aquellas memorables sesiones; lo que provocó una reacción de protesta y dolorosa angustia en ambas márgenes del Plata, al ver amenazada su independencia.

Contribuía a ilustrar la opinión pública el diario "La Crónica", comentando valientemente el peligro que para la vida nacional representaba esa invasión, por cuyo motivo fué clausurado y sus directores y colaboradores enviados al destierro. De modo que por defender la causa de la independencia, en el momento en que la proclamaba aquel histórico congreso nacional, marcharon al exilio el coronel Dorrego y Manuel Moreno, dueños y redactores de "La Crónica", junto con Pazos, Agrelo, French, y otras destacadas personalidades.

Desde el destierro podían hablar claro, contribuyendo a iluminar la conciencia del pueblo argéntino, que se agitaba patrióticamente, como fiera enjaulada, al ver que su gobierno permanecía impasible ante el avance de los invasores a la Provincia Oriental, quienes fácilmente se extenderían al otro lado del Uruguay, dado que sólo se oponía la débil, pero tenaz resistencia de Artigas. Aquel esfuerzo, grande por el heroísmo y el ideal, fué combatido por los gobernantes de entonces; y ha sido peor juzgado por los historiadores, después.

Mitre mismo, reconoce y expresa con abundante documentación la connivencia de aquellos directorios con los portugueses, y al referirse a la heroica resistencia de los orientales, llega a prodigar elogios a los soldados; pero escuchemos como juzga a su jefe: "A pesar de tantos y

tan severos reveses los orientales no desmayaban en su heroico empeño. Defendían el suelo patrio y su independencia contra la invasión injusta de un poder extraño, que tomando por pretexto la anarquía del limítrofe, sólo era movido por su ambición y su codicia.

"Solos, mal mandados, mal tratados, mal organizados, casi sin armas y desprovistos de todo, se mostraban, empero, resueltos a hacer el último esfuerzo. Artigas, acaudillando esa valerosa resistencia, se habría levantado ante la historia, si hubiera poseído algunas de las cualidades del patriota y del guerrero. Pero desprovisto de toda virtud cívica, de toda inteligencia política y militar, hasta del instinto animal de su propia conservación, habría preferido que su patria se perdiera antes que reconciliarse con sus hermanos, y se había hecho derrotar miserablemente en todas partes, lo mismo que sus tenientes, sin tener una sola inspiración generosa, ni acertar una sola vez a combinar medianamente la más vulgar operación de guerra.

"Jamás causa más sagrada, fué acaudillada por un ser más indigno e inepto, ni sostenida por soldados más llenos de abnegación...

"No por tantas y tan fáciles victorias, los portugueses se habían adueñado del país. Señores de las fronteras del Cuareim y de las de Cerro Largo, protegidos por una poderosa escuadra, los portugueses no eran dueños sino del territorio que pisaban.

"Después de la derrota de Catalán, Artigas reconcentró la defensa al interior del país, haciendo el desierto al invasor a todo lo largo de la frontera Norte. Don Fructuoso Rivera, rehecho de la última derrota y reforzado con las tropas salvadas de Montevideo, retiró todas las subsistencias de alrededor de la plaza y estableció un bloqueo formal, reduciendo a Lecor al recinto de las murallas.

"De este modo los ejércitos de Montevideo y del Cuareim quedaban interceptados y todo el interior del país en poder de sus defensores..." (Mitre: H. de Belgrano).

Surgen de este documento juicios contradictorios como vamos a verlo.

La pluma vigorosa del historiador describe el trágico escenario que ofrecía la campaña oriental, partiendo de la batalla de Catalán, es decir, del 4 de enero de 1817. Después de pintar el desamparo en que combaten los orientales, niega a su jefe *"toda virtud cívica y cualidades de patriota y de guerrero"*.

A pesar de la superioridad del ejército enemigo, de estar protegido por una poderosa escuadra, los portugueses *"sólo eran dueños del terreno que pisaban"*. Despoja a Artigas de *"una sola inspiración generosa, de capacidad para acertar una sola vez a combinar la más vulgar operación de guerra"*. Describe cómo en cuatro meses de lucha *"aquellos orientales, solos, mal mandados, mal tratados, mal organizados, casi sin armas y desprovistos de todo, han logrado retirar todas las subsistencias de los alrededores de la plaza de Montevideo, establecer un bloqueo formal, reducir a Lecor al recinto de las murallas"*, bajo el mando de Rivera. Mientras Artigas *"reconcentrando las defensas en el interior del país, ha logrado hacer el desierto al invasor a todo lo largo de la frontera Norte, aislando totalmente los ejércitos portugueses, del Sur y del Norte, y en consecuencia, dominando todo el territorio del centro del país"*.

¿Qué más se puede pedir, humanamente, a un jefe que lucha en las condiciones adversas que el mismo historiador describe? ¿Qué más se puede exigir, que en esa forma haya resistido durante cuatro años, hasta que al fin vencido, pero no moralmente quebrado, pasara al otro lado del río, a fin de rehacerse, para volver a la liza?

¿Puede un historiador, a quien le sobra capacidad para abarcar en una mirada el cuadro que describe, negar a ese hombre cualidades de patriota y de guerrero, si obrara con el espíritu libre de rivalidades localistas?

Afirma que la causa era sagrada porque *"los orientales defendían con heroico empeño su suelo patrio y su independencia, contra la invasión injusta de un poder extraño"*; a su jefe que supo sobreponerse, en aras de esa misma causa, *"hasta al instinto animal de su propia conservación"*, sin que la sombra de la claudicación oscureciera su trayectoria, lo presenta como a *"un hombre desprovisto de toda virtud cívica y de toda inteligencia polí-*

tica y militar" agregando *"jamás causa más sagrada fué defendida por un ser más indigno e inepto"*.

Sabemos que los soldados no son más que realizadores autómatas de las órdenes de quien los manda, sea justa o injusta la causa porque luchan. Si la que defendían los soldados de Artigas era sagrada ¿por qué se abominaba contra su jefe, que los inspiraba, los dirigía y los acompañó siempre, sea cual fuere la suerte que corrieran?

En este caso es imposible separar la idea que crea de la acción que realiza, porque cerebro y brazo están consubstanciados a un corazón que siente profundamente un ideal, al cual ha consagrado la vida, superponiéndolo a los intereses humanos.

Mitre, además, censura a Artigas *"haber preferido que su patria se perdiera antes que reconciliarse con sus hermanos"*; olvida que en aquellos momentos los argentinos estaban divididos por ideas en monárquicos y republicanos. Los primeros, representados por la pequeña oligarquía adueñada del poder, por lo tanto la más peligrosa, porque obraba a espaldas de su pueblo en connivencia con el enemigo. Y era ante ella que se erguía altivamente Artigas, mientras confraternizaba con la parte mayoritaria del pueblo argentino, hermanados en los mismos ideales por ser republicana.

Sólo podía alzar su voz y rebelarse gallardamente en las provincias, dado que en Buenos Aires el elemento monarquista, desde el poder, hacía sentir el peso de su autoridad opresora. Ya hemos visto salir camino del destierro a los dirigentes republicanos, por ilustrar al pueblo desde las columnas de "La Crónica".

En consecuencia, si Artigas en aquellos momentos decisivos se hubiese unido al grupo gobernante, al cual el ilustre historiador argentino llama "sus hermanos", ¿quién habría defendido la causa republicana en el Río de la Plata?

Mitre reconoce, aprueba que el pueblo argentino fuese contrario a la monarquía y al pequeño grupo que la propiciaba; pero no quiere reconocer que Artigas era su único defensor, al defender su ideal republicano; in-

siste en presentarlo ante la historia como un elemento disolvente y anárquico.

En tal sentido, dice a continuación:

"Estas peripecias de la guerra en la Banda Oriental repercutían dolorosamente en el corazón de los argentinos, embravecían las resistencias anárquicas del litoral contra el gobierno general y daban pábulo a la oposición que fermentaba en Buenos Aires".

¿A qué se debía esa oposición que fermentaba en Buenos Aires y se extendía por el litoral, sino a que el pueblo argentino sabía que se estaba tramando la coronación de un principe extranjero, y veía, con la verdad de los hechos, que el sacrificio de los orientales era la única valla que se oponía al invasor de su propia heredad?

Para completar el cuadro, oigamos lo que escribe el citado autor:

"Los pueblos anarquizados y los caudillos anárquicos, desenvolvían fuerzas que de otro modo hubieran permanecido latentes, destruyendo con ellas el edificio viejo, obstando con su resistencia inconsciente a que triunfaran proyectos bastardos como los de Sarratea, Belgrano y Rivadavia, en Londres, y los de García en Río de Janeiro. El mismo Artigas, con su brutalidad y sus instintos disolventes, representaba ante la sociabilidad argentina un principio de vida más transcendental que el que sostenía el diplomático argentino en la corte del Brasil, empujando o creyendo empujar a las tropas para eliminar una fuerza, que aunque bárbara, era una fuerza cuya pérdida debía debilitar el organismo argentino.

"Por eso ante la imaginación ardiente de los contemporáneos, lo mismo que ante el juicio sereno de la posteridad, la política tenebrosa que venimos historiando ha sido igualmente condenada, porque ella, sin resolver ninguno de los problemas de la revolución, los complicaba.

"Sacrificaba el porvenir de la república a los miedos del momento, y dado que sus designios se realizacen, enervaba por una serie de degeneraciones las fuerzas de un pueblo independiente y libre, degradando el carácter nacional, y hasta renegando de la propia raza.

"La opinión pública de la época, lo sentía y lo com-

prendía casi por instinto de conservación. Así es que cuando surgió el federalismo en Buenos Aires, oponiendo obstáculos a la consolidación de un poder central, y al desarrollo vigoroso de la revolución, el pueblo adivinó que la inercia del gobierno de Buenos Aires ante la próxima invasión portuguesa, que entonces se anunció, (junio de 1816) importaba una complicidad con ella.

"Lo era en efecto, puesto que como se ha visto, él estaba perfectamente impuesto, desde 1815, de las miras del gobierno del Brasil, y no ignoraba que tropas portuguesas marchaban a ocupar Montevideo, sin que hasta entonces hubiera dado muestras de pensar en algo, siquiera fuera estar prevenido contra toda emergencia, al menos para garantir la integridad territorial del pueblo argentino".

Nada más concluyente que esta declaración del historiador, para probar la complicidad del directorio en la invasión portuguesa. Pero Mitre se empeña en negar a Artigas la valiosa participación que le cupo y en no reconocerlo como jefe autóctono de los pueblos provinciales, único defensor de la causa republicana, en los momentos en que crujían los débiles cimientos de nuestras incipientes nacionalidades.

Nos pasma que un hombre de la talla del general Mitre se empequeñezca pretendiendo negar lo innegable, lo que no puede ocultarse a la luz de su talento, que llega a describir magistralmente el cuadro americano de la hora, y pretende no ver las proporciones colosales del héroe, que encarnando los ideales republicanos, opone solo su pecho, sin más coraza que la justicia de la causa que defiende, ante aquella inicua invasión a los territorios del Plata.

Imposibilitado el autor de quitar de la escena aquella figura central, la deforma, dándole unos brochazos de brutalidad e inconsciencia, de bárbaro y anárquico. Sólo logra engrandecer al hombre, pues ¿cómo ese bárbaro e inconsciente veía más claro y obraba con más inteligente decisión que aquellas cabezas, plenas de ilustración y de talento, que iban a postrarse ante las cortes europeas, presentando la raza americana como incapaz de dirigir sus destinos?

Censura este proceder la justicia del historiador; pero no alcanza a reconocer a Artigas como único salvador de los principios republicanos en el Río de la Plata.

Esperamos que el tiempo, como el agua que en su eterno correr va limando aristas a los guijarros, logre suavizar asperezas, hasta que un día surja del alma del pueblo argentino la voz de la verdad que reivindique la memoria del hombre, que, como ninguno, comprendió sus íntimos anhelos y se sacrificó por ellos.

Sigamos estudiando, en autores argentinos, aquel momento histórico; hallaremos que los hombres dirigentes se sucedían unos a otros, pero siempre inflexibles en su línea de conducta, tendiente a levantar un trono en la metrópoli argentina.

Vemos desfilar por la más alta magistratura a los directores Posadas, Alvear, Pueyrredón, Rondeau, Sarratea, etc., sin que ninguno vea que jugando con el futuro de un pueblo, por salvar dificultades del momento, lo arrastran ciegamente a un precipicio.

Cuando en 1812, el patriota Belgrano, aunque cegado después por la vorágine monarquista, creó la bandera que hoy ostenta la República Argentina, y la izó por primera vez, recibió una severa reprimenda del directorio, con la prohibición de volver a enarbolar aquella enseña que enardecía en el pueblo los anhelos de justicia y libertad.

Después del congreso de Tucumán y de los fracasos que conocemos, siguieron los trabajos por coronar a un infante portugués, con no menos ardor y tenacidad que los que hemos visto realizar ante Inglaterra y España. La restauración de la monarquía incásica tuvo también sus adeptos, pero sin resultado. Por fin, cuando en 1820, después del triunfo de Cepeda, las tropas federales entraron en Buenos Aires y obligaron a publicar las actas secretas de sus sesiones, el pueblo argentino se sorprendió al saber que estaban adelantadas las gestiones para coronar al príncipe de Luca. Era éste un noble francés, de arruinada fortuna, soltero, sin herederos, por lo cual se proponían casarlo con una princesa del Brasil, a fin de que los portugueses, interesados en el asunto, evacua-

ran la Banda Oriental, que entraría a formar parte del nuevo reino.

Todo parecía encarrilarse bien, cuando acontecimientos ulteriores, deshicieron el impopular andamiaje directorial.

ARTIGAS FRENTE AL JUICIO DE LOS BRASILEÑOS

Algunos historiadores brasileños que hemos consultado, demuestran ser algo más justicieros para juzgar a su adversario, que los argentinos, al describir la campaña artiguista, 1816 - 1820, que acabamos de historiar.

Oigamos lo que dice al respecto Pereira Da Silva en "Historia da Fundaçao do Imperio Brazileiro": "Rechazado de las fronteras de Río Grande y de la parte superior de Entre Ríos, hallábase Artigas como aprisionado entre el Brasil, el Paraguay indiferente, pero igualmente adversario suyo, y las tropas de Lecor, que habían subyugado a Montevideo... Maniobraba todavía el caudillo en la campaña de Montevideo y en Corrientes, donde había un delegado de su suprema autoridad, lo mismo que en la provincia de Entre Ríos, oprimiendo a los pueblos bajo su dominio. No le faltaban soldados, aunque los dividía en partidas de guerrillas para fatigar a sus adversarios.

"Había puesto en armas a más de 12.000 hombres, obligando a todos los que podían servir, nacionales o extranjeros, ricos o pobres, casados o solteros. En vez de pagarles sueldos, dábales en indemnización lo que robaban o cargaban. Nada gastaba en su alimentación, pues tomaba de las estancias y propiedades, abundantes en el país, vacas y ovejas... Tampoco compraba caballos que el territorio producía en cantidad abundante, de la que cada cual robaba lo que quería. Mudaba a cada instante de campamento y en breves horas recorría distancias asombrosas...

"No vencía en campo raso y batallas regulares. Fatigaba, quebraba, desmoralizaba al adversario con marchas y contramarchas, movimientos y apariciones bruscas... No estaba el general Lecor habilitado para estas luchas... A las puertas de la ciudad osaban las guerrillas

acercarse, llegada la noche, para realizar correrías, proferir amenazas, insultar al jefe del ejército. Cuando éste salía de muros lo hacía sólo para recorrer las poblaciones próximas y arrebatar provisiones y ganados"... Eran difíciles asimismo las comunicaciones por el lado del mar. Partidas inmensas acometían a las fuerzas durante las marchas. Las del interior y de los cerros eran dirigidas por Frutos Rivera, el más importante de los tenientes de Artigas, que vigilaba y acechaba desde las cimas, como un águila posada en las cumbres de los montes, para descargarse sobre la presa cuando juzgaba propicio el momento.

"Artigas tenía su cuartel general sobre los cerros de Santa Ana, en medio del país, y desde allí expedía sus órdenes y dirigía fuerzas y partidas militares... No era posible ir a buscarlo en sitio tan perfectamente preparado por la naturaleza, para la más segura e inexpugnable defensa..."

Escuchemos ahora lo que al respecto dice el historiador Constancio en "Historia do Brazil":... "Continuó la guerra en 1817, saliendo victoriosas las fuerzas portuguesas en todos los encuentros, pero sin poder conseguir el aniquilamiento de las fuerzas de aquel jefe de bandas, que a la manera de los beduínos o de los tártaros, se dispersaban después de las derrotas y volvían a reunirse en un sitio convenido. Sin bagajes, montados en ágiles y veloces caballos, diestros en el manejo de las armas, y rápidos para desmontar en medio de la carrera, eran terribles enemigos en las vastas planicies de aquellas regiones. Y la lucha prosiguió en 1819, quedando Artigas siempre batido y nunca del todo vencido, en repetidos encuentros de poca importancia y sin ningún resultado para nosotros.

"Este jefe atrevido e infatigable, después de algunas ventajas parciales, sufrió una completa derrota en Tacuarembó, el 22 de Enero. Pero a pesar de este hecho continuó la malhadada lucha, cuyo éxito no debía aprovechar ni a Artigas ni al Brasil y que sólo sirvió para asolar a aquellas vastas campiñas. El Ministerio celebró así mismo esta campaña como un gran triunfo, y anunció con jactancia que en breve quedaría consumada la

ruina de Artigas... Bien pronto se disiparon estas ilusorias esperanzas..."

Creemos innecesario seguir adelante para ver el cuadro que ofrecía la resistencia de Artigas al empezar el año 20. Los autores citados, adversarios suyos, han logrado bastante justeza en el conjunto de los hombres, las cosas y la época. No obstante, es de observar que el primero de los citados historiadores se expresa en esta forma: "En vez de pagarle sueldos a sus soldados, le daba lo que robaban o cargaban... "Nada gastaba en su alimentación, porque tomaba de las estancias vacas y ovejas".

¿De dónde iba a sacar Artigas fuentes de recursos para pagar y alimentar a sus soldados, sino de la producción del suelo que defendía? Era la contribución del pueblo oriental a los esforzados defensores del solar nativo. El invasor, con menos derechos, ¿no hacía lo propio?

En el concepto del historiador, cuando Artigas obraba así, *robaba;* cuando lo hacía Lecor, *arrebataba provisiones y ganados...*

El segundo es más justiciero. Su espíritu sereno revela más bien admiración y respeto, que odio hacia su adversario. Describe la pujanza indómita del luchador y termina reconociendo la esterilidad, para ambos, de aquella lucha, a pesar de la victoria alcanzada por el Brasil.

Pereira da Silva, agrega: "No es sin embargo Artigas, hombre de abatirse por los reveses...

Por eso sólo pudo ser vencido con las armas de la traición, que nunca empleó. Su alma de varón, formada de probidad y rectitud, jamás osó ofender a sus compañeros de luchas y sacrificios con las sombras de la duda, confiando en ellos con lealtad de hermano.

A veces, los grandes espíritus suelen ser un tanto candorosos; talvez porque mirando a los demás a través de su alma, ven en ellos el reflejo de sus virtudes. En consecuencia son víctimas del engaño y la perfidia. Hay momentos en la vida del héroe que nos presentan este aspecto de su personalidad; a pesar de las lecciones que el mundo le ha enseñado, cree ver en los demás la sinceridad que halla en sí mismo.

SOMETIMIENTO DE RIVERA

El año 1820 se anuncia en el escenario de la lucha con tonalidades de tragedia. Los vientos de la derrota, zumban sobre los campos de Tacuarembó.

El héroe no se descorazona, dada su fortaleza espiritual. Sabe lo que es la guerra: una mezcla de triunfos y derrotas. Piensa que aun le queda Rivera con su división, último baluarte de las debilitadas fuerzas orientales, que por no haber tomado parte en la batalla citada, se había salvado del desastre. Además, del otro lado del río, el prestigio del protector conservaba su pujanza, que pronto veremos aumentado con el triunfo de Cepeda y el derrumbe del poder directorial.

No obstante, las victorias de los jefes artiguistas Ramírez y López, eran armas de dos filos, que supo aprovechar la hábil diplomacia bonaerense para hacer volver aquellas espadas triunfadoras sobre su jefe, vencido en Tacuarembó. Era un momento difícil, decisivo. Uno de esos momentos terribles, en la vida de los hombres y de los pueblos.

Artigas necesitaba más que nunca disponer de un ejército organizado y fuerte, capaz de detener las ambiciones de sus tenientes, desatadas por los triunfos obtenidos, estimulada por la oligarquía recientemente destronada de sus posiciones. Esta veía en los jefes triunfadores los instrumentos necesarios para alcanzar una fácil revancha sobre el protector.

Si Artigas hubiese contado con fuerzas suficientes, es presumible que Ramírez no se habría animado a erigirse en su rival, y al haberlo hecho, la lucha hubiera sido más equitativa; probablemente la victoria se habría inclinado hacia Artigas que conservaba su prestigio en las provincias del litoral, mientras Ramírez era considerado como subalterno suyo.

Al fin de reorganizar su ejército, se dirigieron los esfuerzos del protector. Una de sus primeras resoluciones fué ordenar a Rivera que marchara a reunírsele para pasar juntos a Corrientes, donde convocarían las milicias locales, al mismo tiempo que las de Misiones; pues

allí el indio Siti, sucesor de Andresito, comandaba un ejército de 1500 hombres; con estas fuerzas reunidas formarían un ejército respetable.

Pero a aquel espíritu incorruptible lo perseguían las furias de la deslealtad.

¿Cómo Artigas iba a dudar de la constancia de Rivera, soldado patriota, valiente, que lo había acompañado durante nueve años, en una lucha cuyos sacrificios iban siempre en ascenso y en la cual habían ido dejando juntos jirones de sus vidas, mezclados con trozos de ideales, amarguras y desesperanzas.

Ambos estaban unidos por larga y vieja amistad de familias. El único hijo que Rivera dejara de su matrimonio con doña Bernardina Fragoso, fué bautizado por Artigas; ya sabemos que este sacramento era considerado entonces como un lazo familiar. Sus vidas estaban unidas por el deber y un acendrado afecto; el tiempo y los azares de la lucha habían creado raigambre en sus espíritus. Lo prueba la correspondencia de ambos, en la cual, con frecuencia, Artigas da a Rivera los títulos afectivos de "compadre y amigo". Sin embargo, en aquel momento supremo, no encontró en él el apoyo que esperaba.

Así lo hace constar el mismo Rivera en un extenso oficio que dirige a Lecor desde Tres Arboles, el 2 de marzo de 1820; oficio que publica de María en su "Compendio de Historia", y cuyos párrafos finales son los siguientes:

"No contrariar esos principios es la razón por que convoqué a todos los jefes y oficiales de mi mando, invitándolos a la obediencia del gobierno de la capital, para evitar los males que se seguirían necesariamente de cualquier resistencia de mi parte. Verificóse el reconocimiento, como V. E. lo ha deseado, y el documento que lo acredita se entregó en manos del teniente coronel don Manuel Carneiro..."

Una vez de realizado el sometimiento, y después de disolver sus fuerzas, se puso Rivera en viaje hacia Montevideo con una escolta de cien hombres. Su jefe, pasmado de la inconstancia y versatilidad humanas, pasaba al otro lado del río, abandonado, solo, sin saber que se alejaba para siempre de su suelo natal. Allí dejaba vibrando en cada árbol, en cada encrucijada de las sierras y en cada

piedra de los caminos que recorriera, una nota de gloria y de dolor, con las que se escribiría más tarde la historia de la patria oriental, que es la historia de su vida, de hombre, de soldado, de apóstol de la democracia.

La opuesta actitud de estos dos hombres en un momento culminante de su obra común, permite ver su diferencia espiritual. Rivera mira el presente desolador y sombrío, se descorazona ante tantos reveses, y resuelve abandonar la liza por la pendiente que han seguido casi todos los prohombres de la revolución. Aunque más tarde lo veremos de nuevo luchando gallardamente por los mismos postulados libertarios en los campos mortales de Rincón y las Misiones.

Artigas, ni un momento vacila en seguir el camino que se marcó a sí mismo. No importa que la realidad lo venza, el ideal lo sostiene. Sacando fuerzas de su fe, arenga a sus fieles, les transmite la conciencia del deber, y resuelve con sus diezmadas fuerzas cruzar el río patrio; si el Jefe de los Orientales ha sido vencido, aun permanece el Protector de los Pueblos Libres.

Pasada la frontera, Artigas redobla sus trabajos por reorganizar su ejército, a fin de luchar contra su ex aliado Ramírez, que, triunfante, no había querido exigir del nuevo gobierno de Buenos Aires la declaración de guerra a Portugal, fin principal de aquella cruzada.

El almirante Sena Pereira en sus "Reflexiones sobre el Río de la Plata", pinta el sometimiento de Rivera:

"Mediante un simple convenio de sumisión y lealtad, del que fué mediador y garante don Julián Espinosa, Rivera quedó incorporado a nuestro ejército, en el mismo grado en que se hallaba, comandando un regimiento de caballería de línea en su totalidad compuesto de orientales".

"Pocas son las naciones que se muestran tan generosas con sus más implacables enemigos!"

Este documento del escritor portugués, concuerda con lo expresado por Rivera.

El conde De Figueiras condensa el mismo acontecimiento en dos oficios, fechados el 14 y 17 de febrero de 1820.

El primero se expresa así: "En estos momentos el territorio de Montevideo queda evacuado por las tropas de

Artigas, y tal vez de las que pertenecieron al mando de don Frutos Rivera, porque la gran derrota que sufrió el primero debilitará el entusiasmo del segundo.

Es de gran importancia este documento, no sólo por su valor intrínseco, sino porque nos suministra el conocimiento de la fecha exacta en que nuestro prócer abandonó su tierra: 14 de febrero de 1820. No se conocía con exactitud antes de la publicación de este oficio, por Homen de Mello, en la "Revista Trimestral" de Río Grande.

El otro documento dice: "Por los datos que contiene la referida comunicación hay todas las probabilidades de que Fructuoso Rivera, despreciando el llamamiento de Artigas, y desapoderándose de la mayor parte de sus tropas, retrogradó con cien hombres, con la idea, sin duda, de ir a presentarse a algunas de las autoridades que operan en la capitanía de Montevideo, porque si sus ideas hubieran sido otras no desmembraría su partida y al contrario, procuraría reforzarla o reunirse con Artigas como éste deseaba".

"Cuando Rivera llegó con su escolta a Canelones, dice el Dr. Acevedo, ya estaba allí el general Lecor para presidir la ceremonia del sometimiento de la última columna del ejército artiguista que quedaba en pie".

Hoy, los historiadores, al influjo de la serenidad que van dejando los días, hallamos explicación al proceder de Rivera en lo crítico y angustioso del momento que atravesaba. Este atenuante no pudo tener cabida en el espíritu del jefe dada su voluntad de dominio y su fe en la justicia de la causa que sustentaba.

FUNESTAS CONSECUENCIAS DE UNA VICTORIA: CEPEDA

Vemos partir al héroe de su tierra, con dolor pero sin desaliento; la causa federalista se extendía pujante hasta la ciudad de Buenos Aires, amenazando derrumbar el directorio y el congreso de Tucumán, trasladado a la capital desde 1817, a pedido del director Pueyrredón; "para que fuera a ayudarle a soportar la carga que le creaba la opinión pública, unánimemente opuesta a su gobierno".

Estando las cosas en tal estado, Artigas comprendió

que era el momento para dar el golpe en la capital, y terminar con el foco monarquista allí existente, encaramado en las alturas del poder. Confió esta audaz empresa a sus dos jefes aliados, los gobernadores de Entre Ríos y Santa Fe, generales Francisco Ramírez y Estanislao López, poniendo en sus manos aquella célebre conminatoria, cuyas palabras tienen la altivez del vencedor, no del vencido.

Hela aquí: "Merezca o no V. S. la confianza de los pueblos que representaba es al menos indudable que V. S. debe celar los intereses de la nación. Esta representa la pérfida coalición de la corte del Brasil y la administración directorial. Los pueblos revestidos de dignidad están alarmados por sus intereses y por los de América. V. S. decida con presteza. Yo, por mi parte, estoy decidido a proteger la justicia de aquellos esfuerzos. La sangre americana en cuatro años ha corrido sin la menor consideración: al presente V. S. debe economizarla si no quiere ser responsable de las consecuencias ante la soberanía de los pueblos".

Ramírez y López, cumpliendo órdenes de Artigas, marcharon sobre la capital argentina, siendo el mismo director Rondeau, que acababa de substituir a Pueyrredón por renuncia de éste, el encargado de detener las fuerzas federales.

Ambos bandos chocaron en Cepeda, el 1º de febrero de 1820, alcanzando éstas un resonante triunfo, que fué la antesala de la caída de aquel gobierno sin calor popular.

Ramírez, a cuyo cargo inmediato iban las tropas, dirigió desde el mismo campo de batalla una vibrante proclama al pueblo bonaerense; y el gobernador López se dirigió al cabildo, por ser la autoridad más representativa del pueblo argentino, haciéndole proposiciones de paz sobe la base de la disolución del directorio y del congreso. Le adjuntaron también la nota de Artigas, ya transcripta, manifestando siempre que ambos obraban como subordinados del caudillo oriental. No obstante, los historiadores argentinos que hemos consultado, tratan de desvirtuar esa declarada subordinación, presentando a los caudillos provinciales obrando por su cuenta, anulando al fundador del federalismo cisplatino.

La nota de Artigas fué pasada al congreso, resolviéndose solicitar la cooperación del cabildo a los fines de pa-

cificación, y contestada en la siguiente forma: "Ha sido puesta en este Ayuntamiento la nota de V. S. del 27 de diciembre último, en que lamentando la inutilidad de los esfuerzos de este pueblo recomendable, siente que ella traiga su origen de complicaciones con el poder directorial.... Mas si cree V. S. que al terrible estruendo de una borrasca, suceda lo apacible de una calma risueña, V. E. debe congratularse de que llegó para nosotros ese momento precioso. Un nuevo orden de cosas se ha sucedido en Buenos Aires, inmoble de sus antiguos principios liberales marcha hacia la paz, por la que ansían los pueblos todos.

"En este mismo momento se prepara por la Municipalidad una diputación al Gral. don Francisco Ramírez, para que cerca de su persona levante los preliminares de un tratado de paz, que sea la obra de la fraternidad y el iris deseado de nuestras discordias. Bien pronto va a ver V. S. que Buenos Aires merece el título de recomendable, que sabe apreciar los sentimientos de los demás pueblos hermanos y que se caracteriza no menos la buena fe que la más acendrada sinceridad.

"V. S. crea que sus votos son hoy los de la fraternidad y armonía y que si ella pudiera correr a la par de sus deseos, hoy mismo quedaría sepultada para siempre la horrible discordia, y afirmado por todas las provincias el estandarte de la unión".

Ramírez, desde su campamento, se había dirigido también al pueblo, expresándole que una vez disueltas las actuales autoridades, tenía el derecho de elegir, sin temor, el gobierno provisorio que más le conviniera, agregando: "Apenas nos anunciéis que os gobernáis libremente, nos retiraremos a nuestras provincias a celebrar los triunfos de la nación y a tocar los resortes de nuestro poder, para que no se dilate el día grande en que reunidos los pueblos bajo la dirección de un gobierno paternal, establecido por la voluntad general, podamos asegurar que hemos concluído la difícil obra de nuestra regeneración política".

Este era, el ideario de Artigas, proclamado y practicado por él desde el célebre congreso de Tres Cruces, realizado en abril del XIII, en el cual iniciara su discurso

con estas patrióticas palabras, que nunca serán demasiado repetidas:

"Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa con vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos; ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos, y ved ahí también todo el premio de mi afán..."

¿Puede pedirse mayor armonía en las ideas, y hasta en las palabras, del jefe y del soldado? Es indudable que la lección estaba bien aprendida; pero no bien arraigada en el alma del caudillo entrerriano. Por eso, en el momento culminante del triunfo, cuando la gloria lo llevaba de la mano para que escribiera una hermosa página en la historia de América, Ramírez sufrió el vértigo, manchando su nombre con el estigma de traidor.

Estando los jefes federales en transacciones pacifistas, lograron entrar en la metrópoli, obteniendo como resultado inmediato que a propuestas del cabildo renunciaran el congreso y el directorio, convocándose en seguida a los ciudadanos para que por voto público eligieran el nuevo gobierno.

TRAICION DE RAMIREZ Y LOPEZ

En aquel mar político, enturbiado por pasiones, intrigas y componendas, desgraciadamente tan común en nuestras democracias, surgió como gobernador general don Manuel de Sarratea, de quien ya conocemos los turbios manejos. Para pintarlo mejor, dejemos la palabra a algunos historiadores compatriotas suyos, entre ellos al Dr. López; "...Trampalón y entremedio, y movido siempre por un afán incorregible a tretas y manejos embrollados, no era tan malo que pudiera ser tenido por un malvado de talla para despotizar por la fuerza y por la sangre, ni por peligroso siquiera fuera de los enjuagues y escamoteos, que lo hacían despreciable más bien que perverso ... "Extraña mezcla de buen carácter y cinismo, de habilidad y desvergüenza... De principios morales poco delicados, de viveza pervertida, etc".

Bastaría este bosquejo, que no desmintió en los prin-

cipales actos de su vida, para que conociéramos su personalidad moral. En 1812, fué encargado por el directorio de Buenos Aires de minar, por medio de la intriga y el soborno, al ejército artiguista, a la sazón en el Ayuí, realizando aquel gesto que ha glorificado la historia con el nombre de "Exodo del pueblo oriental".

Allí estaba Artigas con su pueblo, hambriento y semidesnudo, sostenido únicamente por el ejemplo moral de su jefe, que con el mismo estoicismo compartía su miseria y buscaba remedio a sus dolores. Nadie puede desconocer que sólo una fuerza espiritual rayando en lo sobrehumano, era capaz de sostener aquel pueblo formado por hombres, mujeres, niños y ancianos, viviendo a la intemperie, en suelo prestado, esperando que la campana de la lucha lo llamara de nuevo a la defensa del solar nativo. Pocas veces, en la historia de la humanidad, se presenta un ejemplo de fuerza moral colectiva, tan unánime y perseverante.

Es aquella masa humana famélica y desnuda, a quien Sarratea se propone desorientar ofreciéndole el miraje de un vellocino de oro, entretejiendo sus promesas con viles intrigas, que trama entre jefes y soldados.

Artigas, indignado ante tanta bajeza, al regresar a Montevideo, exigió del gobierno de Buenos Aires la deposición de Sarratea como base principal para integrar las fuerzas sitiadoras. En consecuencia, éste y su secretario don Pedro Feliciano Cavia pasaron a aquella capital.

Tal derrota moral no podía olvidarla Sarratea; aprovechó la ocasión que ahora se ofrecía para desplegar sus condiciones ya citadas.

Las presas que la suerte le ofrece son fáciles de engañar y manejar. Tanto Ramírez como López eran caudillos de espíritus simples, ignorantes, sin otra arista de mérito que un instintivo amor a la libertad del suelo nativo. Unos de los tantos criollos, que bien dirigidos, dieron la pasta generosa que hizo factible alcanzar la independencia americana; pero sin capacidad ni fuerzas morales para librarse de las redes pintadas de oro que les extendía Sarratea y aquella diplomacia. Esos caudillos campesinos, bajo la dirección de Artigas, acababan de realizar una gesta estupenda, desbaratando los planes de un go-

bierno que alimentaba ideas realistas, inadaptables en el ambiente y en el espíritu de los pueblos.

Lo dice el general Balcarce: "que la libertad le era deudora a Ramírez de bienes inestimables", agregando: "El nos ha sacado de la esclavitud a donde miserablemente éramos conducidos; es el genio benéfico que nos ha elevado nuevamente a la dignidad de hombres libres".

Estas palabras del general Balcarce, con las cuales regala a su compatriota Ramírez la paternidad de la obra realizada, hacen referencia a que una de sus primeras resoluciones fué exigir del congreso la publicación de las actas secretas, por las cuales el pueblo argentino pudo enterarse que se estaba tramitando a toda prisa la coronación del duque de Luca, aristócrata francés.

Esta noticia causó asombro popular; lo que se presumía era que la corona sería ofrecida a un infante de la corte portuguesa, dada la adhesión, no disimulada, a los invasores de la Provincia Oriental; de ahí los ataques a fondo de la prensa opositora.

La publicación de estas actas fué un gran triunfo para la causa federalista; en consecuencia, Ramírez exigió de Sarratea que los diputados firmantes fueran sometidos a un proceso político.

Mitre, en "Historia de Belgrano", juzga así este hecho: "...Pero una vez jurada públicamente una constitución republicana, la ley dictada en violación de ella, aceptando aunque condicionalmente un monarca para el país, a la vez que el concurso de poderes extraños sin el consentimiento de los ciudadanos, es un acto que revestía los caracteres de la traición política y de perjurio a los principios proclamados por la Revolución. Por otra parte, su política tenebrosa, antes y después de la invasión portuguesa a la Banda Oriental, si no traidora, había sido más que equívoca. Y por lo menos su diplomacia la había alentado o consentido, según ha podido verse, combinando este hecho con el plan de monarquía".

El 14 de marzo iniciaba Sarratea el proceso a los congresales y diputados por el delito de alta traición. Y en la proclama conque lo inició, los calificaba de "criminales desnaturalizados". Se olvidaba Sarratea que él había co-

mulgado en los mismos altares, buscando en las cortes europeas un príncipe que viniera a gobernar estos países. Sin embargo, no tuvo reparos en enviarlos a la cárcel, donde permanecieron dos meses, hasta que el nuevo gobernador Ramos Mejía los sacó de la prisión. El director Pueyrredón "acusado por el anatema popular de ser el principal causante de la invasión portuguesa y de la guerra civil", había presentado renuncia el 31 de enero, solicitando permiso para salir del país. El congreso, al enterarse de tal solicitud, decretó su destierro conjuntamente con su ministro y consejero Tagle, con la amenaza de ulteriores procesos.

Los tenientes de Artigas acababan de librar al pueblo argentino de aquella oligarquía fanatizada por ideas monarquistas. Al respecto, dice el historiógrafo Pelliza, "que la democracia era deudora de este servicio a la montonera inculta del litoral". Creemos que en este caso está bien empleado el calificativo, porque los historiadores están de acuerdo en afirmar que tanto Ramírez como López eran prototipos de gauchos provinciales.

¿Es posible creer que esa "montonera inculta" fuera capaz de realizar aquella cruzada libertadora, más grande en lo político que en lo militar, si no hubiera tenido un jefe superior que les trazara claramente el camino?

Refiriéndose a Ramírez dice el Dr. Francia, censurando su traición "de pobre peón de estancia, Artigas lo había elevado y hecho gente". Mitre describe con estas gráficas palabras la entrada de los jefes triunfadores en la capital porteña: "El 25 de febrero entró Sarratea a la capital acompañado de López y Ramírez, trayendo éstos sus respectivas escoltas, cuyo aspecto agreste fué mirado por la población como un insulto premeditado que su gobernador no había tenido energías o habilidad para prevenir. Para colmo de vilipendio, los montoneros vencedores ataron los caballos a las rejas de la pirámide de Mayo, que se levantaba en medio de la plaza de la Victoria, el Forum de los porteños, mientras los caudillos federales recibían los honores de la hospitalidad en las casas consistoriales".

Las turbas nunca han tenido noción de la medida de sus actos. Son capaces de llegar al heroísmo como a la atrocidad. Por eso es necesario que una cabeza supe-

rior piense por ellas, las dirija y domine con el influjo de su prestigio.

Es innegable que imprimiendo rumbos a aquellos gauchos indómitos estaba Artigas, de ahí que pudieron cumplir tan gran destino. En aquellos momentos estaba ausente, y si le fué posible trazar a sus tenientes el plan que los condujo a la victoria, no pudo prevenir los detalles. Si Artigas hubiera estado allí, no hay duda que hubiera ahorrado esa ofensa al pueblo argentino, de quien fué siempre el más grande defensor de sus derechos y de su libertad.

Si bien Artigas era el jefe de los orientales y luchó tenazmente para que su provincia natal no fuese entregada al invasor, no es menos cierto que jamás escatimó sacrificios en pro del pueblo argentino, a fin de librarlo de ser gobernado por príncipes extranjeros. Fueron las dilatadas campiñas argentinas teatro de sus mayores hazañas, glorias y derrotas. En todos los documentos estudiados, en los cuales expresa sus ideales de futuro sobre formas de gobierno, jamás habla de "pueblo oriental" en singular; dice "pueblos" porque su visión se extendía a todas las provincias del antiguo virreinato. Además, el gobierno federal, base de su republicanismo, sólo podía ser aplicado en la gran República, o sea en las Provincias Unidas del Río de la Plata, como se denominaban entonces.

Por eso, cuando en 1815 el gobierno de Buenos Aires, como una forma de transacción, le ofrece la independencia de su provincia como había reconocido ya la del Paraguay, Artigas no la acepta, porque ése no era el ideal por el cual luchaba. Lo veía disminuído, empequeñecido. No quería disgregación, de lo que tanto se le ha acusado injustamente; quería Confederación. Ver convertidas las inmensas comarcas del ex virreinato en un haz de pueblos unidos; con libre albedrío para darse las leyes que convinieran a su situación geográfica y a las necesidades que de ellas se derivan.

Artigas luchaba con la fe de un creyente, porque esperaba en las democracias, en su perfeccionamiento, en el altísimo rol que les tocaría desempeñar en el futuro del nuevo continente.

Los historiadores citados, se empeñan en negar a Artigas el papel preponderante que tuvo en el génesis de las instituciones argentinas; como se empeñan en no reconocerle la paternidad del gran movimiento federal que produjo la crisis de 1820, que acabamos de historiar.

Es tan difícil vencer el valor de la verdad, que ellos mismos, en su carácter de historiadores, publican documentos, los cuales hablan claro por boca de los jefes provinciales que ambos obraban bajo la dirección de Artigas. Ya hemos transcripto la conminatoria de éste, que Ramírez entregó a las autoridades correspondientes, y la respuesta del cabildo dirigida a aquél.

Si ambos eran jefes autónomos, ¿por qué el cabildo les superponía la autoridad de Artigas, a la sazón ausente y derrotado en su patria? ¿Por qué se dirigía a él y no a Ramírez al tratar las bases pacifistas, citando sólo a éste como a un simple intermediario, "'para que cerca de su persona, dice, levante los preliminares de un tratado de paz?".

A continuación vamos a transcribir un notable oficio de Artigas, en el cual hace referencia a la proyectada campaña de Ramírez sobre Buenos Aires y al plan concerniente a ese fin. Está dirigido a don Ricardo López Jordán, gobernador de Entre Ríos durante la ausencia de Ramírez, fechado el 20 de febrero de 1820, tres días antes de firmarse el nefasto tratado del Pilar, lo que prueba que hasta entonces Artigas seguía confiando en sus aliados.

Oigamos las palabras de nuestro héroe, plenas de optimismo y energías, en aquellos momentos trágicos en que la sombra de la última derrota se mezclaba con las brumas del porvenir:

"Cuando repasé el Uruguay lo hice compelido de mis enemigos. En mis anteriores había prevenido a Ud. este caso próximo posible y mi resolución de buscar hombres libres para coadyuvar sus esfuerzos. Este es mi deseo, y para llenarlo no dude Ud. que estarán prontas mis tropas y las demás que tengan las otras provincias de la Liga, luego que se presente algún enemigo en observación de estas costas, que las veo expuestas...

"...Para mí no es este el mayor trabajo, sino los re-

cursos de su mantenimiento. Yo no me atrevo a sacarlo del vecindario, si él voluntariamente no quiere prestarlo. Hoy mismo he hecho marchar al señor comandante don Aniceto a ver si es realizable esta providencia"...

Antes de continuar, detengámonos un momento para saborear este trozo magnífico en su sencillez, porque nos muestra una faz del alma de su autor. Con sinceridad, manifiesta que él preveía el término fatal de la lucha en su patria. Pero lleno de energías, sin vacilaciones ni quejas, sin buscar justificativo a su derrota, grita su firme resolución de llamar a los hombres libres para aunar sus esfuerzos. dando a la vez la señal de alerta porque ve expuestas las costas de Entre Ríos.

El portugués ha derrotado a Artigas, pero no lo ha vencido. Allí está del otro lado del río patrio, no como el árbol destrozado que arroja la corriente junto a la orilla, tal como nos hemos acostumbrado a forjárnoslo a través de descripciones populares; sino, bravío, llamando a los hombres de temple y corazón de provincias libres, para que lo acompañen a continuar la lucha, que ha sostenido más por influjo moral de su fe, que por los medios materiales de que dispone. No le importan los sacrificios. Se siente fuerte, capaz "de redoblar los trabajos". A pesar de la abundante producción de hacienda en la tierra que pisa, le preocupa el problema de la mantención de la tropa. "Yo no me atrevo a sacarlo del vecindario si él voluntariamente no quiere prestarlo", son sus palabras. Helo ahí, en su gallarda apostura de hombre honrado, que sobreponiéndose al guerrero, siempre destructor por noble que sea la causa que defiende, vacila ante el dilema de continuar la lucha a costa de los pueblos. Ni el más sagrado de los deberes lo cree bastante justificado para no respetar los bienes de aquellos hombres, que en lucha tenaz con el desierto, han ido acumulando día tras día en la ingrata soledad de los campos.

¡Es éste el hombre calumniado por ladrón y contrabandista!,

Continuemos la transcripción de esta pieza histórica: "Yo esperaba las contestaciones de Ramírez, sobre mis últimas instrucciones, e igualmente espero los últimos resultados sobre Buenos Aires para arreglar mi conducta

en lo sucesivo... Si esta vez no terminan los males de un modo satisfactorio a las provincias, tendremos que redoblar los trabajos, y si el gobierno de Buenos Aires queda en aptitud de redoblar sus maquinaciones, nuevos trabajos nos esperan. Entretanto he creído oportuno contestar a las insinuaciones de Córdoba para firmar los intereses de la Liga, y oficiar igualmente a las demás provincias que deben entablarse para no ver malogrados sus afanes, en obsequio de su libertad civil". (Archivo Mitre).

Confía en el triunfo, para el cual va preparado por medio de oficios y proclamas el espíritu de las provincias, logrando que hasta Córdoba, la cual sólo accidentalmente había formado parte de su protectorado, se ofrezca ahora para integrar la Liga, a fin de proteger la libertad civil de los pueblos provinciales. Vemos, que hasta este momento, el prestigio del protector conservaba su grandeza, a pesar de los reveses sufridos. La perseverancia en sus propósitos se imponía, como lógica consecuencia. Dice a Ramírez, que aun cree su amigo y colaborador: "La salud de la Patria está confiada a nuestro cuidado y depende de nuestros esfuerzos..."

Esa patria grande y libre con que sueña Artigas, es América, cuyo futuro sombrío le preocupa al ver que un poderoso invasor ha osado ya poner su planta atrevida sobre la hermana pequeña, abandonada. Desde allí extenderá sus zarpazos, a los pueblos vecinos. Son ellos quienes lo proclaman "Protector de los Pueblos Libres", y él no ha de defraudar sus esperanzas.

Estudiando la correspondencia de Artigas con Ramírez, en esos momentos, hallamos que le habla del "plan ya convenido", le da órdenes, le sugiere ideas, le pone en conocimiento de los hechos que se van sucediendo, recomendándole que vaya preparando la campaña, "que es lo que nos interesa tener siempre favorable", dice, y "mirar a su vecindario con la debida consideración". Estas palabras de Artigas, coinciden con la espontánea expresión de Belgrano, la citada: "Tampoco deben los orientales al terrorismo las gentes que se les une" y a la línea de conducta que se ha marcado al respecto.

Artigas fué guerrero porque lo arrastró el deber y

la vorágine de la hora; pero fué siempre, por encima de todo, un hombre de corazón.

El guerrero, cuanto más desprovisto de sentimientos humanos, más cerca está del éxito, que le ofrecerá glorias, honores y el aplauso, aunque paradojal, de esa misma humanidad a quien asesina.

Colocado Artigas en otro escenario y en otra hora del mundo, habría sido tal vez un gran estadista, un sociólogo intuitivo, un demócrata sincero, sin ser un demagogo; porque sabía justipreciar la ilustración y el talento. Por eso buscó siempre para colaboradores de su obra social y constructiva el elemento más culto de la época.

Su bandera revolucionaria fué de redención para los humildes, para el vecindario indefenso, para el criollo y el indio que vivían en los campos sin derechos ni leyes protectoras, llevando la civilización al desierto, cimentando el progreso con el dolor de sus cuerpos y el desaliento de sus almas, en lucha diaria con la naturaleza.

Artigas jamás habría asolado el país con la guerra civil, si los hombres que regían sus destinos hubieran desarrollado un programa de paz y de justicia social, concordante con el espíritu de la Revolución de Mayo.

En el momento en que el triunfo coronaba sus aspiraciones, en el que podría realizar sus planes, sus aliados se encargaron de destruírlos, enlodados en vergonzosas traiciones.

LOS TRATADOS DEL PILAR

Este hecho origina una de las páginas más viles que mancillan la historia americana. Repugna por la bajeza de sus actores, que realizan la gran traición moviéndose en un escenario lleno de sombras en las afueras de Buenos Aires. Eran criminales políticos, que, escondidos, preparaban el golpe contra el jefe de una gran causa, cuando la veían culminar.

Allí está dirigiendo las maniobras el astuto Sarratea, a quien ya conocemos, frente a aquellos dos hombres deslumbrados ante el espejismo de grandezas que despliega ante sus ojos atónitos. Sarratea se comprometía a entre-

garles el parque de guerra de Buenos Aires, hombres, municiones, armamentos, la flotilla naval del Paraná y una regular suma de dinero.

Con estas fuerzas, Ramírez se encargaría de aventar el poder militar de Artigas, transformándose de subordinado en rival. Tan segura vió la ascención, que no se detuvo a observar que estaban ya carcomiendo los peldaños de la escala ofrecida, a fin de preparar su caída. No veía Ramírez que aquellos hombres que lo adulaban para arrastrarlo a la traición, iban a armar la mano de López, allí presente, para que lo destruyera a su vez.

Lo que nunca pensó, fué que su cabeza iría en breve como trofeo sangriento, encerrado en una jaula de hierro, a adornar el escritorio de su compañero de triunfo. Nada sospechaba. Sus ambiciones lo cegaban, volviendo cándidas aquellas almas caídas en la felonía.

La historia nos enseña que los Judas encontraron casi siempre su merecida sanción, por lo menos negándoles tranquilidad de conciencia. Pero el egoísmo, confiando en ser la excepción y librarse del castigo, desoye esa enseñanza, y, como malas hierbas, renace sobre la faz de la tierra.

El 20 de febrero, Sarratea anunció al pueblo que partía a la cercana población de Pilar, a fin de concertar con los jefes vencedores un tratado de paz honroso, que pondría fin a aquella cruenta lucha, pues éstos estaban animados de los mejores propósitos. Acaso esto era verdad, antes de la metamorfosis sufrida, dadas las amplias manifestaciones hechas al pueblo de la capital. La fe que alimentaba Artigas en la obra salvadora de las democracias había sido transmitida a sus subalternos, como transmite un padre a sus hijos las ideas que dan carácter diferencial a su personalidad.

El espíritu del héroe, recto, sincero, soñaba acaso quijotescamente; con la misma lealtad con que realizaba sus hazañas el caballero de Cervantes. De ahí su fe republicana. Fe semejante a la exaltación de Jesús por la redención verbal del mundo. Artigas, por sus ideas, su constancia, su desinterés, fué un apóstol de los pueblos de América. Nada lo detiene, nada apaga la luz que lo ilumina,

la esperanza que lo alienta, de fundar la gran federación del Sur.

Acababa de ser vencido en su provincia; hacía cinco días que la había abandonado, cuando ya desde las costas del Uruguay, el 19 de febrero, se dirigía al cabildo de Santa Fe trazando un nuevo programa de la revolución, de acuerdo a los sucesos ocurridos. Empezaba con estas palabras llenas de optimismo: "Parece que la suerte se ha empeñado en favorecernos en medio de los contrastes, y que la América será libre en medio de las grandes contradicciones... Superada la barrera del poder directorial, ¿qué resta, a los pueblos, para sellar la libertad de América? Nada, en mi concepto, sino que las provincias quieran realizarla..."

Comparemos la fecha en que Artigas escribe estas palabras, de esperanzas para un futuro cercano; hallaremos que es casi la misma en que se firmaba el tratado del Pilar: 19 y 23 de febrero de 1820.

A través del tiempo que aclara el horizonte histórico, aparecen más grandes las diferencias espirituales de los actores que intervienen en aquella obra trascendental.

Alma de romántico, la de Artigas; todo lo mira a través del prisma de su propia sinceridad. Aunque la vida le ha enseñado con dureza que la cobardía y el interés personal son plantas que crecen en la esencia misma de la especie humana, él no lo aprende. La rectitud de su carácter, su conducta moral y austera, no le permiten medir a sus semejantes sino con el rasero que emplea para juzgar sus acciones. A veces el destello interior de los grandes espíritus, produce el espejismo de ver en los demás sus propias cualidades, donde sólo hay mezquinas ambiciones. Son siempre estos, seres exóticos en su medio, incomprendidos hasta en el seno de su hogar; caen al fin vencidos por la maraña de bajezas que tejen sus enemigos.

Miremos esa caravana que comienza allá en la penumbra de la historia, con Sócrates, Arístides, Jesús, Gali-

leo, Servet, Lincoln, y llegando a nuestros días nos encontraremos que la humanidad egoísta, reserva a sus bienhechores coronas de martirio.

Artigas, no podía substraerse a esa regla. Jamás había dudado de sus aliados. Seguía creyendo en Ramírez y en López, como en su fidelidad a la causa que defendían. Consecuente con sus sentimientos, no podía pensar que mientras él trazaba ese programa de la revolución triunfante para enviarlo al cabildo de Santa Fe, considerando a esa provincia como su más valiosa aliada, su gobernador don Estanislao López, en conciliábulo con sus enemigos, afilaba el puñal de la apostasía.

Era la hora del nacimiento doloroso de pueblos que reclamaban los derechos; el héroe sentía el orgullo del padre que quería dar a sus hijos el pan que ha ganado después de dura faena. Veía el final triunfante de su obra.

Era también la hora sombría en que, mientras se vislumbraba los rayos de la aurora, entre sombras se gestaba el más ominoso crimen político que mancilla las páginas de la historia americana.

Era el 23 de febrero de 1820, día en que se firmó el tratado del Pilar.

El reloj del tiempo, indiferente, como las fuerzas de la naturaleza, a las miserias humanas, marcaba la hora para el apóstol, y para aquellos que negándolo, discutían el precio de la traición.

Allí se trataron cláusulas públicas y secretas. Entre las primeras, únicas que podían darse a conocer, no se consideraba a Artigas como jefe de la causa federalista, sino cudillo de su provincia. Como tal se le consultaría, nada más.

Por las cláusulas públicas daban el triunfo al programa artiguista; en el artículo 10º su jefe quedaba anulado.

Decía así: "Aunque las partes contratantes están convencidas de que los artículos arriba expresados son conformes con los sentimientos y deseos del E. S. Capitán General de la Banda Oriental don José Artigas, según lo ha expresado el señor Gobernador de Entre Ríos, que di-

ce hallarse con instrucciones privadas de dicho Señor Excelentísimo para este caso. No teniendo suficientes poderes en forma se ha acordado remitirle copia de esta acta para que siendo de su agrado, entable de nuevo las relaciones que puedan convenir a la provincia de su mando, cuya incorporación a las demás federadas se miraría como un dichoso acontecimiento".

¡Pasma el cinismo de estos hombres!

¡Entregan su provincia vencida y abandonada al invasor, y hablan de unión con las demás! ¿Y la declaración de guerra a Portugal? ¿Y su programa de federación, dando libertad política y civil a los pueblos? ¿Y su obra proyectada, por cuya realización había luchado tanto?

Bien sabían los contratantes que Artigas iba a reaccionar con altivez al recibir por la espalda aquella puñalada.

En espera de las consecuencias había que armar el brazo de Ramírez para resistirle.

Las exigencias de éste no fueron pocas. Ellas se estipulaban en las cláusulas secretas, dado que también Sarratea obraba a espaldas de su pueblo. Aunque los historidores no logran ponerse de acuerdo al referirse a las cantidades entregadas en hombres, armas y dinero, porque tratándose de cláusulas secretas es razonable pensar que la mayoría de las veces serían cumplidas por simples órdenes verbales, todos concuerdan en afirmar que a raíz de este hecho, el parque de guerra y las arcas del estado quedaron vacías. En cumplimiento de lo estipulado le fué entregada, la flotilla de nueve buques enclavada en San Nicolás, con la cual quedaba Ramírez dueño de los ríos y de la ciudad y provincia de Buenos Aires, entregadas a su voluntad, produciendo este acto gran inquietud popular.

Por el mismo tratado, Sarratea cometía una doble traición, comprometiéndose a armar a don José Miguel Carreras, exilado chileno, que había influído en su favor durante la concertación del tratado, para que llevara la guerra civil a su país a fin de acabar con el ejército de San Martín, e impedir que realizara su proyectada expedición al Perú.

POLEMICA ENTRE ARTIGAS Y RAMIREZ

Artigas, que desde su campamento en Corrientes había seguido las alternativas del tratado, vió presentarse la traición. Pero no desfalleció. Se irguió con indignación, contó los fieles que le quedaban, famélicos, semidesnudos.

Con el estoicismo propio de su estirpe, el héroe miró a lo largo de las jornadas de nueve años de sacrificios que habían caído vencidos por la urdimbre de intrigas y traiciones. No los consideró estériles; y este pensamiento reconfortó su espíritu. No, no podía ser estéril aquel ejemplo de maestro americano que había enseñado a los pueblos a jugarse enteros, sin egoísmos ni vacilaciones, en aras de la libertad.

El Uruguay cercano, el "río de los pájaros", seguía insensible su curso arrullador. El héroe solitario, volvió a él sus miradas como buscando el numen de América, y se sintió reconfortado por un soplo de inmortalidad.

Contemplaba su obra desde donde había ascendido y la veía por la fuerza vital del ideario, entroncando en recio raigambre americano.

Los hombres pasan rápidos en el raudo correr del tiempo. Sólo sus obras, buenas o malas, los retiene asidos a una época y al escenario en que actuaron.

La fuerza de las legiones artiguistas había sido vencida. La siembra de ideales superiores que su jefe había realizado sobre aquella tierra, quedaba en ella para fortalecer las almas de las generaciones.

Con la tranquilidad del padre que al cerrar sus ojos ve prolongarse su existencia en numerosa progenie, el héroe dejó vagar su mirada visionaria, y se convenció que aquella tierra, inmensa como su soledad, no había nacido para soportar exóticas coronas; que aún cuando él cayera, no faltaría algún vástago que siguiendo su huella enarbolara la enseña republicana.

Con la serenidad que presta al alma la conciencia del deber cumplido, resolvió verter en el papel, para arrojar al rostro del que fuera su aliado, todas sus bajezas de traidor. Aquella histórica nota que dirigió a Ramírez ha sido extractada por el Dr. López y publicada en su "Histo-

ria de la Rca. Argentina". La transcribimos tal cual la hallamos:

..."El objeto y los fines de la convención del Pilar celebrada por V. S. sin mi autorización ni conocimiento, no ha sido otro que confabularse con los enemigos de los pueblos libres, para destruír su obra y atacar al jefe supremo que ellos se han dado para que los protegiese, y sin contar los otros muchos pormenores maliciosos que contienen las cláusulas de esa inicua convención y que prueban la apostasía y la traición de V. S.

"Al ver este atentado no he podido vacilar y he corrido a salvar la provincia entrerriana de la influencia ominosa de V. S. y de la fracción directorial entronizada en Buenos Aires, que ya la destina también para entregarla al yugo portugués. Y lo he hecho, no sólo porque así me lo imponen los altos deberes del puesto que me han dado los pueblos, sino en resguardo de la Banda Oriental, cuya ruina quedaría consumada si yo permitiera que V. S. y aquella infame legión de logistas entregaran al enemigo la costa entrerriana.

"V. S. ha tenido la infame avilantez de detener en la Bajada los fusiles que remití a Corrientes. Este acto injustificable es propio solamente de aquel que habiéndose entregado en cuerpo y alma a los pueyrredonistas, procura ahora privar de sus armas a los pueblos libres, para que no puedan defenderse del portugués. Esta es una de las pruebas más claras de la traición de V. S. y de la perversidad que se ocultaba en la convención del Pilar; y no es menor crimen haber hecho ese vil tratado sin haber obligado a Buenos Aires a declarar la guerra a Portugal y entregar fuerzas suficientes, para que el Protector de los Pueblos Libres pudiera arrojar del país al enemigo aborrecido que trata de conquistarlo".

"Otras reconvenciones más graves, dice el Dr. Acevedo, debía contener el oficio extractado por el historiador argentino, según se deduce de la réplica de Ramírez, datada del 25 de mayo de 1820, que extracta también el mismo autor".

La respuesta pasma por el cinismo con que desmiente su papel de traidor.

Escuchésmole: "Es V. S. quien se ha atrevido a usurpar con tropas suyas el mando de una provincia que tiene sus jefes naturales, con lo cual ha dejado también traslucir miras de dominación, que si los pueblos no habían sospechado antes era sólo porque estaban alucinados. Pero ha llegado ya el momento de que con una repetición inaudita de esos actos tiránicos, han marcado el mando de V. S. en Corrientes, en Mandisoví, y en la Banda Oriental, se ha disipado el prestigio y V. S. es ahora conocido como lo es en realidad.

"Su provincia misma ha tenido el heroísmo de repelerlo. La provincia de Entre Ríos no se halla en la debilidad que se le atribuye para encubrir su pasaje del Uruguay, cuya barrera no necesita defensa, ni corre riesgo de ser invadida por los portugueses, desde que ellos tienen el mayor interés en dejarla intacta para acabar con la ocupación de la Banda Oriental, a la que debió V. S. dirigir todos sus esfuerzos.

"Es una vergonzosa calumnia esa que V. S. me levanta de que la convención del Pilar tuviera artículos secretos sobre V. S. para favorecer a los portugueses, y llevar adelante la traición de la anterior administración directorial... Por mi parte afirmo que son falsos los compromisos que el vulgo dice firmé en el Pilar contra su persona: soy honrado y jamás lo hubiera hecho en secreto.

"La confianza que los pueblos le habían acordado estaba de conformidad a esa libertad decantada con que V. S. le lisonjeaba. Pero al enseñarle la experiencia que es muy distinto el objeto, ellos se alarman y se deciden a sostenerla contra V. S. mismo. ¿Por qué extraña que no se le declare la guerra a Portugal? O V. S. no conoce el estado actual de los pueblos, o traiciona sus propios sentimientos. ¿Cuál es la fuerza efectiva y disponible de Buenos Aires y de las demás provincias para emprender nuevas empresas, después de la aniquilación a que las condujo una facción horrorosa y atrevida? ¿Qué interés hay en hacer esa guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? ¿Cuál es, en una palabra, su poder para repartir su atención y dividirla del primer objeto que es asegurar el orden interior y consolidar su libertad? O

cree V. S. que por restituirle una provincia que ha perdido, han de exponerse todas las demás con importunidad? Aguarde V. S. la reunión del congreso que ya se hubiese celebrado a no hallar entorpecimiento de su parte; y no quiera que una declaración formal de guerra con una nación limítrofe, que debe afectar los intereses generales y particulares de cada provincia, sea la obra de dos o tres pueblos separados que no han debido abrogarse los derechos suficientes al efecto".

Con la osadía del hombre que se siente fuerte, Ramírez intenta su defensa queriendo desmentir lo indesmentible. Es una defensa, en la cual hace protestas de honradez, negando las cláusulas secretas del tratado y su connivencia con el enemigo, ya públicamente conocidas. Nada hay en ella que logre justificar su conducta, por el contrario, en su negativa está la tácita confesión de su proceder.

ARTIGAS NO FUE REGIONALISTA

Al comentar la actitud de los dos caudillos provinciales actuando por su cuenta, después del triunfo de Cepeda, y la proclama lanzada por los mismos al pueblo de Buenos Aires, que ya conocemos, Mitre se expresa así: "Es un documento capital que nos da la clave de la época. Vese en él cuánto habían progresado las ideas políticas y el sentimiento nacional. *No respira aquel odio del artiguismo contra Buenos Aires, ni aquella tendencia antinacional y disolvente del caudillo oriental, empeñado en la destrucción sin ningún propósito de organización futura. (1).*

"Cualquiera sea la sinceridad con qué en él se invoquen los principios que tan mal comprendían y practicaban, vese que los caudillos reconocen una patria indisoluble, que buscan un gobierno para todos, que respetan un interés general, y que se inspiran en un sentimiento verdaderamente argentino, lo que indica que están dispuestos a romper con *las tradiciones segregatistas del artiguismo, como inmediatamente sucedió*".

1. Nuestro el subrayado.

Nos parece que para rebatir este juicio del ilustre historiador argentino, más impregnado de odio al artiguismo que el odio contra Buenos Aires, que el autor le atribuye, nada más elocuente que dejar la palabra al propio acusado "por sus tendencias antinacionales y disolventes y por sus tradiciones segregatistas".

Los documentos que escribió en su vida, sobran para permitirle levantar su voz, si es que descansar pueden los grandes, y gritar con la voz de la verdad, que él jamás fué "elemento disolvente", y menos estuvo "empeñado en la destrucción sin ningún propósito de organización". Que las ideas que preconizan los caudillos respecto a la soberanía de los pueblos, son las mismas sustentadas y expresadas por él en todos los actos de su vida pública, hoy ya ampliamente conocidas.

Así lo expresó a Rondeau, cuando éste, habiendo asumido el cargo de director supremo, envió emisarios a su campamento a fin de conseguir una solución pacifista, en una nota que decía así: "Cuatro renglones habrían bastado para firmar la unión deseada, cuando ella sea medida por la cordialidad de los votos que deben expresarla"... ¿Qué falta para que nuestros comunes votos se hallen reunidos para la destrucción de nuestros enemigos comunes? Ud. lo sabe, lo compenetra, y es muy extraño que no haya adelantado el paso preciso a esa dulce satisfacción... Empiece V. S. a desmentir esas ideas mezquinas de su predecesor (Pueyrredón) y a inspirar la confianza pública. Empiece V. S. por el rompimiento con los portugueses, y este paso afianzará la seguridad de los otros. Entonces aparecerá el iris de paz que hará la felicidad de los americanos del Sur... La patria exige de nosotros tan interesante medida... Nuestra unión es el mejor escudo contra todos y cualquier especie de coalición. Demos el ejemplo y deje que el universo se desplome sobre nosotros"... (Saldías, Obra citada).

¿Puede exigirse a un hombre mejor disposición para llegar a una solución pacífica?

Sus palabras revelan alborozo espiritual al pensar que se vislumbra una posible conciliación con el directorio de Buenos Aires, que preside ahora Rondeau, a quien siempre Artigas ha tenido consideración por su carácter hon-

rado como militar y ciudadano, y al cual lo unen afectivos lazos de amistad juvenil, desde la época en que ambos iniciaron su carrera militar en el ejército español, y luego lucharon juntos en los sitios de Montevideo. Artigas espera que su patriotismo contribuirá a encontrar la solución deseada. Pero le dice "que se extraña no se haya apresurado a dar este paso". "¡Cuatro palabras habrían bastado para sellar la unión deseada!"

¿Qué exige Artigas para firmar la paz después de nueve años de cruentos sacrificios? Nada. Absolutamente nada para sí, ni para sus aliados. Pone sólo una condición: *La declaración de guerra a los portugueses.* Ese es el nudo vital que lo pone frente al directorio y mantiene a las provincias en constante guerra civil.

Por eso dice: "La Patria exige de nosotros tan interesante medida". ¿A qué Patria se refiere? No es por cierto a su provincia natal, vencida, abandonada al enemigo. La patria en esos momentos la forman todos los pueblos del Río de la Plata, a quienes amenaza un peligro común; en consecuencia expresa que "alejarlo, hará la felicidad de los americanos del Sur". Y termina: "Unámonos. Demos el ejemplo y deje que el universo se desplome sobre nuestras cabezas...".

¿No revelan estas palabras ardiente anhelo de paz y concordia? ¿Dónde está ese odio ciego contra Buenos Aires que le atribuye el ilustre historiador argentino?

En los múltiples documentos que hemos estudiado, con amplio espíritu, a fin de reconocer los errores de nuestra naturaleza, no hemos hallado ese regionalismo de que se le acusa; como tampoco prueba de los crímenes, robos y contrabandos, que a grosso modo, le atribuyen.

Se le podría acusar a Artigas de haber sido un intransigente por implantar el régimen republicano-federal, en momentos en que estos pueblos no estaban preparados para resolver por sí los difíciles problemas que el ejercicio de la democracia requiere. No se le puede acusar de regionalista o segregatista, cuando el sistema federal preconizado por él, a imitación de los Estados Unidos, es sinónimo de unión, de fusión de pueblos, bajo la bandera de una gran república. Ese fué su sueño de soldado, norte y fin de sus sacrificios.

Podría acusársele de haber levantado el estandarte de la confederación en las horas angustiosas en que aún no se había terminado la obra de la independencia americana. Pero, si en aras de esa independencia hubiera contribuído a la instauración de un trono europeo en América, ¿habría sido posible suprimirlo después, sin dolorosos derramamientos de sangre? Probablemente no se hubiera alcanzado a ningún precio. Este continente seguiría sometido a un cetro extranjero, como lo había estado desde su nacimiento.

En uno y otro caso, el tiempo ha dado a Artigas la razón. Ningún prócer de la independencia, por grandes que hayan sido los servicios prestados a la causa, tuvo una visión más clara de la psicología y el porvenir de los pueblos indohispanos.

Ningún hijo, digno de haber nacido en este continente, ha de recriminarle, con justicia, el haber luchado con tenacidad sobrehumana para evitar el nacimiento de una corona real en esta tierra, cuyos habitantes aman la libertad.

Al glosar los anteriores documentos, no nos ha extrañado que los citados juicios contra Artigas provengan de escritores como Mitre, Saldías, López, y aquellos que escribieron la historia de estos países sobre las ruinas humeantes de las pasiones. Lo que llama la atención es que hasta hoy, en que el estudio sereno de los múltiples documentos aparecidos han aclarado un tanto el panorama y el criterio histórico tradicional, se continúen divulgando esas afirmaciones.

Nos ofrece estas sugerencias la lectura del interesantísimo libro "El Santo de la Espada", cuyo autor el Dr. Ricardo Rojas, honra de las letras americanas, estampa el juicio que de "regionalista" tiene formado sobre Artigas. Refiriéndose a San Martín, dice: "Lo que no comprendió en la revolución americana fueron dos sofismas, las luchas por el regionalismo a lo Artigas, o por dominación a lo Bolívar".

Sintéticas palabras que encierran una opinión por la alcurnia de su procedencia; no las compartimos por las razones que al respecto hemos venido demostrando; y que fluyen, analizando la página que el autor escribe a con-

tinuación. "Diez años antes, al comenzar la crisis federal, San Martín habíase dirigido desde Mendoza, en febrero de 1919, a Francisco Ramírez y Estanislao López, caudillos argentinos, pidiéndoles que transaran las querellas con Buenos Aires, a fin de unirse todos hasta concluir con los enemigos exteriores. En el mismo sentido se dirigió San Martín a Artigas, a quien, entre otras cosas, le decía: "cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos, me llega al corazón". "En el momento que la patria se vea libre, renunciaré a todo empleo para retirarme"; — "mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas"; "en fin, paisano mío, hagamos una transacción de los males presentes y unámonos contra los maturrangos". Artigas contestó en diciembre: "Estoy dispuesto a defender a estos pueblos mientras no desaparezca esta pérfida coalición del Brasil". "Créame inexorable para este deber", Pero en el año 1820, el orgulloso Artigas ya vencido, vivía refugiado en el Paraguay. (Obra citada, página 398).

Bellísima, conciliadora, plena de sentimientos desinteresados, la carta de San Martín. Magnífica, en su justa altivez, la de Artigas.

Se encuentran frente a frente dos egregios caballeros de limpios blasones dispuestos a cumplir sus altos destinos, aunque aparentemente la realidad los torne antagónicos. El uno ha tomado a su cargo la misión heróica de independizar América del tutelaje español. El otro, la no menos importante de no dejarla caer en las garras lusitanas o en las del primer príncipe que se digne ceñir su frente con la corona del "Reino Unido del Río de la Plata, Perú y Chile", como lo denominaron Don Bernardino Rivadavia, Don Manuel Belgrano y Don Manuel de Sarratea.

Artigas expresa categóricamente que no puede haber transacción *mientras no desaparezca esa pérfida coalición del Brasil* con el directorio de Buenos Aires, en cuyas sombras están tejiendo la corona ofrecida.

Esa es la causa fundamental para el porvenir de América por la cual lucha Artigas, y no por mezquinos regionalismos, como se le atribuye. Por eso responde con energía dispuesto a cumplir la misión que le impone el deber: "Seguiré defendiendo a estos pueblos"...

—¿A cuáles?

—A todos los pueblos del Río de la Plata.

—¿De quién?

—De las fauces insaciables del jaguar portugués, cuyas garras están ya enterradas en las carnes de la virgen oriental. Artigas termina la respuesta con estas lacónicas palabras, irrevocables como su decisión: "Créame inexorable para este deber".

El gran glosador argentino finaliza su comentario: "Pero en el año 1820 el orgulloso Artigas, ya vencido, vivía refugiado en el Paraguay..."

¡El orgulloso Artigas! ¡Vaya si lo era! Jamás inclinó la cerviz ante ningún prepotente. Cuando ya en el borde de la tumba, octogenario, recibió del presidente don Fructuoso Rivera, la invitación para regresar a su patria, tuvo el orgullo de devolverle los pliegos cerrados. No quería deber atención alguna a quien había abandonado la causa que defendian juntos, en el momento del peligro.

Considerando mi pluma demasiado modesta para refutar el juicio de un escritor de la talla del Dr. Ricardo Rojas, voy a respaldar mi réplica en la no menos autorizada del Dr. Eduardo Acevedo, considerado a justo título una de las cumbres de nuestros historiadores. En su célebre "Alegato Histórico" se expresa así. "Una sola cosa no hizo Artigas: estimular entre sus compatriotas la idea de segregarse de las Provincias Unidas para organizar una república independiente. Si hubiera sido un caudillo del molde común, como cualquiera de los que surgieron en el país después de su eliminación del escenario, la idea de presidir una república sobre la base de la Provincia oriental, y hasta de las de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, como reiteradamente le ofreció el gobierno porteño, habría constituído su grande y realizable aspiración del momento. Pero Artigas, que era una gran cabeza a la par que una gran voluntad, quería una patria amplia y poderosa, compuesta de todos los pueblos del Río de la Plata, que entraran en ella con su organización propia, con sus poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, con sus derechos garantidos y en plena actividad, a la sombra de una constitución que sólo acordaria al Gobierno Central la administración de los intereses generales, y que al arran-

car el asiento de ese poder de la ciudad de Buenos Aires, donde dominaba la oligarquía monarquista y centralista, lo trasladaría con toda seguridad a Montevideo, convertida así en cabeza de la nación más fuerte de la América del Sur...

EL HEROE AL BORDE DEL ABISMO

Volvemos a nuestro héroe que hemos dejado en su pobre campamento, junto al Uruguay; lo hallamos en el momento en que recibe la nota de Ramírez, que ya conocemos, cuyo contenido lo ha dejado abismado.

Su sinceridad y sus convicciones patrióticas, no pueden permitirle medir la intensidad de las pasiones que bullen en otras almas, como no puede sentir las emociones del arte él que no está dotado para comprenderlas. Sufría sus efectos al chocar con otros espíritus tas opuestos al suyo.

Hacía dos meses que la actitud de Rivera lo había dejado anonadado. Tal era la fe en él depositada.

Con esa herida en el alma, rubricando la que acababa de recibir con su última derrota, volvió sus ojos a las provincias hermanas; y aquellos a quienes confió la misión, apenas alcanzada la victoria, blandían sobre su cabeza el puñal de la apostasía...

La decepción y el desaliento procuraban abrir brecha en aquel espíritu, forjado como la roca andina, para resistir las furias de todos los vendavales. Era en la lucha del hombre contra la adversidad que lo atacaba despiadada. Lucha en la que siempre se cae vencido.

Ensimismado, miraba su tropa dormida, entre ponchos raídos, ropas andrajosas, fusiles rotos, lanzas de tacuara; iba repasando en su mente los nombres de los jefes que aun lo acompañaban: Latorre, Aguiar, el indio Siti, López Chico, su secretario el Padre Monterroso, Pedro Campbell, jefe de su flotilla en el Paraná...

Y no queriendo mancillar el sueño de sus fieles, que no eran culpables de la deserción de los otros, hizo volar su pensamiento hacia sus compañeros de otros días: Lavalleja, su hermano Manuel Francisco, Bernabé Rivera, Andresito, Otorgués y otros, que allá en el Atlántico, en los

calabozos subterráneos de las islas Das Cobras, estaban prisioneros, impotentes para defender su patria y sus ideales. Comprendió que la suerte de aquéllos era más triste que la suya, por lo tanto eran su brazo y su cerebro los que tenían que luchar por todos.

Vió el espectro del deber, que le señalaba su camino; la visión de América desangrándose. Y dejando vagar sus miradas por los campos bañados de luna, oyó la voz de los esqueletos abandonados a lo largo de sus jornadas, que se levantaban para pedir justicia. Ante el mandato de sus fieles muertos no titubeó en atacar al traidor. Allí, en medio de aquel cuadro desolador, de amargo realismo como su estado psíquico, empezó a concebir un nuevo plan defensivo; plan de vida o muerte, heroíco como su vida de soldado.

Las luces de la aurora lo hallaron en vela, meditando, planeando, lo que podría hacer con aquel despojo de ejército, en el cual lo único que se erguía era una bandera tricolor, con diagonal de sangre, hecha jirones por los vientos, los soles y las balas...

Dispuso que el indio Siti, que substituía a Andresito en la comandancia general de las Misiones, pasara a Corrientes a reunírsele con 1500 hombres, y convocar a las milicias de Corrientes para invadir Entre Ríos, donde Ramírez se había establecido y roto hostilidades desde Paraná.

Arengó a los soldados que lo rodeaban, casi todos indios, de rostros escuálidos, reconcentrados, taciturnos, por el momento solemne a que, sin comprenderlo, asistían. Fué éste, uno de los instantes más crueles de la vida del héroe. El punto decisivo de su destino tenía por base el borde de un abismo.

No sólo era América, en plano superior que reclamaba nuevos sacrificios, cuando ya no había sangre que dar, energías que consumir, esperanzas que alimentar. Eran, su honor de jefe desobedecido, su lealtad de hombre honrado, traicionada; era la indignidad de la apostasia que hacía hervir su sangre, eran los nueve años de sacrificios realizados por aquellos pueblos que lo acompañaban, y que la traición de dos hombres hacían rodar.

Reflexionó sobre el camino a tomar, y vió que el más

digno era continuar la lucha. Rendirse a un enemigo que ha vencido en franca lid, está dentro de las normas caballerescas de los hombres y de los pueblos; entregar una espada cargada de gloria, por la que ha alcanzado el justo título de Protector de los Pueblos Libres, a un traidor que era su protegido y subalterno, y que sólo podía vencerlo enmascarándose en la apostasía, era imposible!

,Optó, sin vacilaciones, por el camino del honor. La lucha era peor que la muerte, porque veía flotar la visión espectral de la derrota.

¡Todavía ha habido historiadores como el Dr. Luis Melían Lafinur y don Francisco Bauzá, que le han recriminado no haber luchado hasta el fin!

—"¡No supo morir"! — dice este último.

¡Incomprensión que nos abisma!

La muerte en aquellos momentos hubiera sido una mano generosa, que abreviando la lucha estéril, por lo desigual, le abría la puerta de la inmortalidad. No era el héroe quien huía a la muerte. Si hubiera caído en aquella hora, en que luchaba solo, creemos que hasta la calumnia se hubiera sentido ahíta, por lo menos el silencio que inspira la muerte, se habría extendido, un momento, sobre su cadáver.

Decimos, un momento, porque hombres de su talla llevan las tormentas que desataron en vida, más allá de sus tumbas.

No pudo ser. Acaso no debía ser. La muerte no reclamó su presa porque la Gloria, exigente siempre con sus elegidos, le pedía nuevos y largos sacrificios. Y el héroe se dispuso a ofrendarlos.

Recogió su vida como una nueva cruz, pensando que tal vez el destino, le reservara el momento de terminar su obra que no quería dejar inconclusa.

BUSCANDO UNA MUERTE HONROSA

Vemos, a nuestro gladiador, dispuesto a lanzarse a la arena donde le tocaba medirse con los brazos encadenados. Tan seguro estaba de sucumbir, como lo estaba de que allí encontraría una muerte honrosa, preferible a una humillante capitulación. Hacia ella se lanzó, sin

medir que esos esfuerzos exigen hasta la última gota vital.

Cuando hubo recibido el contingente que el indio Siti le trajo a Misiones, compuesto en su mayoría de soldados indígenas, desarmados, peor preparados, sin más bagaje que su valor, se enfrentó al traidor y lo venció en Las Guachas, el 13 de Junio, a costa de las últimas reservas físicas y morales de su ejército.

Ramírez, derrotado, se retiró a la Bajada del Paraná a esperar nuevos refuerzos, que le llegaron a cargo del general Lucio Mansilla. Allí se parapetó esperando el segundo reto, que no dudaba le lanzaría su antiguo jefe, recio como su voluntad de acero. Artigas también procuró rehacer su ejército, pero sólo pudo transfundirle las reservas morales de su espíritu. Nadie llegó en su auxilio. Su aislamiento militar era tan grande como su soledad espiritual.

Sólo le quedaban en las provincias fuerzas parciales, núcleos dispersos, grupos de indios, que en nada pudieron contribuir a rehabilitar aquel ejército extenuado por tan prolongada lucha, que tenía que enfrentarse con un adversario bien equipado con piezas de las tres armas, que Sarratea, cumpliendo lo pactado en el Pilar, había preparado y enviado a Ramírez a fin de que lograra echar por tierra el poder de Artigas.

¿Pretenderán justificarse ante la historia aquellos directorios, y el mismo Ramírez, de no contar con recursos suficientes para declarar la guerra a Portugal, cuando Artigas había resistido la invasión durante cuatro años, sin disponer de otros medios que los que espontáneamente le ofrecían los paisanos como último homenaje a la patria agraviada?

No obstante su desamparo, la fe no decaía en aquella alma granítica, y logrando reunir algunas fuerzas correntinas, atacó a Ramírez en sus posiciones que eran muy ventajosas, además de la superioridad de sus fuerzas; y fué completamente batido.

Ramírez inició entonces una tenaz persecución; y sin darle tiempo a rehacerse, lo venció en Paso de Luna, después en Yuquery y por último en Avalos, donde Artigas, en un esfuerzo extraordinario, había logrado levantar un campo atrincherado.

Desde la derrota sufrida en la Bajada del Paraná por

las fuerzas artiguistas, la lucha se convirtió en una persecución a muerte, logrando Ramírez ir venciendo las fuerzas dispersas que al mando de jefes indios, sus antiguos aliados, como Perú Cuti, Matías Avacú y otros, seguían resistiendo en un esfuerzo desesperado de agonía.

Eran las últimas chispas de un incendio que se extinguían en los montes, en los cañadones, en los barrancos de los ríos y en las llanuras encharcadas de sangre, mientras el núcleo central envuelto en trágicos resplandores, se perdía en las márgenes del Paraná.

Hasta allá llegaron los despojos de aquel ejército glorioso que se había batido desde el Plata a las Misiones, durante nueve años!

Cuando Artigas se encontraba en este difícil trance, nos narra el primero de sus biógrafos, don Isidoro de María, con los perfiles de la autoridad que le presta su pluma, un episodio de magnífica grandeza, en el cual vemos al hombre, en carne mortal, sintiendo las palpitaciones de otra carne lacerada por humanos sufrimientos.

La vida de guerrero, que tanto insensibiliza a los que la practican, no logró secar el venero inagotable de sus conceptos humanitarios.

Artigas recuerda a sus compañeros de causa y sacrificios, que yacían en los calabozos de Río Janeiro.

Para dar idea de lo que allí pasaba, vamos a publicar una carta que, con sencillez familiar, escribe Manuel Francisco Artigas a su esposa doña Estefanía Maestre, que dice así: "Ve a don Hilarión España y dile que me favorezca con alguna libranza de dinero, porque estamos en la mayor necesidad. Me lo ofreció cuando estuve en la ciudadela y no quise admitirlo entonces. Llégate a don Juan José, el vicario, y algún amigo que ahora tienen valimiento, y dile que hagan algo por los paisanos que padecemos tantas necesidades y trabajos en los calabozos de bajo tierra. Pide siquiera que me tengan preso en ésa, donde tengo tu amparo y el de mis amigos.

Te hablo como tu esposo, que si no fuera por don Francisco Magariños ya nos habría muerto la necesidad.

Te encargo que siempre que le escribas le agradezcas los favores que estamos recibiendo todos los días de su casa. 17 de agosto de 1820".

Estos y otros gritos de dolor, escapados de las pro-

fundidades de los calabozos en que yacían sus compañeros, llegaron a herir el alma del soldado, que conservaba su corazón de hombre. Dispone que las últimas reservas de la caja del ejército para el sostenimiento de aquella guerra, la cual por muchas causas no podría continuar, y que alcanzaban a unos cuatro mil patacones, fueran enviados a aquellos infelices atormentados por la miseria y el desamparo. Se desprendió de todo su capital que ascendía a veintidós onzas, para aumentar la partida que algún alivio podría llevar a la infortunada suerte de sus compatriotas encarcelados. Eligió entre sus soldados a un moreno, Francisco de los Santos, natural de Rocha, para encargarlo de tan arriesgado cometido, que supo cumplir con precisión, poniendo en manos de Lavalleja, según las instrucciones de Artigas, dicha suma, la cual era una ofrenda de reconocimiento a sus sacrificios.

Así nos narra don Isidoro de María este bello episodio de admirable desprendimiento. Coincide con el perfil desinteresado de la vida que estudiamos, y lo confirma la expresión de Francia: "Artigas llegó al Paraguay sin más bienes que una chaqueta colorada y una alforja".

El héroe terminaba su vida de soldado; iniciaba la etapa del renunciamiento.

Sigamos en el camino de su derrota; en esos momentos decisivos que marcan la curva de un destino, en los cuales todo hombre bebe la amargura de dos grandes desengaños: dejar su obra inconclusa y ver cómo le vuelven las espaldas aquéllos que creía amigos y hermanos de idealismos. Siente el desaliento de la soledad que le ofrece la gran cobardía humana.

Desde todos los tiempos, el hombre se ha prosternado ante el triunfador, el cual ve multiplicarse inesperadamente sus amigos; olvida al vencido por más noble que sea la causa por la cual se inmola. Sus numerosos discípulos han desaparecido.

Artigas no tuvo en el amargo trance de su muerte civil, más trágica que la física, el consuelo de la palabra reconfortante de una mujer. Vaso de agua fresca en los labios del sediento. Su soledad tenía el espacio de los abismos, aumentada por la concentración de sus pensamientos; Artigas nunca fué hombre dado a confidencias. A su alcázar muy pocos pudieron penetrar. Esta modali-

dad de su carácter es resultado de la norma que marcó su vida. Hombre de acción, de vida azarosa múltiple, sus facultades fueron absorbidas por los problemas que reclamaron las actividades de su ser.

El héroe se entregó a su obra, en un generoso olvido de sí mismo.

SOLEDAD ESPIRITUAL

Vamos a abandonar su ruta de guerrero, para internarnos en su vida privada, a fin de inquirir las causas de esa soledad. Es común hallar junto a un gran hombre, el apoyo moral de una mujer, sea ésta esposa, amante, novia, madre, hermana o amiga. Por la vida de nuestro héroe pasaron todas estas mujeres. En este momento de sacrificio, más trágico que entrar en lo infinito, ninguna estaba a su lado. Su madre había muerto. Su esposa yacía en las nieblas de su cerebro. Hijas no tenía; su unigénito José María era un niño. Algunas mujeres habían cruzado su vida, como Isabel Sánchez, de Villa Soriano, madre de su hijo Manuel, inscripto con su apellido en los registros parroquiales; una aventura de años juveniles (1790).

Más tarde encontramos a Melchora Cuenca, en Purificación. Ambas no tuvieron influencia en su vida; no dejaron huellas en el alma del caballero andante. Apenas conocemos esas relaciones por los registros parroquiales, con la inscripción de alguna descendencia.

De Melchora, compañera en los últimos años, tuvo dos hijos: Santiago y María. Luis Alberto Thévenet, en su folleto "De la estirpe artiguista", cita datos interesantes; entre ellos dos cartas familiares que Artigas dirige a su hijo Manuel, a la sazón ya hombre de 29 años, casado, que tiene su familia en el Queguay, En sus referencias sobre Melchora, confirma nuestra aseveración. Ambas están escritas en Mandisoví, población entrerriana, donde Artigas solía pasar temporadas, destruída después por los portugueses. La primera es del 20 de agosto de 1819; en ella da instrucciones a su hijo, como presagiando su destino, en aquella hora que se presenta con tan sombríos colores. Sus recomendaciones se concentran en su pequeño Santiago, objeto de sus desvelos. Respecto a

la niña nada dice en aquella carta, que encierra su testamento familiar. Manuel vive en unos campos que ocupaba Artigas en el Queguay; de los cuales ha dispuesto que Melchora usufructúe una parte, como medio de subsistencia para sí y sus hijos; encarga a aquél la dirección de la familia, con estas palabras:

"No te encargo más que cuides a Santiago, como que es tu hermano. Socórrelo, que al fin poco puede hacer. Si Melchora se aburriese de estar ahí y quisiera irse a otra parte, no le permitas en manera alguna que se lleve al niño. Tú sabes que por eso la mantengo. Y mientras quisiera subsistir ahí te encargo que se lleven bien y no la incomodes, ni se le prive de nada de lo que ella tiene. Para ella se lo dí, y que disponga como le parezca; menos de Santiago. A éste deberás cuidarlo y recogerlo en cualquier caso".

El lugar preferente en el alma del caudillo lo ocupa su tierno vástago. Para él son sus recomendaciones de futuro. Autoriza a la madre a disponer de su destino, no del niño. Este es su tesoro, al cual no quiere perder. Melchora es la madre de sus hijos, por lo tanto pide para ella respeto y amparo, a fin de que no pase necesidades y miserias. Sus palabras revelan que no ocupa ningún lugar en su espíritu. Da lo que puede darle, ya que el sentimiento escapa a la voluntad del hombre: nace, crece, muere, señor de sí, en los pliegues del alma. Lo vuelca en su tierno hijo con prodigalidad de padre.

¡Qué diferente estado anímico nos pinta aquella esquela íntima, escrita años antes a su madre política, en la cual, refiriéndose a su esposa enferma, le decía: "Venda Ud. cuanto tengamos para asistirla, que es lo primero, y atender a mi José María que para eso he trabajado..."

Este es un grito del alma. Grito de dolor y abnegación a la vez. Rafaela, a pesar de sus años de enfermedad mental que los separa, sigue siendo *lo primero* en el alma del cruzado, cuya ruda vida de guerrero no ha logrado borrar la veta romántica de su estirpe.

Más tarde, la vida, la necesidad de hogar, el incurable mal de su esposa...

Artigas, en la carta que comentamos recomienda a Manuel el cuidado de algunos bienes que deja a la fami-

lia, pintando, sin pensarlo, el color de una época, con estos trazos: "Manuel: Tío Carvallo regresa. El está ahí de más, lo mismo que los soldados que están con él. Por lo mismo he ordenado que venga a reunirse con ellos trayéndose la tropilla de colorados. Para cuidar lo que está ahí sólo basta con los negrillos, si quieres conservarlos.

"Ya he dicho a Carvallo que te entregue los bueyes, las carretas, las yeguas, los caballos, fuera de los que debe traer. Todo lo demás debes recibirlo y tratar de conservarlo, que si lo cuidas tendrás para mantenerte y si lo hechas por ahí para ti será...

"Procura cuidar las pocas vacas que hayan quedado. El viejo Techera tiene las ovejas. Si las necesitas puedes recogerlas y cuidarlas. También te prevengo que tiene una carreta y otra don Félix Rodríguez, que es regular que las necesiten. También te entregará Carvallo a tío Jorge y a Francisquito para que te ayuden a cuidar, y tú procura cuidarlos y hacerlos trabajar. Expresiones a Juanita (1) y tú recibe el afecto de tu padre,

José Artigas.

Con fecha 1º de octubre vuelve a escribir a su hijo, extendiendo sus recomendaciones a los que fueron sus esclavos, a quienes ha quitado ese título, porque, según su "sistema", los hombres son libres. Conserva para ellos el afectuoso calificativo de "tío", que daban en la época a la gente de color, y recomienda prestarles humanitaria atención.

Son estas esquelas íntimas, de sencillo estilo, luces del alma que nos hacen ver cómo el héroe se muestra tan humano frente a los grandes problemas continentales, como ante los pequeños del círculo familiar. A veces en estos detalles, sin valor aparente, cuando lesionan propios intereses, vemos desmentirse a hombres que creíamos nobles, mostrándonos el egoísmo de su prédica, que levantan como bandera de generosidad y justicia mientras sólo van exponiendo ajenos intereses.

A Artigas lo encontramos siempre el mismo, huma-

---

1. Juana Isabel Ayala, esposa de Manuel.

no, justo, sobre la línea recta que marcó a su vida defendiendo sus principios.

Sigamos escuchando su lenguaje familiar, tan poco conocido. Suena con emoción en el alma, a pesar de ser severo, hasta adusto, como padre que aconseja a un hijo, en cuya conducta parece no tener mucha confianza, pensando que será, acaso, la última vez.

Escuchémosle: "Mi querido Manuel: Por tu apreciable del 2 del próximo pasado, quedo enterado de cuanto has recibido.

"Con esto, y con lo que desde antemano te tengo dado, me parece tienes bastante para sostener a tu familia, a tu hermanito y a nuestros criados, tío Pancho, tío Jorge, el Hornero y Francisquillo, a quienes debes proporcionar todo lo que necesiten, aun los vicios, aunque sea vendiendo algunos animales.

"Las carretas es de necesidad que las tengas siempre listas. Si se ha ido como me anuncias, el maestro carpintero, no faltará otro que pagándole su trabajo las ponga en estado de servir. Con ellas y los criados puedes adquirir lo necesario para vivir, siempre que arregles tu conducta y no malbarates.

"Este debe ser tu anhelo. Debes hacerte cargo que tú ocupas en el día mi lugar para proveer de lo necesario a tu familia, tus esclavos, tu hermano y la madre de éste; que mis atenciones no permiten lugar para esto, y que sólo con tu conducta arreglada puedes proporcionarles lo que yo haría en iguales circunstancias, y he hecho cuando me ha sido posible.

"Da mis expresiones a Juanita, Santiago, Melchora y demás familia, y tú recibe la bendición y afecto de tu padre, *José Artigas*". (1)

En estas palabras, escritas al finalizar el año 19, se ve al hombre que mira de frente su destino. No ha de

(1) Estas dos cartas, de las pocas de estilo íntimo que nos han llegado son casi desconocidas; fueron halladas por el profesor don Luis Alberto Thévenet, en el Archivo de la Sección Militar de la Contaduría General del Estado, en una carpeta del año 1889. Habían sido enviadas allí con motivo de una solicitud de pensión presentada por la hija de María, anciana, ciega y pobre, residente en Concordia; fueron publicadas en el folleto citado.

volver a la patria, no quiere que ninguno de los seres para los cuales su corazón guarda un afecto, quede en el desamparo y la miseria. No olvida ni al último de sus servidores, al Hornero, a Francisquillo... en los cuales adivinamos a esos seres anónimos, casi niños, golpeados por la vida desde el nacer, que crecían a la sombra de las casonas de antaño...

Todo lo confía a su hijo Manuel, que espera lo reemplazará. El, mientras tanto, seguirá luchando por los demás hijos, los parias del continente, ilotas en la propia tierra en que nacieron y fecundaron con su sangre generosa.

Al seguir investigando en el círculo de sus afecciones, nos encontramos que, en el momento de su declive fatal, casi todos sus demás familiares habían desaparecido.

Su padre, don Martín José, aquel anciano pleno de cívicas altiveces, cuyo nombre figura con orgullo en la lista de los orientales que acompañaron al patriarca en el éxodo inmortal, era ahora un anciano octogenario, decadente, enfermo, incapaz de seguir a su hijo en su azarosa vida de soldado. A su cuidado estaba consagrada la única hermana del prócer, Martina, viuda desde su juventud. Su hermano José Nicolás, el prisionero de Las Piedras que se incluyó en canje como un "regalo" al vencedor, pues Posadas no quiso exigir por él el prisionero correspondiente, falleció en esa misma época. Sus hermanos menores, Pedro Antonio y Cornelio Cipriano habían muerto en temprana juventud. De modo que de los cinco hermanos Artigas sólo sobrevivía, además del prócer, Manuel Francisco, prisionero de los portugueses, como ya hemos dicho.

¿Puede concebirse a un hombre más aislado, frente a los embates de la adversidad, demostrando mayor fortaleza para resistirlos? Ya hemos visto, que los amigos, compañeros de glorias y derrotas, lo abandonaban uno a uno, como la flor marchita que ve caer sus pétalos y queda sola la semilla fecunda, símbolo de la supervivencia de las ideas y de los valores morales.

Bien pudo exclamar entonces el gran desamparado, como lo hiciera otrora, cuando en carta íntima, confiaba a su madre política la desolación de su alma: "¡Cómo ha

de ser! Cuando Dios manda los trabajos no viene uno solo. El lo ha dispuesto así y así me convendrá".

La resignación cristiana se mezclaba al valor de los estoicos para retemplar aquella alma, que como los arrecifes de la costa, recibía los embates del oleaje.

Nuestra mente se abisma al penetrar con unción mística en este templo anímico y hallar el misterio de los grandes silencios...

Profundas interrogantes lo circundan. Arrojamos de nuevo nuestras saetas investigadoras en los tiempos idos.

¿Quiénes fueron sus amigos íntimos? ¿Tuvo alguno que mereciera sus confidencias? ¿Hubo alguna mujer en su vida que comprendiera su gran espíritu y lo acompañara en la gloria como en su dolor?

La historia enmudece cuando lanzamos estas preguntas, cuyas respuestas serían un poderoso auxilio para el conocimiento de su vida.

Hemos recorrido la vida privada de nuestro prócer, a fin de exponer las causas que originaron su aislamiento familiar en estos trágicos momentos.

Volvemos, a encontrarlo en los días sombríos de 1820.

La semilla estaba sembrada, aunque aparentemente la tierra que la cubría apareciera reseca y estéril. Cinco años más tarde, Lavalleja le ofrecerá el riego requerido para hacerla germinar en frutos imperecederos. El espíritu del viejo sembrador seguía flotando sobre las desiertas campiñas orientales, mientras su cuerpo era encerrado en la celda de un claustro conventual.

LA PATRIA DE WASHINGTON LE OFRECE ASILO

El gobierno y pueblo norteamericanos miraron con simpatía los esfuerzos realizados por sus hermanos del Sur, tendientes a conquistar su independencia, pensando que implantarían la forma republicana. Así lo manifestaron a los primeros delegados de la junta de Buenos Aires, que en 1811 llegaron hasta allá, a fin de hacerles conocer la revolución y conseguir su apoyo moral y material en la venta de armamentos.

Dada las buenas relaciones que los Estados Unidos mantenían con España, la misión era reservadísima, llevando los comisionados don Diego de Saavedra y don Juan Pedro Aguirre, los nombres de Pedro López y José Cabrera. Después de algunas audiencias confidenciales con Monroe, que a la sazón era ministro del presidente Madisson, le contestó: "Que Estados Unidos vería con agrado la emancipación de sus hermanos los pueblos del Sur, bajo una constitución liberal. Que en ese concepto le prestarían el apoyo compatible con las circunstancias".

En esos momentos, Buenos Aires veía sucederse en el gobierno los directorios y los triunviratos; en aquellos continuos cambios la misión tuvo que regresar sin haber podido concretar nada, realizando sólo la compra de mil fusiles.

Transcurren seis años; estamos en 1817. Año aciago para la patria oriental, que cae bajo las garras del portugués.

Las embajadas extraordinarias han recorrido las cortes europeas en busca del soñado príncipe. Mejor las han visto los diplomáticos norteamericanos que representan a su país ante esos mismos monarcas, y siguen con interés el curso de las negociaciones, enterándose de los sucesos rioplatenses en todos sus detalles; estudiando principalmente las tendencias y doctrinas de los hombres dirigentes.

Algunos han sido presentados a Rivadavia y a Alvear en Londres y París. Han sostenido con ellos largas conversaciones, a través de las cuales han entrevisto la figura de Artigas, entre dicterios, de bárbaro y anárquico facineroso y bandolero; pero luchando impertérrito contra el español y el portugués, y que seguirá luchando contra todo rey extranjero que ose poner su planta en tierra americana.

Los representantes de la democracia del Norte, vieron, a pesar de la nebulosa en que la envolvían, la única personalidad que encarnaba sus ideas. Recio tronco que da vida a un árbol desgajado sin piedad. Lo demás son para ellos hojas caducas que el viento se lleva. Recogieron la clara visión del hombre a través del disfraz, que le quitaron inteligentemente para presentarlo, ante

el gobierno de Washington. Allí se le comprendió, se le amó y le llamaron sinceramente hermano.

El gobierno de la Unión tenía en el Plata un agente consular que lo informaba de las alternativas e incidencias de la lucha. En el año 1817 desempeñaba ese cargo el señor Thomas Lloyd Halsey, quien mantenía relaciones personales con Artigas y lo puso en comunicación directa con el presidente Monroe, como lo prueba la carta que desde Purificación le dirige aquél, con fecha 1º de setiembre del mismo año, la cual empezaba así: "He tenido el honor de comunicarme en primer término con el señor Thomas Lloyd Halsey, cónsul de los Estados Unidos en estas regiones, y debo congratularme de tan afortunado incidente. Le he ofrecido todos mis respetos y servicios y me valdré de esta ocasión favorable para presentar a V. E. mi más cordial saludo".

Artigas habla de sus luchas en pro de la libertad y bienestar generales, de los sacrificios que realizan los pueblos que lo acompañan.

No hemos podido conocer la respuesta de Monroe; hemos sabido que el archivo de este consulado fué a parar a Buenos Aires en la época del gobierno de Pueyrredón, por quien fué expulsado el citado cónsul de las Provincias Unidas, según lo expresa una nota del mismo dirigida a Monroe, fechada el 31 de enero de 1818, en la cual le explica los motivos que lo obligan a proceder así: "Ha llegado al abuso de su poder y no ha hesitado en promover los intentos insidiosos de los descontentos y de los perturbadores de la paz. Hasta se ha puesto en contacto con el leader de los anarquistas don José Artigas..."

En los archivos del departamento correspondiente de Estados Unidos existe una carta que e' señor Halsey, al dejar el consulado, escribiera al comisionado especial de la Unión en Sud América, Mr. John Graham, datada el 26 de agosto de 1818. No podemos dejar de transcribirla; encierra un juicio consagratorio de nuestro prócer, expresado por un hombre que lo conoció personalmente, que supo comprender y valorar los sacrificios que realizara y los escollos que venciera en sus luchas. Después de tratar varios puntos describiendo el panorama rioplatense,

Halsey se refiere a Artigas: "El general Artigas ha establecido su campamento en el Río Negro, equidistante de un cuerpo de tropas que está frente a los portugueses en el río Uruguay, arriba de Purificación (de cuyo sitio él los ha expulsado) y de los que están cerca de la Colonia. Pero Artigas carece de casi todo lo necesario para las operaciones militares, tal como provisiones, armas, pólvora, balas y dinero. Cómo él mantiene unidos a sus hombres y hace frente a los portugueses, es extraordinario. Nada, sino su gran genio y el amor de su pueblo hacia él, puede efectuarlo..."

En la hermosa lengua de Byron, este pensamiento, que es una condenación de lo que hemos venido demostrando a lo largo de esta obra, dice así: "Nothing but his great genius and the love of the people to him could possibly it". Halsey para finalizar agrega: "¿No harán algo los Estados Unidos por Artigas, el mejor y más desinteresado patriota de estas regiones?"

Cuando con este conocimiento de los hombres y de los hechos se expresaba el cónsul norteamericano, Artigas no podía ser un desconocido en su país.

Estamos ante la sorpresa con que se encontrará el nuevo delegado del directorio que preside Pueyrredón, el cual en 1818 llegará ante aquel gobierno a solicitar el reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que acaba de proclamar el Congreso de Tucumán. Esto lo sabemos nosotros; también lo saben en Norte América. Este delegado, que va confiado en el éxito de su misión es don Manuel Hermenegildo Aguirre. Preside entonces la gran nación del Norte el ilustre Monroe, que ya conocimos como ministro de Madisson tratando con la delegación que llegó en 1811. Mr. Adams, que será su sucesor, es ahora su ministro. Su ascensión a este puesto, antesala de la presidencia de la república, hizo surgir un rival, Mr. Clay, que se convertirá en leader de la oposición al gobierno en la cámara de representantes. Estos dos adversarios políticos serán las columnas centrales que discutirán el reconocimiento inmediato o no de las Provincias Unidas, en las cuales va incluída la Banda Oriental; esa tierra que con tanto tesón defiende Artigas, ellos lo saben muy bien, de las

ambiciones europeas. Será el presidente Monroe, el mismo que en 1823 lanzará su célebre doctrina de "América para los americanos", quien tendrá que intervenir. ¿Puede pedirse mayor comunidad de ideales entre los hombres del Norte y nuestro modesto, pero grande, caudillo del Sur?

El delegado Aguirre que lleva representación del directorio de Buenos Aires y de O'Higgins, como jefe del territorio chileno, no lleva ninguna de Artigas. ¡Qué había de llevar! Eso es, precisamente, lo que se le ocurre a Mr. Adams preguntarle al representante argentino.

Ha de ser también este punto, que por insignificante ni siquiera se pensó en él al enviar al delegado, el que ha de ocupar cinco sesiones consecutivas, las del 24, 25, 26, 27 y 28 de marzo de 1818; las cuales resultaron una apoteosis tributada a nuestro prócer.

Veamos cómo sucedieron las cosas.

El enviado de Pueyrredón fué recibido una sola vez por el presidente Monroe, quien le reiteró las protestas de amistad de los Estados Unidos a sus hermanos del Sur. Trató ampliamente con su ministro Mr. Adams, y éste conocía, tal vez mejor que el comisionado, los entretelones de la turbia política rioplatense. Zorrilla de San Martín ha resumido, del libro de sesiones, aquellas largas conferencias en una interesante página que vamos a transcribir, respetando la autoridad de su pluma: "El agente argentino, dice, se pone entonces en comunicación escrita con el Ministro Adams, al que elocuentemente expone los títulos que tienen las "Provincias Unidas" al reconocimiento; pero al entrar a precisar su negocio el representante de Buenos Aires se ve desconcertado por la siguiente pregunta: "¿Cuáles son los territorios que han de constituir el nuevo Estado, cuya representación invoquéis y cuya independencia queréis ver reconocida por la democracia de Washington?"

Aguirre contesta con vacilación: "Son los que constituyeron el virreinato del Río de la Plata".

—"Y ese territorio que gobierna Artigas, responde Adams, ¿no formaba parte del virreinato?... Habéis presentado poderes del gobierno de Buenos Aires; me traéis una carta de O'Higgins, jefe de los chilenos, ¿traéis al-

guna de Artigas, el jefe de los orientales, con quien ha tratado nuestro cónsul, que ha estado en comunicación con nuestro Presidente, que nos ha ofrecido su amistad republicana?... ¿Quién os da la representación de ese pueblo heroico que, como Chile, está separado de Buenos Aires por fronteras naturales y quiere su autonomía?... Yo veo allí a ese hombre Artigas, que lucha solo con su pueblo, y que, cuando menos, representa tanto como O'Higgins... ¿Quién es ese Artigas? Yo veo a Montevideo en poder de una monarquía europea, del portugués hermano del español, protegido de la Santa Alianza, que no puede ser nuestra amiga. Y ese extranjero está allí, con el beneplácito del gobierno de Buenos Aires. ¿Y si Artigas, jefe de la Banda Oriental, me pide el reconocimiento de su independencia? ¿Qué le contesto, si hoy reconozco su dependencia de vosotros, sin su voluntad o contra de ella?

"¿Me he de poner contra él, en la lucha que sostiene contra vosotros, aliados del rey de Portugal, en defensa de la democracia? ¿Y si el mismo portugués me pide el reconocimiento de su dominio sobre Montevideo...?"

Hasta aquí la voz de Mr. Adams. Escuchemos ahora la contestación de Aguirre, también por intermedio de Zorrilla de San Martín, en cuya *"Epopeya"* ofrece abundante documentación y ricas sugerencias sobre este punto magno de la historia del Río de la Plata, en el cual se dan brochazos de luz y justicia a la figura de nuestro prócer.

"Aguirre, dice, tuvo que responder a la formidable objeción de Adams... Oid su contestación que os va a llenar de asombro:

"Artigas, aunque en hostilidades con el gobierno de Buenos Aires, dijo, sostiene la causa de la independencia contra España. En cuanto a la invasión portuguesa, el motivo principal de esa guerra es la antigua pretensión de Brasil a mayores límites territoriales. Será probablemente imposible que lo consiga porque uno de nuestros más distinguidos jefes, ayudado por los más amplios recursos está ahora comprometido en el rechazo de esas tropas. Y no obstante el doble vínculo en que se une ahora ese soberano al rey de España, nuestra existencia na-

cional, lejos de estar seriamente comprometida por la guerra en ese rincón está fortalecida por ella".

"Ese rincón, sigue diciendo Zorrilla de San Martín, era la Banda Oriental; ese distinguido jefe, ayudado por los más amplios recursos... yo no sé quién era. ¿Sería Artigas? ¡Artigas representado por el agente de Pueyrredón!

"Convengamos en que la posición del señor Aguirre era muy escabrosa y llena de peligros".

No obstante, como es lógico, Estados Unidos tenía interés en que las colonias del Sur se transformaran en países independientes, siempre que contribuyeran a extender sus principios republicanos. Pero a fin de proceder con conocimiento de causa, el gobierno de Monroe dispuso el envío de una delegación especial al Río de la Plata, para que estudiando los hechos sobre el terreno pudiera obrar con imparcialidad. Fueron designados al efecto tres personalidades: Mr. César Rodney, Juan Graham y Teodorico Bland, que debían partir en la fragata de guerra "Congreso" hacia nuestras playas. Antes fué necesario llevar ese asunto al parlamento. Aquí se presentó la ocasión inesperada para que el nombre de Artigas llenara los ámbitos de aquel congreso durante cinco sesiones consecutivas.

Al ser puesto sobre el tapete el citado asunto, Mr. Clay, a quien ya conocemos como rival de Mr. Adams, protestó enérgicamente por el no reconocimiento inmediato de la independencia de las Provincias Unidas, aduciendo que reunían las condiciones necesarias para formar un pueblo soberano. Norte América, no debe esperar a que los reyes le den el ejemplo de reconocimiento a la única república que existe en el mundo después de la nuestra. Aquí se levanta la voz de Adams, Smith, Forsth y otros, rebatiendo que los hombres en cuyas manos estaba la dirección del movimiento político del Sur, no eran de ideas republicanas, estaban en connivencia con las cortes europeas, especialmente con la portuguesa, la cual ya había iniciado su conquista en los antiguos dominios españoles. Eso y mucho más dijo Adams.

El nombre de Artigas resonó en aquel congreso como numen forjador de la democracia sudamericana. Era

la primera vez que aparecía en la historia, despojado del disfraz calumnioso que le envolvía; Adams lo rubricó noblemente con estas célebres palabras: "El único campeón de la democracia en aquellas regiones es el bravo y caballeresco republicano general Artigas".

Así se deslizaron aquellas cinco sesiones, que fueron de amplio reconocimiento a la obra de nuestro prócer, ignoradas por él mismo, mientras atravesaba la época más trágica de su vida.

¡Qué lejos de pensar estaba Artigas, que su nombre tan calumniado en la tierra que defendiera, auroleado por la justicia, llenaba el recinto del parlamento de la nación más libre del mundo!

Acaso nunca llegó a saberlo. El egoísmo humano dispone de tantos medios eficaces para retener oculto lo bueno que se dice del prójimo, como para propalar lo malo.

Por aquel congreso pasó, para ser estudiada y discutida en sus puntos fundamentales, toda la historia del Río de la Plata. La figura modesta del paladín republicano del Sur, permaneció de pie, pasando sobre el fuego de la discusión, como Cristo sobre el Tiberiades, sin que las olas que levantaba intentaran enlodar la orla de su túnica. Una nueva consagración alcanzó su nombre cuando Mr. Smith, diputado por Maryland, expuso textualmente: "El Directorio del Río de la Plata, hace la guerra como aliado del rey de Portugal, contra Artigas, que es el jefe de la Banda Oriental y que parece ser en verdad un republicano, un hombre de cerebro fuerte y de inteligencia vigorosa, valiente, activo, abnegado por su país, y poseedor de la plena confianza del pueblo del cual es jefe".

La controversia crecía en proporciones y los argumentos se multiplicaban; ninguno de los contendientes puso en tela de juicio el honrado patriotismo del jefe de los orientales. Allí nadie lo presentó como facineroso y ladrón. A las puertas de aquel libérrimo congreso, que encontró cerradas, se detuvo la calumnia, que no considerándose vencida, siguió aullando por todos los ámbitos de la América del Sur.

El formidable argumento de Adams, que no podía reconocerse la independencia de las Provincias Unidas

mientras la patria de Artigas estuviera sometida al monarca portugués, y él y su pueblo se desangraran luchando por su libertad, no pudo ser rebatido. Al ser llevado a votación, una mayoría aplastante apoyó a M. Adams en su victoria. Ciento cincuenta congresales lo aplaudieron, mientras que sólo cuarenta y cinco acompañaron a Mr. Clay.

En resumen, el triunfo de Adams, que era el triunfo moral de Artigas en la historia del Río de la Plata, había sido completo. El envío de la comisión, que motivó aquella célebre controversia, fué resuelto favorablemente. La fragata llegó a Buenos Aires en 1818, durante lo más recio de la lucha de Artigas contra el portugués y Pueyrredón, quienes querían deshacerse de él a cualquier precio, aun contra la voluntad del pueblo argentino que miraba con dolor el sacrificio del hermano oriental.

Imposible ocultar esta magna figura en el escenario de las luchas rioplatenses a los comisionados de Monroe, que quieren ver por sus propios ojos cómo se desarrollan los sucesos, sin conformarse con lo que les dicen. Han de informar separadamente cada uno, según sus propias impresiones.

A fin de facilitarles la tarea y de que no hubiese discrepancias de opiniones, pensó Pueyrredón regalarles un resumen escrito que condensara en todas sus fases esa figura tan discutida, para que los tres comisionados estudiaran en él al diabólico personaje, sin necesidad de molestarse en investigaciones oficiosas. Fué encargado de este trabajo, que lo ha hecho tristemente célebre, Pedro Feliciano Cavia, que ya conocemos como secretario de Sarratea, en el Ayuí, y expulsados juntos del segundo sitio de Montevideo. Ahora le llegaba el momento de poner a prueba sus dotes de calumniador. ¡Y a fe que las demostró! Este fué el origen del panfleto de Pedro F. Cavia, que a la sazón ocupaba el puesto de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. No hay duda que estaba bien interiorizado del asunto; expuso solamente todo aquello que de más terrorífico e inhumano pudo urdir. El libelo, no tuvo el éxito esperado en el espíritu de los comisionados estadunidenses; no hay duda que llenó su misión en otras personas menos enteradas de los

asuntos políticos de la historia del Río de la Plata, en viajeros que la bebieron en esa emponzoñada fuente.

Los agentes de Monroe no se conformaron con lo que le decían los informadores oficiales, ni el libelo citado, la prensa que escribía para ellos, ni los documentos que se les ofrecían. Ellos escucharon la voz de los pueblos, dieron crédito a todas aquellas personas que creyeron dignas de merecerlo. Ninguno de los tres pudo ver a Artigas, ni escuchar sus razones, ni oir su voz; pero lo presintieron. Vieron en él y en su pueblo a la única nebulosa capaz de concretar en el Sur el ideario realizado por sus hermanos del Norte.

Oigamos lo que al respecto dijo cada uno de ellos, a pesar de no tener informadores artiguistas:

Rodney, después de resumir la historia platense, de transmitir lo que ha visto y oído, y hasta de enviar documentos que le han dado con ese fin, termina su informe con este sintético juicio sobre Artigas: "Es justo agregar, sin embargo, que el general Artigas es considerado por personas dignas de crédito, como un amigo firme de la independencia del país. Difícilmente podría esperarse de mí una opinión decisiva sobre esta delicada cuestión sobre el estado de todo el territorio. No he tenido la satisfacción de celebrar un interview formal con el general Artigas, que es incuestionablemente un hombre de excepcionales y singulares talentos. Pero si tuviera que arrojar una conjetura, creo que no sería difícil que en ésta, como en la mayor parte de las disputas domésticas, haya falta de ambas partes. Es de lamentar que estén en abierta hostilidad".

Este Rodney entrevió a Artigas, como se distinguen los perfiles de una montaña a través de la niebla. Lo vió grande, no definido; le ocultaron la magnitud de su obra, como le ocultaron la de sus enemigos, parte de la cual ha venido a conocerse cuarenta o cincuenta años después.

Sin embargo, vió más de lo que los enemigos del héroe hubieran deseado. Vió, a pesar de no haberlo visto, que el general Artigas era un hombre de excepcionales talentos, y vió también que era amigo firme de la independencia del país.

Graham, el otro comisionado, tampoco pudo ver a

Artigas, tuvo las mismas fuentes oficiales de informaciones que sus compañeros. Pero a pesar de todo recoge impresiones personales sobre Artigas, que le parecen muy justas y razonables, y las comunica a su gobierno sintetizadas en esta forma: "El general Artigas y sus partidarios sostienen que la intención del gobierno de Buenos Aires es dominarlos y obligarlos a someterse a un estado de cosas que les arrebate los privilegios del "self-government" que se consideran con derecho a reclamar.

"Dicen ellos que están deseosos de unirse a los pueblos de la margen occidental del río; pero no en forma de quedar sujetos a la tiranía de Buenos Aires.

"Esta guerra ha tenido por origen una combinación de causas, en la que quizá ambas partes tienen algo de que quejarse, y algo de que arrepentirse ellas mismas. El mutuo interés requeriría la unión, agrega, pero mucha moderación y discreción son necesarias para conseguirlas, mucho más de lo que en estos momentos puede esperarse de los ánimos irritados de algunos de los personajes principales de ambos lados".

Hasta aquí la palabra de Graham, que sabe escuchar la voz de los orientales cargada de protesta ante la injusta sumisión a que anhela someterlos al centralismo porteño. También ha visto que los orientales ansían unirse al pueblo argentino, que comparte con ellos sus aspiraciones de justicia.

El más explícito de los tres comisionados es Teodorico Bland, que traza en claros rasgos todo el cuadro que sus ojos vieron: la ambición de predominio de Buenos Aires, la opinión pública dividida en republicana y monarquista, en federalista y unitaria, la mordaza impuesta a la prensa, etc., para finalizar con este juicio: "Artigas puso a prueba los planes del gobierno de Buenos Aires exigiendo que la Banda Oriental fuese considerada como un estado... Fué considerado esto como lo más irracional, criminal y declarada rebelión contra el gobierno único, legítimo, de las Provincias Unidas, que según su doctrina alcanzaba a todo el virreinato, dentro del cual la ciudad de Buenos Aires había sido, y debía ser siempre, la capital de la cual emanase toda autoridad... Artigas denunció y combatió esto como manifestación de

un espíritu de injusta arbitrariedad, al cual no debía ni podía someterse... "Artigas, arrastrado primero en una dirección después en otra; atacado por los portugueses y por Buenos Aires, y en guardia siempre ante un ataque de España, mantiene toda la población sometida al imperio de su voluntad..."

"Podría decirse que Artigas y sus gauchos defienden generosamente sus hogares, sus derechos y su patria, y que el Rey de Portugal tiene el propósito de agrandar su dominios con la anexión de una parte de la provincia al Brasil..."

Después de haber escuchado las opiniones serenas de estos hombres ajenos a las pasiones dominantes, que han visto entre las sombras del ambiente, la figura del prócer republicano, no nos sorprenderá que cuando dos años más tarde se desplome, sea el hermano del Norte, el único capaz de comprender la trágica grandeza de su caída. A través de mares y océanos, selvas y ríos, ha de llegar una atenta nota, en la que "a nombre de su gobierno le ofrece generosamente al General Artigas los medios de seguridad para trasladarse a los E.E. U.U. donde sería bien recibido, se le asignaría el sueldo de su clase para vivir tranquilamente, con comodidad y con las consideraciones debidas a su rango..." El gobierno de Washington, agrega la nota, tendrá mucha satisfacción en recibir a huésped tan honorable en la Unión Americana".

¡Qué íntima sensación de gratitud inunda el alma al escuchar estas palabras, rayo de luz en el vendaval!

Noble actitud de un pueblo, que ennoblece a la humanidad. Porque rara vez el poderoso, cuando nada debe ni espera del vencido, le tiende su mano amiga en tan fraterno ademán.

Por eso nos sentimos impulsados a exclamar: ¡Gracias, hermanos del Norte! ¡Gracias por vuestro generoso recuerdo y reconfortantes palabras, únicas que llegaron, como bálsamo reparador, hasta el corazón del vencido!

Tan noble rasgo no ha de ser olvidado por los hijos de la patria que proclamara a Artigas, padre espiritual de la misma. En los pueblos, como en las familias, se transmiten a las generaciones los recuerdos y la venera-

ción para quienes tuvieron gestos tales, con nuestros antepasados.

Casi todos los historiadores, al llegar a este punto decisivo de la vida de Artigas, se asombran ante la inesperada resolución de negarse a aceptar un asilo tan espontáneamente ofrecido, en el único país donde han comprendido su misión y valorado su sacrificio. "¡Alma fuerte y extravagante", exclama Zorrilla de San Martín, al sumergirse en su espíritu; del que dice "tiene el silencio de los lagos de las montañas, inmóviles y profundísimos en sus nieblas..." "No en vano los comentarios son aquí contradictorios", agrega. Nadie se explica el por qué de esa negativa.

Lamy Dupuy, Leandro Ipuche y otros historiadores modernos, afirman que Artigas entró al Paraguay, no a solicitar un asilo sino a concertar una alianza, que Francia lo tomó prisionero encerrándolo en un convento.

Si Francia, dudando de Artigas, lo hubiera hecho su prisionero, jamás lo habría tratado como huésped colmándolo de obsequios. Porque es necesario conocer la psicología del dictador y su proceder hacia aquellas personas que no le inspiraban confianza, para convencernos de que Artigas debió merecer la suya, cuando así lo trató, a pesar de la severísima vigilancia que desarrolló a su alrededor durante su destierro. Nos parece inverosímil que Artigas hubiese pensado en esta supuesta alianza, en momentos de derrota e incertidumbre, cuando no la había conseguido en los tiempos de su protectorado, no obstante las reiteradas veces que, como medio defensivo contra los enemigos comunes, lo propuso al dictador.

Nosotros, pretendiendo desentrañar el misterio de su negativa al ofrecimiento del gobierno norteamericano, prefiriendo solicitarlo al doctor Francia, con quien nunca se han comprendido ni se comprenderán, nos hemos sumergido en el problema y sin pretensiones decisivas, emitiremos nuestro juicio.

Hemos estudiado el momento histórico y el lugar geográfico en que se hallaba Artigas en aquel momento en que, vencido, lo consideramos con derecho a disponer de su destino.

Si en este difícil trance se hallara hoy un militar de

nuestros días, fácil le sería dominar el espacio como las aves, desplegar sus alas donde encontrara propicio el clima y generoso el suelo.

Pero transportémonos al momento en que Artigas había llegado perseguido por Ramírez, hasta Misiones, provincia mediterránea, en cuyas azarosas jornadas había recibido la citada nota. Recordemos que su perseguidor era dueño de todos los territorios que habían quedado a espaldas del héroe vencido, es decir: Entre Ríos, Corrientes y Misiones, con los cuales había proclamado la república de Entre Ríos, designando la ciudad de Corrientes por capital. También dominaba los ríos, desde que se había apoderado de la flotilla artiguista comandada por el afamado Pedro Campbell, aquel soldado inglés de Beresford que quiso unir sus esfuerzos a los de estos hombres que tan denodadamente se batían por su libertad. Los territorios situados al oriente del Paraná y Uruguay estaban en posesión de los portugueses, sus enemigos, lo mismo que Montevideo resguardada por su poderosa escuadra. En Buenos Aires gobernaba Sarratea, cuyas relaciones con Artigas, ya conocemos. ¿Por dónde, pues, podía salir de aquel anillo de hierro, si se hubiera resuelto aceptar el generoso ofrecimiento del gobierno de Washington?

La situación de Artigas, encerrado en un bolsón, en el centro de América, era singularmente difícil. Ya había estado a punto de caer en manos de Ramírez, en el encuentro sobre el río Mocoretá, donde "le puse en tales aprietos, dice en su parte oficial, que dejó ensillado su caballo y se escapó en ancas del que montaba su hijo Manuel".

Por eso, conocedor del terreno y de los peligros que lo rodeaban, Artigas comprendió que le sería imposible aceptar aquel fraternal llamado, que el único camino a seguir era saltar las barrancas del Paraná y entrar en la tierra donde dominaba la férrea mano de Gaspar de Rodríguez Francia. Esa única puerta también estaba cerrada. Era necesario llamar y esperar que, después de largas investigaciones, el dictador resolviera si permitía correr o no sus pesados cerrojos. El héroe se inclinó, y llamó a la hermética puerta.

¡Paradojas del destino que salpican la vida de nuestro prócer! ¡El apóstol de la libertad pidiendo asilo a la sombra de la tiranía!

Allá irá, a compartir la suerte de ese pueblo oprimido. Su inmenso desengaño de los hombres necesitaba, para dormirse, el silencio de las selvas, entre las fieras salvajes!

Ha terminado su vida pública, él mismo se decretó su muerte civil, sin detenerse a pensar en la suerte que le estará reservada, dado que para morir son iguales todos los lugares de la tierra!

El 20 de agosto ya el héroe ha tomado una resolución definitiva. En esta fecha escribe a Francia manifestándole su decisión de abandonar la lucha, "desengañado de las defecciones, traiciones e ingratitudes de que había sido objeto y víctima". En consecuencia solicita un asilo de la "generosidad del Dictador"; agregando que si no se lo otorgaba se iría a vivir en los montes".

No fué necesario. La respuesta de Francia no se hizo esperar mucho tiempo; y como él mismo lo dice, envió a un oficial con 20 húsares en su busca. A ellos entregó el héroe su espada cargada de gloria. Así terminó su misión épica, austeramente como él la realizó. Pero su ejemplo arrojado en semillas fecundas, quedaba gestándose en surcos generosos.

Las riberas del Paraná, insensibles como el Tiempo, acogieron su vida de proscripto. Nada ni nadie lo arrancará de allí. Fué inflexible consigo mismo, sin debilidades ni sentimentalismos, en la hora de la inmolación como lo había sido cuando se impuso cumplir la alta misión con que lo invistió el destino. La barquilla de Caronte lo conduciría al otro lado del Paraná, donde reinaba el misterio de las sombras.

Ruidos de cadenas, dolor de prisiones, ayes de un pueblo oprimido, retumban en el silencio ...

Ese es el nuevo escenario en que va a posar su planta el hombre que todo lo sacrificó por la libertad de los pueblos. Ante la puerta aún cerrada, el Protector de los Pueblos cambió su ropaje de soldado por el tosco sayal laico; las sandalias con que cumpliría su misión de Padre de los Pobres.

TRILOGIA AMERICANA

En el escenario americano de los tiempos épicos, aparecen, como montañas en los valles, tres figuras que supieron cumplir grandes destinos, complementándose, a pesar de aparente oposición, para echar los cimientos de los países que forman la indohispania.

Si hemos de juzgarlas por el brillo de sus talentos, tenemos que descubrirnos ante el genio refulgente de Bolívar, a quien la ática pluma de Rodó abarca con magistrales pinceladas. "Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en el infortunio; grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y grande para sobrellevar, en el abandono y en la muerte, la trágica expiación de la grandeza".

Si estudiamos a estos hombres desde el punto de vista militar, haremos justicia al decir que a San Martín le cabe la gloria de haber sido el más ponderado militar de la independencia americana. Su genio no poseía el brillo ni la fuerza avasalladora del de Bolívar, tenía la precisión matemática y paciente del estratega, respaldado en una voluntad de acero y en una moral inquebrantable. Sin estas condiciones, aristas angulares de su personalidad, no le hubiera sido posible preparar y realizar la monumental jornada de los Andes, que por sí sola bastaría para inmortalizar su nombre.

Artigas no tenía el talento ni la cultura intelectual de Bolívar, ni la táctica militar de San Martín, adquirida en las más modernas escuelas y campos de batallas europeos; pero fué, indiscutiblemente, el más americano.

Vió a la luz de su propio espíritu, lo que no alcanzaron a ver los dos grandes Libertadores, que supieron realizar la independencia de América y no acertaron a determinar la forma de gobierno que estos pueblos requerían. Ambos soñaron con testas coronadas en esta América indiana, que por su configuración solitaria en medio de dos inmensos océanos, parece que está entonando un himno a la libertad. Aunque Bolívar y San Martín convergían en un ideal monárquico, diferían en su forma. El primero soñaba con una gran confederación dirigida por príncipes americanos. Por eso cuando

Bolivar alcanzó la independencia de Bolivia y redactó él mismo su primera carta constitucional, le dió el nombre de República, pero regida por un presidente y gobierno vitalicios, lo que era un paso directo hacia la monarquía.

San Martín dudaba del éxito, porque pensaba que "esos hombres que habían fumado con su pueblo en el mismo cigarro" no lograrían inspirar a sus súbditos esa devoción casi mística, producto de tradiciones milenarias, que sienten los pueblos de allende los mares hacia sus monarcas.

De ahí que compartiera la idea de algunos de los prohombres de su patria —aunque a este punto no le dedicó preferente atención, porque su ideal obsesionante fué la independencia de América— de traer algún príncipe europeo que viniera ya ungido con la auréola de majestad, a fin de que influyera para que estos pueblos semibárbaros inclinaran su cerviz y le juraran obediencia y fidelidad.

Aunque hoy nos parezca inverosímil que los dos grandes capitanes de América, después de haber alcanzado su independencia, pensaran así sobre su organización política y social, se le halla clara explicación. Ambos habían formado sus espíritus en Europa, viendo cortes, tratando cortesanos, viviendo entre pueblos sumisos que consideraban en cada monarca a un semidiós. San Martín era hijo de españoles. Don Juan de San Martín, su padre, fué durante años gobernador de Yapeyú, pequeño pueblo de Corrientes, por lo cual ese lugar apartado y selvático, tuvo el honor de haber mecido la cuna del hombre que más tarde llenaría con su gloria los confines de América. Cuando tenía apenas siete años, sus padres regresaron a España y allí inició sus estudios en el Seminario de Nobles de Madrid. Como es lógico suponer, hogar, maestros, camaradas y ambiente social, contribuyeron a formar su espíritu de acuerdo al criterio hispánico de la época.

San Martín, a los treinta y cuatro años de edad, trunca su carrera militar europea, en que actuaba con el grado de coronel de caballería, y se embarca en la quijotesca aventura de luchar por la libertad de una tierra que apenas conoció.

¡Quién sabe qué secretos impulsos contrae el hombre al nacer, que a través de las vicisitudes de la vida lo atraen las fuerzas telúricas, al sitio donde vió la luz!

Bolívar descendía de una familia española, de elevada alcurnia y cuantiosa fortuna, radicada en Caracas. Huérfano muy joven, habiendo terminado sus estudios en su ciudad natal, resolvió completar su educación viajando por países extranjeros en compañía de un ilustrado profesor español, Simón Rodríguez, "que le enseñó a interpretar clásicos y enciclopedistas y los monumentos y carácter de los pueblos que visitaban".

Su arribo a Europa debió dejar en el alma ardiente del adolescente, una huella profunda; llegó en momentos en que las dianas victoriosas de Napoleón llenaban los aires del mundo. Asistió a su coronación como Emperador, en París, participando de aquellas fiestas; trató lo más granado de la nobleza europea, y a poco contrajo enlace con una sobrina del Marqués del Toro, en Madrid.

Tanto Bolívar como San Martín, al tener que decidir la organización política del continente, desearon imitar lo que habían visto brillar con tanta esplendidez. Para gloria de ambos y de América, ninguno aspiró ceñir coronas a sus frentes. Aunque no faltaron oficiosos calumniadores, y más tarde historiadores también, que los agraviaron con esa ofensa. Si esta ambición vulgar hubiera sido el móvil de sus acciones, ambos Libertadores tuvieron en sus manos, más de una vez, brillantes oportunidades de realizarla.

Bolívar amaba, sí, la vanidad de la gloria. Fué grande, se sabía grande, gozaba en la contemplación de su grandeza.

San Martín, era modesto, severo consigo mismo no obstante el valor inmenso de su obra.

Artigas, sencillo con los humildes, era altivo ante los fuertes. Sabía justipreciar el valor de los hombres midiéndolos por sus acciones, sin tener en cuenta las alturas donde estaban encaramados.

Estudiando la correspondencia particular de Bolívar y San Martín, se hallan, a veces, expresiones que denotan sus simpatías por los principios democráticos. Pero

les temen. No les inspira confianza el carácter levantisco y altivo de estos pueblos. Ellos habían aspirado aún fresco, el vaho de sangre y horror que dejaron flotando en el ambiente europeo las trágicas jornadas de la Revolución Francesa. Se asieron a la monarquía como tabla salvadora.

Artigas, nunca salió de América, por suerte para ésta. Su espíritu fué modelado por padres, maestros y ambiente americano, lo que le permitió conservar el vigor original de la tierra en que naciera, y la conciencia del valor de la misma, unida a una amplia visión del porvenir que le correspondía. Tal vez Artigas no dijo ni oyó nunca la frase "América para los americanos", pero es indudable que este pensamiento guiaba sus actos, que lo practicó, con axiomática fe. Esta intuición lo llevó insensiblemente al estudio de los problemas constitucionales de los Estados Unidos por ser la forma de gobierno que, de acuerdo a sus amplios conceptos democráticos, mejor se adaptaría a la psicología de estos pueblos, más inclinada a la rebeldía que a la sumisión. En consecuencia, ve, con la convicción del que pisa el terreno en que jugó de niño, que sería profundo error imponerles un cambio de tutelaje, al que jamás se iban a someter.

Con amplia visión, abarcó todos los ámbitos de América y se convenció que las monarquías serían plantas exóticas y malditas, bajo cualquier clima americano donde intentaran hacerlas florecer. Antes que la semilla germinara, no titubeó en reunir todas las energías de su alma, para mezclarlas al alma popular que ritmaba al mismo diapasón; y en un grito de enérgica protesta, que era el grito del porvenir, enarboló la bandera de la revolución republicana para salvar a cualquier precio la libertad y dignidad de América.

PARANGON ENTRE ARTIGAS Y BENITO JUAREZ

En la convicción por los ideales republicanos, en su clara visión del devenir, en su contextura moral, sólo puede equiparársele el defensor de Méjico. Benito Juárez, al ver un día amenazada la independencia de su patria y le-

vantarse en ella la fatídica figura de un emperador, no vaciló con menguadas fuerzas, hasta conseguir, en guerra de cinco años, ver rodar la cabeza de Maximiliano, salvando el honor y la independencia de Méjico.

Artigas primero, Benito Juárez varias décadas más tarde (1862-67), fueron los dos grandes paladines que salvaron en América, de un naufragio fatal, la causa republicana. Eran hombres símbolos, de acción realizadora, fecunda. Númenes de pueblos que saben morir por su libertad. Ambos héroes se habían compenetrado del alma de indohispania, la sentían vibrar como parte integrante de su ser. Juárez, principalmente, llevaba en sus venas sangre de cepa indígena. Su sino fué de tragedia y grandeza. Perdió a sus padres cuando apenas contaba cuatro años; pero la misma crueldad de la muerte cortó las amarras de su bajel atado a la toldería.

En su infantil desamparo fué recogido por un tío, indígena como él, que le ofreció el asilo de su pobre cabaña. El pequeñuelo crecía, deambulando solitario por los bosques circundantes, soñando que más allá del horizonte aldeano habría otros mundos, otros hombres superiores a los que él conocía. Un ansia de luz espiritual, un deseo de superación, lo torturaban. Anhelaba saber, instruírse, conocer el por qué de las cosas, el misterio del más allá. Aquel mundo estrecho y misérrimo lo asfixiaba con su monotonía desoladora, mostrándole todos los días el mismo árbol, el mismo arroyo, el mismo paisaje agreste. La tragedia del genio incomprendido bullía en el cerebro del niño, pugnando por dar forma y acción a aquellas ansias insatisfechas. Así llegó a los doce años, sin saber leer ni escribir, ni siquiera hablar español.

Un día, empujando él mismo su destino, sin saber hacia dónde, abandonó la toldería y partió, sin más equipaje que sus esperanzas ni más tesoro que su voluntad, que ya empezaba a perfilarse como brújula de su carácter. Se dirigió, después de algunas andanzas, a Oajaca, capital del estado en que naciera. Allí el niño indio, huraño deslumbrado, vagó por la ciudad indiferente, que no le dió abrigo ni pan. Rodando, dió con un buen hombre llamado Salanueva, que lo recogió; y descubriendo en él cualidades no comunes, lo envió a la escuela, con-

virtiéndose en su protector. A poco lo matriculó en el Seminario Eclesiástico, donde inició estudios de filosofía y latinidad, con el deseo de que siguiera la carrera sacerdotal, que el niño rechazó.

Pero como toda luz lleva en sí la fuerza lumínica que le da vida, Juárez iluminó su propio destino, con tal potencialidad, que a los veintiún años terminaba brillantemente la carrera de abogado, deslumbrando a todos con su portentoso talento.

Pronto fué arrastrado por la vorágine de la política turbulenta de su patria, que lo llevó a desempeñar los más elevados puestos.

La cátedra, el parlamento, el foro, la presidencia de la Alta Corte de Justicia y de la República, todos fueron cargos que él desempeñó. Pero no para gozar de la muelle placidez de los sillones, sino en franca lucha contra la rutina y la ignorancia, a fin de realizar una sana reforma basada en conceptos humanitarios y justos. Como a todo redentor, le cupo sufrir persecuciones, injurias, calumnias, cárcel, destierro. Sólo una feliz casualidad impidió que fuera fusilado con otros compañeros. En estas luchas políticas, mezcladas de frecuentes guerras civiles, lo acompañaba la opinión pública, frente a la clase conservadora.

Esta no pudiéndolo vencer, propició la invasión al país de Francia, Inglaterra y España, en momentos difíciles en que Juárez ocupaba la presidencia de la república, y aprovechando que Estados Unidos se hallaba en guerra civil y no podía defender el continente.

Ante aquella afrentosa invasión, Juárez no vaciló en salir a campaña, tomando personalmente la dirección de los ejércitos y convirtiéndose en alma y guía de la defensa nacional. Cinco años de terribles luchas entre sierras y montañas, con un ejército caído en la desmoralización, minado por el hambre y las defecciones; en cuyo lapso, la deslealtad de muchos, puso a prueba la fortaleza de su espíritu. ,Cruenta guerra, de intensa dramaticidad plena de contingencias infortunadas, sólo comparable a la que sostuvo Artigas con los invasores de su patria, y mantenida con el mismo empuje varonil.

España e Inglaterra levantaron al fin el bloqueo; pe-

ro el trono del emperador francés quedaba implantado en Méjico como un insulto a la majestad de América.

Los ejércitos franceses, envalentonados, recorrían el país creyéndose señores. Juárez no desmayaba ante la adversidad que parecía acorralarlo, y corrido de una ciudad pasaba a otra, donde establecía su gobierno. El mismo Maximiliano rindió tributo a esta fortaleza sobrehumana.

Cuando ya vió sus ejércitos disueltos y perdidos, con sus principales jefes muertos o pasados al enemigo, seguido de pocos fieles, que hoy la historia mejicana recuerda con el título de "Inmortales", se dirigió a Paso del Norte y desde allí lanzó en una enérgica proclama su irrevocable decisión de continuar la lucha contra el invasor.

Por fin, el año 1867, en uno de esos recodos imprevistos que el destino mantiene oculto al cálculo más matemático del hombre, apareció la victoria dispuesta a favorecerlo, como resultado de una actitud amenazante de los Estados Unidos, que obligó a Francia a cambiar el rumbo de su política internacional. Abandonado Maximiliano a sus solos recursos, pronto se operó un cambio radical en los sucesos. Los patriotas reconquistaban puertos y ciudades; el emblema republicano, mecido por los vientos aztecas, hacía renacer la esperanza y la fe en el alma de aquel pueblo agraviado. La capital fué recuperada, y el mismo Maximiliano cayó en poder de los patriotas. Sin mayores preámbulos fué mandado fusilar, en el cerro de las Campanas, junto con los generales Miramón y Mejía —junio de 1867— para demostrar al mundo que los pueblos de América no habían nacido para ser súbditos monárquicos.

Bien merecen hermanarse en la historia americana los nombres esclarecidos de Artigas y Juárez, recios varones de patriotismo ejemplar, puestos por el destino, al Norte y al Sur del continente, como murallas contra las cuales se estrellaron, rotas en pedazos, las ambiciones de conquistas imperiales.

GRANDEZAS Y TRAGEDIAS DE LOS PROCERES AMERICANOS

Internándonos en el mundo psicológico de los prohombres continentales, hallamos que hay en todos ellos una herida que los hermana. Llámense Artigas, San Martín, Bolívar, Alberdi, Sarmiento, Rivadavia, Juan Carlos Gómez, la maledicencia, desgarra o tergiversa las más santas de sus intenciones.

Refiriéndose a San Martín, dice Ricardo Rojas en "El Santo de la Espada": "Fué destino de San Martín el soportar injusticias que aún perduran hasta en los textos escolares de las naciones que sirvió con su espada".

Verdad, tan grande como su gloria. Cambiando el nombre de San Martín por Artigas, esta amarga frase ¿no encuadraría al proceder de la patria del autor para con el que fuera incansable defensor de los derechos de su pueblo?

¡Cuántas rectificaciones habría que hacer en la historia americana acerca de tantos próceres que en vida fueron víctimas de tales injusticias!

Es obra impostergable, si queremos afianzar la unidad espiritual del continente. Mientras enseñemos a los pueblos, inoculándoles desde la infancia, a menospreciar los héroes que otros pueblos veneran, minaremos los cimientos de toda confraternidad. Esta decantada palabra de que hacemos gala, será siempre huera, protocolar. Los pueblos son como los niños, no olvidan las ofensas, justas o injustas, inferidas a sus padres.

Los prohombres de América se confunden en sus virtudes y defectos. Son seres humanos, juzgados por otros seres humanos, no despojados de pasiones. Admitida esta verdad, fácil es encontrarles y adjudicarles errores.

Ya sabemos, cuánto más fácil es emitir juicios desde el retiro de un escritorio, que obra!. Por eso los seres que en la vida nunca realizaron nada, son los más mordaces críticos de las acciones ajenas.

Se encuentran libres de la censura. Los historiado-

res tenemos que contarnos en este grupo, con relación a los hombres que juzgamos de otras épocas.

Tengamos, por lo tanto, para sus yerros, un velo de indulgencia, recordando que todos pasaron por la vida, como si hubiera sido el precio inflexible impuesto por la gloria.

Todos han podido exclamar como San Martín, mientras se preparaba la expedición trasandina: "¡Ay! amigo. ¡Y cuánto cuesta a un hombre de bien la libertad de su país! Baste decir a Ud. que no es una, sino en tres o cuatro cartas que dicen lo siguiente: (Se refería a los cordobeses) "Uds. tienen en ésa un hombre que no lo conocen. El es ambicioso, cruel, ladrón y poco seguro de la causa, pues hay fundadas sospechas que haya sido enviado por los españoles; la fuerza que con tanta rapidez está levantando no tiene otro objeto que oprimir esa provincia para después hacerlo con las demás ..."

"Ud. dirá que me habré incomodado. Sí, amigo mío, un poco; pero llamé a la reflexión en mi ayuda e hice lo que Diógenes: zambullirme en una tinaja de filosofía y decir: Todo esto es necesario que sufra un hombre público para que esta nave llegue a puerto".

En febrero del año siguiente decía: "Sus cartas me manifiestan el odio cordial con que me favorecen los diputados de Buenos Aires. La continuación hace maestros, así es que mi corazón se va encalleciendo a los tiros de la maledicencia, y para ser insensible a ella, me he aferrado en esta máxima de Epícteto: "Si l'on dit mal de toi et qu'il soit véritable, corrige-toi; si ce sont des mensonges, ris en". Lo que traducida a nuestro idioma, diría: "Si se habla mal de tí y ello es verdad, corrígete; si son mentiras, ríe de ellas".

A Bolívar, hasta en su lecho de muerte, se le aparecían las visiones de las persecuciones y calumnias sufridas en su patria, que atormentaron su espíritu. Decía a su fiel criado que velaba su lecho de muerte en el destierro: "José, vámonos que de aquí nos echan... ¿Dónde iremos?"

Los dos grandes Libertadores, que fueron los más implacables enemigos de los españoles, hallaron en sus horas de abandono, las almas abiertas y generosas de

dos hijos de España, que supieron hacer honor a la hidalguía de su tierra prodigándoles cuidados y atenciones en su hogar, poniendo a cubierto de la miseria a aquellos dos grandes proscriptos.

Fué en el hogar de don Joaquín de Mier, en Santa Marta, rodeado de sus desvelos y cuidados, unidos a los de su bondadosa esposa, que se extinguió aquel meteoro de fuego, que rasgó con su luz la noche de América.

Fué en las afueras de París, junto al Sena, en su destierro vitalicio, que el Libertador de Chile y Perú se libró de la miseria, debido a la mano generosa del español don Alejandro Aguado, que veló su vejez, previendo las posibles contingencias del ilustre desterrado para el caso en que él se adelantara a emprender el viaje sin retorno.

San Martín y Aguado habían sido compañeros en el Regimiento de Murcia, en sus años juveniles. Luego el destino les marcó distintas rutas, pasaron más de un cuarto de siglo sin verse. Cuando el azar los reunió apenas se conocieron. El uno estaba envuelto en gloria y pobreza; el otro en dinero y bienestar, convertido en rico banquero de París. Fué un encuentro providencial para San Martín, que en el destierro lo acosaban enfermedades y desgracias; hasta el cólera se ensañó con su cuerpo marchito y en el de su tierna hija. El rico banquero, generosamente, lo llevó a su lado y lo ayudó a adquirir una finca, el "Grand Burg" frente a su regia morada, apenas separadas por el Sena, que hizo atravesar por un puente colgante para unir ambos castillos, lo que le permitía ofrecerle compañía familiar y tibieza de ambiente hogareño. Allí vivió el héroe de los Andes durante catorce años, libre de las preocupaciones de otrora, en la placidez tranquila de una fraterna amistad. A la muerte del banquero, acaecida repentinamente en España, hallaron en su testamento que nombraba a San Martín tutor de sus hijos y albacea de sus bienes.

"Sin este generoso protector, escribía San Martín, mis días hubieran ido a terminar en un hospital".

Siguiendo el derrotero de los prohombres americanos, encontramos que todos convergen hacia el calvario. Recordemos al gran Rivadavia, valor en la historia polí-

tica argentina durante las horas de la construcción nacional, —vilipendiado, incomprendido—, con un pesado fardo de calumnias sobre sus espaldas, deportado al Brasil. Allí ordenaba a su criado: "Si algún argentino llega a preguntar por mí, dile que Bernardino Rivadavia no existe para los argentinos".

Frase plena de desaliento, refleja un espíritu atormentado por cruel escepticismo, fruto de las injusticias sufridas.

El general Sucre, una de las figuras de más limpio blasón en la historia de América, a quien le cupo la gloria de vencer el último baluarte español, en Ayacucho, víctima de las facciones, sucumbió, bajo el puñal asesino, en un camino desierto de su patria.

No olvidemos a Alberdi, el grande pensador americano, poseedor de un concepto de justicia tan elevado, que lo llevó al sacrificio de su carrera dipomática, de todo aquello que en el mundo ofrece un aporte al bienestar humano.

Representaba a su patria en París, como ministro del general Mitre, cuando éste se embarcó en la trágica aventura de la Guerra de la Triple Alianza. Espíritu pacifista, el insigne autor de "El Crimen de la Guerra", estudió el problema con serenidad y amplitud de americano, despojado de todo chauvinismo localista. Halló tal injusticia en la empresa, que no tuvo reparos en renunciar al ministerio para lanzarse en una ardiente polémica periodística, condenando abiertamente los móviles y fines de la guerra al Paraguay.

Se le acusó de traidor y vendido; todos los dicterios fueron pocos para condenar su viril actitud, que sólo encerraba la defensa de la más santa de las causas: evitar una guerra fratricida entre cuatro naciones americanas. Lo acompañaron en la controversia, otros caballeros del ideal, capaces de medir la grandeza de aquel valiente grito de protesta. Entre ellos, nuestro insigne polemista y vate romántico, el doctor Juan Carlos Gómez, y el no menos viril y caballeresco poeta José Mármol.

Sufriendo las contingencias de su actitud de luchador, Alberdi siguió morando en la Ciudad Luz, en la miseria, soportando un solitario destierro tan largo como

sus días. Ya anciano, una mañana fué encontrado muerto en una mísera bohardilla de posada, en París, envuelto su cadáver en una sábana sucia, según la gráfica frase hallada en una carta íntima de un testigo presencial.

En tal olvido y abandono terminó aquel insigne hijo de Tucumán, uno de los cerebros más esclarecidos y medulosos del continente americano.

Creemos bastarán estos ejemplos. Si así fueron tratados estos prohombres que actuaron en el escenario de su propio país, concordando los ideales políticos de muchos de ellos con los de sus gobernantes, y disponiendo de todos los medios periodísticos para defenderse, ¿cómo no iban a detractar a Artigas que luchó siempre en el llano, por consiguiente, sin tener puestos que dar ni honores que ofrecer? El libelo de Cavia sirvió de tronco a aquel árbol de calumnias, que extendiendo su ramaje cargado de sombras por los ámbitos de América pretendió obscurecer aquella figura moral, de "cuyo funesto ascendiente entre los pueblos" se admira el mismo Cavia.

Artigas nunca intentó defenderse; hubiera tenido que perder tiempo y energías que necesitaba para la acción, puesto que no disponía de medios ni de colaboradores. De modo que cuando sus amigos le hacían conocer las flechas envenenadas que le lanzaban sus adversarios, respondía: "Nosotros probaremos con hechos lo que ellos pretenden destruír con palabras".

Con el mismo temple y seguridad en la justicia de su obra, contestaba a Andresito, jefe de las Misiones, en 1815. "Deje Ud. que hablen y prediquen contra mí. Esto ya sabe Ud. que existía aún entre los que me conocían, cuánto más entre los que no me conocen. Mis operaciones son más poderosas que sus palabras, y a pesar de suponerme el hombre más criminal del mundo, yo no haré más que proporcionar a los hombres los medios de su felicidad y desterrar de ellos aquella ignorancia que los hacía sufrir el más pesado yugo de la tiranía. Seamos libres y seremos felices".

A pesar de que la vida no le escatimó dolores, no fué el de Artigas un espíritu atormentado. Influyó en él su fe de cristiano, para contenerse en los límites del estoicismo. Ni la calidad y el número de las traiciones

recibidas, que por sí solas bastarían para sacar de quicio el espíritu mejor templado; ni el dolor de las derrotas, ni las calumnias, ni la soledad de sus treinta años de destierro, ni la miseria desoladora que conoció, ni los grillos, ni el calabozo, ni su hogar deshecho en plena floración, lograron arrancar de sus labios una reconvención contra el destino. Sus frases de amargura, con que desahogaba su corazón, las hallamos envueltas en una resignación serena: "Cómo ha de ser! Cuando Dios manda los trabajos no viene uno solo. El lo ha dispuesto así, y así me convendrá".

De este modo escribía a su señora madre política, en carta que ya hemos comentado.

"Es todo lo que me resta de tantos trabajos! Hoy vivo de limosna!" Así hablaba también en el triste atardecer de su existencia, cuando un día en el destierro, llegó hasta su choza un militar brasileño, Beaurepaire Rohan, manifestándole que lo llevaba allí la fama de sus hazañas, de las cuales había oído hablar desde su infancia.

Así podríamos enumerar muchas citas, todas ellas impregnadas de serena filosofía, sin que las enturbie la desesperación de la impotencia.

Ni aun se encuentran en las confidencias hechas a su hijo José María, cuando lo visitara, ya hombre, en su ostracismo, que transcribiremos más adelante. Cuando reflexionaba que la vida es producto de una suprema fuerza incognoscible, que los reveses forman parte de la misma; que la desesperación y la rebeldía contra el dolor condensan en sí el mayor de los dolores, frenaba sus protestas y su alma recobraba la placidez de los lagos. Fué un asceta, un estoico, que alcanzó un admirable dominio de sí. Murió en la miseria, solo, sin afectos, sin patria ni hogar; pero sin queja, serenamente, con la mirada en lo infinito, refugio de las almas creyentes.

Por esa intensa trama de lucha, dolor, amor, abnegación con que tejió su vida, bien merece el título de Santo Criollo.

ORIGEN DE LA AMISTAD PARAGUAYO-ORIENTAL

Los pueblos que nacen con carácter y anhelos de in-

dependencia son como fruta en sazón, que se desprende de la planta impulsada por su necesidad.

Del conglomerado de provincias que formaban el antiguo virreinato, sólo dos se rebelaron contra la influencia directriz, considerando a Buenos Aires como poder extraño a sus derechos y aspiraciones. Las demás, se sentían hijas de su sangre y entraron a formar parte integrante de la gran República Argentina.

El territorio situado al Oriente del Uruguay, que hoy forma la República de este nombre, durante la dominación española, era la vaquería de Buenos Aires; ni siquiera llevaba nombre de provincia. Ese título se lo dió por primera vez Artigas. Es él quien da jerarquía de Provincia al territorio, y de Pueblo Oriental a sus moradores, al dirigirse a la junta de Buenos Aires, en notas y oficios. Es él también, acaso inconscientemente, el núcleo central a cuyo poderoso influjo se van uniendo las moléculas de esa nebulosa, que apenas se bosqueja en el horizonte del mundo con caracteres de nacionalidad. Pero que crece con la rapidez y el vigor de las cosas destinadas a subsistir.

Es admirable la cohesión existente en este pueblo, que se bautiza a los pocos meses de vida con el acto de más bello heroísmo que enriquece las páginas de su historia, conocido con el nombre de Exodo del Pueblo Oriental. Es el espíritu del jefe que actúa como poderoso imán, el que disgustado con la política del gobierno de Buenos Aires, aunque cumpliendo lo dispuesto por el mismo, levanta el sitio de Montevideo —octubre de 1811— y marcha con la patria naciente. Sacrificio de un pueblo cuyo ejemplo pocos similares tiene en la historia del mundo.

Consideramos justísimo el título con que se honra a Artigas de Fundador de la Nacionalidad Oriental; no de la República Oriental del Uruguay, porque ésta no fué su obra, sino la de sus discípulos, realizada a partir del año 1825, como resultado de aquella gesta no menos legendaria de los treinta y tres orientales. Admirable por su audacia y resultados fué la obra de éstos, sólo posible porque ya estaban echados los cimientos de la patria y creado y difundido el concepto de pueblo autónomo, que dió unidad al movimiento e hizo factible la acción. La

obra de Artigas era más difícil; se trataba de creación en un momento embrionario de la historia. No obstante, vió formarse y crecer rápidamente a su lado un conglomerado humano con caracteres definidos, étnicos y espirituales; con un concepto intuitivo de independencia, con intereses comunes, capaces de desarrollar las fuerzas necesarias para dar cohesión a los individuos de un mismo Estado.

No importa que esa nación que no se ve, pero que palpita y vive, se vea arrojada de su suelo por el impulso de los acontecimientos. Se levantará, sintiéndose ente social vivo con derecho a la existencia. En ansias de su propia conservación rodeará, con las ramas y lás hojas tiernas al tronco amoroso que le da vida, formando así su fronda secular.

Vemos a Artigas en su rol de patriarca joven, que nos evoca a Moisés salvando al pueblo hebreo de las furias faraónicas, arrastrando con el suyo, formado por más de dieciséis mil personas, de distintos sexos, edades y posiciones sociales, toda la resistencia que les opone la desolada campaña atravesada de innumerables ríos y arroyos. A sus espaldas queda ardiendo el rancho abandonado, la sementera, el bosque, para hacer el desierto al invasor. Los hombres, con armas improvisadas, forman desordenado ejército y protegen por sus flancos, contra partidas portuguesas, a aquella enorme y pesada caravana que va aumentando a lo largo de las jornadas hasta con indios de distintas tribus, que ven en Artigas al jefe que los defiende contra el opresor secular. Todos marchan: a pie, en carretas, en sopandas, a caballo, y sobre cueros de vacas atados a las cinchas de las cabalgaduras. Las fatigas no les arredra. Van en busca de una tierra prestada donde poder subsistir hasta que le devuelvan el derecho de regresar a defender el terruño que les sirvió de cuna.

Aquel pueblo infantil, en el cual primaba la mujer, el niño y el anciano — y entre los cuales daba ejemplo de fortaleza y patriotismo, el padre del patriarca, don Martín José, llevando la carga de casi ochenta años — resistió la dura prueba de pasar catorce meses a la intemperie, sufriendo todos sus rigores. Eran los años de 1811

y 1812 en que, en el yunque del sacrificio se gestaba una Patria y se forjaba el carácter de un Pueblo. Desde entonces ese Pueblo Oriental reclamó, como todo ser vivo, sus derechos a la vida. A una vida libre y digna, que él sabría hacer grande con su esfuerzo realizador.

* * *

En el corazón de América, bordeada por los grandes ríos que marcan sus límites con caracteres propios, existía otra provincia, que desde sus primeros vagidos también reclamó con energía viril el derecho de ser independiente. Fué la provincia del Paraguay, que sentía un instintivo repudio a ser simplemente miembro secundario de aquel organismo, del cual había sido cabeza y madre de otras ciudades, como Buenos Aires, Santa Fe, Santa Cruz de la Sierra y Corrientes. En parte por eso, en parte por su situación geográfica y por la misma raza que la poblaba, el Paraguay se mostró reacio a aceptar la civilización española, que en vano intentó introducir en ella su lengua, como lo hiciera en las demás regiones conquistadas. Allí sucedió lo contrario; fueron los guaraníes quienes transmitieron a los criollos su lenguaje autóctono, con tanto vigor espiritual, que éstos lo amaron más y lo sintieron más suyo que el idioma castellano.

Hoy mismo, transcurridas varias centurias, y de estar oficializado el español, el pueblo paraguayo lo habla sin amor, como cosa impuesta, sintiéndole un sabor extraño y desagradable. Lo vemos deshacerse de él con placer, en cuanto puede hablar libremente el guaraní. El idioma de Cervantes, a pesar de sus riquezas, seguirá siendo en el Paraguay un extranjero con carta de ciudadanía. No obstante los siglos pasados desde que el español posó su planta arrogante, no ha conquistado aún, ni conquistará, el alma del pueblo paraguayo, que ama el guaraní, lo siente, lo saborea con fruición de cosa nativa que aprendió a amar desde la cuna. Porque en guaraní fueron sus cantos de niño, en guaraní aprendió a balbucir sus infantiles anhelos, y fueron en el dulce guaraní que pronunciaron las primeras palabras de amor sus labios de adolescente. Un paraguayo se siente verdaderamente

tal cuando vierte sus ideas en la forma original y propia de su lengua vernácula. Su rostro cobra entonces animación y vida, los ojos brillan, la sonrisa florece en sus labios. Es en la masa popular y en los niños campesinos donde se hace más visible el placer de hablarlo. Al expresarse en español lo hacen con dificultad, sin expresión en la voz ni en la mirada, les falta el fuego del sentimiento, el calor de la vida espiritual. Observando cómo narran en guaraní sus anécdotas diarias, sus cuentos y chistes picantes, sus tradiciones, o simplemente las conversaciones familiares, vemos cómo todo cobra color, animación, vida, sabor local, propios de un pueblo que tiene hondas raíces en la tierra en que nació y en la historia que escribió con su sangre.

El pueblo paraguayo es profundamente tradicionalista. Vive feliz sumergido en su historia.

* * *

Como resultado de lo expresado sobre las dos provincias citadas, vemos que ambas se desprendieron del centralismo secular por la fuerza subconsciente de sus propias necesidades vitales. También porque en cada una surgió un hombre que les sirvió de núcleo, imprimiéndoles dirección, despertando el carácter propio que latía en el fondo de sus espíritus.

Artigas y Francia fueron los hombres elegidos para cumplir tan alta misión. Estos dos varones de sinos tan similares, eran la antítesis respecto a sus ideales y a la concepción forjada para encauzar el futuro de sus respectivos pueblos. La libertad de éstos fué la divisa de Artigas, a cuya felicidad aspiraba como supremo bien. La de Francia fué la independencia del suelo paraguayo, sin preocuparle la organización, la educación y menos la libertad de sus compatriotas. Francia amó la tierra paraguaya, más que al pueblo paraguayo, al que hundió en la ignorancia, el aislamiento y el terror; trilogía que implantó en grado sumo. Sólo así se concibe que este pueblo, proverbialmente valiente, haya soportado en silencio una tiranía que se prolongó tanto como los años del tirano.

No obstante los pueblos paraguayo y oriental, hermanados en su origen, pero de distinta infancia y opuesta educación, ya que opuestos eran los idearios de sus directores espirituales, sintieron una atracción recíproca, sincera. Anhelaron formar una liga defensiva y a la vez de mutuo auxilio contra sus enemigos comunes, principalmente el portugués, que en esos momentos amenazaba la frontera de ambos países.

La iniciativa partió de Artigas, que envió a un comisionado con un extenso oficio dirigido a la junta de gobierno que en 1811 iniciaba los trabajos de organización política y civil del Paraguay, estando presidida por don Fulgencio Yegros e integrada por los vocales Francia, de la Mora, Caballero y Bogarín.

El capitán don Juan Francisco Arias fué el encargado de conducir la citada nota, en la cual Artigas, después de describir su situación y los motivos fundamentales del éxodo, le proponía una ayuda recíproca, que impresionó muy bien, siendo aceptada con unánime complacencia. Aunque debemos hacer notar que al iniciarse esta correspondencia amistosa de fraternal entendimiento, Francia se encontraba alejado de la junta, en una de las tantas renuncias que presentara mientras integraba aquella corporación.

Considerando poco conocidas y de interés para la historia, vamos a extractar algunas notas cambiadas entre Artigas y la junta, hasta que al iniciarse la dictadura de Francia cerró el ciclo de ésta interesante correspondencia, iniciada bajo tan nobles auspicios y anhelos de fraternidad.

He aquí fragmentos de la nota de Artigas, enviada desde su cuartel general de Daymán, el 7 de diciembre de 1811, en viaje con su pueblo hacia el Ayuí: "El oficial comisionado, teniendo presente que el objeto de su misión es instruir al Gobierno del Paraguay de nuestro presente estado y de las consecuencias que debe producir; y que en los límites estrechos de este oficio no han podido comprenderse con extensión las explicaciones necesarias, podrá usar de los conocimientos que le asisten para contestar verbalmente todos los puntos que puedan

tocarse relativo a nuestras operaciones bajo los principios siguientes:

"El ejército sigue sus marchas: el portugués extiende sus partidas hasta nuestras inmediaciones, roba y saquea escandalosamente por todas partes; los pueblos inferiores han sido y son teatro de sus iniquidades y de su mala fe. Mandisoví y Salto han sufrido últimamente. Sin embargo de que las tropas portuguesas con arreglo al tratado de pacificación, deben cesar en sus hostilidades, no lo verifican y estas operaciones se toman como una alteración del tratado por parte de los portugueses.

"Luego que nuestras circunstancias lo permitan, serán atacados los portugueses si no desalojan nuestro territorio...

"Aunque nuestra fuerza no está aún examinada escrupulosamente podemos contar con seis mil hombres útiles y sobre tres mil fusiles. Esto se considera bastante para intentar una acción, pero puede que no lo sea para continuar nuestras operaciones, dejando los puntos de las fronteras y costas que deben servir.

"La Junta de Buenos Aires se ha comprometido, por intermedio de su diputado el señor Julián Pérez, a darnos todas clases de auxilios, incluso las tropas necesarias; pero los vecinos de esta Banda están resueltos a no admitir éstas sino en caso de última necesidad...

"La junta del Paraguay, no puede dudar de la cordial afección con que serán recibidas las disposiciones relativas al artículo anterior; los vecinos orientales se consideran uno con los paraguayos en todas sus relaciones.

"Este ejército padece las necesidades que produce una campaña penosísima y sin auxilios. El oficial comisionado conoce cuanto nos convendría el tabaco, yerba mate y lienzos que acaso podrían proporcionarse si ese gobierno se propusiese favorecerlo a este respecto. El ejército compensaría este sacrificio de la mejor manera posible...

"También conoce el oficial comisionado, cuánto interesa la prontitud de su regreso, y si algún accidente lo obliga a detenerse, cuidará de avisar inmediatamente las primeras ocurrencias.

"Estas instrucciones se consideran reservadas para dirigir las sesiones verbales del oficial comisionado con

el Gobierno del Paraguay, o con su ilustre Ayuntamiento si se ofreciere, y aún para las relaciones particulares".

La nota que hemos extractado fué recibida con gran beneplácito por la junta de Asunción, que se sintió halagada por la confianza depositada en ella; resolvió corresponder en la medida de sus fuerzas a la gentileza de que se le hacía objeto, como lo veremos en la respuesta de la cual vamos a transcribir los párrafos más interesantes.

Dicen: "Con indecible complacencia hemos recibido y leído los oficios de V. E. del 7 de diciembre, no sólo por la exacta y bien circunstanciada relación que se sirve hacernos de los gloriosos acontecimientos y triunfos con que han sabido coronarse esas tropas"... "y también por el innato deseo de V. S. de reunirse a esta Provincia con su ejército y vecindario con el interesante objeto de llevar a cabo el sistema que hemos adoptado y combatir a los portugueses, que, contra las solemnes convenciones tratan de invadir y perturbar nuestros establecimientos. "V. S. puede estar cierto y asegurar a todas sus tropas, que nuestra alianza con el generoso pueblo de Buenos Aires, en que entran las legiones del mando de V. S. será firme e inviolable y duradera, igual la concordia y uno mismo el interés de todos nosotros... "En prueba de ello despachamos al capitán graduado don Francisco Bartolomé Laguardia con el pronto socorro de cincuenta zurrones de yerba y otros tantos de tabaco, cuyos artículos nos ha pedido en nombre de V. E. el capitán emisario don J. F. Arias. Y nos será de mucha complacencia que V. S. reciba esta demostración como índice de nuestra propensión en obsequio de la causa comón que defendemos..."

" El mencionado Laguardia va con las credenciales para cumplimentar a V. S., dar razón de la actual situación ventajosa, y oir de boca de V. S. el plan que se ha de poner en ejecución contra los portugueses..." "Lienzo no hay en la Provincia por haberse agotado desde años atrás la cosecha de algodón, cuya especie nos ha venido de Corrientes y valle de Catamarca, con los tejidos que llaman tucuyo, de que por ahora hay notable escasez en esta plaza, V. S. vea si entre los demás renglones y arbitrios de esta Provincia hay algunos que puedan llenar

las medidas de sus deseos, y a ley de buena concordia y en debido reconocimiento de la ilimitada oferta de caballos y de hacienda de asta que nos hace en nombre de V. S. el mismo Capitán enviado, el cual será el mejor intérprete y panegirista de la obligación en que V. S. nos deja...

"V. S. no debe dudar del cumplimiento de esta sincera manifestación de que daremos exacto cumplimiento al ilustre cuerpo municipal, por la indicación que hace de él en su oficio, que no sólo aplaudirá su importante adhesión a esta Provincia, sino que reanimará el valor y constancia de los paraguayos, teniendo un recurso pronto contra los portugueses en las tropas de V. S...." Enero de 1812, día 9. Firmaban la nota, Yegros, Caballero, de la Mora y Mariano Larios Galván, como secretario este último.

Como vemos, de ambos oficios fluye un espíritu de sinceridad y anhelos de recíproca ayuda para alcanzar un fin en el cual se sienten hermanados. Notemos que el nombre de Francia no figura entre los firmantes. Ha renunciado momentáneamente, y por tanto falta en ella su aliento absorbente y sobre todo de astucia al expresar ideas y sentimientos que está lejos de sentir, pero que convienen a sus planes de futuro, como cuando habla de federación, según se halla en algunos oficios suyos. Por eso Artigas, en 1815, escribía a de Silva: "Es muy lisonjero oir hablar al señor Francia, pero es muy degradante verlo obrar".

Los hombres que lo rodean son producto del suelo y del ambiente; criollos sencillos y patriotas, con menos luz intelectual, pero capaces de sentir la vibración anímica del hermano que los llama para dar unidad e independencia a los tres grupos sociológicos que se bosquejan en los inmensos territorios de la cuenca del Plata: el argentino, el oriental y el guaraní; con fronteras más equitativas, a fin de formar países fuertes y progresistas, que aquellas que las circunstancias les asignó después. Para ello era necesario detener el avance de la conquista lusitana, que atacaba en primer término la heredad oriental-paraguaya. De ahí partió el llamado a la unión y recíproca ayuda que hizo Artigas a sus hermanos guaraníes.

Cuando Artigas proponía esta alianza y concebía un amplio plan defensivo, que si se hubiese realizado, muy distinta habría sido en magnitud nuestra herencia hispana, era en los días sombríos del éxodo. Allí, rodeado de su pueblo, sin más techumbre que los cielos, lo mismo consolaba al niño, confortaba a las mujeres, como alentaba con su ejemplo a los hombres y meditaba planes de guerra, soñando con una organización definitiva para América, que hiciera libres y felices a los pueblos.

Vamos a transcribir fragmentos de la descripción que de este cuadro hace el enviado paraguayo, capitán Laguardia, quien después de casi dos meses de viaje a través de los ríos Paraná y Uruguay, ha llegado al campamento de Artigas en su pequeño barquichuelo, conduciendo los zurrones de yerba y tabaco enviados por la junta, y que dirige a ésta con fecha 2 de marzo de 1812. La narración es larga, interesante y pintoresca por el realismo que pone en ella el hombre sencillo que no sabe de literatura y sólo dice lo que ve y siente, sin omitir los propios aprietos en que a veces se halla para corresponder a los agasajos de que es objeto, "a causa de mi corta política" dice. Cuadro vivo, de pinceladas felices y oportunas observaciones personales, expresadas con sinceridad por un testigo ajeno al ambiente, que tiene el deber de informar ampliamente a su gobierno. Empieza describiendo aquel ejército heterogéneo, compuesto de gauchos, indios, pardos y de los famosos "salteadores", que atravesaban montes y cuchillas. "Pero todos, tan endiosados con el general, que no han de admitir otro jefe en caso de que Buenos Aires quisiera substituírlo". He aquí una observación muy acertada.

Llama en seguida su atención las innumerables familias que lo rodean, y expresa su admiración con estas palabras: "Toda esta costa del Uruguay está poblada de familias que salieron de Montevideo; unas bajo carretas, otras bajo los árboles, todas a la inclemencia del tiempo, con una conformidad y gusto que causa admiración y da ejemplo".

No se equivocaba el buen hombre al auscultar la heroica fuerza espiritual que sostenía a las familias orien-

tales. Cumplían, sin comprenderlo, la misión trascendental de cimentar una patria.

Con fe y fortaleza sobrehumanas rodeaban a aquel hombre inmenso que les inspiraba confianza y alentador optimismo.

El ejército se compone de cuatro o cinco mil hombres, con fusiles, carabinas y lanzas, reuniendo dos divisiones que se hallan con otras partidas, ocupando varios puntos, inclusive la división de Pardos que ya se ha agregado y que consta de trescientas plazas; y doscientas que están en marcha para este mismo destino".

Siguiendo en sus cálculos, agrega, "es la cuenta que he podido computar comprometiendo los informes circunstanciales, con la especulativa..."

"Cuatrocientos indios charrúas armados con flechas y bolas; estoy persuadido que aún en los pueblos de indios ha resuelto formar compañías, porque he visto algunos Corregidores uniformados. En el pueblo de Yapeyú, quinientos indios sin armas, en compañía formados..." Pólvora hay como para operar en un sitio de seis meses, guardando la intermisión que corresponde en los tiros..."

Compendia la exposición con estas palabras: "La tropa es buena, bien disciplinada, toda gente aguerrida..."

Refiriéndose a Artigas: "El general es hombre de entera probidad, paraguayo en su sistema y pensamiento, tan adicto a la Provincia que protesta guardar la unión con ella, aun rompiendo con Buenos Aires, por tener conocimiento de los sinceros sentimientos del gobierno de aquélla y malignos de éste; principalmente hallándose persuadido que unido este ejército con el paraguayo se haría esta Banda inconquistable...

"No sabe cómo encarecer se haga un movimiento contra los portugueses, con el objeto de llamarles la atención y de este modo tener más seguridad de asestarles el tiro y atacar a Montevideo después de haberle cortado este auxilio. Hace entender con las más vivas persuasiones que, de convenio, ambas fuerzas, es indispensable haga el Paraguay su movimiento, porque perdido este ejército se perderá Buenos Aires, y estaremos a pique de perderlo todo..."

Con qué poca lealtad respondía Buenos Aires, realizando tratados secretos con los propios invasores!

El Paraguay, a pesar de la sinceridad que anima a los hombres que tratamos en estos momentos, será pronto absorbido por la influencia de Francia, que lo alejará del soplo libertador, asfixiando sus pulmones en un aislamiento de casi treinta años. De cuyas consecuencias le ha sido difícil curarse, como de esas lesiones graves que quedan en el organismo cuando ha sido minado en la niñez.

Francia, una vez alcanzado su propósito de erigirse en dictador, se llamará neutral; sobre esta base concertará tratados con Portugal y la Argentina, dejando que la patria oriental se desangre sola y desamparada. Su sacrificio salvará la heredad hispana, donde están comprendidos los dos países que se cubren bajo el manto de la neutralidad.

Sigamos la descripción que nos transmite este buen paraguayo; es interesante por su sencillez y realismo. Nos narra con cuánta satisfacción y honores fué recibido en el campamento artiguista, como nuncio de fraternal unión, atando las almas de estos pueblos que se iniciaban en la vida luchando por un ideal común. Como en los seres, la amistad más trascendente es la que tiene sus raíces en la infancia, o la que crece confundiendo sacrificios, esperanzas y desilusiones en los avatares del vivir.

Así nació la amistad oriental-paraguaya, en aquel campamento no sólo de soldados, sino de pueblos en que se entremezclaban mujeres y niños, a jóvenes y ancianos, los desdichados esclavos que soñaban con su redención, adolescentes y adultos, el indígena huraño y bravío, todos convertidos en soldados, baluartes de una patria que nacía en doloroso alumbramiento. Aquel pacto amistoso fué sellado con un abrazo prieto y sincero en que Artigas estrechó al delegado paraguayo, simbolizando la unión fraternal con que soñaban los pueblos.

Desgraciadamente no pudo ser. La alianza material no llegó a realizarse; pero desde entonces ha quedado la espiritual, invencible al correr de los años.

Francia, convertido en dictador, destruyó pronto las aspiraciones de su pueblo. Corría por sus venas fuerte san-

gre portuguesa, transmitida por su padre, oriundo de la península; quién sabe qué fuerzas ancestrales obraban sobre aquel ser, mezcla de clara inteligencia, de carácter, y refinada crueldad. Francia, que no comprendió, o no quiso comprender a sus compatriotas, tampoco podía, o no quería comprender a Artigas, que encarnaba las justas aspiraciones redentoras de los pueblos americanos. La alianza concebida con tan patrióticos propósitos, fracasó en manos del dictador apenas pudo arrogarse este título.

Escuchemos ahora cómo Laguardia, a quien vamos siguiendo en su visita al campamento de Artigas, nos describe las demostraciones afectivas de que fué objeto.

"Fué tal la complacencia del Ejército con la unión del Paraguay, el General tan obsequioso y adheso a la Provincia, que me tributó los mayores honores que por ningún título yo merecía. A distancia de diez leguas de su campamento mandó a tres capitanes y a su secretario a recibirme y a acompañarme; a las dos leguas el mayor General con toda la oficialidad y la música a distancia de dos cuadras, a pie, recibiéndome con un abrazo al encontrarnos. Llegamos a la tienda de campaña y después de muchos cumplimientos y considerando ser ya ocasión oportuna, me paré, y pedido venia al General y oficiales les hice mi narración, que en substancia le significqué como la Junta del Paraguay me había hecho el honor de comisionarme al objeto de felicitar a él y demás señores oficiales como reconocimiento de su gratitud, y en obsequio de la unión a nombre de aquel gobierno y de toda la provincia y comprometiendo sus facultades y respetos, como igualmente todas las proporciones que disfrutaba aquel país, asegurando que nuestra unión sería invariable...

"A que me satisfizo con iguales expresiones y un... ¡Viva al Paraguay y su sabio Gobierno! con golpe de música. Se siguió desde aquella hora una fiesta que duró casi cuatro días con sus noches y otros tantos de comilona con muchos víveres y bombas y víctores de: ¡Viva el gobierno del Paraguay! A que a pesar de mi corta política, hice los mayores esfuerzos en corresponderles con iguales cumplimientos y gratitud.

Al tercer día, a la tarde, mandó formar sus tropas y revistarlas, haciendo que cada división en el acto obrase sus evoluciones y ejercicios, y en su conclusión me dijo que todas aquellas tropas y el ejército se contaban por la Provincia del Paraguay que así dispusiese de ellas su gobierno. A que satisfice con el mayor cariño y cumplimiento haciendo una protesta pública de reconocimiento y gratitud, a nombre del citado gobierno; cuyas finezas y una función aparte que hizo la división de los paraguayos, me obligaron a ley de duelo a hacer una especie de gratuita demostración de mis afectos, en la proclama que va incluída, por no quedarme menos en pagarles como ellos en tributarnos; sin embargo de que la experiencia nos ha enseñado el corto influjo de un papel; pero como digo, yo me dirigí únicamente a demostrarles de algún modo mi gratitud.

"Ha llegado a justificar su voluntad el General, con otras acciones más relevantes con el Paraguay. Los oficiales pardos han pedido por seis desertores de su cuerpo que iban a ser pasados por las armas al siguiente día de mi llegada al campamento, a nombre del Gobierno del Paraguay, y les indultó la vida a todos seis, y a otros presos los libertó, sin embargo de ser muy tenaz en sus justicias; y a este tenor otras acciones recomendables que califican su reconocimiento al auxilio que les remitió y que en el día ya se acabó de expenderse..."

La nota preinserta está firmada en el campamento de Salto Chico el 2 de marzo de 1812.

Como se ve, la alianza quedaba concertada con el beneplácito de ambos pueblos, pero no pudo hacerse efectiva. Francia apareció de nuevo, después de corta ausencia, en el escenario de su país. Sin mayores dificultades fué absorbiendo poco a poco las funciones públicas, hasta convertirse en amo de la situación. Aisló el país, cortando toda comunicación entre Artigas y la junta.

En vano es que hurguemos en los archivos buscando nuevas luces que nos iluminen en esta noche que se inicia.

Hecho el silencio, se extenderá como sudario sobre el suelo guaraní, durante varios lustros. Sin embargo, Artigas confió en la ayuda que podría prestarle este pue-

blo que tenía derecho a soñar en un futuro mejor. Esperaba que, en aras de su propia conservación y anhelos de progreso político y social, sacudiera aquella oprobiosa tiranía, entrando a formar parte de la Liga de pueblos libres. Tampoco pudo ser. Los trágicos resultados de fatales acontecimientos, destruyeron toda ambición de libertad. No obstante el héroe parecía atraído por una fuerza misteriosa hacia este pueblo oprimido; y cuando llega a la cima de su calvario no teme la mano que lo esclaviza, se encamina resignado a compartir su destino.

SEGUNDA PARTE

VIDA DE ARTIGAS EN EL PARAGUAY

Todos los documentos correspondientes a este punto, que insertamos a continuación, han sido tomados personalmente por la que suscribe de los archivos históricos de Asunción del Paraguay, por lo tanto certificamos su autenticidad.

Esta declaración nos permitirá omitir su origen en cada caso particular.

LA AUTORA

VIDA DE ARTIGAS EN EL PARAGUAY

SU ENTRADA AL PAIS

Artigas, después de los reveses sufridos, está en Misiones esperando la respuesta de El Supremo para entrar en esta tierra, donde viven tiranizados los hijos del suelo. La grandeza del cóndor herido conmueve un tanto aquella alma acerada y resuelve abrirle las puertas de su país, cerradas al mundo.

Ya hemos transcripto párrafos de la nota que Artigas dirigió a Francia. Apenas obtenida la autorización, atravesó el Paraná el 5 de setiembre de 1820 (y no el 23 como se dice) llegando a la Asunción el 16 del mismo mes, como lo hallamos comprobado en el Libro de la Contaduría de la Nación en una nota que expresa: "Por suprema orden verbal se le suministrará a don José Artigas, *a su llegada a esta capital,* todo lo necesario para su decente vestuario y ropa interior.—16 de septiembre - 1820".

La anotación preinserta aclara dos puntos: la fecha exacta de su llegada al convento, y confirma lo que Francia expresara más tarde: que "Artigas llegó sin más equipaje que una chaqueta colorada y una alforja". Esta manifestación condice con el perfil moral de su vida. Ya conocemos sus rasgos de desprendimiento, que parecen encerrar un voto de pobreza. No nos sorprende verlo llegar al destierro en tan deplorable estado. Los Quijotes de todos los tiempos, después de librar batallas por los ideales de humanidad, han regresado a sus lares, o partido de ellos al ostracismo, maltrechos y en la miseria.

Sin estas figuras morales, que como columnas de luz se yerguen para vivificarlo, el mundo, la humanidad sería una multitud gregaria que iría a despeñarse en el fondo de sus egoísmos.

Por eso los espíritus apostólicos, especie ya casi desaparecida son como titanes, luchando solos por ideales de justicia y de amor. De ahí que siempre caen vencidos, ya víctimas de la incomprensión de sus contempo-

ráneos, ya del brazo prepotente a quien estorban para cumplir sus egoístas designios. Mas nunca serán estériles sus sacrificios, porque desde ultratumba continuarán, como lampo de luz, iluminando y guiando, a veces con más eficacia que en la vida, a aquellos seres capaces de comprender sus grandezas y reconfortarse en el ejemplo de sus virtudes.

La figura de nuestro Artigas, hecha de recio carácter, de acción fecunda y varonil entereza, cruzada como la diagonal de sangre de su bandera por innegable veta romántica, nos ha legado el ejemplo, de no saber claudicar; el heroísmo de los grandes renunciamientos en aras de un ideal. Esa lucha invisible que debió librar con su daimón interior, es de más subidos quilates, requiere más excelencia espiritual, que el heroísmo vulgar de que hizo derroche en las batallas y con el cual tanto se ha magnificado su historia. Este momento de su vida, considerado desde el punto de vista humano, es el más grande, difícil y trágico de su existencia. Atraviesa la hora de las grandes decisiones, en que se quiebra un destino, el ideal de una vida. Va a entregarse con el alma rota como su obra, "reducido a la última fatalidad", según dice Francia, en manos de aquel hombre de fama sombría, en los momentos en que le imprime caracteres nefastos.

Por "años del terror" son conocidos en la historia paraguaya los comprendidos entre 1820 al 22; los mismos en que el héroe posara su cansada planta en esta tierra envuelta en su tragedia de matter dolorosa.

Ha terminado su misión de soldado y de apóstol. Penetra, en este país tan enigmático entonces para el mundo, como para él, donde impera la voluntad de un hombre de incompatible ideología.

No obstante, aquella grandeza desamparada, irradiando sinceridad, induce al dictador a tratar a su asilado con demostraciones de consideración y respeto, que jamás concedió a nadie. No hay duda que influía en su ánimo el saberlo traicionado y perseguido por Ramírez, cuyas amenazas de invadir el Paraguay le habían granjeado un odio mortal. Lo demuestra en los propios juicios que emite sobre el proceder de éste para con Artigas.

He aquí algunos expresados en un oficio del 12 de mayo de 1821: "De pobre peón de estancia, Artigas lo había levantado y hecho gente"... "pero el hecho de este pérfido es manifiestamente infame y lo reprobará todo el mundo imparcial"... "se le podría preguntar a un general portugués si le agradaría que en algún suceso adverso que tuviera en la guerra, algún oficial subalterno se le alzara con sus caudales, tropas y armas y apoderándose de su mando tirase a perseguirlo de muerte para que no pudiese hablar..."

Juzgando así al enemigo de Artigas, quiso recibir a éste con respeto y generosidad para demostrarle la consideración que le merecía. Lo colmó de ropas finas, sombreros, calzados, paños ingleses, frac, encajes, cuya lista completa, hasta ahora inédita, publicaremos más adelante.

Esta ayuda material ofrecida generosamente al proscripto, contrasta con la negativa de apoyo moral; se negó a verlo y hablarle, como lo dice el mismo Francia. Describe la entrada de Artigas a su país en esta forma: "Artigas reducido a la última fatalidad vino como fugitivo al paso de Itapúa y me hizo decir que le permitiera pasar el resto de sus días en algún rincón de la República por verse perseguido aún de los suyos; y que si no le concedía este refugio iría a meterse en los bosques. Era un acto no sólo de humanidad, sino aun honroso para la República, el conceder asilo a un jefe desgraciado que se entregaba. Así mandé un oficial con 20 húsares para que lo trajesen, y aquí, se le tuvo incluso algún tiempo en el Convento de la Merced, sin permitirle comunicación con gente de afuera, ni haber podido hablar conmigo aunque él lo deseaba..."

La forma en que describe la entrada del héroe a su país, nos parece real, patética. ¡Llegó reducido a la última fatalidad!...

Amarga verdad. Fatalismo de estrella declinante. Había llegado al fin de su existencia moral. Acató con resignación y hasta agradecido, las resoluciones que sobre él se tomaron.

Francia, era un hombre de una psiquis extraña, complicada. Sentía un orgullo tan grande en su omnímodo

poder, como tal vez no lo sintieron los emperadores. A ninguno se le ha oído exclamar como a él: "Si el Papa viniera al Paraguay no lo haría más que mi Capellán". Menospreciaba a los grandes, en talento, ideas, fuerza o posición. Así lo demuestra cuando los hombres y centros científicos del mundo alzan su voz para hacerle llegar sus ruegos, pidiendo la libertad del sabio francés Ammé Bonpland, a quien tuvo prisionero en su país durante diez años (1).

A nadie contestó, sino con un despreciativo silencio, inclusive a Bolívar que le había escrito una expresiva y bella carta; ni a Humboldt, ni al emperador del Brasil, ni a cuántos se le dirigieron en ese sentido. Un día que se le ocurrió, le dió tres días de plazo para que saliera del país. Llega Artigas "reducido a la última fatalidad" y manifiesta que "albergarlo es un honor para la República y un acto de humanidad".

Esta última palabra queda aún resonando en nuestros oídos, como ecos raros, cuya procedencia no logramos establecer con precisión; creemos que es la única vez que la palabra "humanidad" endulzó aquellos labios, como fruto de su alma inaccesible a la piedad. ¿Qué sentimientos contradictorios la iluminaron?.

En seguida recobra su habitual lobreguez y expresa en el mismo oficio: "Aquí se le tuvo recluso por algún tiempo en el Convento de la Merced sin haber podido jamás hablar conmigo, aunque él lo deseaba".

Vuelve en seguida a cegarle el sahumerio de orgulloso desdén con que envolvía su personalidad, elevándose a tal altura que veía a sus semejantes convertidos en pigmeos.

Refiriéndose a este punto, dice Zorrilla de San Martín: "¿Quién inmunizaba esa cabeza que nadie en el mundo podía defender?... Nadie que yo sepa, se ha propuesto hasta ahora esa cuestión... ¡Lo que pensaba Francia de Artigas! — ¿Era temor?... ¿Admiración?... ¿Compasión, por dicha?— El caso es que Artigas fué el único ser humano que logró sacudir aquel corazón de piel du-

(1) Este punto ya ha sido ampliamente tratado en nuestro folleto: "Artigas y Bompland".

rísima cerrada a todo afecto. Pero siempre será aventurado afirmar en qué sentido".

Hacemos nuestras las palabras transcriptas porque tampoco hemos logrado ver claro en aquel espíritu lleno de sombras. El héroe vencido va a entregarse a ese hombre extraño a quien todos miran con reconcentrado temor. Es el cancerbero de esta dulce tierra, de noches argentadas y plácidas mañanas, con fragancias de bosques florecidos y murmullos de remansos cristalinos, impregnando los seres y las cosas de indefinible suavidad. Pero una mano despótica, fruto inconciliable de esta misma tierra, ha convertido en un inmenso presidio donde vegeta un pueblo resignado...

A hermanarse en su dolor, penetra silencioso, el Protector de los Pueblos Libres, abarcando el cuadro de opresión que lo envolvía. Habrá evocado sus días de gestas, cuando uno de sus anhelos era que su influjo magnético de libertad, que electrizó a los pueblos del Sur, enardeciera el alma del pueblo paraguayo. Pero la Libertad y la Tiranía son dos fuerzas de contrario magnetismo. Francia continuó imprimiendo su férreo dominio hasta que se extinguió su último aliento.

Dicen que en ese instante el pueblo paraguayo lloró la muerte de El Supremo!!...

CRUZANDO EL PARANA

Artigas está aún con el grupo de fieles que le siguen entre las boscosas costas del Paraná, esperando la respuesta de Francia. Entrará al Paraguay o se irá a vivir a los bosques, dice al hacer la solicitud. La contestación es afirmativa y llega conducida por el oficial que comanda veinte húsares, los cuales lo escoltarán hasta Asunción. A él entregó el héroe, silenciosamente, su modesto sable de campaña.

Un grupo de soldados fieles, indígenas en su mayor parte, lo miran, sin comprender... Algunos lloran. Están en libertad de seguir sus caminos. La grandeza de su jefe vencido los atrae más que nunca. Muchos lo siguen; otros se quedan acompañándolo con la mirada triste, hasta

verlo desaparecer en el último recodo del camino polvoriento...

Acompañémoslo también nosotros en esta declinante etapa.

La inseguridad de su suerte no le preocupa. Es la incertidumbre de su obra inconclusa. Siente la angustia del padre que se ve al borde del sepulcro, dejando hijos huérfanos en las horas de la infancia. En los ojos húmedos de aquellos pobres hombres que abandona, despojos de su ejército glorioso, ve la encarnación de su pueblo desamparado y teme por lo incierto de su destino. Abarca en toda su magnitud su fecunda misión de sembrador. Ignora el fruto que dará la simiente. Con estas sombras en el alma inicia el nuevo camino...

El soldado se transforma en asceta. Su espíritu tiene flexibilidad para cumplir con dignidad sus diferentes misiones. Si su senda lo hubiera conducido al patíbulo, hubiera llegado a él con la misma serenidad.

¡Grandeza de trágicos silencios! ¡Cuántas tormentas ocultáis!

El concepto del panorama americano que lo rodeaba tenía para Francia la claridad de las cosas familiares. Lo dominaba desde su torre amurallada oteando diariamente el horizonte. Desde allí había contemplado impasible a Artigas realizando esfuerzos sobrehumanos por detener las ambiciones de los enemigos comunes a las dos patrias. La aspiración de Buenos Aires de reunir bajo su dominio todas las provincias del antiguo virreinato y las continuas acechanzas de los portugueses por extender sus fronteras occidentales, eran tormentas siempre amenazadoras. Francia comprendía que Artigas defendiendo su heredad, defendía también la suya. Pero no se preocupó por ayudarlo. Lo dejó hacer, lo vió sacrificarse y se encerró más en su torre almenada. Así lo dice él mismo al comandante don Joaquín Duarte, en nota del 7 de mayo de 1820: "Ya está descubierta y conoçida la mala correspondencia y falta de buena fe de los portugueses, que después que *yo no he querido auxiliar al caudillo Artigas* contra ellos por mi espíritu pacifista y por desear vivir en paz con todos..."

Luego cuando lo vió desplomarse, le abrió la puerta y lo dejó entrar a su recinto, "para tenerlo bien guarda-

dito como los ingleses a Napoleón, en Santa Elena", son sus palabras en el ya citado oficio del 12 de mayo, que al respecto dice así: "Al Craveiro que le dijo que Artigas estaba aquí bien guardadito, le hubiera dicho que Bonaparte, que fué Emperador de los franceses, estaba igualmente bien guardadito en poder de los ingleses, donde se refugió en su última desgracia; y aunque estaba en guerra con ellos y los ingleses fueron sus mayores enemigos, lo recibieron y lo mantienen hasta ahora asistido generosamente en la isla Santa Elena..."

EL HEROE LLEGA AL CONVENTO

Era de noche. Una de esas serenas noches de primavera en el Paraguay, plena de silencio, perfumada de bosques y profusión de estrellas. Plenitud lunar, que permite ver bosquejadas las siluetas de los seculares árboles del jardín conventual. La ciudad, envuelta en ropajes españoles, duerme el sueño de sus horas iguales, roto apenas por el graznido de algún ave agorera. El río cercano, con su canción maternal, acompañado por las arpas que prestan a la brisa el sauce y el timbó de sus orillas, arrulla a la ninfa dormida.

Ruidos de sables y cascos de caballos quiebran la majestad del silencio. Suenan los viejos goznes carcomidos del inmenso portón; y penetra el héroe vencido. El oficial que comanda los veinte húsares, lo acompaña. A corta distancia está el grupo de soldados fieles que han querido compartir su suerte en el destierro. Entre ellos, los dos sirvientes negros. El prior del convento recibe a su huésped con respetuosa consideración; lo conduce a una celda ya destinada. Allí, "por suprema orden verbal" se le provee de todo lo necesario para vivir con decoro, ya que el héroe no porta equipaje. El dictador es generoso en colmarlo de bienes materiales.

¡Alma incomprensible la de este doctor Francia!

No vió, no quiso ver, que para aquel espíritu dotado de apostólico desinterés, le hubiera reconfortado más su asistencia espiritual; por lo menos haberle dado la oportunidad de agradecerle personalmente aquellas atenciones, como lo solicitara y le fué negado.

Eran dos espíritus opuestos como la luz y la sombra.

Aunque Francia era también de una severa austeridad para consigo, quiso ser dadivoso con su huésped; modalidad desconocida en su temperamento, caso único en la historia de su vida. Y lo fué; pero a semejanza del niño con el débil pajarillo que cae en sus manos y que encierra en una jaula dorada, rodeándolo de abundante alpiste y finas confituras.

El dictador enjauló a Artigas, colmándolo hasta de cosas superfluas, incompatibles con el ambiente conventual y el medio selvático en que lo recluyó después.

He aquí la lista tomada del Archivo Nacional de Asunción:

"Lista de útiles y enseres proveídos al General Artigas por el Dr. Francia"

Asunción y Dibre. 25 de 1820.

"Habiéndose dispuesto que Dn. José Artigas pase a morar en la Villa de San Isidro: el Tesorero de Guerra le proveerá competentemente de los efectos que puedan ser útiles para su decente vestuario y ropa interior, presentando la nota de ellos con agregación de los que a su llegada se le suministraron para el mismo fin, unos y otros con expresión del costo que haya tenido su compra.

"El Dictador *Francia*".

"Relación del valor de los efectos que por Suprema orden del veinte y cinco de Diciembre de mil ochocientos veinte, que va inserta se ha comprado para vestuario y ropa interior de Don José Artigas, hallándose próximo a morar en la Villa de San Isidro; y de los que a su llegada a esta Capital se le suministraron para el mismo fin por Suprema orden verbal desde el diez y seis de Septiembre de dicho año; y son

Por 32 ps. que importaron ocho varas casimir fino color aplomado a quatro pesos vara	$ 32"
Por 4 ps. 1rl. que importaron seis varas de Zaraza fina a cinco y medio reales vara	4-1
Por 25 ps. 4 rs. que importaron tres Piezas de Bretaña de Francia ancha a ocho pesos cuatro reales pza.	25-4

Por 12 ps. 4 rs. que importaron veinte varas de Bramante a cinco reales vara	12-4
Por 9 ps. que importaron seis pares de medias de hilo a doce reales	9 "
A la vuelta	83-1
de la vuelta	83-1
Por 10 ps. 4 rs. que importaron siete varas Cotonia acolchada a doce reales vara ..	10"4
Por 20 ps. que importaron dos varas Paño fino azul a diez pesos vara	20"
Por 10 ps. ½ que importaron diez y nueve varas Puntibí de hilo a quatro y medio reales vara	10"-½
Por 3 ps. 4 rs. que importaron quatro Pañuelos para bolsillos a siete reales	3-4
Por 2 ps. que importaron quatro Suspensorios de Punto a cuatro reales	2 "
Por 4 ps. que importaron cuatro Ligas de seda a ocho reales	4 "
Por 4 ps. que importaron cuatro Pañuelos para cuello a ocho reales	4 "
Por 14 ps. que importaron dos Sombreros finos a siete pesos	14"
Por 11 ps. 3 rs. que importaron siete varas Piel arrasada a trece reales vara	11-3
Por 6 ps. ¾ de real que importaron nueve y tres cuartas varas Bramante a cinco reales vara	6 "-¾
Por 4 ps. 2 ⅜ rs. que importaron seis y cuarta varas Zaraza a cinco y medio	
Al frente	169-2 ¼
Del frente	169-2 ¼
Por 4 ps. rs. que importaron siete octavas razo negro	4-2 ⅜
Por 1 peso 3 rs. que importaron dos y media varas Coleta a cuatro y medio rs. varas	1-3
Por 23 ps. 3 rs. que importaron dos varas y tercia. Paño azul fino a diez pesos vara	23-3
Por 6 ps. que importaron dos Estuches de a dos navajas a tres pesos c/uno	6 "
Por 3 ps. que importó media docena Cubiertos a cuatro rs. uno	3 "
Por 6 rs. que importaron diez y seis Botones a cinco reales docena	6 "

Por 16 ps. que importaron dos pares de Botas mandados trabajar a ocho pesos cada uno	16"
Por 4 ps. que importaron dos pares de zapatos mandados trabajar a dos pesos cada uno	4
Por 2 ps. que importó un Almofres mandado trabajar en	2 "
Por 6 ps. que importó la echura de dos levitas de Zaraza a tres pesos	6
A la vuelta	240-2 ⅝
De la vuelta	240-2 ⅝
Por 8 ps. rs. que importó la hechura de siete chalecos a diez reales	8-6
Por 11 ps. 2 rs. que importó la hechura de cinco Pantalones a diez y ocho rs. c. uno	11-2
Por 3 ps. que importó la hechura de una Chaqueta	3 "
Por 6 ps. que importó la hechura de un Fraque	6 "
Por 8 r. que importaron dos Jarros de lata a cuatro reales	1 "
Siguen los que se le suministraron a la llegada desde el 16 de setiembre de 1820	
Por 44 ps. que importaron cuatro piezas bretaña de Francia anchas a once pesos ..	44"
Por 42 ps. que importaron .... diez y media varas Casimir azul fino a a cuatro pesos vara	42
Por 7 ps. 4 rs. que importaron cuatro y dos tercias varas de Morsulina lisa a ocho rs.	4 ½
Al frente	
Del frente	368-4 ⅛
Por cuatro ps. que importaron cuatro Pañuelos de nariz a ocho reales	4 "
Por 20 ps. que importaron una Frasquera con doce Frascos, tres Copas, dos vasos de cristal	20"
Por 9 reales que importaron un frasco de aguardiente y otro de mistela a cuatro y medio reales el Frasco	
Por 2 ps. a 4 rs. que importaron dos frascos de Vino	1-1
Por 2 ps. 4 rs. que importaron dos frascos de vino Carlon a diez reales el frasco	2-4

Por 3 ps. que importaron dos frascos de vino de la tierra a doce rs. el Frasco	3
Por 2 ps. 5 rs. que importaron siete vas. Encajes ingleses a tres reales vara	2-5
Por 3 ps. que importaron las hechuras de cuatro Paños de mano a seis rs. uno	3
Por 8 rs. que importaron las hechuras de dos Peynadores a cuatro reales	1 "
	4 05-6 ⅛
Suma a la cantidad de quatrocientos cinco pesos y seis y un octavo reales fuertes y siguen los ministrados de cuenta de la Tesorería.	
Por 5 ps. 2 rs. que importaron tres piezas Mahones anchos a 14 reales	5-2
Por 6 ps. 4 ½ rs. que importaron diez y media varas Cotonia rayada acinco rs. vara ...	6-4 ½
Por 7 ps. que importaron cuatro piezas Mahones anchos a catorce reales	7 "
Por 14 ps. 3 ½ rs. que importaron tres y tres cuartas de Casimir blanco a veinte reales la vara	9-3
Por 10 ps. que importaron tres y media varas Casimir color caña a tres pesos vara	10-4
Suma a la Cantidad de cincuenta y tres pesos un real plata fuerte, y sigue el	

RESUMEN

Por 405 ps. 6 ⅛ rs. $ de la 1 Suma	405'6 ⅛
Por 53 ps. 1 rl. $ de la última	43-1
	458-7 ⅛

Sumadas ambas partidas dan la cantidad de cuatro cientos cincuenta y ocho pesos siete y un octavo reales ufertes.

ASUNCION ENERO 1º de 1821.

BERNARDINO VILLAMAYOR

Artigas agradeció estas demostraciones en una expresiva nota que dirigió a Francia, con fecha 27 de diciembre, antes de partir para Curuguaty, uno de cuyos párrafos dice así: ..."En virtud, y como conozco ya debidamente que la generosidad suprema de V. S. se había empeñado en multiplicar los obsequios a mi persona, y favorecer a un individuo desnudo de todo mérito para con V. S. no queda por cierto un lugar a mi disimulo para

omitir una demostración como la presente, que refiera a V. E. mis finos agradecimientos y avive el ansia de mis deseos con que cada momento anhelo conocer y tratar aquel bienhechor..."

Estas palabras plenas de sinceridad no tuvieron respuesta.

Tres meses permaneció Artigas en el convento bajo la más estricta vigilancia, que Francia tenía la habilidad de disimular. Dos veces al día enviaba a un empleado suyo para enterarse de su salud y de sus deseos. El prior del convento lo visitaba dos veces al día y mantenía con él largas pláticas. Quería conocer sus aspiraciones, sus pensamientos. Francia, por su intermedio, le insinuaba que practicara los servicios religiosos, lo que en nada contrariaba sus sentimientos; ya conocemos en Artigas su fe cristiana. Nos extraña que el nihilista dictador se preocupara del estado espiritual de su huésped. No olvidemos, que las pláticas religiosas eran uno de los medios de que se valía para llegar a lo íntimo de las conciencias. Así había descubierto una conspiración que debió haber estallado el viernes santo de ese año, por intermedio del P. Atanasio Gutiérrez y del confeso Bogarín; que dió lugar a aquella serie de fusilamientos y procesos que ensangrentaron los años de 1820 al 22, siendo fusilados todos los próceres de la independencia paraguaya.

Artigas llega, en el momento en que los cadalsos se llenan de cadáveres y las cárceles de presos.

Rengger y Longchamp, testigos oculares de la época, describen en su opúsculo "Ensayo Histórico sobre la República del Paraguay" el ambiente, en la siguiente forma: "El terror era tan grande, que nadie quería ser depositario del secreto de otro, por temor de hacerse cómplice. Las personas se saludaban sin hablarse. Cuando un hombre había tenido la desgracia de ser encerrado en un calabozo, parecía que había caído un anatema sobre toda la familia: Nadie podía visitarla sin hacerse sospechoso. Todo el que procuraba hablar con un reo de Estado era encarcelado inmediatamente".

¿Podemos extrañarnos, después de escuchar este juicio imparcial, que el espionaje y la delación, como el silbido del viento nocturno, penetraran sin llamar por las



La Escuela Solar de Artigas fundada por el gobierno uruguayo en 1924, como un monumento a la memoria del prócer en el histórico Solar donde acabara sus días. Se rige por el programa escolar del Uruguay y depende en todas sus manifestaciones directamente de las autoridades escolares del mismo. Concurren a ella más de un centenar de niños paraguayos de ambos sexos. A la izquierda aparece el umbrío ramaje del centenario ybyrá-pytá.

puertas cerradas de los hogares para enterarse de los más íntimos secretos? En este ambiente pernicioso, fruto triste de las tiranías, todos los medios son lícitos para tan bajos fines. Hasta el aire se llena de dudas, desconfianzas y temores.

La llegada de Artigas al Paraguay no podía realizarse en hora menos feliz. El dictador veía conspiradores por todas partes; hacía pagar con la muerte sus más leves sospechas. ¿Cómo no mirar con desconfianza aquella inesperada solicitud de asilo? Lo veía vencido. Lo tenía en sus manos. Sabía que su enorme prestigio estaba sólo dormido, no muerto; como la hidra de la leyenda, podía despertar en cualquier momento con el poder de sus siete cabezas. Todas las medidas le parecían insuficientes para aislarlo del contacto del mundo. Por eso dice Francia: "Estuvo recluso sin permitirle verse con gente de afuera"...

Aun quería más.

Quería penetrar en su interior, develar sus íntimos pensamientos, escudriñar los repliegues de aquella alma, cuyas profundidades no alcanzaba a sondear: por eso procuraba valerse de las afables pláticas del prior; hasta de las rendijas de las puertas, de la complicidad del viento!

No logró saber nada más que lo que Artigas quiso que supiera. Nada tenía que ocultar. Su obra estaba escrita con sangre y sacrificios en el libro americano, abierto a la luz del mundo para que lo juzgara el tribunal de la historia. Francia lo conocía hoja por hoja, pero dudaba, temeroso de ser engañado. Artigas se envolvió en silencio, no con ocultos fines, sino porque no le agradaba hablar de sí y de su obra. Toda su correspondencia, aun en los días de gloria, es parca en ese sentido. Creemos que al pisar esta tierra hizo voto de pobreza y de silencio, pues fueron estas las aristas que sobresalen en su personalidad de desterrado, y que conservó hasta el último instante de su existencia.

La vida del héroe, paladín de la libertad, encerrado en la celda de un convento, se deslizaba en una monotonía aterradora que no pasó inadvertida al prior, bajo cuya custodia se encontraba. En una de sus diarias visitas,

llevó inteligentemente la conversación sobre este punto y le preguntó si se encontraba bien allí; Artigas le manifestó, someramente, su deseo de vivir en un ambiente más de acuerdo con su vida de soldado.

Al día siguiente, el prior le comunicaba de parte del dictador su resolución de que en breve pasaría a morar en la villa de Curuguaty, pequeña población, situada en medio de un desierto selvático, a ochenta y cinco leguas de Asunción; lugar de destierro y confinamiento para sus presos políticos, que mantenía bajo la vigilancia de una comandancia militar. Francia la describe así: "Aquí estuvo recluso hasta que hice venir al comandante de San Isidro de Curuguaty, con quien lo hice llevar a vivir en aquella villa, donde se halla con los dos criados o sirvientes que trajo, por ser aquel lugar remoto el de menos comunicación con el resto de la República. Allí le hago dar una asistencia regular, porque él vino destituído de todo auxilio" (Oficio del 12 de mayo, 1821).

Artigas, en su citada nota, "agradece la muy justa determinación de su destino y residencia, que tan gustosamente ha aceptado"; agrega: "El prior superior de este Convento me previno en esta forma hasta otra providencia".

Esperaban la llegada del comandante de Curuguaty, a que hace referencia, para que lo condujera. Mientras, se efectuaban los preparativos de viaje, por el río hasta villa del Rosario; después se dispuso que lo realizara por tierra. "Lo hice salir de noche, escoltado por algunos húsares, y viajando siempre de noche llegó a su destino". Ignoramos el día de la partida. Deducimos por las fechas de las notas que fué en los primeros días de enero de 1821. Allá, en la lejana villa, vejetaría veinticinco años de soledad selvática, completada más tarde con el olvido, la miseria, la cárcel, el engrillamiento.

En la gama de los dolores, la vida no le privó de ningún matiz. La gloria es una madre cruel que mora en la montaña más áspera del mundo, y para conceder sus dones, exige que sus hijos recorran la cuesta llevando el madero de su martirio. Aquel espíritu extraordinario la ascendió sin desfallecimientos, con valor de estoico, o la serenidad de un mártir. "El hombre grande, forzosamen-

te tiene que soportar grandes desgracias", dice Shakespeare, el genio que penetra en las reconditeces del alma.

Artigas había entrado en el Paraguay. Se le trataba consideradamente. La calma, como sucede después de las grandes crisis morales, empezaba poco a poco a renacer en su alma lacerada. Las furias de sus enemigos eran incendios inextinguibles, y éstos, como cuervos ávidos de carne, batían sus alas, graznando sobre su presa. El caudillo entrerriano, que lo había perseguido de cerca, no podía conformarse que se le hubiera escapado; del otro lado del río, sediento de venganza y ofuscado por el despecho, husmeaba la impronta del héroe aun fresca en la arena, mientras concebía su silueta perdiéndose en la espesura de las selvas guaraníes.

Sabemos que Ramírez y Francia se guardaban recíprocamente un odio irreconciliable, aumentado ahora al saber que éste había dado asilo a su enemigo vencido, y por lo tanto se consideraba con sobrados derechos a reclamarlo. De pasiones fuertes y ardientes, el jefe entrerriano pensó en rescatar su presa por la fuerza de las armas, invadiendo el Paraguay. Se cree que debido a los prudentes consejos del Padre Monterroso, el secretario de Artigas, caído prisionero en Corrientes y a quien Ramírez hizo, a su vez, secretario suyo, no se embarcó en esa nueva aventura guerrera. No obstante, ambos rivales seguían afilando las garras y se miraban recelosos a través de las fronteras, a las cuales reforzaban militarmente. De pronto Ramírez cambia de táctica y recurre a la astucia para alcanzar su fin. No llevará la guerra al dictador; conseguirá por medio de una nota amistosa, llena de promesas, que le entregue a Artigas.

¡Qué poca sagacidad demuestra Ramírez al tomar esta resolución! ¡Vencer a Francia por este medio, cuando la astucia política era una de sus armas más certeras!

En esta justa, Ramírez representa un cachorro de tigre que apenas sabe juguetear junto a la madre, frente a su progenitor, felino aguerrido, que jamás salió vencido en esta clase de luchas. Mientras que al incauto caudillo entrerriano lo hemos visto ya, después de salir victorioso en Cepeda, caer en Pilar, envuelto en las redes que le tendió Sarratea y en sus propias perfidias, de cuyos des-

graciados sucesos sería él, al fin, una de las víctimas. Por otro lado, hemos observado a Francia, desde su atalaya, jugar con los sutiles hilos que le tiraron algunos de los más hábiles diplomáticos y políticos mundiales. Suspicaz y desconfiado, dudaba de todos; por eso no quería saber de alianzas y tratados internacionales. Cuando tenía que tomar una resolución, optaba sin vacilar por su propia conveniencia, sin detenerse a reflexionar si sus fallos encerraban o no enormes injusticias, así se tratara de humildes conciudadanos o de encumbrados personajes.

¡Ramírez, su odiado enemigo, se le acerca vestido con la piel de cordero, a tenderle su mano pidiéndole a la vez la extradición de su protegido!

Los rasgos del flemático dictador se habrán iluminado con una sonrisa al recibir aquella nota; por única respuesta y providencia, mandó meter en la cárcel al portador del oficio. No, no. Entre Artigas y Ramírez se quedará con Artigas. Fiel a su norma de conducta de no confiar en nadie, lo guardará bajo siete llaves. Al morir el dictador, no sabemos si por orden póstuma, sus sucesores en el poder ordenarán ese mismo día que "lo pongan en seguras prisiones", remachando en sus pies una barra de grillos y con centinela de vista.

¡Ese es el trofeo que Ramírez pretende arrebatarle por medio de promesas y ventajosos tratados comerciales, de adhesión y amistad!

Leamos esta nota, que es interesante, después de todo, por su descarada hipocresía. Está fechada en su Cuartel General de Corrientes, el 22 de setiembre de 1820: "Con hallarse, el continente de Entre Ríos libre del dominio de Artigas, creo que ha cesado la causa que justamente impulsara a V. S. a mantener cerrados los puertos de la República, habilitando el tráfico y relaciones con éstos, a efectos de obviar que el comercio sufriera tantos descalabros como experimentaba por los malvados satélites del pretendido Libertador. Ya el dominio del opresor de los pueblos libres terminó con su total ruina y la del grupo de miserables que lo seguían con la esperanza de conseguir un patrimonio como el que tenían formado en el Bando Oriental y Entre Ríos; todos estos se hallan purgando los crímenes que han cometido contra la patria

y ciudadanos y pronto serán juzgados por el respetable Tribunal que al efecto se establecerá sin tardanza para este caso. *Recuerdo a V. S. la necesidad que hay de la persona de Artigas para que responda en juicio público a las Provincias Federales* de los cargos que justamente deben hacerle, por suponérsele a él la causa y origen de todos los males de la América del Sur. Por estas poderosas razones y *otras que omito* espero que V. S. *me remita a dicho Artigas*[1] pues tengo noticias muy fundadas (como lo verá V. S. por el parte original que adjunto) de haberse refugiado o hallarse preso en esa de su mando".

Francia no contestó aquella nota; es obvio decirlo. Sintió aumentar su desprecio por el autor, y ofendido su orgullo al comprobar que lo creía capaz de caer en sus redes. Ya hemos transcripto algunos juicios de Francia sobre el proceder de Ramírez para con Artigas. Lamentamos no haber podido hallar y dar a conocer los que emitió a raíz de la lectura de este oficio.

No. Ramírez estaba equivocado. Francia jamás entregará a Artigas, no sólo por el odio que guarda para el peticionante, sino porque piensa y lo manifiesta, "que albergarlo es un honor para la República". Considera su posesión como un trofeo valiosísimo, el cual ha tenido la suerte de conquistar sin guerras ni batallas. Nada le costó conseguirlo. Un cóndor con las alas rotas, que desde los altos picachos, ha caído desplomado, sorpresivamente, entre sus manos. En aquellas manos que nada habían hecho por apresarlo ni por defenderlo. ¡Ahora es él, único dueño y señor de su vida y su destino! El dictador sonríe, pensando en la larga lista de enemigos del héroe, que anhelaron poseerlo vivo o muerto; como aquel Posadas, con su famoso decreto, y el pérfido de Sarratea, los cuales hoy estarán, como Ramírez, envidiando su suerte.

Francia seguirá guardando a Artigas, con el cuidado que inspiran las cosas de valor. Lo conservará con las precauciones imaginables; para mayor seguridad lo enviará a Curuguaty, lugar que, según sus palabras, "es el de menos comunicación con el resto de la República".

---

(1) Nuestro el subrayado.

El proceder de este hombre nos ofrece siempre sorpresas inesperadas. Por eso es difícil estudiar su psicología, bosquejar su personalidad. Así quedamos pasmados ante el famoso proceso, que dos años después de tener a Artigas en sus manos, levanta a éste y al coronel Manuel Cabañas, el héroe de Tacuarí, o más bien a su memoria, porque ya había fallecido, por supuesta conspiración contra él, en 1815. Lo inicia en 1822, y lo guarda, sin que sepamos que haya vuelto a ocuparse del asunto. Diez años duerme el proceso encarpetado, como duerme Cabañas en su tumba y Artigas en Curuguaty, sin que los acusados (a lo menos Cabañas) se enteren de nada. A los 11 años, o sea en 1833, se acuerda un día que debía dictar sentencia, ya que él encarnaba la justicia del país, y redacta el fallo que vamos a leer:

AUTO

"Asunción Agosto tres de mil ochocientos treinta y tres.

"Resultando que Manuel Atanasio Cabañas, *muerto sin herederos* ha sido un traidor a la patria y al Gobierno por haber mantenido correspondencia con el malvado caudillo de bandidos y perturbador de la pública tranquilidad José Artigas, y haberse encargado de venir y aprontarle gente de auxilio para cuando viniese, según sus ridículos ofrecimientos a tomar la república y llevarse la cabeza del Dictador y ponerle a él y a otros en el gobierno; cuya nueva infamia y ruindad cometió el citado Cabañas, después que no quiso tomar parte alguna en la revolución que aquí se hizo para extinguir el mando de España, cuando avisado del cuartel en que se habían reunido los patricios para que viniese a incorporarse a ellos, no sólo se enfadó con el portador del recado sino que con descarada vileza, respondió que vendría en siendo llamado por el Gobernador que era el europeo Velazco; no obstante lo cual, el presente gobierno, por exceso de bondad le dió los despachos de coronel, aun sin méritos, sin servicios ni suficiencia, comprobándose con tan infames procedimientos que era un verdadero enemigo de la patria, y que

resuelto a auxiliar al Caporal de Ladrones y salteadores, Artigas, estaba dispuesto a quedarle vilmente subordinado y tenerle sometida a la República, como era consiguiente, a fin de que después no lo despojara de su sueño de Gobierno, en que él y otros atolondrados, con quien igualmente estaban en correspondencia, como también consta en autos, creían en su delirio y necedad que pondrían a unos y engrandecerían a otros sin reflexionar por su inepcia que lo que intentaban era ver si al abrigo de algunos simples infautados y embaucados con el aliciente, y engaños de varias y disparatadas ofertas, lograba introducir sin peligro al Paraguay sus cuadrillas de miserables bandidos y facinerosos a robar y saquear cuanto pudiesen para remediar sus miserias, sus pobrezas y sus extremas necesidades, como hacían en otras partes, viniendo últimamente después de tanto ruido, alboroto y afectada valentía o fanfarronada, cuando se vió arruinado y perseguido de muerte, aun de los suyos, por consecuencia y efecto natural de sus desórdenes, locuras y desatinados procedimientos, a implorar la clemencia y amparo del mismo Dictador, cuya cabeza había ofrecido llevar, el cual reventando de generosidad, sin embargo de que el alevoso y bárbaro malevo no era acreedor a la compasión, no obstante le admitió, sino que ha gastado liberalmente centenares de pesos en socorrerlo mantenerlo y vestirlo, habiendo venido desnudo, sin más vestuario que una chaqueta colorada y una alforja, sin que los ruines, aturdidos y revoltosos que fundaban en él las mayores esperanzas de gobierno, ventajas y adelantamientos, viéndolo en tal angustia y fatalidad, que acaso la providencia ha permitido para que los ilusos o deslumbrados, los facciosos, los depravados encubiertos y los deseosos de trastornos políticos abran los ojos y entiendan que las gentes de otros países, envidiando y odiando al Paraguay por no haberse sometido a sus ideas de logro predominio y conveniencia lo que desean y buscan es entrar a apoderarse del Estado engañando a los incautos y simples, subyugar e imponer las leyes a los paraguayos, extraer y sacar riquezas, caudales, y la plata que solo aquí corre todavía, y, finalmente llevar gentes para sus empresas y servicios,

para después reírse del Paraguay y mofar orgullosamente a las paraguayas:

"En virtud de todo, se declaran confiscados y aplicados a gastos públicos y servicios del Estado todos los bienes que aparecieran corresponder al citado Manuel Cabañas, o ser de su pertenencia en su fallecimiento, y en efecto se expedirán las providencias del caso, convenientes, rompiéndole igualmente el insinuado título de Coronel, de que se ha mostrado indigno y sin honor para obtener semejante grado, cuya denominación tampoco se le ha de poder dar en lo sucesivo". — *FRANCIA.* — *Policarpo Patiño,* Actuario del Supremo Gobierno".

¿Qué se proponía alcanzar el dictador con este proceso levantado a un muerto y a un vivo? A éste, que es su prisionero desde hace trece años, lo responsabiliza de los mayores cargos, agotando la gama de los adjetivos más degradantes. Y cuando vamos subiendo la cuesta de la lectura de esta pieza, cuyas inculpaciones se van acumulando con tal precipitación, que parece no dar tiempo a la mano que escribe para detenerse a puntualizar los párrafos, pensamos que al final nos hallaremos, por lo menos, con dos sentencias de muerte.

No. Nada de eso. Al dictar su fallo, parece haberse olvidado de Artigas y de todas sus fechorías, y nos encontramos con la sorpresa de que resulta condenando a un cadáver a la pérdida de todos sus bienes — aunque hace constar que no tiene herederos — y además, por indigno, le romperá el título de Coronel.

A Artigas lo condena a seguir viviendo. Continuará en el silencio de Curuguaty, sin saber, pensamos, que su nombre figuraba en tan infamante proceso. De haber escuchado estos epítetos, hubiese evocado los días lejanos del decreto de Posadas, los calificativos del libelo de Cavia, y exclamado: ¡A todo debe acostumbrarse el hombre que lucha por redimir multitudes!

SAN ISIDRO DEL LABRADOR DE CURUGUATY

Así se llama la aldea donde Artigas pasó 25 años de destierro. Está situada a ochenta y cinco leguas de la

capital, hacia el Noroeste, no lejos de la frontera brasileña, entre selvas lujuriosas e intransitables. Debido a su difícil acceso, es todavía un lugar casi desconocido para la mayoría de los habitantes del país.

Cuando me propuse escribir este libro, pensé que no debía faltar en él la descripción de ese lugar, por ser históricamente el de mayor valor, dado que allí se deslizó casi toda su vida de desterrado; y a donde, que sepamos, nunca ha llegado un compatriota. Comprendía, que pocos datos fehacientes podría recoger allí, después de transcurrido un siglo extendiendo su capa de olvido sobre los seres y las cosas. Pero quería ir. Sentía una fuerza superior que me impulsaba a cumplir este sagrado deber, con ese imperio que lleva al musulmán a visitar la Meca; al cristiano a recorrer los lugares que inmortalizara en su peregrinar el Redentor. Quería rendir ese homenaje al patriarca, y a la vez describir el estado emocional de aquellos sitios, hollados tantas veces por su planta, producirían en mi espíritu, para verterlo, como mística oración, en el alma de este libro. Amo las intensas emociones extraídas del fondo de recuerdos lejanos; ansiaba beberlas en aquella fuente.

No escapaban a mi criterio las dificultades que hallaría para trasladarme allá, por falta de medios de locomoción y de alojamiento. Pero había concebido el viaje con entusiasmo; estaba dispuesta a realizarlo por cualquier medio, incluso el avión o la carreta. En procura de datos, me dirigí a cuántas personas consideré autorizadas a suministrármelos. Todas me respondieron que nunca habían llegado hasta allá. Alguien me sugirió que tal vez el Arzobispo Mons. Sinforiano Bogarín podría informarme con conocimientos prácticos, por ser una de las personas que mejor conocía el país. A él me dirigí, manteniendo una extensa, interesante conversación, en la cual me refirió sus andanzas por esos lugares allá en sus años mozos. Desde entonces, me dijo, ha transcurrido mucho tiempo; pero sé que poco ha variado aquello. Me indicó hacer el viaje en vapor hasta villa del Rosario, donde se llega después de día y medio de navegación por el río Paraguay. Desde allí puede ir, —agregó— en ca-

miones o a caballo hasta San Estanislao, pequeña población existente ya en la época de Artigas que dista unas veintidós leguas del citado puerto. Desde ese punto hasta Curuguaty existe casi la misma distancia; sólo se puede salvar a caballo o en carretas, a través de selvas intransitables por su exuberante espesura, lo mismo que donde está situada la aldea. A mis indagaciones acerca de los medios de alojamiento que podría hallar en el trayecto, me dijo que en la mitad del camino que une a San Estanislao con Curuguaty, sobre el río Corrientes que hay que atravesar, existía una pequeña posada para viajeros, única población en aquellas soledades; pero que no sabía si existía aún.

A pesar de que los datos suministrados por el venerable anciano no ofrecían halagüeñas perspectivas, no lograron hacerme renunciar al viaje. Siempre en ese plan de ideas, me dirigí por carta al maestro, director de la Escuela del lugar, pensando que como él habría efectuado su traslado allí en más reciente época, sus informaciones podrían ser más precisas. Sobre todo me interesaba conocer el problema alojamiento en ese largo y solitario trayecto, lo mismo que en aquella lejana población, donde debe ser muy reducido el número de viajeros para permitir el sostenimiento de hoteles. Pronto recibí del amable colega una extensa carta, en la cual me describía minuciosamente el trayecto a recorrer, las inevitables contingencias del viaje, la aldea, sus alrededores, el ambiente y sus recuerdos históricos. Voy a transcribir los párrafos más interesantes literalmente, a fin de que conserven el pintoresco colorido, con sabor de realidad, que ha puesto en la descripción, sin omitir algunas suposiciones risueñas sobre la futura viajera, que completan el cuadro.

Hela aquí: "Su carta del 11 del corriente, que recibí ayer con alborozo único, constituyen el primer puente espiritual que unirá al Solar de Artigas de San Isidro de Curuguaty, con el alma vibrante del Uruguay...".

Después de extenderse en consideraciones de orden histórico, las resume en estas palabras:

"En el año 1702 el Gobernador español don Gregorio

Bazán de Pedraza fundó este pintoresco pueblo en el corazón de un inmenso bosque"... Los antiguos pobladores de Curuguaty desaparecieron totalmente con la guerra del 70. En 1902 fué refundada sobre los escombros de la ciudad incendiada, con familias venidas de Yhú, San Estanislao, Villarrica, etc.". "Actualmente Curuguaty cuenta con 800 habitantes. La escuela media y única recibió este año 70 alumnos en sus aulas. El comercio se reduce a cuatro almacenes. La iglesia actual la mandó construir la Sociedad Anónima "La Rural Belga" — propietaria, de los inmensos y valiosos yerbales que circundan la aldea — se halla muy destruída, porque solamente una vez al año es visitada por el cura de San Estanislao; y el resto del año se mantiene cerrada. Pues hasta el mismo Dios es indiferente con este pueblo del silencio y eso que somos de fe cristiana.

"De Artigas, dicen, que todos los domingos venía a caballo al pueblo y usaba barba larga. La casa de Artigas, en vez de alambrados, tenía como cercado profundas trincheras, que los animales no podían pasar. Hasta hoy existe un horcón de urundeymí en el solar y los escombros de la casa derrumbada por los años. La trinchera en parte está bien marcada todavía. Esto queda en pleno bosque, a más de un kilómetro del pueblo.

"Si Ud. viene, que no creemos, estaremos más que contentos de conocer a un miembro más de la raza charrúa, raza esforzada, generosa y valiente...

"Vialidad. La mejor vía para venir es por puerto Rosario, Itacumbú, San Estanislao. En Rosario hay camiones que se pueden alquilar hasta San Estanislao. Desde aquí a Curuguaty son 23 leguas y se hacen en dos días a caballo. El camino es transitable — boscoso — todas picadas largas, de cuatro y cinco leguas, sin ver campo. De San Estanislao acá pueden encontrar caballo fácilmente. Para hospedarse en Curuguaty tiene Ud. mi casa a sus órdenes. Si Ud. quiere puedo ir yo con mi señora a San Estanislao a buscarla. Debe indicarme el número de caballos que necesita para llevarle con todo el equipo, porque creo que no viajará sola. Anímese, aproveche a venir este año. No deje para el otro lo que este año puede hacer. Valor, adelante!

"De Rosario a San Estanislao quedan 22 leguas y puede con facilidad viajar.

"Debe preparar mosquitero de género, porque el polvorín que apenas se ve, no respeta tul. Debe traer también sombrero de paja con velo cubriendo la cara para viajar de día. Hay muchos tábanos y panambí que le molestarán y arruinarán su elegancia...

"Las señoras viajan con pantalones y polainas. Hágase una bombacha y póngase botas. La blusa debe ser de mangas largas y usar guantes. De lo contrario arruinará todo lo que de fifí tiene. En el verano hay muchos animalitos que molestan de día y de noche; pero todo constituirá las delicias del viaje.

"Campo de aviación no tenemos. Sólo San Estanislao tiene base aérea. Por otro lado, no queremos que Ud. venga por un solo día...

En espera de su respuesta, cumplo con el deber de presentarle mis saludos y los de mi señora. — *Gerónimo López*".

A pesar de las gentilezas con que mi amable colega quería contribuir a la realización del viaje, la descripción consciente y precisa de las inevitables peripecias y lo arriesgado del mismo, lograron disuadirme, no sin dolor, de mi propósito, que había concebido con tanto entusiasmo y decisión.

Amé y acaricié esta idea mucho tiempo, con voluntad de llevarla a la práctica; no por lo que ella tuviera de placentera, sino, por las sugestiones espirituales que esperaba recoger en la contemplación de aquellas ruinas que prestaron calor de hogar, aunque misero y frío, al héroe desterrado. En el arrobamiento místico, sugerido por el imponente silencio de aquellos bosques amigos, que tal vez le ayudaron a ocultar alguna lágrima, pugnando por empañar la limpidez de sus ojos, que vieron serenos rugir sobre su cabeza las furias de tantas tempestades. Quería hollar la misma tierra que el patriarca hiciera fecunda con sus manos; respirar el aliento ardoroso de las selvas, que lo envolvió en las horas silentes de 25 años, que el reloj del Tiempo fué desgranando al paso lento de días amargos...

Pero no pudo ser. Insistí aún, a ver si podía realizarlo en avión; mas como lo dice la carta transcripta, el campo de aterrizaje más próximo al lugar es el de San Estanislao, distante 23 leguas, las cuales habría tenido que atravesar venciendo todas las dificultades que mi colega describe, y que tuve la debilidad de no animarme a afrontar, ¡Mujer, al fin!

Así, mi viaje a Curuguaty, pasó a ser uno de los tantos bellos sueños que en la vida quedan sin realización.

EL HEROE SE TRANSFORMA EN LABRIEGO

Allí está, en medio de las selvas formadas por mil plantas distintas, las cuales se anudan entre sí en tan prieto abrazo, que en vano la luz del sol pretende iluminar sus entrañas. Lo acompañan los dos sirvientes negros de que nos habla Francia, que como canes fieles han venido sumisos siguiendo las huellas de su amo. No sabemos con precisión sus nombres. Son tan humildes que la historia ha olvidado recogerlos. Nos los ha transmitido la tradición; esa voz de los pueblos que llega a nosotros desde lejos, y que a veces, sin archivos ni papeles, nos cuenta grandes verdades. A uno lo llama "Ansina", de quien nos hablará más tarde, con admiración y cariño, el hijo del héroe cuando visite a su padre en el destierro, aunque dándole el nombre de "Lenzina", de semejante eufonía. Joaquín Martínez es el nombre que dan al otro criado algunos historiadores. Dejaremos este punto para ocuparnos en el capítulo siguiente.

Artigas, después de las tormentas morales sufridas, al encontrarse solo en medio de aquella naturaleza, comprendió que no podría permanecer en la inacción. Nada más difícil que convertir el oleaje incesante del océano, en la mansedumbre del arroyuelo azul. Durante más de veinte años, las madrugadas lo hallaron sobre su caballo de guerra. En este momento es un náufrago arrojado por la vorágine en el mar verde de la selva, sin horizonte ni orilla. La calma y el olvido, únicas aspiraciones de su alma, le permiten, poco a poco, recobrar la noción de su yo. Tiene 56 años. Aun siente correr sangre vigorosa por

sus venas. Aquel hombre fuerte que disfrutó, como don del cielo, de envidiable salud, se encuentra en la mitad de su existencia en el goce de sus facultades físicas y morales. No puede acostumbrarse a una vida inactiva; piensa que aun puede ser útil a sus semejantes. Un alma generosa encuentra nobles fines a que dedicar sus actividades; aunque sea sofocando, a veces, las justas rebeldías de su propio dolor. La bondad es el complemento del talento que da jerarquía espiritual; sin ella los más preclaros cerebros pueden ser azotes de la humanidad. Artigas, como Cincinato en las campiñas romanas, quiso ser labrador.

Sabemos que Francia, en los primeros tiempos de su destierro, le prestó su ayuda material. Por eso, porque la mirada del dictador pesaba hasta en sus actos más simples, el comandante militar, bajo cuya inmediata vigilancia se encontraba Artigas, no se lo permitió, cuando éste le expuso su pensamiento.

Es necesario que se dirija Ud. a El Supremo, le dijo.

Artigas lo hizo por su intermedio; Francia le contestó que no tenía necesidad de trabajar, que pidiera lo que necesitara.

Cuando supo que Artigas sólo lo hacía por dar utilidad a sus actividades, consintió en ello, ordenando que se le suministraran los útiles necesarios y un terreno del estado, que tanto abundaban en el país.

Aquel conductor de pueblos, que interpretaba con inteligencia y aplicaba con justicia los elevados preceptos de la constitución más libre del mundo; aquel soldado, que desde su modesto campamento de Purificación, disponía que los cabildos levantaran escuelas y contribuía a la fundación de la primera biblioteca pública de Montevideo, por considerarlas fuentes básicas de las nacionalidades que gestaba, aró la tierra.

Con sus manos limpió el terreno, preparó y sembró la semilla, y el suelo agradecido le devolvió maíz, zapallos, mandioca. Era lo único que él podía dar ahora a aquel pueblo que amaba, porque era americano, y porque lo veía indefenso y doliente atado al carro de cruel tiranía.

Artigas, dice Larrañaga, era muy sensible a la desgracia ajena.

Sublime recurso de las almas generosas que saben exprimir sus propias amarguras para ofrecerlas a sus semejantes, transformadas en dulce y medicinal consuelo!

Artigas nunca había sido labrador. Apenas si en los años juveniles, cuando fué secretario del sabio naturalista don Félix de Azara, quien le encomendó la tarea de medir y repartir las tierras a las familias españolas, que debían servir de pacífico baluarte a las pretensiones lusitanas de extender sus fronteras occidentales, comprobó prácticamente los resultados de la agricultura. Allí, en contacto directo con la tierra y en las diarias conversaciones con el sabio naturalista, cuyo fecundo y razonable plan se ponía en práctica, comprendió sus beneficios, no sólo como medio vital, sino como factor importantísimo para vincular el hombre al suelo. Y el estadista en ciernes, el fundador de pueblos que se gestaba en aquel joven, cuyo trascendente destino sobre América nadie podía prever, conservó la lección que la vida le ofrecía.

Tal vez desde ese momento vió la necesidad de encauzar por ese camino estas sociedades embrionarias, de origen nómade por su ascendiente autóctono, y aventurero por la sangre española, que dió esa mezcla, el criollo, más inclinada a las andanzas bélicas que al trabajo pacífico y regenerador.

Esta disposición de Artigas hacia el trabajo de la tierra, la hemos comprobado siempre a través de la lectura de su amplia correspondencia, en la cual, a pesar de los múltiples asuntos que absorben su atención, encontramos con frecuencia órdenes o consejos en este sentido.

Vemos, por lo tanto, que en su espíritu se mantuvieron firmes las ideas fuerzas que fueron columnas y luz en aquellas horas confusas, en las cuales los ideales chocaban con la misma pujanza que las espadas, conservando siempre en alto esta bella trilogía: Libertad, Trabajo y Escuelas. Programa básico de un fundador de naciones.

Ahora lo encontramos en Curuguaty, frente al libro abierto de una naturaleza prodigiosamente exuberante, que contrasta con el factor humano, pobre, sumido en la indolencia, sin ambiciones. Comprende que le falta dirección

y estímulo, piensa que su ejemplo puede ser útil. Trabajará la tierra con sus manos, mostrando el milagro de la cosecha ubérrima; ayuda a los pobres, estimulándolos a buscar su propio bienestar en el trabajo honrado, pensando que con ello contribuirá a mejorar su suerte. Pero la obra del hombre aislado, por grande que sea la fuerza realizadora que lo anime, se pierde casi siempre en lucha estéril contra la hostilidad del ambiente, o simplemente entre la apatía y la indiferencia. Las multitudes son pesimistas, si no contrarias, a todo impulso renovador. Es un mal congénito del campesino americano; le cuesta desprenderse de sus tradicionales rutinas, tanto más cuando está alejado del ejemplo innovador de la inmigración europea, que tan fecunda ha sido en el progreso del continente.

APUNTES DE VIAJEROS AL PASAR

Vamos a transcribir algunos juicios, que acerca del patriarca nos han legado viajeros que recogieron las impresiones de sus comarcanos, puesto que ninguno pudo acercarse a conocerlo ni hablarle.

Comentaremos las opiniones de aquellos dos naturalistas suizos, Rengger y Longchamp, que visitaron estas regiones en esa época con fines de estudios profesionales; pero mirando hábilmente los fecundos sacudimientos humanos que se desarrollaban, y de los cuales nos han dejado interesantes observaciones. Ambos viajeros, en sus andanzas por las tierras del Sur, bebieron en las fuentes turbias que les ofrecían, especialmente en el libelo de Cavia, la historia del caudillo oriental como único responsable de todos los males, que a modo de vientos apocalípticos, galopaban por las campiñas americanas. Desconocedores del ambiente y de los hombres, formáronse el más triste concepto del extraño personaje, a quien, sin duda, nunca pensaron hallar más tarde, desterrado en el corazón de las selvas. Empero, en los cinco años que se detuvieron en el Paraguay —1820 - 1825—, parece que conocieron muy de cerca su vida, porque la describen con caracteres precisos e interesantes, aunque no exenta de

errores. Al encontrarse con un Artigas tan distinto al concebido por ellos a través de los datos suministrados, atribuyen este cambio inesperado a un caso de arrepentimiento y expiación por los grandes crímenes cometidos. Se explica que aquellos espíritus sanos, entregados más al estudio de la naturaleza que al de la psicología humana, no alcanzaran a concebir que la calumnia pudiera deformar tanto la figura moral de un hombre. Por eso al respecto, se expresan en esta forma, en su libro "Ensayos Históricos sobre la Revolución del Paraguay"; "Después de haber pasado Artigas algunos días en una celda del Convento de la Merced, donde el Dictador lo hizo alojar, fué destinado, sin haber podido obtener una sola audiencia, a pesar de sus más vivas solicitudes, a la villa de Curuguaty, 85 leguas al Nordeste de Asunción, de donde no podía escaparse sino al Brasil por un desierto, fuga que de ningún modo podía temerse después de las crueldades de que se había hecho culpable para aquella nación. "El dictador le señaló una casa, terrenos y 32 pesos mensuales que era el sueldo de que gozaba como Teniente de Cazadores —Artigas nunca tuvo este grado— y dió orden al comandante del distrito de que le suministrase cuanto le pudiese ser necesario o agradable y de tratarlo con la mayor consideración. Desde entonces parece que Artigas hubiera querido expiar, al menos una parte de los horrendos crímenes de que estaba manchado.

"A la edad de 60 años cultivó él mismo su campo y fué el Padre de los Pobres de Curuguaty, entre los que distribuía la mayor parte de sus cosechas y todo su sueldo, prodigando a los enfermos cuantos auxilios estaban a su alcance. El dictador admitiendo en el Paraguay a uno de sus mayores enemigos y proporcionándole una subsistencia honrosa, quería, como lo ha dicho él mismo, respetar el derecho de la hospitalidad tan bien conocida por los habitantes del Paraguay".

Casi en la misma forma, y bajo las mismas influencias calumniosas, escribe Zinny sus impresiones sobre este caudillo, cuya fama, por muy desfigurada que estuviera, atraía la atención de cuánta persona de alguna penetración visitaba estas regiones. No obstante, cuando logra desembarazarse de esa influencia, Zinny reconoce,

como los anteriores, que Artigas llevaba una vida ejemplar. Escuchemos lo que al respecto dice en "Historia de los Gobernadores del Paraguay": "...Francia no tenía consideraciones con nadie, ni aun con individuos que en algo se le asemejaban. El célebre General Artigas, si bien no estaba con él en muy buenas relaciones, viéndose aniquilado y perseguido solicitó un asilo de su enemigo con la esperanza de que sería tratado, por lo menos, como lo son generalmente por los ingleses, los que han ejercido algún poder a la par de Rosas y otros. Pero no acostumbraba Francia a emplear esa clase de generosidad con los amigos, y mucho menos con un enemigo de la categoría de Artigas, de quien era verdaderamente necesario desconfiar. El dictador en su conducta para con el caudillo oriental, prestó indudablemente un gran servicio a la humanidad y sobre todo a los pueblos del Plata. El hecho es que Artigas y sus compañeros recibieron el asilo que solicitaban, y sin acordarle una audiencia que pedía lo hizo alojar por algunos días en el Convento de las Mercedes, y en seguida lo relegó a Curuguaty... Los demás asilados fueron en su mayor parte exterminados por su mala conducta. Cuando Francia supo que Artigas criaba aves y otras cosas necesarias que lo habilitaban para distribuir entre los pobres del distrito, su sueldo, le retiró la mensualidad".

En el apéndice de la "Historia de las Provincias Unidas" por el Dean Funes, hallamos estos juicios del mismo autor: "Abandonado a sí mismo, Artigas volvió a ser lo que la Naturaleza había querido que fuera: a los 60 años se puso a cultivar su campo, fué padre de los pobres y edificó a todos con su excelente conducta"...

El vicario de San Borjas, Joan Pedro Gay vierte sobre Artigas estas hermosas palabras, unas de las pocas que hallamos libres de las venenosas influencias tradicionales. En su libro "La República Jesuítica del Paraguay" dice: "Artigas tenía 61 años: y en la tranquilidad del retiro se mostró trabajador y humano, cultivó la chacra, fué padre de los pobres de su distrito y sirvió de ejemplo a todos con su excelente conducta".

El Padre Maíz, contemporáneo suyo y hermano del párroco de Curuguaty, agrega estos preciosos datos sobre

su vida de desterrado, los cuales no nos sorprenden, puesto que ya conocemos los íntimos repliegues de aquella alma generosa, inclinada por naturaleza al bien. Ahora, en la soledad, se entregaba sin esfuerzo al impulso de sus propios sentimientos, en pro de aquel sencillo vecindario que lo rodeaba.

"Artigas, dice, era de sentimientos muy humanitarios; en más de una ocasión y a más de un pobre socorrió caritativamente, tanto en dinero efectivo como con vestuario. Era por esto muy bien mirado y respetado. No acostumbraba a dar ni a recibir visitas ex profeso; al dar un paseo con su perro daba también la ocasión de encontrarse, como fortuitamente, con alguien, y entonces un cortés saludo y cambio de breves palabras".

La gran vigilancia con que el dictador rodeó su vida desde su llegada al país, donde ya sabemos, reinaba un ambiente sombrío de terror y delación, lo indujo a adoptar esa reserva trapense para con cuántos se le acercaban. Era esa, además, la actitud observada por todos los moradores, fruto del régimen imperante. Todo contribuía a hacer la vida del proscripto más austera y solitaria.

En resumen, aquellos hombres que más de cerca, en época y distancia, conocieron a nuestro prócer en el destierro, están contestes al describir su género de vida virtuoso, consagrado al trabajo y al bien del vecindario.

En realidad, su mundo terminaba allí, en el estrecho horizonte de la selva. Más allá, nada conocía de los sucesos que se desarrollaban. Podemos afirmar que Artigas, durante los veinte años que permaneció bajo la vigilancia de Francia, no recibió una carta, un diario, una sola noticia de la patria lejana donde dejara familiares y amigos.

Suprimido el correo, ninguna correspondencia podía entrar ni salir del territorio. Francia jamás iba a permitirle cambiar palabras con viajero alguno.

Los oficios y notas que el dictador recibía, debían llegar conducidos por un propio; más de una vez costó la vida o la cárcel al conductor de algún pliego. Sólo podían entrar al país después de haber informado ampliamente al comandante de la guardia fronteriza sobre

el motivo del asunto; y de éste haber alcanzado el correspondiente permiso para ser recibido por el dictador.

Es caso poco común en la historia del mundo, que un hombre de la talla moral de Artigas haya podido vivir tantos años en un aislamiento semejante; ni aún aquéllos que han estado en prisiones. Cuando nos detenemos a meditar sobre este punto, el espíritu se abisma ante lo inconcebible de aquella soledad. Curuguaty, situado en medio de bosques impenetrables, era una débil luz que sólo permitía ver más claro la inmensidad del desierto. Lugar de confinamiento, nadie podía trasladarse sin la autorización del comandante militar. Por eso Artigas, en los 25 años que estuvo en el lugar, nunca salió de aquellos aledaños. Ninguno de los historiadores que hablan de su vida allí, han podido decir que conversaron con él o que lo vieron. Por lo tanto, ninguno lo describe física ni moralmente, lo que prueba que sus datos son recogidos en el ambiente que lo rodea. No sucede lo mismo después de la muerte de Francia en que fué trasladado a Ibiray, donde son muchas las personas que lo visitaron y nos han transmitido sus impresiones personales. Entre ellos, el naturista Alfredo Demersay nos ha legado su retrato y el bosquejo de la casita que habitara; el primero de los trabajos, por error, ha sido atribuído a Bonpland, quien, como ya lo hemos dicho, nunca vió a Artigas durante su destierro.

Más adelante publicaremos interesantes juicios y descripciones de personas que lo trataron en el último lustro de su vida, el cual es el que mejor puede estudiarse.

ANSINA Y MANUEL ANTONIO LEDESMA

Hay hombres que nacen destinados a la inmortalidad, es en vano que se opongan el orígen humilde del cual provienen, o el tiempo y la indiferencia hundiendo sus nombres en el olvido; tarde o temprano, como si sus cenizas fueran un potente imán, resurgen históricamente reclamando un sitio en el alma de la posteridad.

Tal sucede con Ansina. Ha llegado a nosotros tan

unido a Artigas en su destierro, que nadie, ni los más escépticos, lograrán separarlos porque ya ha alcanzado el rango de símbolo.

Ansina es el símbolo de la Fidelidad.

No obstante, como al escribir esta obra nos hemos propuesto investigar la verdad en lo posible, le ha tocado el turno a este personaje, tan adherido a la historia del proscripto como el molusco a la piedra en que nació. Hemos escuchado a algunos compatriotas preguntarnos con cierto escepticismo, si esta figura no es hija de una simple leyenda, lo que ha hecho despertar más nuestro interés.

La hemos estudiado con cariño, pero con fino escalpelo a fin de alcanzar en lo posible nuestro propósito, sin la fe de un creyente ni el descreímiento de un nihilista. Dada la humildad de la persona estudiada, pocos documentos nos ha legado la historia. ¿Quién iba a ocuparse de escribir sobre aquel pobre sirviente, cuando su mismo jefe yacía en el abandono y el olvido?

Sin embargo hemos logrado hallar pruebas serias y convincentes como para afirmar la verdad de su existencia y abnegación junto al desterrado.

Nos pondremos en el camino de nuestras investigaciones partiendo del momento en que ambos llegan juntos al país, basándonos en un documento de Francia, en el cual refiriéndose a Artigas y a su confinamiento en Curuguaty, dice: "... Allá se halla con los dos criados o sirvientes que trajo"... En estas breves palabras, puestas casi al descuido por un hombre del carácter de Francia, encontramos el extremo del hilo. Podemos afirmar pues, que Artigas vino al Paraguay e inició su destierro en compañía de dos sirvientes; y teniendo en cuenta que en aquella época existía la esclavitud de los negros y sus descendientes, es lógico suponerlos representantes de aquella raza, como hemos podido comprobarlo después.

Muy poco debieron representar ante el juicio del dictador aquellos humildes servidores del vencido, cuando les permitió seguir viviendo a su lado, porque los demás soldados que lo acompañaban, según dice Zinny, "fue-

ron diseminados por distintos puntos de la república y exterminados en su mayor parte por su mala conducta".

Desde que Artigas fué confinado en aquella remota aldea, puede decirse que se abre un paréntesis oscuro en su historia, que abarca casi veinte años de su vida—1820 - 1840—. Es inútil que hurgando en los archivos podamos encontrar una nota, una comunicación cualquiera, algo referente a su existencia, ni siquiera su nombre escrito al pasar. Este paréntesis se cierra con la muerte del dictador, en 1840, cuando volvemos a encontrar a Artigas ya anciano, en la miseria, comunicándose con los cónsules López y Alonso por intermedio del comandante militar del lugar.

Es en esta época que el Paraguay despierta de su letárgico aislamiento e inicia su comunicación con el mundo. Llega entonces de Montevideo el teniente coronel José María Artigas, hijo del proscripto, en busca de su padre, el cual ya había sido trasladado a Ibiray, hoy Jardín Botánico. A su lado permanece el joven dos meses. Cuando regresa a Montevideo, escribe sus confidencias bajo el seudónimo de "Un Oriental", que transcribiremos más adelante. Ahora sólo citaremos lo que dice referente al anciano criado que acompaña a su padre, y del cual se expresa con admiración emocionada: "La desgracia, dice, tiene, a pesar de todo, sus amigos leales e invariables; y cuántas veces el hombre de más oscura condición ofrece a los demás pruebas inequívocas de esa amistad sincera, que no rompen ni disuelven los tiempos ni los infortunios: así Artigas conserva a su lado a un anciano, Lenzina, que lo acompaña desde su inmigración y con quien comparte el pan de la hospitalidad como un hermano".

¿No hay una perfecta correlación entre estas expresiones y lo manifestado por Francia? Ni el uno ni el otro podían tener interés en alterar la verdad. El primero lo dice como un simple dato sin transcendencia, el otro como un acto de justicia hacia aquel fiel servidor de su padre.

Sigamos en nuestra tarea de glosar documentos para acumular pruebas.

En la misma época —1846— visitó a Artigas un distinguido militar brasileño, don Enriquez Beaurepaire Rohan, quien nos ha legado una interesantísima descripción de su visita al anciano. Casi 40 años más tarde, el Dr. Carlos María Ramírez, al escribir su obra "Artigas", se dirige a dicho militar solicitando amplíe, si le es posible, sus referencias sobre el punto. Obtiene una interesante carta, en la cual recuerda a Ansina con estas palabras: "Con él vivía un viejo "paulista" su amigo tan fiel en los días de prosperidad como en las vicisitudes de una vida atribulada por los reveses".

Los años transcurridos no habían logrado borrar en el espíritu del viejo militar brasileño, la admiración que le causara la fidelidad del anciano, al que él, no sabemos por qué, atribuye origen "paulista", tal vez teniendo en cuenta la raza a que pertenecía.

El historiógrafo uruguayo don Carlos María Maeso, en su libro *"Artigas y su época"* da a la estampa un informe levantado entre los vecinos más respetables de la localidad, poco tiempo después del deceso del prócer, en el cual refiriéndose a su entierro dice: "Artigas falleció casi repentinamente. Su cadáver fué conducido al cementerio por cuatro hombres y el negro Martínez, asistente del caudillo".

Aquí le llaman "Martínez", pero ya sabemos lo que representaría el nombre del pobre negro junto a aquella ruina gloriosa que se desplomaba. Sin embargo, hoy a través de la luz tamizada del tiempo, seguimos admirando aquella figura, cuya grandeza de alma él mismo no alcanzara a medir, quisiéramos conocerla mejor para mostrarla a la posteridad con sus contornos propios, despojada de las dudas que la envuelven.

Nos transmite interesantes recuerdos al respecto, doña Amelia Lerena, esposa de don Estanislao Vega, que en 1855 acompañó a éste al Paraguay, en la misión de repatriar los restos mortales de Artigas. Ella estampa en sus memorias un cariñoso recuerdo para el fiel Ansina: "Un viejo asistente negro, testigo de su época de grandeza, estuvo hasta sus últimos momentos junto a

Artigas, ayudándole con su dedicación y su cariño, rayano en idolatría, a soportar el destierro lejos de su patria, a la que recordaban juntos".

Cuando Amelia Lerena expresaba estas palabras tan espontáneas y sentidas, hacía apenas cinco años que había muerto el héroe; y lógicamente debía mantenerse fresco el recuerdo del viejo caudillo y de su asistente. Ella misma dice que anduvieron buscándole, pero que no pudieron dar con él, porque sin duda no estaba en Asunción. ¡Cuánto más rico hubiera sido nuestro acervo histórico sobre su vida de desterrado, si esta inteligente mujer hubiese podido cumplir sus propósitos! Sus palabras no han perdido la frescura de los recuerdos que evocan emociones hondas y sentidas, y nos hace ver con nitidez "al fiel asistente negro".

Después de estos espontáneos recuerdos para Ansina, ¿cómo no creer en su existencia?

La duda nació al querer probar que Ansina es el mismo soldado artiguista, negro también, que muchos años después de la muerte del héroe, fué hallado en el pueblo de Guarambaré, llamado Manuel Antonio Ledesma. Sobre éste poseemos documentos precisos porque aún en vida, el gobierno uruguayo se enteró de su existencia y se ocupó de investigar la verdad, por intermedio de su Encargado de Negocios en este país. Fué así que en cumplimiento de esta orden y llenando todas las formalidades del caso, el 7 de diciembre de 1884 a las 8 hs. de la mañana, según consta en el acta levantada, se presentó Ledesma ante el juez de paz don Blas Aquino, acompañado de los testigos Leandro Pineda y Jacinto Gómez. Declaró llamarse Manuel Antonio Ledesma de 88 años de edad, viudo, de profesión labrador y de nacionalidad oriental. Al preguntársele en qué año, en compañía de quién y por qué motivos salió de su país, contestó: "Que había venido en el año 1820 al 22, pero que no sabía precisar la fecha; que vino acompañado de don José Gervasio Artigas, de quien fué siempre adicto soldado, y que los motivos que lo obligaron a emigrar fueron los últimos sucesos poltíicos sufridos por el General

Artigas". No teniendo más que manifestar el interrogado, firma a ruego, por no saber escribir..."

Las declaraciones de Ledesma y los testigos fueron tomadas de acuerdo al interrogatorio formulado por el representante del Encargado de Negocios del Uruguay, don Florencio Gómez, y perfectamente legalizadas, entregadas al mismo para satisfacer el pedido del gobierno uruguayo.

Una vez comprobada su actuación como soldado de la independencia, el Uruguay le asignó una pensión de 15 pesos que percibió hasta su muerte.

Al año siguiente, llegó a Asunción una embajada oriental conduciendo los trofeos conquistados en la guerra de la Triple Alianza, para ser devueltos a este país en un bello gesto de confraternidad. La presidía el general Máximo Tajes. En conocimiento de la existencia de un soldado artiguista en Guarambaré, dispuso que bajara a la capital, por intermedio de don Miguel Bajac, entonces cónsul del Uruguay.

Con este motivo se publicaron en los diarios de Asunción "El Orden" y "La Democracia", los sueltos siguientes:

"Sabemos que los señores de la Comisión han mandado al antiguo veterano Manuel Antonio Ledesma, compañero de Artigas, una fuerte suma de dinero, y a la vez le mandó el señor García la mensualidad acordada por el gobierno uruguayo".

"La Democracia", en su número del 2 de junio de 1885, dice:

"*El veterano de Artigas.* — Sabemos que a pedido del general Tajes se ha hecho llamar del vecindario de Guarambaré al veterano que acompañó al general Artigas en sus campañas militares y más tarde llegó, siempre con él, al Paraguay; cuya existencia en aquel punto dimos nosotros a conocer publicando un artículo que mereció la honra de ser reproducido por varios colegas de Montevide y Buenos Aires.

Parece que el deseo del general Tajes es llevar consigo a Montevideo al soldado de Artigas".

El suelto a que hace referencia fué, sin duda, el que

dió motivos para que el gobierno del Uruguay se ocupara del mencionado soldado.

Más tarde, en 1926, el cónsul uruguayo don Agustín Carrón realizó un extenso estudio sobre Ledesma con el fin de probar que había sido el asistente de Artigas durante su destierro, es decir el mismo Ansina, e identificar sus despojos mortales, constituyendo en Guarambaré el comité "Ansina", a fin de que cooperaran en los trabajos de investigación, lo que no le fué difícil, por existir todavía personas que habían intervenido en el sepelio de Ledesma.

Nosotros, después de un sereno estudio de todos los documentos que hemos podido obtener, vemos claro a Ansina junto a Artigas desde que llegó al Paraguay, por lo que nos dice Francia en su ya citado oficio; por lo que nos refiere el hijo del prócer cuando visitara a su padre en el destierro; por lo que nos transmite el historiador Maeso, como fruto de su informe entre los vecinos de Ybiray; por lo que nos narra Amelia Lerena, y por lo que dice el teniente general brasileño Beaurepaire Rohan, en carta al doctor Ramírez, que ya hemos comentado.

Al reunir todas estas opiniones dispersas, provenientes de personas desinteresadas y ajenas al asunto, nos encontramos que todas coinciden en afirmar que el prócer, durante su largo exilio, tuvo siempre a su lado a un fiel servidor, que veló su vejez, le cerró sus ojos en la muerte y lo acompañó hasta la tumba. He ahí a Ansina. Pero no sabemos por qué se ha hecho de él y de Manuel Antonio Ledesma una misma persona, cuando son dos personajes distintos, dos soldados artiguistas, negros ambos, que vinieron al Paraguay siguiendo a su jefe; Ansina lo acompañó siempre, y tal vez Manuel Antonio Ledesma fuera el otro sirviente de que nos habla Francia; pero no lo creemos, porque lo hubiese hecho constar en su declaración. Tampoco dijo que acompañó a Artigas durante sus treinta años de destierro, cuando esta afirmación hubiese constituído su mayor mérito, ni mencionó haber sido nunca su asistente. Sólo se concretó a afirmar que había sido siempre *adicto soldado de Artigas,* y que vino al Paraguay en su compañía a causa de los sucesos poltíicos sufridos por éste.

He aquí compendiada por Manuel Antonio Ledesma, su propia historia.

En el afán de obtener mayores luces, hemos estudiado hasta los recibos de la pensión que recibía, los cuales se hallan en la carpeta correspondiente en el Ministerio de R. Exteriores de Montevideo, así como la comunicación de su fallecimiento, y en todos lados figura solamente como un soldado artiguista. Nadie menciona que se le conociera con el apodo de Ansina, nadie declara que fué asistente de Artigas, ni que lo acompañó en su largo ostracismo, ni sus mismos nietos, que aun viven en Guarambaré y a quienes hemos indagado al respecto.

Los testigos, en las actas levantadas a las cuales nos hemos referido ya, sólo dicen que lo conocieron como uno de los soldados que emigraron con Artigas al Paraguay, y que cuando Francia los distribuyó en distintos puntos del país, le tocó a Ledesma, junto con otros compañeros ya fallecidos, el pueblo de Guarambaré como punto de residencia.

Por lo tanto, creemos que Artigas y Ledesma nunca llegaron a verse en el Paraguay, pues ambos estaban confinados en poblaciones que distan más de 90 leguas entre sí, y ya conocemos el aislamiento y severa vigilancia que pesaba sobre el prócer, así como lo difícil de las comunicaciones.

Cabe citar aquí, que en el año 1927, con motivo de tratarse de la repatriación de los restos de Manuel Antonio Ledesma, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay realizó un serio estudio sobre el mismo, llegando a las siguientes conclusiones, que fueron publicadas en la revista de la citada institución, tomo V, Nº 2, Año 1927.

"1º Que Manuel Antonio Ledesma fué uno de los soldados que acompañaron a Artigas al Paraguay.

2º Que no está probado ni es creíble que se le conociera entre sus camaradas por el apodo de "Ansina".

3º Que Manuel Antonio Ledesma no fué asistente de Artigas durante los treinta años de su expatriación.

4º Que son sus restos los exhumados en el viejo cementerio de Guarambaré".

La publicación transcripta seguida de concienzudos comentarios, produjo un desconcierto general, pues destruía totalmente la simpática y popular figura de Ansina, tan amada de nuestro pueblo. Y hasta no faltaron quienes juzgaron antipatriótica la viril actitud del citado instituto.

Nosotros, por el contrario, le rendimos nuestro franco aplauso.

La verdad histórica debe proclamarse, cueste lo que cueste y pese a quien pese, siempre que se juzgue serenamente, con espíritu libre de sectarismos personales y banderías políticas. Sólo así podremos ir arrancando de las brumas de leyendas, errores y calumnias, los verdaderos valores nacionales para rendirles el homenaje que merecen.

Felizmente nosotros podemos afirmar que la figura que nos ocupa no es mítica leyenda; Ansina fué el compañero inseparable de Artigas en su destierro.

Tampoco sufre desmedro la memoria de Manuel Antonio Ledesma; él no aspiró a ser más que un soldado de Artigas, de lo cual se sentía muy orgulloso, como se deja ver a través de sus declaraciones y de las de los testigos.

Pero insistimos sobre este punto, porque creemos que en estos momentos cobra doble interés, dado que precisamente el pueblo uruguayo acaba de levantar un monumento a la memoria de Manuel Antonio Ledesma, glorificado con la historia de Ansina.

Es un lamentable error que implica enorme injusticia. Lo primero, por humano, es perdonable; lo segundo reclama reparación.

A Ansina, sólo a Ansina, debe erigirse ese monumento, si ha de ser expresión de gratitud colectiva al que fuera fiel acompañante del prócer en sus treinta años de ostracismo.

Pensamos que no ha de faltar quien nos pregunte, acaso con aviesa intención: Entonces, ¿cómo se llamaba Ansina?...

Contestaremos desde ya, como el poeta: "¡Qué importa el nombre!" Tal vez era hijo de una pobre esclava sin nombre como él! Una *cosa ansina* que creció en un rincón abandonado, y por eso lo llamaron así.

La tradición, que es la voz de los pueblos, nos lo ha hecho conocer por Ansina, vocablo criollo, muy nuestro, no usado en este país, por lo que más parece evocarnos el eco lejano de nuestros ranchos resonando en estos lares, que el patriarca y su negro fiel llenaron con su melancolía...

Bien está, pues, ese nombre en aquel anciano convertido en sombra tutelar. Ansina es ya un símbolo, y a los símbolos no se les exige documentos de identidad.

¿Qué diría el pueblo argentino si a algún historiador se le ocurriese un día investigar la genealogía de su amado Falucho, para salir después dándole un vulgar nombre de pila?

Ansina, como Falucho, y como tantos otros, son soldados desconocidos convertidos en gloriosos símbolos de los pueblos, cuyo origen, dada la humildad de sus cunas, es difícil aclarar. Nos pasaría lo que al niño con su juguete mecánico, que en su afán de saber por qué se mueve, lo deshace, sin que nada logre conocer.

Pensamos que el mayor valor de la historia, es despertar en el alma colectiva un estado emocional de reverente amor hacia el pasado, sobre el cual se edifique un ideal común de superación y de respeto hacia las instituciones que nos legaron nuestros mayores, sin recurrir a la leyenda, cuyo reinado no resiste el análisis de la verdad, y al caer desvanecida deja en el alma nacional una sensación de duda sobre aquello que le enseñaron a amar y a respetar desde la infancia. Nuestra Historia es rica en sugerentes ejemplos y sanas enseñanzas. Más que sobre el valor de las batallas, de donde surgen héroes con manos ensangrentadas, cimentémosla sobre las aristas morales de sus hombres, en las virtudes civiles, en los sacrificios desinteresados de cuántos han contribuído a fundir el bronce que sirve de basamento a nuestra nacionalidad.

Bien está, Ansina en nuestra historia, en su puesto, junto al viejo patriarca, en sus horas de gloria y de dolor, simbolizando fidelidad y abnegación .

No le cambiemos ese nombre, simpático y nuestro, que tanto nos dice de nativismo y tradición.

No obstante lo que hemos venido demostrando, con-

sideramos que es justo rendir también homenaje a Manuel Antonio Ledesma, auténtico soldado artiguista, que acompañando a su jefe al ostracismo, le fué fiel en el recuerdo hasta que se cerraron sus pupilas, tal vez las últimas que conservaron grabadas la imagen del caudillo oriental. (1)

ABROQUELADO EN EL SILENCIO

Algunas personas un tanto ajenas a las circunstancias singulares que rodearon la vida del patriarca en su destierro, han llegado a reprocharle el silencio en que se envolvió.

¿Cómo, en treinta años pasados en aquel país inaccesible, no pensó nunca dejar algo escrito a fin de que ilustrara a la posteridad sobre ese oscuro período de su vida?

Los que así hablan, ignoran la verdadera condición de su vivir, el extraordinario régimen que, como pesada lápida, se extendía sobre el país.

Artigas no fué un prisionero, en la acepción del vocablo; fué un confinado "en el sitio de menos comunicación con el mundo" — según las palabras de Francia, — donde vivió vigilado de sus celosos guardianes. Esa fué la consigna, que se cumplió más allá de la muerte del dictador.

De cómo Artigas estuvo siempre controlado hasta en los más sencillos actos de su vida, da cuenta una nota que hemos hallado en el archivo de Asunción, por la cual el comandante militar de Curuguaty don Juan Manuel Gauto, entre otras cosas, comunica a los cónsules López y Alonso, cuyo gobierno fué más humano y racional que el de su antecesor, "que les envía una Gaceta que don José Artigas llevó con el designio de divertirse con ella".

Sin duda cumplía una orden del contralor que ejercía sobre sus lecturas.

---

(1) Leer a continuación el suplemento inserto al final de esta obra, "Artigas, defensor de la democracia americana".

Si este simple acto de distracción era comunicado por nota a los gobernantes, enviándoles adjunto el material que se le permitía leer, ¿cómo pretender que expresara por escrito sus propios pensamientos, cuando no disponía de libertad ni para leer los ajenos?

Artigas nunca hubiera podido decir la verdad, y para no decirla, no dijo nada. Hizo bien. Su silencio nos sugiere algunas frases imprecisas que hubiera pretendido legarnos, y que acaso habría dado lugar a torcidas interpretaciones.

Hallamos en la misma fuente otra prueba de lo antedicho, en un oficio que los cónsules, a su vez, envían al citado comandante, cuando Artigas les devuelve los pliegos cerrados enviados por Rivera, de los cuales nos ocuparemos después: "Los acompañamos para que se los devuelva, dicen, y prevéngale que no tiene que preocuparse de revelarnos sus comunicaciones, pudiendo girarlas libremente..." Y luego agregan: "También le entregará Ud. una *carta cerrada* que se ha recibido en la Agencia de Correo de un vecino de Corrientes..."

Estas órdenes, por las cuales le daban "libertad de expresión" y autorización para recibir "una carta cerrada" hablan bien claro de la minuciosa censura que hasta entonces pesaba a su alrededor. El gobierno de los cónsules, un tanto más liberal que el de Francia, libraba al desterrado de aquella opresión, por intermedio de las notas citadas. Están firmadas en diciembre de 1841.

Había pasado la nefasta tiranía y empezaban a respirarse las primeras auras de una saludable reacción de respeto hacia los derechos inherentes a la personalidad humana. Los mismos moradores del país no lograban convencerse. Formados en el molde de la reconcentración personal, temerosos de la intriga y la delación, plantas que crecían vigorosas en aquel ambiente no sabiendo cuál era el amigo o el enemigo, nadie osaba expresar sus pensamientos.

¿Cómo pretender, que Artigas, cuya fama de caudillo despertó siempre la desconfianza del dictador, pudiera legarnos sus impresiones por escrito?

Nada nos dijo, porque nada podía decirnos.

Ni ese consuelo le cupo en su inconcebible soledad.

Por eso dice el Padre Maíz que Artigas paseaba siempre solo sin más amigo que un hermoso perro, saludando con respetuoso afecto a los vecinos que hallaba a su paso, pero sin deterense a hablar con ninguno.

El silencio era la consigna de aquel pueblo oprimido, y el proscripto la cumplía adaptándose a las necesidades del medio.

Hasta hoy, el maestro de Curuguaty, en carta que ya hemos transcripto, nos concreta su estado social en esta breve pincelada: "Pues hasta el mismo Dios es indiferente de este pueblo del silencio, y eso que somos de fe cristiana".

Palabras que trasuntan protesta y resignación, comprobando que la selva, en su abrazo eterno, continúa envolviendo en el aislamiento a aquella lejana población.

Retrocedamos un siglo atrás y contemplemos el cuadro que ofrecería allí la vida del patriarca: Un anciano solitario descendiendo la montaña de la vida, sumergido en sus recuerdos, en esa hora de las atardeceres de fuego tropical. Cielo rojo intenso y verdor de selvas, empiezan a esfumarse lentamente en el claroscuro de la hora. Crepúsculos tristes de días largos e iguales, pesando como un fardo sobre el alma. Misterio de los sucesos del mundo más allá del cercano horizonte. El presente ha perdido su valor y su alma helada se vivifica con la savia de lo que fué. El anciano camina a paso lento, acaso evocando los años de gestas heroicas en que la fragua de esa cabeza, plateada hoy por el polvo del tiempo, concebía y practicaba ideas de libertad, que como lava ardiente, se extendían por los inmensos territorios del Plata. El silencio en que el desterrado abroquela su alma, se hermana con la soledad del ambiente.

Ningún historiador ha podido afirmar que Artigas haya escrito ni recibido una carta durante los 25 años de su permanencia en el lugar. Bolívar, San Martín, Juan Carlos Gómez, Sarmiento, Alberdi, tantos otros, que purgaron el delito de su grandeza con la persecución y el ostracismo, llenaron ese amargo período de su vida con interesantes correspondencias. De Artigas no puede decirse lo mismo; el correo no existía en el país durante la autocracia de Francia. Es de suponer que cuando volvió a es-

tablecerse, en las postrimerías de su vida, la falta de comunicación entre él y los que le fueron queridos, mezclada con el tiempo y la distancia, habían levantado una muralla.

Acaso, en sus largas noches solitarías, en esas noches tropicales de sin igual claridad lunar y silencios majestuosos, en que parece que las cosas hablan y la voz lejana de los seres queridos penetra en el alma mezclada con el perfume agreste de la selva, cuando el recuerdo de la patria visitaba el alma del desterrado, habrá visto esfumarse en la nada, la vida de su esposa que dejara enferma, de su padre anciano, de los amigos queridos con quienes compartiera bienestar, inquietudes, glorias y derrotas.

En la planta que crece vigorosa y en la flor que sonríe a cada amanecer, evocaría el recuerdo de sus pequeños José María y Santiago, vástagos que crecieron sin calor paternal. Estas y otras reminiscencias golpearían el corazón del proscripto...

Así vió pasar treinta años, el hombre que nació y se educó en un ambiente ciudadano de bienestar y distinción, dotado de una inteligencia superior, capaz de concebir grandes ideales; de luchar y sacrificarse por ellos. Un hombre que amó la libertad y la soñó como supremo bien; el más ecuménico derecho del género humano. Cruel paradoja, luchando por darla a los demás, perdió para siempre la suya.

Si nos lanzamos a buscar en los dominios de la historia universal, comprobamos cuán raro es el caso de que un hombre de la cuna de Artigas haya podido resistir tan largo aislamiento. Un espíritu menos estoico habría sucumbido en mitad del camino. Artigas no quebró su silencio con una queja o una protesta amarga. Solo, impertérrito como un dios de leyenda, vió desgranarse las jornadas en la monotonía del desierto. Ni la muerte, que a veces acorta la tragedia de los mártires, vino en su auxilio. Era tan grande su soledad que hasta la Parca lo había olvidado. Cuando se acordó, lo llamó quedamente, como si hubiese querido respetar su voto de silencio sobrehumano. Así, sin desfallecimientos, ni lágrimas, aquella vida que marcó ruta de astro en el cielo borrascoso de América, se hundió en la eternidad.

Antes de partir, su hado cruel halló otros medios aun no probados para aquel espíritu excepcional; le ofreció una nueva copa de alcíbar: el calabozo y los grillos.

El anciano, con la serenidad de Sócrates, la apuró hasta las heces.

EL PATRIARCA ENGRILLADO EN LA PRISION

Era un mediodía de setiembre de 1840, derramando su sol de oro sobre los campos de Curuguaty. La tierra esperaba la semilla fecunda para devolverla en frutos abundosos. Artigas había cumplido ya 76 años; aún conservaba, como sagrada herencia, reservas morales en su alma y físicas en su cuerpo. Estaba arando. El calor en aquellas latitudes suele ser muy ardiente en esta época del año "y trabajaba desnudo de medio cuerpo hacia arriba" defendiéndose de los rayos solares con un amplio sombrero "piry", prenda inseparable del campesino paraguayo, que tejen hábilmente los moradores de la campaña. El labrador y la yunta marchaban sudorosos abriendo el surco, cuando fueron sorprendidos por ruidos de cascos de caballos, de sables y pistolas. Era una partida de soldados que rompía la monotonía de la aldea, dirigiéndose a la chacra donde Artigas araba. Se acercaron. Y hablándole en guaraní, como habitualmente se hace aún en la campaña, y que Artigas dominaba, el sargento que comandaba la partida le dirigió la palabra, diciéndole que tenía orden de reducirlo a prisión y de engrillarlo. Ni una explicación, ni una razón fué dada ni pedida; el procripto sufrió el ultraje sin saber ni preguntar el motivo. "Pidió permiso para entrar a su rancho a ponerse una camisa"; dejando la yunta uncida al arado para que alguien, que tuviera libertad, se la diera a aquellos mansos animales. Y él, el que otrora llevara con honra el título de "Protector de los Pueblos Libres", marchó en silencio, con la cabeza descubierta armonizando con su barba de plata, para ser encerrado en un calabozo.

¿Qué pensamientos surcarían la mente del anciano, durante aquel viacrucis desde su chacra a la cárcel?

Contradicción entre la obra que realiza un hombre de bien y los designios que el destino le reserva!

Así vemos a aquél que en el lugar era llamado "Padre de los Pobres", arrancado de su humilde "capuera", encerrado en un calabozo, arrastrando cadenas y centinela de vista!

¡Allí estaba "en seguras prisiones el bandido José Artigas"! según las palabras con que el comandante Gauto comunica el hecho a sus superiores.

¿Qué había pasado? ¿Qué delito tremendo había cometido el anciano casi octogenario, después de veinte años de vida ejemplar, de la cual el mismo Gauto había sido testigo?

Artigas no lo sabía ni podía adivinarlo.

Eran los colazos de la fama que herían su carne marchita; su fama de caudillo republicano; era su título de Protector de los Pueblos Libres que venían a reclamarle un nuevo sacrificio, porque rara vez la gloria otorga generosa sus favores.

El Supremo acababa de bajar al sepulcro.

Como si este pueblo no tuviera derecho a gozar de una organización política más en armonía con sus cualidades viriles, se habían apoderado del poder los cuatro comandantes militares en cuyas manos estaba el ejército. No obstante fué una suerte, porque se lo arrebataron al tristemente célebre "Fiel de fechos" Policarpo Patiño, verdugo y secretario a la vez del dictador, que aspiraba a sucederle en el mando. Reducido a prisión, se suicidó, ahorcándose en la celda con una cuerda de su hamaca.

La nueva junta quedó constituída por un capitán, un teniente, dos subtenientes, y presidida por el alcalde don M. A. Ortiz. Eran hombres formados en la escuela de la tiranía; superaban al maestro en ignorancia e inferioridad. Tenían sus defectos, ninguna de sus virtudes. Habían sido dóciles instrumentos y se veían de pronto dirigentes. Como sucede con estas usurpaciones del poder, temieron que alguien se los arrebatara. Procuraron asegurar el ejército que ya estaba en sus manos. No temían del pueblo que vivía agobiado y vencido por el terror. Temieron de Artigas. Pensaron que era el único hombre, que dada su fama, pudiera tener suficiente prestigio para levantar el espíritu

de aquel pueblo, e inducirlo a reclamar sus derechos. El título semiolvidado de Protector de los Pueblos Libres, apareció como un fantasma a estos hombres cegados por sus ambiciones de mando y de poder. Acababa de morir El Supremo, que era el gobierno, y pensaron que el pueblo paraguayo podía reclamar el ejercicio de su soberanía...

¿Y si se amparaba bajo la dirección de Artigas?

Así, temiendo de aquella ruina gloriosa que apenas tenía fuerzas para soportar la carga de la vida, escribieron la misma mañana de su deceso la nota que vamos a transcribir, enviada a escape a Curuguaty, dado que el día 22, a la una de la tarde, según dice Gauto, ya estaba cumplido lo dispuesto por el nuevo gobierno. Se piensa que fué orden póstuma dada por Francia a sus sucesores; si fué o no, aquel ser siempre enigmático se llevó un secreto más a la tumba, entre tantos que transformó en cenizas.

La nota, existente en el Archivo de Asunción, dice: "Los Representantes de la República, por muerte en esta fecha del Excmo. Señor Dictador prevenimos a Ud. que inmediatamente al recibo de esta orden, ponga la persona del bandido José Artigas en seguras prisiones, hasta otra disposición de este Gobierno Provisional, y dará cuenta sin dilación de haber sido cumplida firmando con testigos".

Ortiz — Cañete — Pereira — Maldonado.
Setiembre 20 de 1840.

La duda se revela en este documento. Desconfían que el comandante Gauto se muestre algo magnánimo con su prisionero ante tanta iniquidad; le previenen "que la orden sea cumplida sin dilación y hecha firmar con testigos".

No hay que temer tal altruísmo en aquel ambiente de terror. Gauto, percibiendo la desconfianza que la nota arroja sobre sí, quiere dar a los nuevos amos una prueba más de su fidelidad; y rebasa las medidas decretadas, agregando a la prisión y el engrillamiento, un centinela de vista. Al dorso de la nota, escribe: "Al instante de recibir la siguiente respetable orden de los Señores Repre-

sentantes de la República, por muerte del Excmo. Señor Dictador de la República—, que sería como la una de la tarde— mandé asegurar la persona del bandido José Artigas deportándolo con seguras prisiones, a cargo del sargento de guardia Tomás Fernández, encargándole estrechamente la vigilancia, hasta tanto el Gobierno Provisional de la Rca. otra cosa determine.

"Y para la constancia en fe de haberlo así cumplido lo firmo con testigos, en esta Villa del Labrador de Curuguaty, 22 de setiembre de 1840, de que certifico.

Juan Manuel Gauto.
Testigo: Antonio de la Cruz... (está roto el papel).
Santiago Alvarez Martínez.

En otro pliego agrega: "Devuelvo a V. S. diligenciada la orden que se ha servido dirigirme, para la seguridad con seguras prisiones de la persona del bandido José Artigas, la que verifiqué inmediatamente según consta en la diligencia".

¡Bandido! ¡El bandido José Artigas!

¡Qué autómatas se vuelven los hombres bajo un despotismo irracional!

Juan Manuel Gauto había sido durante muchos años el comandante militar de la citada villa, lo que equivale a haber sido el guardián inmediato de Artigas, por lo tanto su intermediario entre él y Francia, como lo es ahora con la junta, y lo será después con los cónsules López y Alonso. Probablemente era su amigo. Sabemos como el dolor y la soledad hermanan a los seres humanos mucho más que la opulencia y la alegría. El, que lo observaba de cerca, sabía mejor que nadie la vida que llevaba aquel bandido, después de veinte años pasados bajo su vigilancia. No obstante, apenas escucha que sus nuevos amos lo insultan con ese mote, Gauto lo repite: ¡El bandido José Artigas!

No era la primera vez que estas palabras herían los oídos de aquel hombre, que como las altas cumbres, había soportado las furias de tantas tempestades. Entonces era un joven luchador que encendía el fuego ardiente de las contiendas en los campos y en las almas del conti-

nente, recogiendo como todos los hombres de su temple, el fruto de las grandes pasiones humanas: odios y amores.

Ahora es un anciano olvidado del mundo, aislado de los hombres, perdido en las sombras de los años, que con paso vacilante se encamina a la tumba. Aquel insulto, por lo duro e injusto, debió humillarle como un latigazo. La ancianidad y la niñez, como la montaña y la flor, reclaman el respeto del hombre. Pero el cine del mundo, aunque cambie de actores, nos ofrece siempre los mismos argumentos. Hay que adular al que asciende, probarle fidelidad repitiendo sus mismas palabras, sin menoscabo de conciencia, aunque al otro día al caer, se le desconoce, se le insulta y se le huye...

La historia es la de sus luchas por la justicia y la libertad, en cualquier página en que abramos el inmenso libro de la vida, donde van quedando los nombres de sus mártires y de sus héroes. — Artigas, apóstol de las libertades humanas, ha dejado impresa una página imborrable, que lo enaltece entre los prohombres que iluminaron con sus resplandores la noche de la independencia americana.

Ahora lo dejamos en la cárcel, con una barra de grillos en sus pies. ¿Qué justicia puede esperar de aquellos hombres, si nunca la conocieron y menos la practicaron? Obraban con el despotismo con que fueron tratados; como veían tratar a los demás, porque eran frutos del ambiente. Recordemos que durante casi tres décadas se negó a este pueblo la luz de la instrucción, que surge del chocar de las ideas.

Artigas, que se veía, sin conocer la causa, engrillado en la prisión, debió haber amado más y comprendido mejor la razón de sus prédicas y sus luchas por encauzar a los pueblos de indo-hispania en el ejercicio de su soberanía, a fin de que cada hombre tuviera derecho a reclamar justicia, amparándose en los códigos que ellos mismos habían de darse. Aquel viejo encadenado, se veía de nuevo envuelto en vientos de tragedia, que levantaban la sombra de su grandeza pasada, su prestigio de caudillo amado de los pueblos y la historia de sus luchas por la libertad de los oprimidos.

¿Cuánto tiempo estuvo en la prisión?

No hemos podido averiguarlo con exactitud, puesto que no hallamos documentos que al hecho se refieran. Estudiando el desarrollo de los sucesos, que publicamos en el capítulo siguiente, es lógico deducir que se prolongó hasta el advenimiento al poder de don Carlos A. López y don Roque Alonso, hecho acaecido el 12 de marzo de 1841. Pues apenas logran los cónsules encauzar un tanto el caos de aquel subir y bajar de juntas militares, resuelven abrir las cárceles a todos los presos políticos que se consumían en ellas. Y deducimos que habrán hecho lo propio con Artigas.

EL SEGUNDO CONSULADO

Muerto El Supremo, cuya administración giraba como máquina al impulso de su soberana voluntad, sin dejar sucesor, surgió el arduo problema de organizar un gobierno que encauzara el país. La falta de elementos capacitados era total. Todos se creyeron en condiciones de asumir el poder. Policarpo Patiño, su secretario y verdugo, fué el primero que aspiró a sucederle; pero, los comandantes militares formaron una junta, con promesa de llamar a un congreso general en breve plazo. Como transcurrieron cuatro meses y no fuera convocado, el comandante de la plaza envió al sargento Romualdo Duré, con un pelotón de soldados, al palacio de gobierno para aprehender a los miembros integrantes, los cuales fueron reducidos a prisión sin resistencia. Disolvióse aquella entidad que en cuatro meses de gobierno nada había sabido organizar. Nada cambió el panorama político con la nueva junta del mismo origen y carácter, que tomó posesión de su cargo el 23 de enero. Anunciaron que convocarían el congreso para el 27 de abril y pareció tan largo el plazo que cundió un descontento general, lo que sirvió de pretexto a otros militares para disolverla de nuevo.

Nombraron entonces a don Roque Alonso comandante general de armas, con el tratamiento de "usted", y a don Carlos Antonio López su secretario, con la orden expresa de convocar un congreso nacional para el 12 de marzo, el cual debía estar integrado por 500 diputados. El

congreso se realizó de acuerdo a lo establecido, designando para presidirlo a don Carlos Antonio López, cuya clara inteligencia y condiciones de carácter empezaban a señalarlo en el ambiente, logrando pronto abrir un ciclo de progreso y orden en la patria guaraní.

El congreso empezó sus sesiones con sanos anhelos de organización; en seguida se encontró con el escollo de que, a pesar de llevar el país tres décadas de vida independiente, carecía de un plan escrito de organización política, algo que pudiera servir de base y guía al nuevo gobierno. Entonces resolvieron adoptar el antiguo reglamento consular, redactado e implantado por Francia en el país, en 1812, como medio de llegar después a la ansiada constitución republicana que era la aspiración popular. En seguida nombraron cónsules a López y Alonso, por el término de tres años, para ejercer en igualdad de jerarquía todas las funciones del gobierno: legislativas, ejecutivas, judiciales y militares. En caso de fallecimiento o cesación de uno de ellos, el otro debería convocar un congreso dentro del plazo de 20 días. Todas estas modificaciones fueron implantadas al antiguo reglamento.

Estudiando este amanecer, después de tan larga noche, se nota un saludable resurgimiento en el pueblo, un deseo de que la soberanía impere y determine los destinos del país. El pueblo quiere luz después de tantas tinieblas.

La tarea que les tocaba emprender a los cónsules era difícil y múltiple. Todo estaba sin hacer; había que hacerlo todo. La organización administrativa sobre la cual giraba el gobierno autocrático de Francia sólo podía ser comprendida y manejada por él, e integrada por algunos empleados a quienes consideraba como simples piezas. Al faltar el motor de su voluntad se inutilizó el mecanismo. A los cónsules les cupo la difícil tarea de la construcción nacional, sin disponer de material humano capacitado o idóneo, abarcando desde la formación de maestros, para ilustrar al pueblo, base de toda democracia, hasta los más arduos problemas internacionales a fin de alcanzar el reconocimiento de la independencia del Paraguay, que no había logrado Francia a pesar de su largo gobierno. El Brasil la ratificó en 1842 por intermedio de su ministro Pimienta Bueno; su ejemplo fué seguido por los demás

países, menos por el tirano Rosas que se negó a ello, haciéndolo diez años más tarde el general Urquiza, después de vencido aquél.

Muchas fueron las medidas sabias, humanitarias y oportunas que dictaron los cónsules, logrando cambiar en poco tiempo la faz del país: apertura de los puertos, libertad de comercio, fundación de escuelas, construcción de caminos, templos, colegios, traer profesores europeos, enviar jóvenes a estudiar a Europa, abolición de la esclavitud, de las penas de tormentos, confiscación de bienes, etc. Otra medida humanitaria que atrajo a los nuevos gobernantes la simpatía popular, fué poner en libertad a todos los presos políticos que llenaban las cárceles del dictador, que se encontraban en lastimoso estado físico y moral. Allí estaban todavía algunos sobrevivientes de los españoles y santafecinos que encerrara en masa en los primeros años de su tiranía.

Según algunos historiadores, pasaba de 800 el número de estos infelices, que sin proceso ni causa se habían consumido en esos antros. Nosotros pensamos que fué entonces cuando los cónsules sacaron a Artigas de la cárcel.

Las juntas que se sucedieron después de la muerte del dictador, el ambiente de inestabilidad y anarquía que reinaba, eran factores poco propicios para que hubieran resuelto sacarlo de la prisión. Pero a raíz de una solicitud hecha por el presidente Rivera, aunque en forma general, pidiendo la libertad para todos los orientales confinados en el país, de la cual volveremos a ocuparnos por ser un punto interesante y casi desconocido, los cónsules envían a Gauto, con fecha 27 de agosto de 1841, el siguiente oficio:

"Se dirá a Artigas que si quiere volver a su patria lo podrá verificar en los buques mercantes que van desde Corrientes a Pilar; y se nos avisará de su resolución a primera oportunidad que se ofrezca".

Las palabras de la nota transcripta, si bien lacónicas y un tanto ambiguas respecto a la forma de realizar el viaje, no tienen el tono insultante empleado por la junta anterior. El concepto sobre el desterrado había cambiado también con el cambio de gobierno. Para los cónsules,

Artigas no es un "bandido" sino un asilado digno de la atención del gobierno paraguayo. Gauto también ha modificado su opinión y en adelante lo veremos tratarle con respeto. Observemos como transmite a sus superiores la resolución de Artigas: "Seguidamente, dice, hice comparecer ante mí a José Artigas y le hice saber la suprema orden que V. S. se ha servido dirigirme e inteligenciado de ella me contestó que quedaba muy reconocido al beneficio singular que V. S. se había servido dispensarle y que a impulso de él reviviría en una inmortal gratitud. Pero que él muy distante de imaginar el volver a su país nativo, suplica a V. S. le sirva concederle la gracia de que finalice en esta Villa el resto de sus días, el cual habrá de ser ya muy limitado, debido a estar ya en edad bastante avanzada".

Algunos historiadores piensan que este ofrecimiento era una celada que se tendía a Artigas a fin de conocer sus verdaderas miras, y que Artigas, suponiéndolo también contestó en la forma negativa y cortés ya transcripta.

Pero el oficio del presidente Rivera, que acabamos de encontrar, nos aclara el motivo que determinó el ofrecimiento.

La inesperada actitud debió sorprender al desterrado, por ser tan contradictoria a la orden de prisión recientemente cumplida. Tal vez por ello consideró prudente no aceptarla. Acaso tuvo razón. Apenas Rivera recibió respuesta afirmativa a su solicitud, despachó una comisión formada por el comandante mayor don Federico Albín y don Bernabé Plá, con el fin de invitar a Artigas a regresar a su patria.

Al llegar los comisionados a Corrientes, se encontraron con una sorpresa. La guardia paraguaya les comunicó que no podrían entrar al país; que trataran con el comandante de Pilar, quien los pondría en comunicación con los cónsules, como así lo hicieron.

Esta actitud contradice el reciente ofrecimiento hecho a Artigas, demostrando que había interés en no desprenderse del viejo caudillo...

Aunque pensamos que 20 años de completo aislamiento, unidos a los 80 que llevaba sobre sus hombros, eran

una carga bastante pesada, como para poder quebrar el prestigio mejor cimentado.

Con todo, la conducta observada por los cónsules no revela ninguna hostilidad contra el anciano; le prestan ayuda al comprobar la miseria aterradora que lo rodea. A su solicitud de continuar morando en Curuguaty le responden con estas palabras: "Dirá a don José Artigas que hemos tomado en consideración su resolución de concluir el resto de sus días en esa villa, en lugar de verificar el regreso a su país que se le había propuesto con el objeto de facilitarle cuando gustase verificarlo. En consecuencia lo atenderá Vd. cuando lo exijan las circunstancias, y llegado el caso de su fallecimiento se le harán los honores fúnebres correspondientes". — 9 de diciembre de 1841.

El 28 del mismo mes, los cónsules envían a Gauto otro oficio por el cual amplían, aunque en forma reservada, las órdenes sobre los honores fúnebres que debe rendirle en caso necesario. Sobre este punto volveremos a ocuparnos.

EL PATRIARCA EN LA INDIGENCIA

Sabemos que en los primeros tiempos de su destierro, Francia no abandonó a Artigas, cumpliendo su manifestación: "Allí le hago dar una asistencia regular porque él vino desposeído de todo auxilio". Además ha sido repetido por los historiadores que le asignó una pensión de $ 32 mensuales.

En busca de comprobantes hemos revisado los libros de la contaduría de la nación, que el dictador hacía llevar con bastante minuciosidad por su secretario don Bernardino Villamayor, y no hemos hallado tal cantidad estipulada con ese fin. Algunas veces encontramos sumas superiores cargadas a este destino: "Para mesadas de Artigas", lo que confirma que recibió ayuda en dinero, pero no en la forma regular que se dice.

Con fecha 26 de octubre de 1829 hemos visto una nota expresada así: "Se remite por orden de El Supremo al comandante de San Isidro la suma de noventa y ocho pe-

sos, para la asistencia de un año del emigrado de la otra Banda, José Artigas".

La vida de Artigas, austera, frugal, no podría exigirle muchas erogaciones y esta cantidad le bastaría, para cubrirlas. Su natural bondad lo impulsaba a proteger sencilla gente que poblaba el lugar. Repartía su cosecha y el dinero que recibía. Cuando Francia lo supo, ordenó que se lo retiraran. Si tenía para dar no necesitaba recibir.

¡Francia nunca comprendió a Artigas!

Como único lenitivo a su aislamiento, el proscripto encauzaba su vida hacia el trabajo. La tierra le remuneró generosa mientras su brazo fuerte y sus energías varoniles le prestaron vigor; más tarde, la naturaleza con sus leyes, venció aquel cuerpo que fué replegándose con el frío de los años. Luego, el abandono forzoso que hizo de su "capuera" durante el tiempo de su prisión, debió terminar lo poco que poseía.

Ante tantos factores adversos, la miseria se enseñoreó de su pobre morada.

Así lo encontramos después de la muerte de Francia, cuando los cónsules, al recibir la solicitud de Rivera, resuelven ocuparse de su existencia olvidada.

Nos lo dice una nota fechada el 10 de octubre de 1841, que Gauto les envía contestando el oficio en el cual éstos se interesan por la suerte de su asilado. Dice así: "En lo tocante a lo que el individuo expresado (Artigas) necesita, casi no es posible elevarlo con individualidad al supremo conocimiento de V. S. respecto a que se halla en un estado de suma indigencia, de modo que no hay cosa de que no tenga necesidad y que no le haya de ser útil y provechosa..."

"En la actualidad le estoy haciendo tejer unas varas de lienzo cuya diligencia no ha podido él poner en práctica por su indigencia".

¿Puede pedirse un cuadro descrito con mayor vigor? Cada frase es un brochazo de color que el autor estampa con la indiferencia del que está familiarizado; sin darse cuenta que escribe para la historia.

Agreguemos la figura central. Un anciano que no tiene camisa porque su miseria no le permite mandar tejer unas varas de lienzo, ya que su dignidad no le permtie

tender la mano; esa mano ennoblecida por el trabajo y la espada, que quería dar libertad a los pueblos oprimidos y pan al necesitado.

Ambas cosas le faltan ahora; no puede resignarse a pedir ninguna. Y el avance de la miseria, con el estoicismo con que veía las huestes de sus enemigos. Luchaba entonces, cuando los bríos de la mocedad y lo sagrado de su causa le prestaban energía; lucha ahora, en su ancianidad, con la indigencia y el abandono. De nadie espera nada. El mundo lo ha olvidado. Término fatal de los vencidos.

Cuando nada se espera ni se teme, el mundo parece inmutable. Ha logrado su anhelo de vivir olvidado; a pesar de las vicisitudes, nadie lo arrancará de esta tierra que fecundó con su trabajo y que, tal vez, regó con lágrimas de sangre.

Nunca el alma se encuentra más a sí misma, que en la soledad.

A su lado, el pobre Ansina envuelto en el mismo poncho de la miseria, acompaña aquel despojo de gloria. Ambos ancianos, olvidan el presente, como el presente los olvida. La luz de una candileja los ilumina, destacando en la choza aquellas magras figuras.

A sus pies, un perro escuálido, respeta el mutismo de sus amos, mientras zumban en el aire miriadas de insectos chupadores, querubines del clima tropical.

INESPERADO AUXILIO

Al pueblo del silencio llega un chasque, desde la lejana Asunción. Era éste uno de los grandes, temidos acontecimientos, que durante la tiranía de Francia conmovía aquella población. Un chasque equivalía a una nota, a una orden, ante la cual temblaban los habitantes del pueblo, elegido ex profeso por su aislada posición, para lugar de confinamientos y destierros.

¿Qué dispondrá El Supremo? se preguntaban.

La muerte, que todo lo termina, finalizó con sus temibles disposiciones. Sus sucesores son mucho más humanos. Al saber que allá en la solitaria aldea, mora des-

de hace más de veinte años el que fuera jefe de los orientales, han resuelto interesarse por su suerte. El chasque ha entregado a Gauto un oficio, que, entre otras cosas, dice refiriéndose a Artigas: "Nos avisará de todo lo que le sea necesario y Ud. por su parte le dará buen tratamiento".

Ahora pongamos en el rostro del anciano, sorpresa, emoción, gratitud. Transcribamos las palabras con que Gauto contesta aquella nota: "Llamé a don José Artigas y le hice presente lo que V. S. se ha servido ordenarme a su favor; se mostró muy placentero rindiendo a V. S. duplicadas gracias, en virtud de lo que V. S. se ha servido ordenarme".

A continuación le habla de su indigencia en la forma que ya hemos descrito.

Cuando los cónsules se enteran de la miseria en que se halla su asilado, resolvieron atenderlo, vistiéndolo siquiera; dispusieron que un "propio" salvara de nuevo las 85 leguas que lo separaban del mundo, a fin de llevarle un atado de ropa y algunas monedas de oro.

El chasque cumplió su misión: en la lóbrega choza brilló un rayo de luz. Leamos la nota que acompañaba la dádiva, fechada el 14 de octubre de 1841: "No habiendo mejor oportunidad por ahora se remite un atado de artículos, expresado en la adjunta minuta para socorro de vestuario a Artigas, con el numerario de 25 pesos acomodados en el mismo atado y se tendrá presente una vez que se halla en la suma indigencia de que se ha dado noticia en dicho oficio..."

¡Dios dé salud a quien me hace tanto bien! Dice la tradición que estas palabras brotaban de labios del anciano cuando algún vecino le llevaba de regalo algunas naranjas o mandiocas. Hondamente habrán brotado del fondo de su alma, para bendecir aquellas manos desconocidas que se acordaban de enviarle un auxilio cuando ya se creía olvidado de todos...

Oigamos como Gauto describe a los cónsules la entrega de aquella dádiva; da cuenta de "haber recibido el atado de ropa y los 25 pesos fuertes con que la piedad de V. S. se dignó socorrer la urgente necesidad de don José Artigas".

"Lo hice llamar, y le hice entrega de la misma y de todo lo que ella contenía; resolvió dejar todo en mi poder hasta que llegara un sastre vecino de esta villa, que había salido con permiso mío, a visitar un puestito que tiene en los campos de San Estanislao; con exclusión de un peso, que en aquel acto se hizo cargo y llevó para alimentarse".

"Ha sido y es inexpresable la alegría de don José Artigas desde aquel día en que me suplicó encarecidamente rindiera a V. S. duplicadas gracias de su parte".— Octubre 30 de 1841.

Después de leer esta descripción, comprendemos la emoción de aquel anciano indigente al verse recordado por los cónsules, cuando hacía apenas un año era llamado por el mismo comandante para ponerle grillos en aquellos pies.

Con los hombres pasan las épocas, tenebrosas o felices, de la vida de los pueblos. Así ha pasado, como larga pesadilla, "la época de Francia", cambiando el panorama con el advenimiento al poder de don Carlos A. López. Este, con inteligencia y carácter, supo imprimir un saludable resurgimiento en todos los órdenes de la vida nacional. La moderada dirección de un gobierno paternal empieza a hacer sentir sus benéficos frutos: los habitantes conservan aún sus dudas y temores, como resultado de larga opresión; la reserva y la desconfianza siguen predominando en el carácter de los mismos.

El patriarca continúa en su silencio. En su alma no ha muerto la sensibilidad; lo vemos conmoverse ante el generoso recuerdo recibido, que él intepreta como valioso homenaje. La gratitud fué siempre arista predominante de su espíritu.

"Llevó un peso para alimentarse, dice Gauto, lo demás lo dejó en mi poder".

¡Un peso le bastaba para alimentarse aquel anciano! Los demás los dejará en manos de Gauto para seguridad, hasta que regrese el sastre que ha de confeccionarle ropa nueva.

Y este pensamiento, cree Gauto, es la causa por la cual su abatido rostro se inunda de alegría desconocida, que él califica de "inexplicable".

Gauto mira atónito el atadito de ropa y los 25 pesos; no acierta a comprender la inesperada alegría de aquel viejo, a quien siempre conoció desinteresado por los bienes materiales. Pero Artigas veía en aquellos objetos algo más que su valor. En el sólo recuerdo de su envío escuchaba la primera campanada de reconocimiento a sus sacrificios, que sonaba apagada, como eco lejano, inadvertida para el mundo, no para él.

Por eso tuvo la virtud de conmover las cuerdas más íntimas del proscripto. La justicia que no halló en su vida la vislumbró en la posteridad; un resplandor de esperanza iluminó aquel espíritu apagado... Sonrió con brillo, que Gauto advierte pero no comprende.

¡Si Artigas no hubiera sido Artigas, los cónsules no se hubieran acordado de aquel viejo que no tenía camisa!

¡Esto era lo que hacía sonreír de satisfacción desconocida al desterrado!

Siguiendo en nuestro empeño por desentrañar del fondo de los documentos la idea que los originó, hallamos otra frase puesta casi al pasar, que nos da luz para conocer la época que estudiamos: "El sastre vecino de esta villa, dice Gauto, *había salido con permiso mio a visitar un puestito* que tiene en los campos de San Estanislao".

Esto corrobora lo dicho anteriormente; Curuguaty era lugar de confinamientos y destierros, de donde nadie podía entrar ni salir sin permiso del representante del dictador. Aunque los sucesos que comentamos tienen lugar ya bajo el consulado, nos prueban que a este respecto las cosas no habían cambiado; debemos tener en cuenta también, que estos hombres recién estaban en los primeros meses de su obra; no es posible cambiar de una plumada un régimen practicado con tanto rigor durante treinta años.

HONORES FUNEBRES EN VIDA

Ya hemos visto como aquel pequeño recuerdo que le llegaba del mundo de los vivos, dejó en el alma del anciano una sensación de paz y gratitud. Lo que ignoraba el viejo, era que le ocultaban la parte más interesante y

lúgubre a la vez, de la nota que acompañaba la generosa dádiva.

Los cónsules, previendo su próximo fin dada su avanzada edad, y teniendo en cuenta los primitivos medios de comunicación con que contaban, daban a Gauto órdenes para que llegado el caso de su fallecimiento, el sepelio se hiciera con los honores que la villa permitiese. De haberlo sabido, tras la sorpresa consiguiente, habría sentido tal vez la satisfacción de ver el reconocimiento a sus afanes por el gobierno paraguayo, el que antes encarnado en la persona del Dictador Supremo, con su política de aislamiento, rechazó toda propuesta de alianza defensiva en salvaguardia de sus respectivas provincias.

Ahora los cónsules decretaban lo siguiente: "Los honores fúnebres prevenidos para el caso de fallecimiento de dicho individuo, se harán del modo y con la solemnidad que permita la villa, convidándose de asistencia a los vecinos principales".

Pero la muerte no vino a buscarlo en aquellos momentos en que parecía que su fama iba a arrancarlo del olvido en que yacía.

No tenemos noticias de que los cónsules hayan vuelto a prestarle atención ni a ocuparse de su persona.

Son cuatro años de su vida que vuelven a deslizarse en las sombras — 1841 - 1845 — sin que la historia pueda volver a tomar la palabra.

Después de haberle decretado los honores fúnebres, sólo cabía esperar que se cumplieran. Pero la Parca demoró su visita casi diez años más. Cuando vino, era tal el olvido que rodeaba su triste ancianidad, que ni el mismo López, a la sazón presidente de la república, y a pesar de que Artigas habitaba un predio cercano al suyo, se acordó de los honores fúnebres decretados con tanta anticipación. El sepelio se realizó en el silencio del anonimato, sin que los humildes vecinos que lo efectuaron se dieran cuenta de que aquel "caraí extranjero" que entregaban a la tierra era el defensor de la democracia americana.

SILENCIO QUE SIGNIFICA OLVIDO

Es una idea harto repetida en el Uruguay y fuera de él, que Artigas vivió y murió en su largo ostracismo olvidado de sus compatriotas. Hay en ella más apariencia que verdad; Artigas nunca fué olvidado en su patria ni en los países donde posó su planta. Su figura era demasiado grande, su huella asaz profunda para que pudieran desaparecer tan pronto.

Ni los que lo amaron, ni los que lo odiaron, podían olvidarlo. Como el odio es mucho más difícil de olvidar que el amor, estuvo siempre despierto, aprovechando todos los momentos para desahogar sus furias. He ahí su obra condensada en esa amplísima campaña difamatoria que extendió sus flechas envenenadas por el continente.

En la patria de Artigas, en los primeros años de su alejamiento, fué necesario no ensalzar su obra y silenciar su nombre.

Pero callar no es olvidar. La cruzada de los treinta y tres orientales y sus gloriosas consecuencias se realizaron bajo este aspecto, a pesar de que sus discípulos seguían su luminosa trayectoria. ¿Cabría olvido en quienes terminaban su obra inconclusa? Sería ingenuidad creerlo; fué necesario aparentarlo.

Su nombre levantaba tempestades; invocándolo no se hubieran conseguido las alianzas necesarias para llegar a la anhelada meta.

El momento era difícil y exigía callarlo, y se calló.

En esa actitud de Lavalleja hay una perspicacia política que lo honra, y no ingratitud. Es necesario penetrar en el alma de los documentos para conocer el ambiente político de la hora, en ambas márgenes del Plata.

El unitarismo argentino estaba en su apogeo con el gobierno del general Las Heras, que tenía como Ministro de Relaciones Exteriores y árbitro de la situación, al más implacable enemigo de Artigas y de los orientales, el famoso Manuel José García, el cual en su empeño por destruirlos no vaciló en propiciar la invasión portuguesa del año 1816.

Y aunque existía en Buenos Aires un gran partido

popular que simpatizaba con la independencia oriental, no se hubiera llegado a ella sin el apoyo militar del gobierno argentino, como sucedió después del Rincón de Sarandí.

¿Habría sido posible alcanzar tal alianza levantando por bandera la traición artiguista? Jamás.

Los odios ofuscaban las conciencias, las heridas sangraban aún, y sólo un tolerante silencio se imponía, para alcanzar la libertad soñada. Fué un sacrificio que la patria reclamaba, impuesto por los sucesos. Los detractores de Artigas tuvieron un arma más para esgrimir, diciendo que su pueblo había querido borrar hasta el recuerdo de su nombre.

Favorecía este rumor, el aislamiento del Paraguay compartido con el héroe infortunado, que imposibilitaba toda comunicación. Los años corrían en misterioso silencio, y la idea de su posible desaparición fué acentuándose. Nadie supo en su patria, durante veinte años, si Artigas era vivo o muerto; nadie recibió una noticia suya, directa o indirectamente. Francia había prohibido toda comunicación. Ninguno de los pocos viajeros o exploradores que en esa época pasaron por el Paraguay, y se han ocupado de él en sus memorias, han podido afirmar que lo vieron. El dictador tenía especial interés, en previsión de quién sabe qué supuestos acontecimientos, de mantenerlo alejado del mundo. A pesar de tantos acontecimientos adversos, el nombre de Artigas seguía consolidando la nacionalidad oriental, como poderosa fuerza de cohesión, en todas las clases y ámbitos del país.

La guitarra campesina, ventana abierta del alma nativa para echàr al viento quejas y recuerdos, embellecía las reuniones de las enramadas con décimas y vidalistas, en las cuales evocaban el recuerdo de su bravo jefe...

Entre estos payadores y poetas de indiscutible sinceridad, no podía faltar nuestro bardo don Francisco Acuña de Figueroa, que dedicara al proscripto su recuerdo expresado en estas palabras:

"Al que yace en olvido
en tierra esclava y en dolor sumido..."

El doctor Carlos María Ramírez, que como periodista

es el que mejor ha estudiado la prensa de la época, dice que es interesante recorrer sus columnas y comprobar cómo siempre tuvieron un recuerdo afectuoso para el primer jefe de los orientales.

Llega el año 1840. Con la muerte de Francia se rompen los cerrojos del Paraguay, y el mundo, con avidez, quiso saber lo que pasaba dentro. La noticia de que Artigas aun vivía tuvo alas para llegar a su tierra. La idea de su repatriación brotó como expresión popular, manifestada por la prensa de todos los matices políticos, lo que prueba que la tradición artiguista vivía latente en el alma del pueblo oriental.

El doctor Ramírez, en su obra "Artigas", transcribe un bello artículo de "El Nacional", diario de la época, que es un homenaje a su personalidad. No podía decirse nada más ajustado a la verdad y en forma más elegante y sobria, lo que mucho honra la pluma de su autor, modestamente oculta tras el sencillo seudónimo de "Un Soldado". Vamos a dar algunos fragmentos, que confirmarán nuestro aserto. El nombre de Artigas jamás fué olvidado por los orientales; apenas, por circunstancias especialísimas, fué silenciado.

La voz de su pueblo, por boca de "Un Soldado", se expresaba asi el 22 de setiembre de 1841: "El Gral. Artigas, a quien la patria debió su primer pensamiento de libertad, como su primer canto de victoria, resistiendo a todos los tormentos de una larga cautividad *existe todavía* en tierra a donde la adversidad lo condujo cuando sucumbimos ante la poderosa invasión portuguesa. El solo, entre nuestros viejos guerreros, no ha podido gozar de su obra; compañero de nuestros infortunios, nególe el destino el placer de gozar nuestros días felices. La tumba de Francia encerró, es verdad, los hierros que le agobiaban, pero la Patria aun no ha abierto sus puertas al héroe que nos ocupa, porque para él no puede bastar la medida general que permite a todos los orientales detenidos en el Paraguay, el regreso a este suelo.

"En su situación especial, un llamamiento especial es indispensable para nosotros porque debemos una demostración de la gratitud a quien tanto hizo por este pueblo; porque sin un testimonio de esta clase, tal vez crea que

su patria ha acogido todas esas acusaciones, que el odio de los unos, y la irreflexión de los otros, han lanzado sobre el nombre de Artigas...

"Oh! Calculemos la dolorosa ansiedad con que el noble anciano esperará esa prueba de justicia por parte de sus compatriotas; apresurémonos a llevarle paz y consuelo a una vida tan llena de dolores como es sublime en gloria.

"La magnanimidad de un pueblo quiere que él no olvide los servicios que se le prestaron: ¿Y habrá quién ponga en duda los que el Pueblo Oriental debe a Artigas?

"Cuando era preciso voltear la tiranía de España, fué su brazo el primero que la hirió; cuando era necesario resistir a las injustas pretensiones de Buenos Aires, fué su voz la primera que clamó contra ellas. Cuando era preciso combatir la invasión portuguesa fué su lanza la primera que brilló a vanguardia de nuestras hileras. Suyo fué el pensamiento de la nacionalidad oriental; no suyas las desgracias que antes de realizarlas hemos sufrido; no suyos los males y excesos que marcaron el azaroso tiempo de su protectorado.

"El gobierno, intérprete de la voluntad y gratitúd nacional, debe llamar al Gral. Artigas al seno de la Patria, y debe llamarlo con toda la munificencia que a ella corresponde..."

"El pueblo oriental quiere saludar también al glorioso vencedor de Las Piedras. El debe venir por un decreto solemne; su viaje debe costearse por el tesoro de la República y todos los homenajes debidos a sus antecedentes deben rodearlo.

"Quien conozca al guerrero que hoy preside la República sabrá cuánto están en su corazón estos votos; quien conozca nuestra histôria sabrá toda la justicia que los apoya. Honremos a nuestros viejos campeones y nos honrará el mundo...

"El acto que más nos recomendará a la hoy libre República del Paraguay será el que nos ocupemos de su infortunado huésped, de nuestro primer soldado, con la solemnidad y honores que la patria reconocida dedica a los grandes hombres de su historia.

"Quiera V. señor editor, publicar estas observaciones que me han sido sugeridas, no porque crea que nada se ha hecho respecto al Gral Artigas. Me consta que S. E. el Presidente de la República ha despachado a un oficial para ofrecerle en nombre de la Patria todos los recursos que pueda necesitar, sino porque desearía que esta oferta se hiciera con toda la solemnidad de que es digno el General Artigas".

Estas sugestiones fueron apoyadas ampliamente por el director de "El Nacional", el ilustre periodista argentino don José Rivera Indarte, que no escatimó expresiones elogiosas y profundas razones para reclamar también la repatriación del gran proscripto.

A pesar que parece existir una ley fatal rigiendo el destino de los grandes hombres, que el reconocimiento de sus valores sea siempre póstumo, causa dolor comprobar que los conceptos tan justicieros de "El Nacional" no llegaron a endulzar el alma del anciano, que precisamente atravesaba las horas más míseras de su vida!

Casual coincidencia! El artículo transcripto fué publicado el 22 de setiembre de 1841, en el momento en que los cónsules se ocupaban de aliviar un tanto su indigencia, enviándole el atado de ropa y una pequeña cantidad de dinero, a que hemos hecho ya referencia.

Si aquella dádiva material, inteligentemente interpretada, hizo brotar en el anciano la alegría inexplicable de que nos habla Gauto, es de imaginar la satisfacción que habría experimentado si las palabras de "Un Soldado", que eran el grito fiel del alma de su pueblo, hubiesen pasado bajo aquellas pupilas cansadas de soledad, iluminándolas con tan expresivo recuerdo. Pero creemos que ni los ecos de este justísimo movimiento reivindicatorio llegaron hasta él. Pues Artigas siguió viviendo en Curuguaty hasta 1845, donde, aunque le hubiesen levantado la censura que pesaba sobre él, lo inaccesible del lugar le obligaba a continuar en el aislamiento.

Por eso, aunque las campanas de la gloria tocaban aleluyas en la tierra que le vió nacer, sus vibraciones no alcanzaron a reconfortar el corazón del viejo desterrado, en la soledad de las selvas.

SOLICITA MORIR EN EL DESTIERRO

Al leer las palabras de "Un Soldado", llamó nuestra atención la referencia que hace sobre la resolución del gobierno paraguayo, por la cual dispone que todos los orientales detenidos en el Paraguay tienen libertad para volver a su país. Medida que no conocíamos, y que hallamos comprobada después en la nota que el Ministro de Guerra y Marina del Uruguay, don Enrique Martínez dirige a Artigas invitándolo a regresar, cuyo texto también permanecía desconocido y que transcribiremos en seguida.

Llevados por el afán de desvanecer las brumas que oscurecen este período de la vida de nuestro prócer, concurrimos una vez más al archivo de Asunción, fuente de nuestras investigaciones. Allí dimos con el objeto de nuestra búsqueda: Una nota del presidente Rivera a los cónsules, datada el 21 de junio de 1841, a los tres meses apenas de la ascensión de éstos al poder, en la cual les dice: "En consecuencia, el infrascrito después de llenar el honroso deber de felicitarlos, como lo ha hecho, cree de su obligación interponer su mediación en favor de los orientales que viven en esa república, a fin de que se les permita regresar al seno de su patria, siempre que algún motivo especial no lo impida".

Este pedido de Rivera, hecho con admirable diplomacia, no podía tener otro objeto que iniciar trabajos en pro de la repatriación de Artigas; pues ¿qué otros orientales podía haber confinados en el Paraguay, sino algunos de los soldados que lo acompañaron? Pero temiendo una posible negativa, quiso antes pulsar el ambiente con esta solicitud impersonal.

Tal intención no pasó inadvertida para los cónsules, que al contestarle abordaron el asunto que originaba la nota, expresándose en esta forma:

"Es honroso a este gobierno significar a V. S. que su mediación a favor de los orientales que existen en esta república a fin de que se les permita regresar a su patria, ha sido prevenida por providencia acordada a todos los que quieran volver al seno de sus familias. Don José Artigas vive en la villa de San Isidro de Curuguaty,

y es el único a quien el gobierno del Paraguay ha hecho proponer en particular, por medio del comandante ciudadano don Juan Manuel Gauto, que cuando guste volver a su patria cuente con los auxilios necesarios". —Agosto 9 de 1841".

No obstante lo expresado, comparando las fechas observamos que el oficio por el cual los cónsules ofrecen al proscripto su regreso al país, que ya dimos a la estampa, es del 27 del mismo mes, lo que prueba que ese acto fué una consecuencia de la solicitud de Rivera.

Por lo tanto, podemos afirmar que al pueblo oriental le cabe el honor de haber sido el primero en levantar la voz, pidiendo el retorno del padre desterrado. No nos importa que sobre este punto tengamos que retractarnos de lo dicho en trabajos que ya hemos publicado, y en los cuales atribuíamos al gobierno paraguayo la iniciativa en pro del regreso de su asilado.

El año 1841 fué, pues, rico en emociones y recuerdos para el patriarca que se creía olvidado. Aunque dado el aislamiento en que vivía, pensamos que muchos de ellos no llegaron a endulzar su solitario ostracismo.

Creemos que lo que tampoco llegó a conocer entonces el proscripto, y que nosotros no hemos oído hasta ahora comentar a ningún historiador, fué que cuando el pueblo uruguayo, con cálido entusiasmo propiciaba su vuelta al terruño, el nombre de su José María fuera pronunciado como el mensajero más digno y oportuno para cumplir tan sagrada misión.

Idea feliz. Ningún homenaje podía ser más grato al corazón del expatriado que volvería después de tan larga ausencia, que retornar en compañía del hijo, que llevaba con honor el uniforme de la patria, a la que el desterrado ofrendara el holocausto de sus amores.

Todo estaba dispuesto para la partida del feliz viajero, que le llevaría a la vez caros afectos del solar nativo, del hogar y de la sangre, pero no sabemos por qué hubo de desistir de tan honrosa comisión.

Tal suceso hubiera sido un inesperado rayo de luz en el ocaso de su vida, al reconocer en aquel apuesto militar al tierno niño que abandonara con su madre enferma, cuando la patria le exigió el sacrificio de sus

más caros afectos. José María tenía ahora 35 años y era teniente coronel de caballería.

El pasaporte otorgado al efecto, que hemos hallado en el Archivo Nacional de Montevideo, nos ha dado a conocer este postergado viaje; cuando cuatro años más tarde intenta de nuevo entrevistarse con su padre, y pide se le renueve el citado documento, "el que nunca llegué a usar, dice, por razones que excuso ahora exponer".

En consecuencia, nosotros nos quedamos también sin conocer los motivos que lo determinaron a suspender su viaje hasta 1846, en que lo realizó.

La fecha del pasaporte —22 de setiembre de 1841— es casualmente la misma en que "El Nacional" publicaba el enjundioso artículo de "Un Soldado", que ya dimos a la estampa. Lo que prueba que su designación coincidía con el movimiento popular ya comentado.

En la segunda solicitud hecha en agosto de 1845, expresa: "Siéndome de absoluta y urgente necesidad pasar hasta el Paraguay a tener una entrevista con mi señor padre el General don José Artigas, o por lo menos ponerme en contacto y comunicación más inmediata con él, ruego a V. S. se digne concederme su superior permiso para pasar temporalmente hasta aquel destino, renovándome el pasaporte que con el mismo fin me expidió el Excmo. Gobierno de la República en 1841".

Tal vez fué una suerte para ambos que entonces no pudiera partir, porque sin duda le habría cabido el mismo destino que a los encargados de substituirlo, que no pudieron entrevistarse con Artigas porque no le permitieron su entrada al país. Fueron éstos, el ayudante mayor don Federico Albín y don Bernabé Plá, quienes con una escolta de diez soldados partieron, en 1841, hacia el Paraguay, trayendo dos pliegos para Artigas y una nota para los cónsules, cuyos textos, según algunos historiadores, permanecen ignorados.

Nosotros hemos podido hallar uno de los dirigidos a Artigas, que dice así:

"El señor Presidente de la República, en acuerdo de este día, ha resuelto se diga por este Ministerio al Brigadier Gral. don José Artigas, que mediante que el gobierno del Paraguay ha puesto en plena libertad a to-

dos los orientales que se hallaban detenidos en aquella república, en cuyo número se encuentra el señor General, a quien se dirige la presente, cree justo el gobierno invitarlo como lo hace a que regrese a su país natal, a tener la satisfacción de vivir en el seno de sus compatriotas y en los goces que obtuvo por sus servicios distinguidos a la causa de la independencia. El Ministro de Guerra y Marina que suscribe, al dejar cumplida la suprema resolución, tiene la mayor complacencia en saludar al señor General con su acostumbrada consideración: Enrique Martínez.— Octubre 7 de 1841".

Ya sabemos que cuando los comisionados arribaron a Corrientes, la guardia paraguaya les comunicó que sólo podrían llegar hasta Pilar y ponerse allí a las órdenes de comandante militar. Así lo hicieron, entregándoles los pliegos para que se encargara de ponerlos en manos de los cónsules.

Llama la tención esta contradictoria actitud, pues hemos visto que ellos mismos acababan de ofrecer todas las seguridades necesarias para el regreso. Y no hay duda que para Artigas hubiera sido mucho más satisfactorio tratar personalmente con los delegados de su patria, la cual por primera vez tenía ocasión de tributarle un homenaje de reconocimiento, y no por intermedio de personas ajenas al asunto.

Leamos la nota dirigida por los cónsules al comandante Gauto: "Acompañamos a Vd. dos pliegos dirigidos del Estado Oriental a don José Artigas, a quien le entregará Ud. diciéndole de nuestra parte que el Excmo. Señor Presidente de la República Oriental don Fructuoso Rivera, nos comunica que lo invita para trasladarse a aquella República, insinuándose con nosotros para que le permitamos libre paso. Tendrá presente don José Artigas que Vd. de nuestra parte le ha ofrecido anteriormente las amplias que necesite para verificar su regreso, y este mismo ofrecimiento lo repetirá Vd. en la presente ocasión.

"Siempre que él se determine a ponerse en camino, lo proveerá Vd. de lo necesario y le dará pasaporte para que en el camino se le den todos los auxilios que pidiere, y como él por razón de su edad mayor no podrá ve-

nir, ni es regular que marche a pasos precipitados, podrá hacerlo según pueda y cómodamente; pero nos avisará la resolución que tome sobre el particular, para comunicarla oportunamente al portador de dichos pliegos, que se halla en la villa de Pilar, llamado don Federico Albín, Ayudante Mayor, a quien comunicamos la presente remisión, por conducto del comandante del Pilar y para nuestro gobierno que le hemos de dar al expresado señor presidente. 1º de diciembre de 1841".

Ahora escuchemos como Gauto transmite a los cónsules la respuesta de Artigas, cuya resolución está expresada con perfecta claridad, sin olvidar para éstos sus palabra de fina cortesía y gratitud, muy propias de su carácter. Dice así: "Habiendo recibido los pliegos dirigidos del Estado Oriental a don José Artigas, inmediatamente lo llamé y le hice entrega de los mismos en propias manos. Y habiéndole seguidamente insinuado que V. S. se había servido comunicarme a efecto de que ponga a su noticia, que el Excmo. Señor Presidente de la República Oriental don Fructuoso Rivera, lo invitaba para trasladarse a aquella República a vivir en sociedad con sus consanguíneos y conterráneos, y que a este efecto de parte de V. E. no solamente tenía pase libre, sino todos los auxilios que necesitara para verificar el regreso a la patria, como anteriormente se lo había ofertado.

"Contesto: que ni un momento había de entregar al olvido todos los beneficios que V. S. se había dignado dispensarle. Que quedaría muy reconocido a todos ellos, pero que no podía desistir de su primera resolución, a menos que V. S. estime conveniente su residencia en la República Oriental, por algún efecto que pudiera convenir a vuestro país. Devuelvo a V. S. a pedimento del mismo don José Artigas los dos pliegos que le fueron dirigidos del Estado Oriental..." — Diciembre 7 de 1841".

Al encontrarse los cónsules con los sobres cerrados, piensan que tal vez la censura sufrida hasta entonces lo impulsaba a obrar así y resuelven enviárselos de nuevo, manifestándole a la vez que dispone de libertad de expresión. Y dicen a Gauto: "Los acompañamos para que se los devuelva, significándole nuestra consideración por su buena atención, y prevéngale que no tie-

ne que preocuparse de revelarnos sus comunicaciones, pudiendo girarlas libremente y que nos ha extrañado que no hubiese dirigido contestación alguna a dichas comunicaciones, por lo que no se llegue a creer que tiene impedida su comunicación libre. Hemos acompañado al Presidente Rivera una copia conforme del oficio que Vd. nos ha dirigido con el aviso de que don José Artigas está firme en su primera resolución. — Diciembre 11 de 1841."

La comunicación enviada a Rivera fué expresada en estos términos: "Por la nota que acompañamos a V. S. del oficio del Comandante de la Villa de Curuguaty ciudadano don Manuel Gauto, se confirmará la resolución de don José Artigas, sin embargo que le hemos franqueado cuando guste verificar su regreso a esa República, su patria, conforme acredita el mismo documento. Sólo nos queda la displicencia de que don José Artigas no ha dirigido contestación alguna a los pliegos mencionados en el propio oficio que por este concepto acompañamos, para que vea V. S. que no depende de nosotros el que no se cumplan sus deseos en esta parte". — Diciembre 10-1841.

Esta inesperada actitud de Artigas nos deja ensimismados, obligándonos a penetrar de nuevo en los repliegues de su espíritu, en busca de una lógica respuesta. Parece inverosímil que un hombre que lo sacrificó todo en aras de su patria, se niegue volver a ella cuando, ya libre, sus conciudadanos le ofrecen un hermoso regreso. He aquí que nos encontramos con una causa profundamente humana que justifica esta negativa. Hay heridas espirituales que cicatrizan aparentemente, y el corazón del viejo desterrado había recibido tantas, que se ha llegado a suponerlo encallecido a los golpes de las traiciones, de las calumnias y de las ingratitudes. Sin embargo no sucedía así. Artigas nunca fué un impasible. Si supo ser humano para comprender los dolores ajenos, sigue siéndolo para sentir intensamente los suyos. Sabemos que cuanto más querida es la mano que nos hiere, más difícil de curar es la herida recibida.

La invitación provenía del general Rivera, aquel que fuera su compañero infatigable en las rudas cruzadas,

y su amigo caro al corazón. El proscripto no podía olvidar que, cuando al borde del abismo reclamaba auxilio de su brazo para asirse a él como tabla salvadora de la causa que juntos defendían, Rivera le volvió la espalda, y dirigiéndose a Montevideo se puso a las órdenes del invasor. Nuestra admiración por el prócer no debe conducirnos al error de elevar a los héroes a la serenidad sublime de los dioses. Comprendamos que Artigas fué un hombre dotado de las pasiones humanas, enervadas aún más por la rudeza de las tormentas con que lo azotó la vida. Recordemos que el triunfo más difícil de alcanzar, es llegar al dominio de sí mismo.

El héroe está ahora encorvado por los años y la miseria; pero su espíritu conserva el orgullo que caracterizaron siempre su personalidad. Al pensar que debería esa atención a quien lo abandonara en su caída, sintió abrirse la herida y brotar fresca la sangre de la ofensa...

El proscripto mendigo rechazó el ofrecimiento. Devolvió en silencio aquellos sobres cerrados que le abrían la puerta de un porvenir venturoso, y volviéndole la espalda, solicitó con humildad del gobierno paraguayo la autorización necesaria para cerrar sus ojos en este suelo, bajo estas selvas amigas, que lo acogieron en su desventura y donde deseaba hallar tranquila tumba en su muerte.

El doctor don Eduardo Acevedo, con su proverbial serenidad de juicio y clarividencia histórica, estudia este punto un tanto enigmático de la vida de Artigas; y recuerda las palabras que al respecto el coronel Cáceres estampa en sus "Memorias", expresando "que Artigas atribuía el triunfo definitivo de los portugueses a la deserción de Rivera, después de la batalla de Tacuarembó; y que por lo tanto no quería ni oír hablar de don Frutos..."

Aunque halla que esta expresión concuerda con la resolución tomada por Artigas, expresa su opinión con estas razones, que no llegan a convencernos: "Todos los hombres culminantes de Montevideo, dice, habían abandonado la bandera de la patria para plegarse a la conquista portuguesa, cuando la campaña estaba sobre las armas defendiendo el territorio nacional.

"La actitud de Rivera, ya en las postrimerías de

la lucha, era simplemente la última victoria de esos prohombres, a quienes el teniente de Artigas acompañaba con su voto de miembro del Congreso Cisplatino a incorporar la Provincia Oriental a la Corona Portuguesa".

Este juicio, a pesar del respeto que nos merece la alcurnia intelectual del autor, no nos convence.

El hecho de que los hombres culminantes de Montevideo hubieran abandonado la bandera de la patria, no tenía para Artigas el valor militar que representaba en aquellos azarosos momentos la deserción de Rivera con su división, única que se había salvado del desastre de Tacuarembó, por no haber tomado parte en la batalla.

Además, Artigas, con el concurso de esos prohombres o sin él, había continuado luchando en la campaña durante cuatro años, seguido de sus heroícos gauchos.

Desde el año 1817 hemos visto a aquellos inclinarse para recibir bajo palio al invasor, hasta entregar totalmente, en el Congreso Cisplatino —1821— al que dieron visos de legalidad, la patria ensangrentada para que formara parte del reino de Portugal.

Aquel inesperado abandono, por la persona de quien provenía y por el momento dificilísimo que atravesaba, debió dejar en el alma del jefe dolor más intenso y huella más profunda que los demás. Dado el aislamiento en que vivió durante su destierro y la censura que lo rodeaba, la cual, le levantaron al entregarle los pliegos, Artigas no podía estar enterado de las transformaciones sufridas en el ambiente de su provincia después de su alejamiento. Ni de los pormenores, causas y efectos que habían influído en el cambio de opinión de aquellos hombres. Debemos colocarnos en el caso especialísimo de Artigas, que ignoró completamente la historia de su país y los sucesos del mundo, durante más de 20 años. En consecuencia, no podía conocer los zig-zags trazados en la senda política de su ex compañero: el histórico abrazo de Monzón, que uniéndolo al glorioso jefe de los Treinta y Tres, lo reincorporó de nuevo a la bandera de la patria; el triunfo transcendente de Rincón y la heroica conquista de las Misiones; patrióticas gestas que habrían hecho olvidar aquel desvío, dado que rara vez la carrera pública de un hombre no tiene algún humano desliz. Por eso será siempre

de eterna aplicación la sublime sentencia de Jesús ante la pecadora perseguida: "El que se crea sin pecado que arroje la primera piedra". Artigas lo ignoraba todo. Sólo tenía de su teniente el último recuerdo ingrato del hecho que los separó, como quien despierta de un largo sueño cataléptico, inconsciente del tiempo transcurrido.

Esta era su situación espiritual, difícil de concebir hoy, en el momento en que le llegaba la inesperada invitación de Rivera, convertido, no sabe cómo, en presidente de la república, ofreciéndole en su tierra honores y bienestar.

Conociendo el carácter altivo de Artigas, su actitud de desterrado devolviéndole los pliegos sin dignarse leerlos, engarza, como eslabón culminante, en la límpida trayectoria del que no supo claudicar "al bajo precio de la necesidad".

Cabría preguntar, ¿cuál hubiera sido la respuesta del proscripto si alguno de aquellos prohombres claudicantes, ascendido a la presidencia de la república, hubiese ido a ofrecerle, en su ostracismo, una vida llena de bienestar?

Su actitud hubiera sido la misma. La mano del general Artigas no se habría detenido a abrir aquellos sobres para escuchar ofrecimientos de honores y grandezas que siempre despreció. No importa que la miseria rondara su choza, que la calumnia continuara lanzando sus aullidos; que los años, única fuerza capaz de doblegar aquella cerviz altiva, le obligaran a inclinarla hacia la tierra; nada ni nadie conseguiría quebrar su orgullo santo, ni recibir protección de quienes lo abandonaron con la patria a cuesta, para rendir tributo a los opresores de ella.

Se aduce que su resolución de no volver al terruño fué debido a no querer presenciar, y menos intervenir, en el triste escenario de las guerras civiles que despedazaban el país. Razón de peso, por cierto, por la cual Artigas hubiera contestado con una negativa, tal vez, mas acompañada de algunas frases de agradecimiento por la atención recibida, como lo hemos visto proceder con los cónsules del Paraguay; pero nunca con un desaire personal al presidente de la república, no siempre culpable de todos los males de esa índole que afligen un país.

Sobre el efecto que esta resolución de Artigas produjo

en el Uruguay, reproduciremos lo que expresa el doctor Acevedo, por hallarlo muy ajustado a la realidad: "Hemos buscado inútilmente, en la prensa de la época el eco de esta resolución de Artigas. Los diarios de Montevideo, que tan entusiastamente se habían ocupado de la repatriación, no llegaron a conocer el resultado tan negativo del esfuerzo del presidente Rivera; o conociéndolo, quisieron evitar al primer magistrado la divulgación del gravísimo desaire que acababa de recibir".

Desde este momento no sabemos que vuelva a tratarse el asunto en ninguno de los dos países. La figura del proscripto cae de nuevo en el silencio durante cuatro años.

Una nota del presidente López, del 21 de marzo de 1845, hallada recientemente, y por lo tanto inédita, viene a iluminarnos el camino que le deparó el destino.

ABANDONA CURUGUATY

Artigas seguía el monótono ritmo de su vida selvática, esperando el llamado de la eternidad, cuando fué sorprendido por el comandante Gauto que lo llamaba para comunicarle la recepción de una nota de López, ofreciéndole el puesto de instructor del ejército.

Lo inesperado de aquel llamado debió sorprender al anciano, tan alejado de los días de sus épicas hazañas que hasta su título de General debió parecerle un eco vago, perdido en las lejanías del pasado.

¡Hacía tanto que sólo se oía llamar don José Artigas!

Lo que no consideraba desdoroso, pues él jamás firmó de otra manera, ni aun en sus partes de guerra, manifestando siempre que sólo le bastaba el título de simple ciudadano.

La nota del presidente López nos sorprende también a nosotros; pues desde 1841, en que hemos visto prodigarle las atenciones ya descriptas, se abre un paréntesis de silencio alrededor de su persona, como si hubiera caído de nuevo en absoluto abandono. Acaso algunos documentos perdidos oscurezcan este período de su vida, pues no hallamos justificado tal olvido, que a los cuatro años vemos romper inesperadamente con el siguiente ofrecimiento:

"Tan luego como reciba V. esta orden hará llamar a don José Artigas y le dirá que me he acordado de él para instructor de un ejército de la República.

"Le hago este propio a fin de saber si el estado de su salud y edad le permitirán aceptar el cargo en la inteligencia de que si él se allanase a prestar ese servicio a la República, le proporcionará Ud. todos los auxilios necesarios a fin de que venga a la brevedad posible.

"Cualquiera sea el resultado me avisará Vd. inmediatamente.

López.

"Marzo 21 de 1845".

Tiene este documento un inmenso valor, pues nos da a conocer dos puntos importantes de su historia, sobre los cuales se hacían afirmaciones antojadizas: el motivo por el cual cesara su confinamiento en Curuguaty, y el año en que se realizó. Dos hechos interesantes que nadaban en conjeturas, sin que nada serio pudiera afirmarse.

El señor Pedro Lamy Dupuy creyó conseguir el medio de aclararlos tomando declaración a algunos antiguos vecinos de Manorá, cuando en 1911 visitara este país. Es este un paraje que dista unos diez kilómetros de Asunción, y según versiones tradicionales, fué ahí el primer sitio habitado por Artigas al regresar de Curuguaty; pero no hemos hallado documento que lo atestigüe.

El hijo de Artigas, en sus declaraciones que transcribiremos, dice que su padre antes de residir en Ybiray vivió un tiempo en la Recoleta — "sitio distante una legua de la capital" — agrega. Confirmamos este último dato; pero nada dice de su estada en Manorá, como tampoco lo expresan ninguna de las personas que lo conocieron y nos han legado sus impresiones, las cuales siempre se refieren a Ybiray como sitio de su residencia.

Sin embargo, el citado autor, guiándose por la voz de la tradición, se dirige a Manorá, en busca de datos y recuerdos. Allí habla con antiguos vecinos que afirman haber conocido a Artigas radicado en ese lugar, entre ellos cita a don Antonio D'Emery, a don Manuel Joaquín Rodríguez y a otros ancianos, cuyas amplias y minuciosas decla-

raciones sobre la vida del patriarca en aquella localidad, publica en su libro "Artigas en el Cautiverio". Basándose en ellas, el autor llega a la conclusión de que Artigas vivió allí, en mal disimulada prisión, el período comprendido entre 1841-1845, en que fué trasladado a Ybiray.

La reciente aparición de la nota de López, ya transcripta, echa por tierra todas estas afirmaciones, probando en forma irrebatible que Artigas, hasta marzo de 1845, seguía morando en Curuguaty.

La nota citada refleja el temor de que el anciano, debido a su avanzada edad, no se resuelva a aceptar un cargo que requiere energía y actividad. Creemos que sucedió así, pues no se ha llegado a saber que Artigas hubiera sido instructor del ejército paraguayo.

López, al ver su ancianidad, desistió de sus propósitos, resolviendo ofrecerle una morada en una de sus chacras situadas en estos lares, a fin de que pasara el resto de sus días.

De cualquier modo, podemos felicitarnos que el presidente López haya tenido este feliz recuerdo, que arrancó al desterrado de aquel lugar inaccesible. Si no hubiese pasado el último lustro de su vida en estos aledaños, su historia de proscripto estaría envuelta en el más profundo misterio, si exceptuamos la breve correspondencia, que, interesándose por su asilado, cambian los cónsules con el comandante Gauto, en 1841.

Es ella un relámpago que nos permite verle por unos instantes.

Su traslado a Ybiray tuvo el valor inmenso de volver a conocer el mundo; saber el resultado de sus sacrificios y desvelos; pues recién gozó de libertad.

Aquí fué visitado por destacadas personalidades, que llegaron hasta el viejo caudillo atraídas por su fama pasada. Algunas nos han dejado escritas preciosas referencias que nos permiten reconstruir su vida.

Entre estos visitantes citaremos al general argentino don José María Paz, al militar brasileño Beaurepaire Rohan, al sabio francés doctor Alfredo Demersay y a su hijo José María. Trató al presidente López y a sus familiares, cultivando especial amistad con su hijo Benigno; se relacionó con los sencillos vecinos del lugar, entre los

cuales era muy apreciado por su natural bondad. Iba a misa a la iglesia de la Recoleta, pues aun no existía la parroquia de Trinidad; montaba a caballo, hacía y retribuía visitas, jugaba a la baraja, tomaba mate... Nunca dejó de ser un criollo. Fué hasta su postrer momento la encarnación viva de la patria. Se le conocía en el barrio por "el caraí (señor) extranjero", porque debido a la persecución que éstos sufrieron durante la dictadura de Francia, eran rarísimos en el país. De ahí que su partida de defunción fuese extendida con esa "nacionalidad".

Nos cuenta una anciana vecina que su madre recordaba a un caraí extranjero que vivía cerca de su casa, en una chacra de López y criaba muchas gallinas. Esta afición de Artigas por las aves la hace notar también Zinny cuando se refiere a la vida que llevaba en Curuguaty, como complemento de su dedicación a la agricultura.

ORIGEN DEL HIMNO NACIONAL PARAGUAYO

La noticia de que López había sacado a Artigas de su confinamiento en Curuguaty, devolviéndole la libertad, tuvo simpática resonancia en la tierra charrúa.

Casualmente en esa época —1846— llegaron a Montevideo en misión oficial, que no es del caso consignar aquí, dos delegados paraguayos, los señores Jovellanos y González. Estos tuvieron ocasión de ponerse en comunicación con el célebre poeta, autor de nuestro Himno Nacional, don Francisco Acuña de Figueroa. Este había sentido siempre una gran admiración por Artigas, y en sus conversaciones con los enviados paraguayos, supo que el gobierno había mejorado la vida del proscripto. Un sentimiento de humana gratitud sacudió su espíritu y lo inspiró a verter y dar forma marcial a las vibrantes notas de un "Himno Patriótico", que envió "dedicado a la República del Paraguay" como expresión de reconocimiento.

En el original, que hemos visto en el Museo de Asunción, el autor ha escrito al pie esta nota: "Presentado por mí a los señores Jovellanos y González enviados de aquella República en Mayo de 1846, y poco después adoptado en

aquella república y declarado himno nacional permanente. La música es la misma del Himno Oriental".

En consecuencia, el Himno Nacional Paraguayo tuvo un digno y bello origen. Fué la concresión de un estado espiritual de gratitud en la patria de Artigas, expresada por el estro de su bardo, que acercó o vinculó con la voz de los himnos hermanos, el alma de estos pueblos.

ARTIGAS EN YBIRAY

Mucho se ha escrito sobre la vida del patriarca en este lugar, porque es indudablemente el período más conocido de su vida en el país. De todo lo que hemos leído y compulsado, elegimos las impresiones que nos han transmitido tres de sus visitantes, por considerarlas las más imparciales y autorizadas. Son ellas las de un argentino, un brasileño y un oriental.

Hacemos constar esta casual coincidencia porque parece acusar cierto grado de mayor justicia en sus opiniones.

Fueron éstos los ya citados militares: el oficial brasileño Beaurepaire Rohan, el general argentino Paz y el teniente coronel José María Artigas, hijo del prócer, que oculta su nombre bajo el seudónimo de Un Oriental al dar a la estampa sus impresiones sobre su padre, publicadas en "El Constitucional" de Montevideo al regreso de su viaje al Paraguay.

Empezaremos por hacer un estudio comparativo del lugar, tal como existe actualmente, con los datos que nos suministran los documentos citados. Comprobamos que rara vez un paraje conserva a través de un siglo tal fidelidad en los accidentes que lo caracterizan.

Se conocía entonces con el nombre de Ybiray, la localidad que comprende hoy el pueblo de La Santísima Trinidad y el Jardín Botánico, a cuya entrada, hacia la izquierda, está el Solar de Artigas, donde se levanta la Escuela del mismo nombre, monumento erigido por el pueblo oriental a la memoria del prócer. Al frente, el magnífico ybirá-pytá o "Arbol de Artigas", abre su frondosa copa en forma de sombrilla protectora.

Era antes el Botánico una extensa propiedad de don Carlos Antonio López, dividida en chacras y quintas, cubiertas de feraz vegetación. En una de ellas tenía el presidente su casa veraniega, residencia de su familia, formada por su esposa doña Juana Carrillo y varios hijos; entre ellos, el más tarde célebre mariscal Francisco Solano.

Gobiernos posteriores adquirieron esta valiosa propiedad para dedicarla a escuela de agricultura y jardín botánico, siendo este último, hasta hoy, el fin a que se le destina. En ella se levantaba la casita que López dispuso fuera albergue de nuestro prócer. Ha mucho que desapareció. Pero el ya citado botánico Dr. Alfredo Demersay, que en 1848 visitara estas comarcas en misión de estudios, nos legó una hermosa colección de láminas, en las cuales había estampado vívidas notas de todo lo más importante que sus ojos vieron, y cuyas copias se hallan en los museos de Asunción y de Montevideo. Entre ellas, además del célebre bosquejo a Artigas atribuído a Bonpland, y de los principales hombres de la época en el Río de la Plata, se encuentra el dibujo de la morada de Artigas, que nos presenta con esta inscripción: "Casa habitada por Artigas en Ybiray".

Era, según la lámina, una modesta vivienda de dos aguas, techo de tejas y un pequeño corredor. ¿Cuál era exactamente su situación?

—Creemos que muy cerca del "ybirá-pytá", tal vez debajo de su ramaje amplio y acogedor; pues desde los primeros viajeros compatriotas que llegaron al país y quisieron conocer el sitio que el patriarca inmortalizara con su muerte, fueron conducidos junto a este árbol, cuya fotografía tomada hace casi medio siglo, nos ha sido proporcionada por una persona que nos merece el mayor respeto. No había transcurrido entonces igual lapso desde que Artigas desapareció. Fácil era, por lo tanto, a los vecinos del lugar identificar el sitio donde estaba situada su morada, y siempre la ubicaron junto al árbol, que hoy ya ha pasado a ser un símbolo sagrado para el alma oriental. Ningún uruguayo llega a él sin sentirse embargado de profunda emoción.

Insistimos sobre este punto, porque no falta el descreído de oficio que, sin fundamento serio, afirma que la

casita de Artigas estaba situada bajo el inmenso manduví-guazú, junto a la casa-habitación que ocupaba la familia del presidente López. El sitio, por sí solo, nos parece inapropiado.

Además, en el archivo del Jardín Botánico, a cuya institución pertenece el magnífico ejemplar, nos han suministrado pruebas fundamentales de que ese árbol no existía en la época de Artigas, pues no es originario del Paraguay sino del Brasil, siendo uno de los pocos ejemplares existentes en el país. Fué traído por don Carlos Antonio, como habitualmente lo llaman hasta hoy los habitantes del lugar, para enriquecer su quinta, conjuntamente con otras múltiples variedades de plantas raras, muchas de las cuales embellecen aún el Botánico. A tal fin hizo fletar un vaporcito especial, siendo encargado de hacer las compras y elección de las mismas, el señor José Berges, más tarde ministro paraguayo en aquel país. El manduví-guazú o "maní grande", cuyo nombre científico es "Sterculia Chichae Presl", llama la atención por sus rarísimas e inmensas semillas coloreadas, más interesantes que sus propias flores, y por su colosal desarrollo, muy superior al Arbol de Artigas, debido a su calidad de madera blanda que le permite rápido crecimiento. Por el contrario, el ybirápytá o "madera colorada", llamado así porque toma ese color cuando la hieren los rayos solares, y cuyo nombre científico es "Peltophorum dubium", es de lento crecer y vida secular, por su condición de madera muy dura. Ambos ejemplares vecinos rivalizan en la majestad de sus frondas, destacándose inconfundibles en el boscaje que los rodea, y cuyos troncos rugosos nos hablan de épocas lejanas y de recios vendavales que han sabido resistir. Para ilustrar mejor a los lectores publicamos sus respectivas fotografías, recientemente tomadas.

La descripción más exacta que ha llegado a nosotros de este histórico lugar, tan enraizado al corazón del pueblo oriental, pertenece, precisamente, al hijo del prócer; porque tal vez como nadie puso alma en los ojos para ver y recordar detalles del ambiente en que moraba y terminaría sus horas, su ilustre progenitor. Ya dijimos que apareció con la firma de Un Oriental; pero don Isidoro de María, director de "El Constitucional", dijo después en su

"Compendio de Historia" que pertenecía al hijo de Artigas.

Refiriéndose al paraje, dice: "Hay en este lugar tres posesiones inmediatas: En una habita la digna y benéfica familia del señor Presidente López, amiga y protectora del General; la otra la ocupa el Ministro del Brasil, y en la otra, cerca de las salinas está don José Artigas"...

Pero antes de seguir adelante, detengámonos para identificar los edificios de que nos habla, y que hoy nos son tan familiares. La casa de López dista apenas unos doscientos metros del Solar de Artigas. Se conserva en buen estado, sirviendo de sede a la dirección del Jardín Botánico. Es una sólida construcción de estilo colonial, de espesas paredes de piedras, protegidas por una amplia galería columnada y constituída por numerosas habitaciones. Se le conoce actualmente en el lugar por el nombre de "La Casa Baja". Arboles frondosos la circundan, ofreciéndole su sombra protectora.

Un poco más adelante, sobre elevada colina y unida por una hermosa avenida de eucaliptus, se levanta "La Casa Alta", de dos plantas, construída en el mismo estilo que la anterior, con sus pequeñas ventanas de rejas coloniales, su techumbre de tejas ennegrecidas por el tiempo y la infaltable galería columnada para defenderla del sol abrasador. Magníficas palmeras y árboles de las más variadas especies, le ofrecen sombra y belleza. Indudablemente que es ésta la casa, mansión señorial en su tiempo, que el narrador da habitada por el ministro del Brasil. Fué más tarde morada veraniega de Mme. Lynch, la cautivante inglesa que tanta influencia tuvo en la vida del mariscal Francisco Solano.

"...Y en la otra, *cerca de las salinas,* agrega, está don José Artigas..." Este dato tiene para nosotros particular interés. La casita, ya lo hemos dicho, ha desaparecido. No podía tener la solidez de las construcciones descriptas, capaces de resistir la lucha contra cien años. Pero el detalle antedicho concuerda perfectamente con la calidad de las aguas que ofrece el subsuelo del Solar, y sus adyacencias, tan salobres, que son casi inadaptables para el uso doméstico. Y acaso por ello le llamaran a este lugar "las salinas".

Sigamos comentando este interesante documento.

"Esta buena y respetable familia, dice refiriéndose a la de López, prodiga sus cuidados a aquel anciano, que por sus virtudes y corrección ha sabido captarse el aprecio y la estimación de todas las personas que la forman. El presidente de la república lo honra y favorece con su amistad y benevolencia. Generosas y repetidas ofertas le han dirigido, pero incapaz Artigas de ser demasiado gravoso, ni de abusar de la bondad de sus bienhechores, se limita a lo más indispensable para la vida. Agradecido a sus beneficios desea ocasiones en que demostrarle su vivo reconocimiento y no cesa de hacer votos por su felicidad. Dios dé salud a quien hace tanto bien, son sus palabras siempre que le sirven el alimento..."

Nada más de acuerdo que estos datos con la figura y el lugar que estudiamos, los cuales son corroborados con fidelidad por Beaurepaire Rohan, el militar brasileño que en la misma fecha —1846— visitara al patriarca de Ybiray, y cuyos documentos compulsaremos en seguida.

Era éste un distinguido y joven oficial del imperio que visitaba el país, cuando fué sorprendido en la legación del Brasil por la noticia que Artigas vivía en estos aledaños.

El nombre del famoso caudillo hizo revivir en su alma recuerdos de infancia. ¡Tanto había oído en su hogar hablar de él!

Y resolvió hacerle una visita, de la cual vierte sus impresiones con emoción y sinceridad, en un opúsculo publicado con motivo del citado viaje. Escuchémosle:

"Por los arrabales de Asunción existen muchas chacras. En una de ellas visité hoy, viejo y pobre, pero lleno de reminiscencias de gloria, a aquel guerrero tan temido de las campañas del Sur, el famoso don José Artigas. Francia, a quien el derrotado General pidiera un refugio hace más de veinticinco años, lo destinó a una de las villas del interior, donde vivió hasta que el actual gobierno le concedió la libertad, y con ella el pan que lo alimenta.

"No me hartaba yo de estar frente a frente con este hombre intrépido de cuyas hazañas oyera hablar desde mi infancia, y que, desde hace mucho reputaba muerto. Por su parte, no menos satisfecho se mostró el declinante vie-

jo, sabiendo que a su choza me conducía la fama de sus hechos.

"¿Entonces — preguntóme risueñamente — mi nombre suena todavía en su país? — Y habiéndole respondido afirmativamente, contestó después de una pequeña pausa: "Es todo lo que me resta de tantos trabajos. Hoy vivo de limosna".

Nada más vivo que este cuadro, descripto con bello realismo por el joven oficial embargado de emoción y respeto ante "aquel monumento histórico en ruinas", como dirá después.

Si las reliquias inanimadas nos cautivan con el poder misterioso que emanan de sus historias, ¿cómo no iba a atraer al noble joven aquel monumento viviente, evocador de todo un pasado de gloria, que aunque había luchado contra su patria, tenía el magnífico atractivo de indiscutible grandeza?

Lo inesperado del hallazgo, "pues hacía tanto lo reputaban muerto", su noble ancianidad, su miseria digna, oculta en lejanos arrabales, que le movía a confesar "hoy vivo de limosna"; todo debió conmover al gallardo militar, reverente ante aquella ruina que sonríe al saber que su nombre suena todavía en el país de sus más encarnizados enemigos. Y ese oficial, que desde niño oyera hablar de sus hazañas como provenientes de un héroe de leyendas, estaba ante él, cual un noble mensajero, que antes de la partida del anciano, viniera a traerle el anuncio de la gloria que se aprestaba a coronar sus sacrificios.

La América luso brasileña, hacía llegar al desterrado, tal testimonio de reconocimiento.

Transcurren casi cuarenta años. Un día el doctor Carlos María Ramírez al escribir su obra "Artigas", recuerda al militar brasileño que tan preciosas impresiones nos legara de su visita al patriarca; le escribe en demanda de mayores datos que los ya publicados en el opúsculo.

Beaurepaire Rohan, que era a la sazón teniente general del imperio, respondió al Dr. Ramírez con una gentil misiva, fechada en Río de Janeiro el 26 de diciembre de 1884, que publicó en su libro el citado autor. En ella confirma lo anterior y se expresa: "Agregaré además que Artigas era un hombre de mediana estatura, delgado, de

nariz aguileña y mirar centellante. Su debilidad senil lo obligaba a andar siempre apoyado en un bastón.

"Era la imagen de un monumento histórico en ruinas". Este retrato físico es una confirmación del que gráficamente nos legó Demersay, tomado del natural dos años más tarde, y de lo que nos refieren otras personas que lo conocieron en la misma época. Son, datos de verdadero valor histórico.

A continuación Beaurepaire Rohan describe otros detalles interesantes porque aclaran dudas y confirman verdades: "La existencia de Artigas, dice, en las proximidades de Asunción era casi desconocida por la población del ambiente: nadie hablaba de ella. Fué en la Legación del Brasil que tuve casualmente noticias del afamado caudillo". Esta afirmación la compartimos nosotros ampliamente, aunque hemos dicho que Artigas estaba relacionado con los vecinos del lugar. Debemos recordar que este pueblo había vivido tan aislado como nuestro héroe, y por lo tanto nada sabía tampoco de lo que pasó en el mundo durante treinta años.

"Una generación olvidó que fuera de las fronteras había otros pueblos; otra nació ignorándolo por completo", dice el doctor Chaves.

¿Podrían, entonces, aquellos sencillos vecinos, llegar a reconocer en este viejecito decadente y humilde, a aquel guerrero tan famoso, si es que alguna vez llegó a sus oídos el eco de su nombre? Ni el mismo cura párroco que lo enterrara cuatro años más tarde, y a cuya iglesia asistía a misa todos los domingos, sabia siquiera su nacionalidad, pues escribe en la partida de defunción "...Enterré a un adulto llamado José Artigas, extranjero..."

Ya hemos dicho que así se le calificaba.

Si el párroco, que no dudamos era de las personas más ilustradas de la localidad, no conocía su historia ni su nombre, pues al escribirlo no le evoca el recuerdo de la patria oriental, creemos que Beaurepaire Rohan tiene razón al manifestar que no se sabía que Artigas moraba en el lugar.

"Nadie hablaba de él, dice. Fué en la legación del Brasil que tuve casualmente noticias del afamado caudillo". Esta expresión concuerda también con lo que escri-

be "Un Oriental", "que el ministro del Brasil ocupaba una de las tres posesiones existentes en la localidad". Eran, pues, vecinos. Y para el diplomático brasileño no podía pasar inadvertido el nombre de José Artigas, lo que dió feliz oportunidad para que el joven llegara hasta el proscripto, pudiendo así legarnos tan preciosos y concisos informes de su vida. Todavía agrega este interesante detalle: "Con él vivía un viejo "paulista", su amigo tan fiel en los días de prosperidad como en las vicisitudes de una vida atribulada por los reveses".

Este visitante también reparó en Ansina, y supo de auténtica fuente que su fidelidad había resistido tanto los días venturosos como los de derrotas y miserias.

Es difícil hallar una idea más fielmente expresada que ésta y lo que dice "Un Oriental" respecto al mismo personaje.

En lo único que no estamos de acuerdo con Beaurepaire Rohan, es en la nacionalidad que le atribuye, presentándolo como "paulista", es decir brasileño. Habiendo estado siempre Artigas en lucha con el Brasil, no iba a elegir para asistente o simple criado suyo a un súbdito de esa nación. Pero recordemos también que estos últimos informes son dados cuarenta años más tarde de haber realizado su célebre visita, y si el tiempo no logró borrar de su memoria la imagen de aquel vasallo fiel, bien pudo hacerle olvidar el insignificante detalle del lugar donde naciera.

Volvamos a continuar analizando lo que "Un Oriental" nos dice sobre la vida del prócer en este país: "Educado en la escuela de la desgracia, gustaba hacer bien al pobre y cada vez que recibía su pensión la distribuía casi toda en limosnas entre los indigentes. Llegó esta noticia a Francia, quien suponiendo que el General no tenía necesidad de aquello para vivir, cuando le daba aquel destino, le suspendió la pensión que había recibido durante diez años consecutivos.

"Artigas vivió hasta la muerte del Dictador (a quien no vió jamás) de su trabajo personal. Reunió hasta noventa y tantos animales, pero sobrevino una peste más tarde, reduciendo de seis a ocho su número".

"Muerto Francia, sucedió el gobierno de los cinco

miembros. Hubo una gran prendición en el Paraguay y Artigas fué preso también por orden del ex-secretario del dictador. La partida que fué a prenderlo lo encontró arando y desnudo por el calor de medio cuerpo para arriba. Pidió permiso para entrar a su casa a vestir una camisa, y le condujeron a un calabozo, donde permaneció un mes incomunicado, con una barra de grillos sin conocer la causa. Al cabo de este tiempo lo sacaron una noche de su encierro, en circunstancias que había alguna gente de tropa formada en la plaza del pueblo, para quitarle las prisiones y restituirlo a la libertad. Fué llevado a la casa del comandante que le satisfizo y le tranquilizó completamente.

"Poco tiempo después el gobierno de los señores cónsules le llamó a su presencia y le destinó a la Recoleta (punto distante como una legua de la capital) para su residencia. Su situación no era entonces de las más felices: un hermano tan honrado como benéfico del actual presidente de la república, recurrió a la fina bondad de su ilustre hermano, y éste con una atención y generosidad digna de su carácter franco y humanitario, lo hizo trasladar a "Yguialú" dándole una de sus chacras o quintas para que habitase y proveyéndole de ropas y enseres".

Creemos que hay un error en el nombre de "Yguialú", pues nadie recuerda que haya existido en los alrededores de Asunción un paraje llamado así, mientras que está comprobado que Artigas estuvo y murió en Ybiray.

Encontramos en este interesante extracto algunas otras pequeñas equivocaciones de nombres y fechas, que aclararemos compulsando otros documentos. Dice que Artigas estuvo seis meses en el convento de Las Mercedes, cuando sólo pasó tres, comprobado por una nota de Artigas. Creemos también que es erróneo el dato sobre el tiempo que permaneció en la prisión, por las razones apuntadas en el capítulo correspondiente. Y si hallamos estos involuntarios desvíos de la verdad, pudo también el autor haber confundido los parajes Manorá y Recoleta. En lo que expresa sobre las luchas bélicas y políticas de Artigas, así como de su vida en este país, lo hallamos en un todo ajustado a la verdad; por ser aspectos muy conocidos omitimos transcribirlos.

Aunque el presidente López hubiera dado a Artigas

una chacra y los enseres necesarios para trabajarla, no nos extraña oírle decir que vivía de limosna; pues la decadencia de los dos ancianos no podía permitirles el peso de las duras tareas agrícolas. De ahí que su hijo también exprese: "Dios dé salud a quien hace tanto bien, son sus palabras *siempre que le sirven el alimento*". ..."Incapaz Artigas de ser demasiado gravoso, se limita a lo más indispensable para la vida"...

Estas breves frases lo dicen todo. Y tornando transparentes las brumas del tiempo nos permiten mirar con emoción y reconstruir en estos mismos lugares aquel cuadro donde un anciano de blancos cabellos, en cuya frente se refleja serenidad de conciencia, deambula, acompañado de un perro que parece mitigar su soledad. Más allá un negro humilde, en cuya cabeza los años fueron arrojando nieve.

La paz del ambiente campesino que hasta hoy envuelve el Solar; el boscaje agreste que lo circunda, donde se oye el croar de los batracios confundido con el canto de las aves silvestres; el ybirá-pytá centenario, de frondoso ramaje adornado con floridos racimos amarillos; la "casa de López" con su manduví-guazú secular; más alla "la casa alta", evocadora del idilio que endulzara la trágica vida de Francisco Solano; el cielo de azul intenso y horizontes crepusculares de fuego; el undísono río, cantando en el arpa del viento su eterna canción de primavera, todo está igual. Nada ha cambiado. Fácil es, trasladarnos un siglo atrás. No quiere ser una carga, por eso no abusa de la bondad de sus bienhechores, conformándose con lo indispensable para la vida. Aquella confesión hecha a Beaurepaire Rohan, al decirle "hoy vivo de limosna" es un grito del alma; no de reconvención, sino de justificación ante el mundo, para decirle, acaso por última vez, que sus luchas no tuvieron intereses mezquinos ni personales lucros. Por eso la miseria no le avergüenza. La lleva con orgullo.

En aquellas horas de gris atardecer, llegará otro distinguido visitante a la humilde choza del anciano. Es el argentino general José María Paz.

¿El motivo de su visita? ¿Curiosidad? ¿Admiración?

Zorrilla lo ve ir como enviado de los unitarios argentinos a ver si puede realizar el milagro de derrocar la ti-

ranía rosista... ¡Los unitarios reclamando la presencia de Artigas en el escenario político de su patria!

Nos limitaremos a transcribir lo que nos dice en sus "Memorias" el citado militar; desgraciadamente, se muestra parco y reservado.

"En el año 1846, dice, he conocido al anciano Artigas en el Paraguay, después de veintiséis años de detención, ya voluntaria o involuntaria, y de donde es posible que no salga más. Tiene más de 80 años de edad, pero monta a caballo y goza de tal cual salud. Sin embargo sus facultades intelectuales se resienten sea de la edad, sea de la paralización física y moral en que lo constituyó el doctor Francia, secuestrándolo de todo consorcio humano y relegándolo al remotísimo pueblo de Curuguaty. El actual gobierno lo ha hecho traer a la capital donde vive más pasablemente. Sus métodos de vida, sus hábitos y sus maneras son los de un hombre de campo".

Esta última observación del táctico argentino no nos sorprende, la hallamos justa y atinada; nos induce a recordar que Artigas llevaba en el Paraguay veintiséis años de labriego, más el tiempo transcurrido en su azarosa vida de guerrero, cuyas luchas tuvieron siempre por escenario la desierta campaña; es tiempo más que suficiente para adquirir hábitos y costumbres de la gente de campo, entre la cual transcurrió casi toda su vida.

ENTREVISTA DE ARTIGAS CON SU HIJO

No ha sido aclarado por los historiadores el móvil de la visita que hiciera a su padre en el destierro el teniente coronel José María Artigas. Se atribuye simplemente al impulso de amor y respeto filial. Poco ha quedado escrito al respecto, y sobre antojadizas conjeturas no puede hacerse historia. Sin embargo, huroneando entre viejos papeles de archivos, dimos con la solicitud de permiso y renovación del pasaporte que éste hiciera nuevamente, en 1845, para realizar su postergado viaje al Paraguay. Analicemos. Debe tenerse en cuenta que el hijo no era un simple ciudadano que iba a reconocer y, tal vez, a buscar a su

anciano padre desterrado. Era un militar que desempeñaba un elevado cargo en el ejército que defendía la plaza de Montevideo durante la Guerra Grande. Nos será fácil deducir que esta entrevista, tan urgentemente solicitada, a pesar del carácter familiar que es justo reconocerle, encerraba fines políticos. Recordemos que sobre el Uruguay se cernían agudos problemas internacionales, cuya solución se buscaba por medio de las armas, en aquella larga jornada, que después de nueve años terminó con el pacto fraternal de "no hay vencidos ni vencedores", el 8 de Octubre de 1851.

Pero es en el fragor terrible e indeciso de la lucha —en 1846— cuando el teniente coronel Artigas abandona temporalmente las armas, "porque tiene absoluta y urgente necesidad de tener una entrevista con su señor padre el general don José Artigas, o a lo menos ponerse en contacto y comunicación más inmediata con él", según expresa en la solicitud.

¿No cabe suponer, que ese interés que aduce es arrastrar aquel glorioso trofeo para llevarlo a los muros de la defensa, a ver si su prestigio realiza el milagro de hallar solución a tan sangriento problema?

Fuera de las murallas, en el campo sitiador, también se piensa lo mismo. La figura del viejo caudillo en sus filas sería un valioso estandarte. Y su nombre era allí enaltecido y proclamado, a pesar de que el hijo del héroe milita en las filas adversarias. Nos dice el ilustre historiador y publicista Dr. Carlos María Ramírez en su citada obra, que recorriendo las páginas de un pequeño periódico que se editaba en el Cerrito, denominado "El Defensor de la Independencia Americana", se hallan elogiosos artículos enalteciendo la personalidad del primer jefe de los orientales. En el pueblo "Restauración" —hoy Unión,— fundado por el jefe sitiador, llevaba el nombre de Artigas la calle central y la gran batería de la izquierda. Además Oribe había hecho grandes esfuerzos por conseguir la repatriación del que fuera antes su jefe.

Para gloria suya y de la patria que nos legara, desoyó toda promesa lisonjera y quedó a esperar la muerte, como el águila de las cumbres, en el peñón solitario. Allí ha de llegar a buscarlo su hijo José María, con la espe-

ranza de que, por lo menos, logrará convencer al padre, si no al caudillo, y ha de llevárselo consigo.

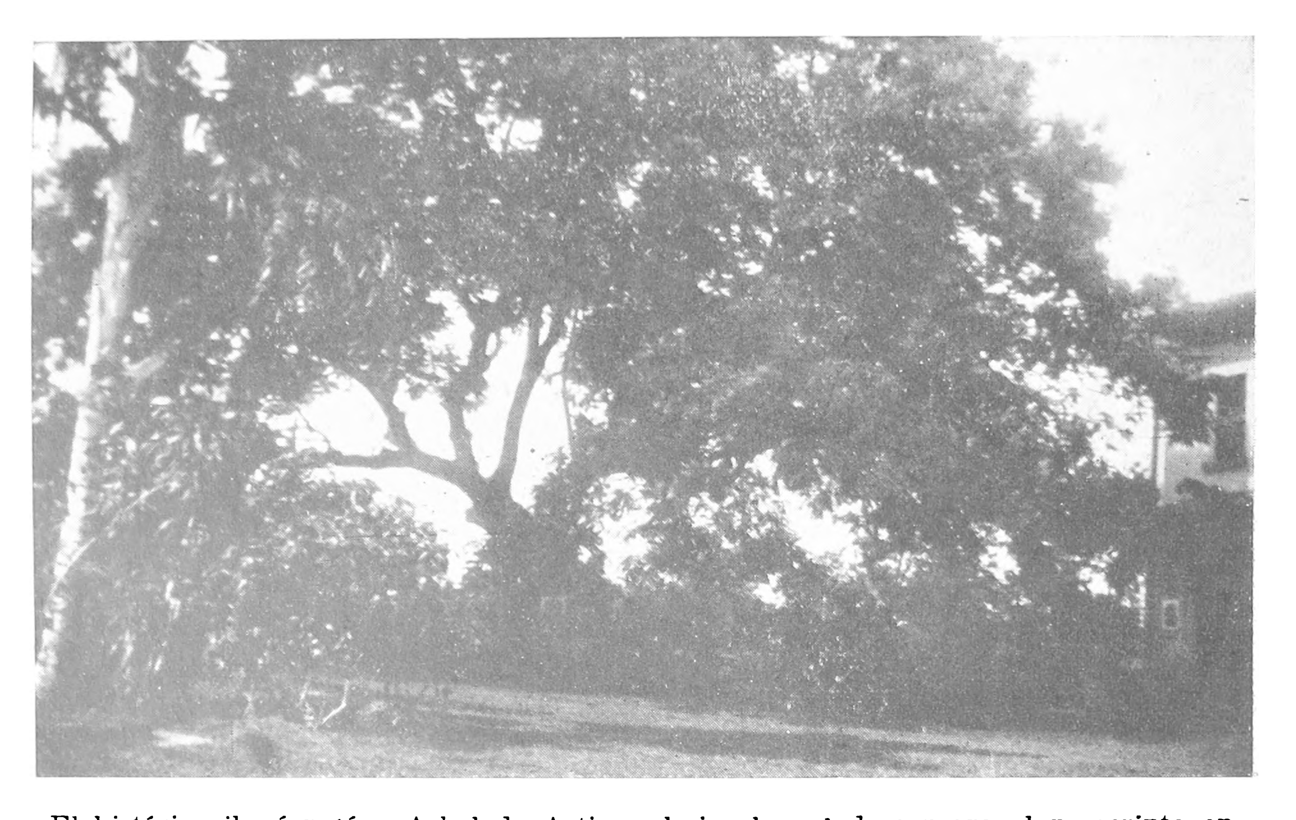
No veamos en esta visita inesperada la del hijo que va simplemente a encontrarse con su progenitor, sino a la vez la de un comisionado de su gobierno que cree aprovechar la influencia, lógicamente humana, que debe tener este delegado excepcional. Ya hemos visto que en José María se pensó también cuando por primera vez se creyó posible la repatriación del proscripto.

El hijo viajó en el "Fulton", nave de la armada anglofrancesa fondeada en el Plata, requerida por el gobierno de la defensa como interventora en el gran pleito fratricida. Después de haberse abierto paso en estos ríos bajo la presión de sus cañones en el sangriento combate de Obligado contra la flota argentina, sus naves llegaban tranquilamente hasta Asunción bajo el mando de los capitanes Hotham y Trevoir. Pero a pesar de este triunfo se inicia el año 46 con funestos presagios para los heroicos defensores de la plaza de Montevideo.

Rivera sufre terrible derrota en India Muerta y se interna en el Brasil. Don Joaquín Suárez, que preside la república, dudando de su lealtad lo hace confinar en Río de Janeiro. Influyendo sobre el sano espíritu del citado patricio, sus amigos logran que lo designe ministro plenipotenciario en el Paraguay.

Suárez accede; con la condición expresa de que hará el viaje por tierra directamente entre los dos países. Rivera desoye este acuerdo, se embarca para el Paraguay en el vapor Fomento, y el 1º de Abril se presenta en Montevideo, solicita del presidente un permiso excepcional para desembarcar, a fin de arreglar sus asuntos antes de partir hacia este país, en cumplimiento de su misión. Sus muchos partidarios provocan una sangrienta revolución que, triunfante, exige de Suárez el nombramiento de Rivera para jefe del ejército de campaña.

Esta obligada designación, trae como consecuencia la inmediata renuncia del ministro de la guerra general Melchor Pacheco y Obes, jefe militar de la plaza, que había organizado y sostenido su defensa con inteligencia y valor, y de otros meritorios compañeros.



El histórico ibyrá-pytá o Arbol de Artigas, bajo el cual descansara el proscripto en sus últimos años. Velado por sus ramas y en la serenidad del bronce, se levanta un magnífico busto, obra del malogrado escultor Luis Blanes, y que a su muerte fuera terminada por su padre, nuestro máximo pintor.



El soberbio manduví-guazú que se yergue junto a la casa que fué residencia veraniega del presidente don Carlos A. López. Su tronco mide mts. 660 de circunferencia. Es superior por su tamaño al árbol de Artigas.

Es en estos momentos de caótica confusión, que el teniente coronel Artigas abandona momentáneamente las armas porque "tiene absoluta y urgente necesidad de entrevistarse con su señor padre".

¿No surge claramente de semejante estado de cosas el motivo primordial de la visita?

Aquellos hombres angustiados por tan terribles conflictos, pensaron que sólo el espíritu del viejo de las selvas, caudillo que seguía siendo la encarnación de la patria, podría salvarla de la sangrienta tragedia en que se hallaba envuelta. Y enviaron en su busca al único comisionado que creyeron capaz de decidirlo a empuñar las armas en una lucha fratricida. Este mensajero no traía pliegos, como los anteriores, de gobernante a gobernante. Sólo traía su palabra ardiente de hijo de la sangre y de la patria. Era el único emisario que le hablaría de corazón a corazón, con la elocuencia que presta el sentimiento en los momentos solemnes de la vida.

¿Qué promesas estaba el hijo autorizado a hacerle? ¿Cuál el puesto que se destinaba al viejo guerrero? ¿Cuál la misión que le tocaría desempeñar de nuevo bajo la bandera ensangrentada de la patria?

Secretos son estos que ambos llevaron a la tumba.

La conferencia entre el joven emisario y el viejo caudillo debió tener algo de íntima confidencia testamentaria; mucho de hondo dramatismo.

¿No lo veis en presencia de ese hijo vistiendo el uniforme oriental, que va a buscar y a conocer por primera vez a su padre octogenario, para pedirle que regrese a salvar la patria que él forjara con su brazo batallador? El cenobita de los bosques vió a la luz de su espíritu, que no podía separar al hijo de aquel militar embanderado en uno de los dos partidos que ensangrentaban el terruño nativo, disputándose el banquete del poder.

Ante este terrible dilema, ahogó sus íntimos sentimientos paternales, y sobreponiéndose a su exhausta ancianidad ofrendó a la patria del porvenir el último y más caro sacrificio: Abrazó al hijo con la dolorosa emoción de las despedidas eternas, y lo dejó partir solo. Solo y triste, con el fracaso de su misión sobre los hombros. El

mendigo de Ibiray, llamado otra vez con halagadoras promesas por los dos grandes partidos políticos en que se dividía su país, rechazó el ofrecimiento y quedó solo, con la visión lejana de la patria.

"El Fulton" levó anclas río abajo, luego de dos meses de permanencia en estos lares, llevando de regreso al hijo del proscripto, como lo había traído.

El viejo caudillo de las gestas libertadoras, miraba, desde la playa, flamear al viento en el mástil de la nave guerrera, aquellas banderas europeas y sentía oprimido el corazón.

Representóse el campo opositor en el que tremolaba la bandera sangrienta de la tiranía de Rosas. Vió a sus tenientes, que le habían ayudado a gestar la patria, luchando en uno y otro bando envueltos en un torbellino de pasiones e intereses.

No. El no podía volver a su tierra en aquellas circunstancias aciagas; comprendía que su presencia no sería bastante para apagar el incendio, el cual terminaría por arrastrarlo en su oleaje de fuego.

Volvió a su rancho a esperar el llamado, que no podía tardar, rodeado de su negro, su perro, su "Morito" y su miseria.

El hijo regresó a Montevideo, donde más tarde escribió un resumen de lo que pudo decir respecto a lo que sus ojos vieron y sus oídos escucharon de labios de su padre. Su lenguaje es sobrio en comentarios, parco en juicios, expuestos a través del prisma espiritual de un extraño. Firma simplemente Un Oriental. Se ve obligado a guardar silencio sobre su viaje, la entrevista con su padre, las propuestas que estaba autorizado a hacerle en nombre de su gobierno, y su propio interés en rescatar para la patria y para su hogar aquel monumento abandonado. Su viaje al Paraguay fué a la vez una despedida eterna; José María falleció al año siguiente —1847 — precediendo tres años a su padre.

LA MUERTE DE ARTIGAS

Tanto se ha escrito sobre este hecho, que algunos autores han llegado a novelarlo rodeándolo de detalles

dramáticos. Unos ven al anciano yacente dejar el lecho y arrodillarse a recibir el Viático; otros lo describen pidiendo su caballo porque quiere morir montado, o viendo cómo el humilde vecindario se arrodilla al paso del fúnebre cortejo.

Lejos de nosotros la idea de desautorizar tales suposiciones. Después de leer lo que se ha escrito al respecto, compulsándolo con los documentos fehacientes que han quedado, llegamos a la conclusión que el deceso se produjo en forma normal, casi repentinamente. El sepelio se realizó en la intimidad de pocas personas; las cuales, creemos, ignoraban que ese viejecito humilde que entregaban a la tierra, era el adalid de la causa republicana. Naturalmente debemos descartar de esa ignorancia a algunas personalidades que habitaban en su vecindad, como López y sus familiares, el ministro del Brasil Pimienta Bueno y algunas otras personas superiores al medio ambiente.

Para el sencillo vecindario, don José Artigas no era más que un "caraí extranjero", que no ha mucho había venido a morar entre ellos. Nada más sabían de su vida.

Si bien el gobierno de don Carlos Antonio López era más humano y progresista que el de su antecesor, no lo era mucho en cuanto a libertad de pensamiento. En su dictadura de dieciocho años sólo hubo en el país un periódico, órgano oficial del gobierno, bajo su inmediata censura. En el momento que nos ocupa —1850— existía "El Paraguayo Independiente", que fué más tarde substituido por "El Semanario Ilustrado", que aparecía los sábados, y, como el anterior, con mordaza. Con tan limitados medios de información muy poco podía ilustrarse el pueblo, que seguía viviendo en el mismo aislamiento espiritual respecto a los acontecimientos sucedidos más allá del horizonte aldeano. No nos extrañe, que vieran en don José sólo al anciano que los saludaba sonriente, cuando pasaba en su "Morito" camino de la iglesia o a visitar algún vecino.

Un día no lo vieron pasar. Al siguiente tampoco... Don José estaba enfermo. A la mañana temprano los vecinos madrugadores comentaron que había fallecido, recibiéndose la noticia con la mayor naturalidad. Cuando

se han cumplido 86 años, la muerte ya no sorprende ni al mismo a quien viene a buscar. Concurrieron los vecinos más cercanos. Como el difunto no tenía deudos ni dinero para costear el sepelio, aquella buena gente lugareña, a pesar de sus limitados recursos, contribuyeron en la medida de sus fuerzas para comprar un pobre cajón donde depositar el cadáver. Pasaron la noche alternando las horas con rezos y oraciones, piadosa costumbre que aún subsiste. A la mañana siguiente lo pusieron en una pequeña carreta tirada por mansa yunta —medio de transporte usado hasta hoy en la campaña— que marchó dando tumbos entre baches y zanjas hasta el cementerio de la Recoleta distante poco más de una legua. Allí los vecinos que se habían impuesto esta caritativa misión, buscaron al cura de la parroquia P. Cornelio Contreras para que los acompañara a darle cristiana sepultura. Y como tampoco tenían dinero para comprarle un sepulcro, lo llevaron al campo santo y lo entregaron a la madre tierra.

Madre, al fin, no le cobró derechos de sepultura. Allí quedó descansando, ignorado hasta por los mismos que lo acompañaban, el hombre que encarnó el sentido político-social de la revolución americana, que con más sacrificios luchó porque la libertad y la justicia reinaran sobre estos pueblos.

El Padre Contreras volvió a la iglesia, y con la indiferencia del que realiza todos los días el mismo trabajo, escribió en el libro correspondiente la partida de defunción, que es una síntesis de lo que hemos venido describiendo. En el margen de la página apuntó: "José de Artiga - Extranjero".

Y a continuación: "En esta parroquia de la Recoleta de la Capital, a 23 de setiembre de 1850, yo, el cura interino de ella enterré en sepultura ordinaria el cadáver de un adulto llamado José de Artiga, extranjero, de esta feligresía.

Doy fe. — Cornelio Contreras".

Los humildes vecinos que lo llevaron, volvieron a sus casas, con la tranquilidad del que ha cumplido un deber humanitario. Habían dejado descansando en la paz de la tierra a un hombre bueno, a un extranjero sin familia,

venido quién sabe de dónde! No sabían que habían enterrado al que no podía considerarse extranjero en ningún rincón de América, porque había luchado tanto por el futuro feliz de esta patria grande, que hoy hermana en una gran familia a los hombres que en ella nacieron y a los que vienen a ella, cumpliendo así uno de sus altos postulados.

Volvió con ellos al rancho solitario, cabizbajo, el negro Ansina, soldado, asistente, criado, amigo y deudo. Todo. Digno representante de la patria oriental en aquel momento supremo, rindiendo con su dolor sincero el homenaje de las únicas lágrimas que humedecieron la fosa del desterrado anónimo!

Allí quedó, en la soledad del campo santo, una tumba más, apenas señalada por una tosca cruz de madera, un poco de tierra removida...

Allí quedaba lo físico, lo humano, lo terrenal; lo que es capaz de destruirse. Su obra inmensa, sus grandes ideales americanistas, su ejemplo de desinterés y justicia diluído en las partículas inmortales de su espíritu, seguirán viviendo mientras haya corazones orientales y almas americanas capaces de comprender la grandeza del varón esclarecido, que llegó al martirio en aras de postulados redentores.

A los pocos días de acaecido el deceso, "El Paraguayo Independiente", con fecha 28 de setiembre, le dedicó el siguiente artículo necrológico, cuyos datos son tomados del oficio ya citado, que Francia dirigió al comandante del puerto de Borbón, el 12 de mayo de 1821. Dice así: "El tiempo acreditó la firme resolución que había tomado de no volver al suelo donde vió la luz, cuando se presentó en Candelaria perseguido por los suyos pidiendo un rincón en la República donde acabar sus días. Ha tenido para su regreso obligantes y repetidas invitaciones, tan luego como ha circulado en el exterior la noticia de que el Gobierno Consular establecido a la muerte del Dictador Francia, abrió las puertas de la república al comercio exterior y dejó expedito el regreso de todo extranjero, detenido por el sistema de aislamiento del régimen fenecido. Pero Artigas se ha excusado en todas ocasiones.

"Fué uno de los fundadores de la independencia del

Estado Oriental, su patria. El General Artigas ha resistido con pocos recursos todo el poder de Buenos Aires y disputó la superioridad de las fuerzas del Brasil.

"Su ascendiente dominaba al indio charrúa, al peón de los estancieros, a los oficiales instruídos, a los elementos de la guerra.

"Derrotado en su último combate de Tacuarembó, y perseguido por uno de sus comandantes el caudillo Ramírez, a quien había dejado a guardar más de cuarenta mil pesos oro se alzó con estos dineros y con ellos sublevó y aumentó algunas tropas de gente armada... Pidió asilo al gobierno de la República, diciendo que si no se lo concedía iría a meterse en los bosques. Su esperanza fué bien correspondida; él vino destituído de todo medio de auxilio y el gobierno le hizo dar una asistencia regular durante su residencia en el suprimido convento de las Mercedes y después lo hizo llevar a vivir a la villa de San Isidro de Curuguaty.

"En 1845, S. E. el Presidente de la República lo llamó a esta ciudad para proporcionarle mejor comodidad de la que podría disfrutar en aquel punto.

"El General Artigas no amaba las ciudades; aun en la vejez quería la libertad de los campos; en consecuencia fué acomodado en una chacra de la vecindad de esta capital, donde ha finalizado sus días el 23 del corriente, a los treinta años cumplidos de haber entrado en Asunción.

"Fué dado a la tierra en el cementerio de la Recoleta. Pueden sus amigos y parientes tener el consuelo de que nada le faltó, y de que sucumbió agobiado por el peso de noventa años porque es la muerte común. Séale la tierra leve".

¿Qué pensar de la actitud indiferente del presidente López, que diez años antes le había decretado honores fúnebres para el caso de su fallecimiento, disponiendo que se invitaran a los principales vecinos a fin de darle al sepelio la mayor solemnidad?

Ahora fallece a pocas cuadras de su casa, en su misma heredad, bajo su tutela protectora, y permite que el acontecimiento pase en la más completa indiferencia.

Proceder extraño que traza una gran interrogante.

Penetrando en los documentos y en la prensa de la

época en busca de una respuesta acertada, hallamos que desde el punto político internacional, ambos países mantenían las más cordiales relaciones, habiendo firmado en la última década importantes tratados de alianza y comercio, especialmente el de noviembre de 1845.

López había recibido delegaciones enviadas por el gobierno uruguayo en procura de la repatriación de Artigas, lo que le probaba que en el pueblo oriental vivían latentes el recuerdo y la admiración hacia su gran caudillo de las gestas heroicas. Debió conocer también la visita que le hiciera su hijo José María. De López cabe decir que era un hombre sensato, un político sagaz e inteligente, habiendo dado prueba de ello tanto en los asuntos internos del país, que llevó al máximo progreso alcanzado en época alguna, como en los problemas internacionales, los cuales resolvió con acierto, habiendo tenido el honor de alcanzar el reconocimiento total de la independencia del Paraguay, que no había logrado Francia en sus tres décadas de gobierno. Conocedor profundo de los problemas americanos, no podía pasarle inadvertido el valor que el nombre de Artigas tenía en el Uruguay, y en consecuencia, el sitial prominente que la historia le reservaba. Acaso no concibió en toda su magnitud la transcendente figura, pero debió vislumbrarla, porque hemos visto que desde su ascensión al poder se ocupó de la suerte de su asilado.

Por eso llama la atención esta indiferencia póstuma, que deja probada el artículo necrológico transcripto al no mencionar ninguna disposición tomada en el momento del sepelio. Siendo "El Paraguayo Independiente" órgano del gobierno, cualquiera intervención presidencial hubiera sido un detalle importante que no podía escapar a la pluma del articulista.

Luego de hacer estas consideraciones, nosotros llegamos a la conclusión que, en el momento del deceso, López no debió haberse enterado de la muerte de Artigas. Creemos que cuando lo supo, todo estaba realizado: el cadáver enterrado en el suelo "en sepultura ordinaria" y la partida de defunción que hoy lo atestigua impresa claramente en el libro parroquial.

El caso parece a primera vista un tanto inverosímil.

Sin embargo se le halla explicación. Aunque López habitaba su quinta de Ybiray, tenía su residencia presidencial en la ciudad, donde lo requerían sus funciones de mandatario. ¿Qué extraño hubiera sido que se encontrara allí al producirse el fallecimiento? No se disponía entonces de teléfono; los medios de comunicación eran difíciles y lentos. Dos leguas de la capital era distancia considerable. Además, en la mente de aquellos humildes campesinos que realizaron por su cuenta el sepelio, no podía caber la idea de que para enterrar a don José, ese pobre "caraí tuyá" (hombre viejo) que vivía de prestado en una chacra de López, había necesidad de avisarle al presidente de la república. Si alguien se lo hubiera sugerido les habría parecido una idea disparatada. Ellos solos podían hacerlo, y lo hicieron en la forma y medida que sus exiguos medios lo permitían.

Cuando López se hubo enterado del suceso, quiso enmendar lo actuado; pero como toda cosa corregida, quedó la prueba de tal. Así hemos visto en la parroquia de la Recoleta, que la partida de defunción de Artigas, cuyo facsímil publicamos, está corregido con la misma letra del P. Contreras, en la siguiente forma: "En esta parroquia de la Recoleta de la Capital, a veintitrés de setiembre de mil ochocientos cincuenta, yo, el cura interino de ella, enterré en sepultura ordinaria del cementerio el cadáver de un Adulto llamado (entre líneas D*n.*) José Artigas (agregada la s) extranjero (entre líneas, *"que lleva una lápida con este título: General José de Artigas - 1850)* de esta feligresía. Doy fe. — Cornelio Contreras".

Sólo López pudo haber ordenado esta corrección. Nadie se hubiera atrevido, ni a nadie, interesaba el asunto.

Cabe deducir, que si López se hubiera enterado del fallecimiento, habría dispuesto, que las cosas se hicieran en tal forma que no exigieran rectificación.

Cuando más tarde, en 1855, el Dr. Estanislao Vega vino en busca de los despojos del proscripto, halló sobre su tumba una lápida de portland, que decía exactamente lo que expresa la partida parroquial: "General Don José de Artigas - 1850", que se conserva en el Museo Nacional de Montevideo.

¿Cuándo fué colocada esta losa sobre su fosa? ¿Cuándo hechas las correcciones en el libro mencionado?

La historia enmudece. Acaso más adelante revelará su secreto.

RETORNANDO A LA PATRIA

Después de tan largo peregrinaje por tierras de América, el héroe tenía derecho a encontrar el descanso en su tierra.

No hemos podido conocer la intensidad con que resonó la noticia de su muerte. Tal vez se perdió en el estruendo de los cañones de la larga lucha fratricida que fué la Guerra Grande. Terminó ésta, no así el caos político y espiritual.

Llegamos al año 1854; ocupa el poder el general Venancio Flores, único miembro del triunvirato que formara con los generales Lavalleja y Rivera, fallecidos ambos casi a la misma hora. El 24 de abril, Flores nombró como agente confidencial al Dr. Estanislao Vega, decano del Tribunal Supremo de Justicia, encargándolo de una misión confidencial ante el gobierno paraguayo; y además la de repatriar los despojos del prócer oriental. En la goleta "Restauración" partió en el mes de julio el Dr. Vega, acompañado de su esposa doña Amelia Lerena y de un criado llamado Leandro, anclando en la bahía asunceña el 24 de agosto. Un año pasó en el país, más por motivos de salud que por lo que pudiera hacer en gestiones encomendadas, habiéndose ido a Villarica, mientras transcurría aquel ardiente verano tropical, en busca de un clima más propicio para su delicado organismo.

"De regreso a la capital, dice el Dr. Fernández Saldaña en un artículo intitulado "La repatriación de los restos de Artigas", del cual extractamos estos datos, el Dr. Vega se dirigió al Ministro de Relaciones Exteriores don José Falcón, solicitando se sirviera ordenar lo correspondiente a la repatriación citada.

El ministro contestó afirmativamente, manifestando que cuando lo deseara podía proceder a la exhumación, y recibir del cura de la parroquia el respectivo comprobante

que acreditara la identidad de los restos del general Artigas.

Se realizó ésta el 20 de agosto, figurando, como testigos del acto el cónsul de Portugal y los ciudadanos uruguayos don Felipe Buzó y don Santiago Cansttat, algunos militares paraguayos y residentes argentinos, como asimismo otras personas más.

Vamos a agregar a lo ya expuesto, otros datos interesantes suministrados por doña Amelia Lerena de Vega, testigo ocular del acto, que dice: "El sepulturero quiso limpiar los restos de Artigas, pero mi esposo y yo quisimos realizar esa tarea.

"El Dr. Etchevarría bañó los huesos con cloruro de cal, luego nosotros, con un cortaplumas de mango de nácar que todavía conservo, limpiamos uno a uno aquellos huesos grandes y fuertes...

"¡Qué hermosa frente debió tener aquella hermosa cabeza!...

"Nos hospedamos, continúa diciendo Amelia, en casa del presidente don Carlos Antonio López, y allí nos hicimos muy amigos con el hijo de aquél, Francisco Solano, que sucedería a su padre en el gobierno del Paraguay. Yo intimé mucho con la esposa de Solano, Elisa Lynch, una hermosa inglesa".

El señor Asdrúbal Nieto, que es quien pubiica los recuerdos transcriptos por pertenecer a su archivo familiar, agrega: "Conocí a Elisa Lynch, me contaba mi abuela, cuando por el año 70 y pico, muerto ya Solano, de vuelta de Europa, le fué negada su entrada al Paraguay, por lo que quedó un tiempo en Montevideo, en casa de Amelia Lerena".

Sigamos a ésta en sus memorias: "Figúrate, dice, con qué unción hablaba con toda aquella gente que había conocido en los últimos años a ese hombre inmenso, que era una expresión magnífica de la vida de nuestro pueblo!

"Haciéndome traducir del guaraní muchas palabras por mis acompañantes, recogi de sus labios frases de admiración, de cariño y de respeto hacia él...

"Hablaba el guaraní a la perfección.

"Aún a los 83 años salía de recorrida por los ranchos, jinete en su caballito brioso, que llevaba de cabeza

levantada, indudable coquetería de legítimo orgullo..."

Ya hemos transcripto en el capítulo "Ansina" los recuerdos que Amelia le dedica a este fiel servidor del desterrado.

El P. Contreras, que cinco años antes hemos visto acompañando al héroe, estaba aún al frente de la parroquia; le cupo de nuevo la misión de acompañar a aquella fúnebre comitiva, que venía desde la patria lejana, a arrancárselo a "esa arcilla colorada y seca, tan adherida a sus huesos".

El desterrado amó esta tierra paraguaya que le dió asilo en sus días sin ventura, y la tierra le devolvió su amor enraizándose a sus despojos, en despedida de amante, como queriendo retardar el momento de la partida eterna...

Firmado por el padre Contreras está el certificado de este acto que las autoridades pusieron en manos del comisionado, y que publica de María. Dice así: "En esta parroquia de la Recoleta de la Capital, a veintitrés de Setiembre de mil ochocientos cincuenta, yo, el cura interino de ella, enterré *En el tercer sepulcro del Cauce N. 26 del cementerio general,* el cadáver de un adulto llamado don José Artigas, extranjero, que vivía en la comprensión de esta iglesia".

Recoleta, Agosto 21 de 1855.

Doy fe. — Cornelio Contreras".

Pero al leer este documento nos encontramos con la nueva sorpresa, que tampoco coincide con lo expresado en la partida original, existente en el libro parroquial, ni antes ni después de hechas las enmiendas ya apuntadas. En este último nos hallamos con el agregado, que hemos subrayado, y la supresión de *enterré en sepultura ordinaria* y también en lo que dice referente a la lápida; como podrá verse comparando este texto con los dos ya publicados en el capítulo anterior.

Este certificado fué llevado por el doctor Vega a Montevideo y ha sido transcripto por casi todos los historiadores uruguayos; siendo en consecuencia el más conocido.

Los despojos de Artigas fueron colocados en una urna de latón pintado, cuyo recibo de compra hemos visto

en el Archivo General de Montevideo. En él consta que fué mandada hacer en el taller de Nicolás Troja, de Asunción y que costó treinta patacones. En la citada institución nos han proporcionado también un extenso y serio informe sobre el traslado y desembarco de los restos de Artigas en Montevideo, por lo cual vemos que la muerte, rivalizando con la vida, no quiso ser más generosa. Extractaremos ese interesante documento.

Al doctor Vega, cumplida su misión en el Paraguay, se le expidió pasaporte para embarcarse en el vapor "Uruguay" hasta Buenos Aires, en compañía de su esposa, su criado Leandro y dos libertos paraguayos. Llegados allí, trasbordaron al vapor "Menay", que llegó a Montevideo el jueves 19 de setiembre de 1855, con buen tiempo, algo ventoso".

El horizonte político de la patria, que continuaba hosco y sombrío, no se aclaró para recibir al hijo que volvía de su largo ostracismo. Recios huracanes habían hecho tambalear el gobierno del general Flores y ocupaba en esos momentos el poder el presidente del senado don Manuel Basilio Bustamante. Por estos motivos, al arribo del "Menay", no le fué permitido al pueblo concurrir al puerto para rendir el homenaje de su respetuosa admiración, justo anhelo largo tiempo acariciado.

Parece que sus manes se oponían a las demostraciones ostentosas hacia este hombre austero que había pasado a la otra vida en el anonimato de la soledad y de la miseria.

¡Aun más allá de la muerte, el héroe seguía cumpliendo su trágico fatalismo!

El desembarco de los fúnebres despojos se realizó en compañía de muy contadas personas, ese mismo día a las cuatro de la tarde. La urna funeraria fué colocada en un pequeño bote, en el cual subieron sus pocos acompañantes: el Ministro de Relaciones Exteriores doctor Adolfo Rodríguez, un ayudante del presidente de la república, un nieto del prócer, Juan Pablo Artigas, único representante familiar, y algunas personas más.

Desde el "Menay" se dirigieron al vetusto muelle de la calle Treinta y Tres, desaparecido hace años. Allí posó de nuevo sobre el solar nativo el hijo que volvía ya transformado en idea, porque era la esencia de las aspiraciones

de los pueblos americanos. El destino, tan avaro en sus dones, seguía mostrándole ceño adusto. Nególe al desterrado que regresaba lo que no niega a nadie: el derecho a descansar en la paz de un sepulcro. Seguía siendo víctima de su propia grandeza. Se temió que sus cenizas fueran capaces de provocar incendios en aquel pueblo suyo, en el cual supo despertar santas rebeldías contra la opresión, cualquiera fuera su origen y su forma.

¡En vez de hallar en su tierra la calma silente del cementerio, pasó a la aduana, representación del interés humano. Punto a donde convergen los frutos comerciales del mundo, el cual no es posible imaginar sino lleno de mercancías y artículos de todas clases y para todos los fines. Allí, en aquel tráfago comercial, tan poco propicio al silencio que reclama la muerte, quedaron depositados los restos de aquel preclaro varón.

Más de un año pasaron allí, en el polvo del olvido, hasta que el 20 de noviembre de 1856, fueron retirados para ser trasladados a la Iglesia Matriz y al cementerio.

Asumía entonces la primera magistratura del país don Gabriel Antonio Pereira ([1]), quien dispuso se le rindiera el homenaje público que su obra inmensa requería. Los restos fueron trasladados a una urna de madera, más digna que la anterior, y envueltos en la bicolor con su sol de libertad. El día señalado para el solemne acto, se dió cumplimiento a lo dispuesto por el decreto oficial que pasamos a extractar: "El ejército, la guardia nacional, la policía, toda la fuerza militar con el luto de ordenanza, la fortaleza de San José con sus descargas de artillería, los empleados públicos llevando luto en el brazo por cuarenta y ocho horas, las banderas a media asta, las bandas de músicas con sus marchas fúnebres, todos contribuyeron a dar solemnidad a las exequias".

El pueblo, sobre todo, ese pueblo oriental, cuyo nombre jamás pronunció el héroe sin admiración y cariño, estaba allí de pie, demostrándole su fidelidad.

En la Iglesia Matriz, a donde se encaminó desde la

([1]) Este era hijo de una hermana de la esposa de Artigas, doña María Villagrán de Pereira.

aduana el fúnebre cortejo, se celebraron solemnes funerales, pronunciando una sentida oración necrológica el Pbro. Santiago Estrázulas y Lamas. Los tres altos poderes del estado estaban representados por sus máximas autoridades, hablando en nombre del gobierno, en el cementerio, el ministro Dr. Joaquín Requena. Hacían acto de presencia algunos jefes de la independencia: Medina, Díaz, Velazco, Melilla, Gómez y otros. El venerable anciano Juan José F. Aguiar, compañero de armas de Artigas, hizo oír su emocionada voz, como también el coronel José María Reyes, de origen argentino, que lucía en su uniforme los cordones de Ituzaingó. Los ciudadanos Fermín Ferreira y José Vázquez Sagastume, representaron con honor a la juventud montevideana, leyendo magníficas piezas elegíacas. Los poetas Francisco Javier de Acha y don Pedro P. Bermúdez, le ofrendaron sentidas producciones de sus estros. La prensa de todos los matices políticos tuvo dignos representantes y dedicaron sus mejores notas al héroe, a quien su pueblo tributaba tan merecida apoteosis, inclusive "El Comercio del Plata", redactado entonces por un distinguido intelectual argentino, el doctor Miguel Cané.

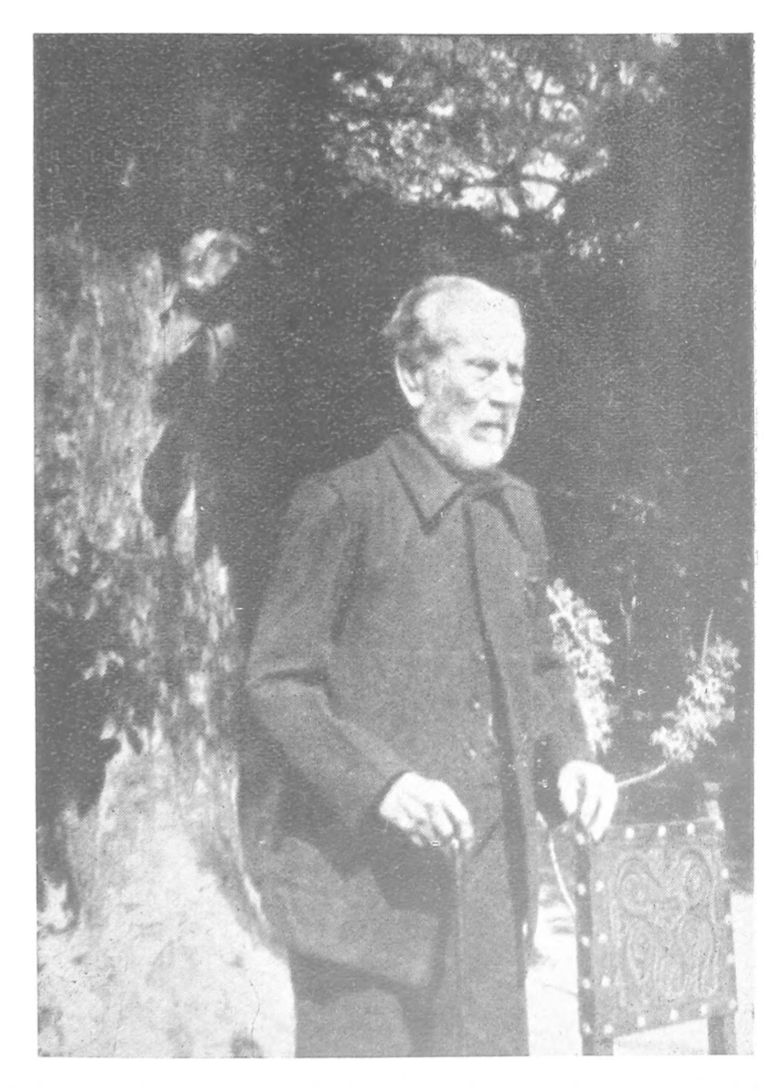
Allí, en el Cementerio Central, en un nicho provisional preparado al efecto, hallaron ¡al fin! descanso y paz, bajo el cielo de la patria, arrulladas por el canto del cercano río, aquellas cenizas, testimonio del efímero pasaje del hombre por la tierra, frente a su espíritu, inmortal como su obra, cuyas moléculas hallaron amoroso albergue en cada corazón uruguayo.

Ese día, sellando sus fúnebres despojos, se colocó una placa, que, como expresión de reconocimiento colectivo, decía: "Artigas: Fundador de la Nacionalidad Oriental".

Más tarde, en 1877, volvió a abrirse la tumba para colocarlos en la urna que hoy los guarda, y transportarlos al Panteón Nacional donde ocupan el sitial de honor que legítimamente les corresponde. Junto al jefe inmortal, descansan las cenizas de Manuel Antonio Ledesma, uno de los soldados fieles que lo siguiera al destierro, síntesis de la tradición gloriosa de aquel ejército de gauchos, que siguiendo el ejemplo de su conductor, jamás supo de

vacilantes actitudes ni de escatimar sacrificios cuando la patria lo exigió.

Bien están ahí, hermanados en el misterio de la muerte, el jefe glorioso y el soldado anónimo, cerebro y brazo de una misma causa, reposando juntos de su largo peregrinar. Ambos, ofrendaron a la patria el holocausto del destierro, antes que la sombra de una claudicación oscureciera las trayectorias de sus vidas, que siguen, desde sus tumbas, marcando ruta a la posteridad.



El anciano don Juan León Benítez, vecino de Trinidad, nacido el 24 de junio de 1842, que en su niñez conoció a Artigas.

SUPLEMENTO DE

ARTIGAS

DEFENSOR DE LA DEMOCRACIA AMERICANA

SUPLEMENTO DE

ARTIGAS
DEFENSOR DE LA DEMOCRACIA AMERICANA

DON JUAN LEON BENITEZ

Escrito ya este libro, la casualidad quiso brindarnos la feliz ocasión de encontrarnos con un anciano que conoció a Artigas en sus últimos años.

Es éste don Juan León Benítez, paraguayo, de 102 años de edad, antiguo vecino de este lugar, que habita una modesta casita contigua a la Escuela República Oriental del Uruguay, situada en Trinidad. Vive en compañía de una hermana suya, doña Josefa Benítez, que lleva con arrogancia sus 75 años sin que una hebra de plata aclare su oscura cabellera.

¿Cómo es posible, nos preguntamos a nosotros mismos, que en tanto tiempo de vecindad no conociéramos su existencia?

Hoy, su debilidad senil y su ceguera, obligan al anciano a vivir recluído en su morada.

Hacia ella nos conduce nuestro interés por conocer los recuerdos que conserva sobre el viejo patriarca de Ybiray.

Don León nos recibe con alegría al saber el motivo que nos lleva hasta él. Está sentado en una pesada silla, obra de sus propias manos en los años lejanos en que ejercía su oficio de carpintero. Los frondosos árboles del patio le ofrecen su sombra amiga en la serenidad azul de la tarde. Lo contemplamos con respetuosa emoción. A pesar de la modestia en que vive, emana de toda su persona cierto aire señoril que no desmiente su origen de honrosa cuna. Los años no han logrado borrar del todo los acentuados rasgos de una hermosa cabeza varonil, coronada de abundante cabellera blanca, semejando la nieve sobre un volcán apagado. Lo miramos en silencio unos instantes evo-

cando al legendario proscripto y confundiendo en el recuerdo las figuras de los dos ancianos. En esas pupilas sin luz, pensamos, se reflejaron un día los apagados ojos del patriarca, cuyas manos acariciaron más de una vez los dorados rizos del niño, que alegró con su alegre parloteo su desolada vejez.

—¿Nos han dicho que Vd. conoció a Artigas? — inquirimos.

—Sí. Yo tenía unos 8 ó 9 años cuando él vivía en una chacra de mi abuelo; pues yo soy hijo natural del mariscal Francisco Solano, pero me crió y educó don Carlos Antonio López, su padre, que siendo entonces presidente de la república, ocupaba "la casa baja" esa que está ahí, dice, señalándola.

—¿Y por qué Vd. — le expresamos con cierta amargura — no fué nunca hasta la Escuela Artigas para decirnos cosas tan interesantes?

—Porque en el mundo hay muchos pícaros y podrían pensar que yo era algún viejo cuentista, embustero...

Nos dice, meneando la cabeza.

Y afirma doña Josefa, su hermana, que esa era siempre la respuesta que daba cuando alguien se lo sugería.

—¿Y Artigas dónde vivía?

—Primeramente ocupaba "la casa alta", que era entonces una vieja casona con muchas piezas. Después, cuando tía Rafaelita, la hija de López, iba a casarse con un brasileño, el doctor Bedoya, mi abuelo la hizo arreglar levantando una casa de dos plantas como está hoy. Fué por eso que el general José Gervasio — así le llama don León con cierto énfasis en su temblorosa voz — pasó a ocupar otra casita de techo de teja que había en la quinta, un poco más acá.

—¿Cerca del ybyrá-pytá?

—No tanto.

—¿Y por qué la tradición le llamó Arbol de Artigas?

—Porque el general siempre iba a descansar bajo su sombra.

Era un hermoso árbol que estaba junto al portón de la quinta, como hasta hoy, y había a su pie muy lindo pasto. Manuel María le llevaba la silla, yo solía acompañarlo, él pasaba allí muchos ratos.

—¿Quién era Manuel María?

—Un muchacho morenito de unos 19 años, el cual siempre que el general salía a caminar lo acompañaba llevándole una silla, que tenía respaldo y asiento de cuero, y brazos para descansar las manos.

—¿Y nadie más acompañaba a Artigas?

—Sí, vivía con él su secretario Lenzina.

Reparamos en este nombre, recordando que así también lo llama el hijo de Artigas en sus "Memorias".

—¿Lenzina o Ansina? insistimos.

—No, Lenzina. Responde categóricamente.

—¿Y su nombre de pila?

—No lo recuerdo. Lo llamábamos simplemente Lenzina: Era más robusto que el general, de tez morena oscura y cabello enrulado.

Las palabras del anciano van cobrando firmeza al calor de los recuerdos. Se expresa en un español correcto y fácil, sin pensarlo casi, como hablando de memoria, pero coordinando bien las ideas y respondiendo con precisión a nuestras preguntas.

—¿Y qué lugar ocupaba Lenzina junto a Artigas? ¿Lo sentaba a su mesa, dormía en su habitación?

—Sí. Siempre estaban juntos. Recuerdo que una vez yo había ido a su casa, lo que hacía a cada rato porque el general me quería mucho. Era de tardecita, y cuando iba a retirarme, me dijo:

—"Hoy no te irás, te quedarás conmigo".

—¿Por qué? le pregunté.

—Porque va a llover.

Efectivamente, llovió mucho. Yo pasé la noche allí y dormí en la misma pieza que el general. Lenzina pasó a otra habitación que había más lejos.

Este sencillo pasaje de su infancia lo repite don León con satisfacción y hasta con orgullo.

—¿Y que fué de Lenzina — insistimos — después que falleció Artigas?

—Quedó viviendo en la misma casa.

—¿Hasta que murió?

—No sé. No lo recuerdo.

Así nos contesta don León, siempre que no puede responder a nuestro largo interrogatorio. Pero su conversa-

ción es animada, viva, emanando de sus palabras convicción y sinceridad. Ríe a veces con una carcajada simpática, y se siente satisfecho al comprobar el interés que nos despierta su relato. Habla de Artigas con admiración, y con frecuencia repite estas palabras, monologando, con sus pupilas apagadas perdidas en las lejanías de los tiempos idos: ¡Qué bueno era el general José Gervasio! ¡Cómo me quería! Siempre me acariciaba y me decía:

—"Mirá, yo te voy a robar y te voy a llevar conmigo a Montevideo".

Y el anciano agrega: ¡Y ni él pudo ir, el pobre!

Procuramos transcribir sus expresiones casi literalmente, respetando hasta la forma y los modismos que emplea, para que no pierdan ese bello realismo, pleno de candorosa sencillez con que nos habla.

El recuerdo ingrato del engrillamiento de Artigas cruza con frecuencia por su mente, culpando a Francia de aquel hecho. — ¡Miren que hacer eso con un hombre tan bueno! — exclama.

Con López, sí, eran muy amigos. Aunque éste vivía en Asunción, todos los sábados por la tarde venía en coche con la familia a su quinta, donde pasaba hasta el domingo de tardecita. Ese día el general se levantaba temprano, tomaba mate, desayunaba y después iba a visitarlo. López lo recibía generalmente en el corredor y allí conversaban mucho. A veces lo obsequiaba con frutas o café.

—¿Artigas tomaba mate o tereré? (1)

—Mate dulce, no muy caliente.

Y don León recuerda sonriendo algunas diabluras propias de chiquillos. El tereré entonces no se conocía, agrega, pues empezó a usarse en el país después de la guerra del 70.

—¿De qué medios disponía Artigas para vivir?

—De ninguno. De lo de López le llevaban todo lo que precisaba.

—¿Incluso el alimento?

---

(1) Infusión de la yerba mate en agua fría muy usada en el país.

—Sí, todo. Tanto él como Lenzina eran ya viejos para trabajar.

Así confirma el anciano la confesión del proscripto hecha a Beaurepaire Rohan: "¡Hoy vivo de limosna!"

—¿Montaba a caballo?

—A veces. Siempre que iba algo lejos, como ser a la parroquia de la Recoleta porque entonces la de Trinidad no existía. López la mandó construir años después. Pero por acá cerca andaba a pie, apoyado en un bastón; aunque no sé para qué, no era rengo ni ciego.

Este detalle concuerda perfectamente con el bosquejo que gráficamente nos legara Demersay, y con lo que al respecto nos dice Beaurepaire Rohan.

—¿Usaba barba larga?

—No tanto. Se la cortaba con tijeras porque no tenía navajas con que afeitarse.

Don León conversa con animación, como contagiado de nuestro interés, y a menudo salpica su relato con esta expresión que surge espontáneamente de la profundidad de su memoria, como hablando consigo mismo: ¡El general José Gervasio, qué bueno era, cómo me quería! Era un buen cristiano. Siempre decía: "Dios es muy grande, pero mantiene a muchos pícaros". De tarde reunía a todos los chicos del barrio y nos enseñaba la doctrina cristiana. Recuerdo que nos repetía: "Hay que hacer la caridad sin mirar a quien se hace". Y otras sentencias que en vano el anciano pretende coordinar.

—¿Qué puede decirnos Vd. sobre la muerte de Artigas?

—Muy poco, porque cuando acaeció yo estaba con mi abuelo en Asunción, a donde me llevaba con frecuencia. Pero recuerdo bien cuando le escuché decir: "Hemos perdido a nuestro amigo. Artigas falleció".

Yo quedé apenado, mirando a mi abuelo en silencio. — "Le voy a mandar a hacer un funeral, continuó".

Y don León agrega: Pero como yo no asistí, no puedo afirmar si se hizo o no.

Sonreímos de sus dudas. Don León teme pasar por embustero.

Luego nos habla de su padre, el mariscal Francisco

Solano; de su viaje a Europa, de donde volvió en compañía de Mme. Lynch, una linda irlandesa, dice, a quien yo llamaba "mama Elisa" con quien tuvo cuatro hijos varones y una niña, que falleció a los pocos meses de edad.

Un pequeño monumento levantado a Corina Adelaide Lynch, en 1857, en el cementerio de la Recoleta, atestigua este recuerdo del anciano.

Don León es una historia viviente de la familia López. Con admirables detalles nos habla de sus hermanos — porque así nos tratábamos todos — agrega. El mayor de ellos murió con mi padre en Cerró Corá, a los 16 años de edad, con el grado de teniente coronel. Yo también actué en esa terrible guerra, continúa diciendo, pero caí prisionero de los brasileños que me llevaron al Brasil donde me trataron bien, pues como yo sabía expresarme en español nos entendimos con facilidad.

—¿Artigas hablaba guaraní?

—Probablemente. Pero siempre conversaba en castellano. Desde luego en nuestra familia todos hablábamos español.

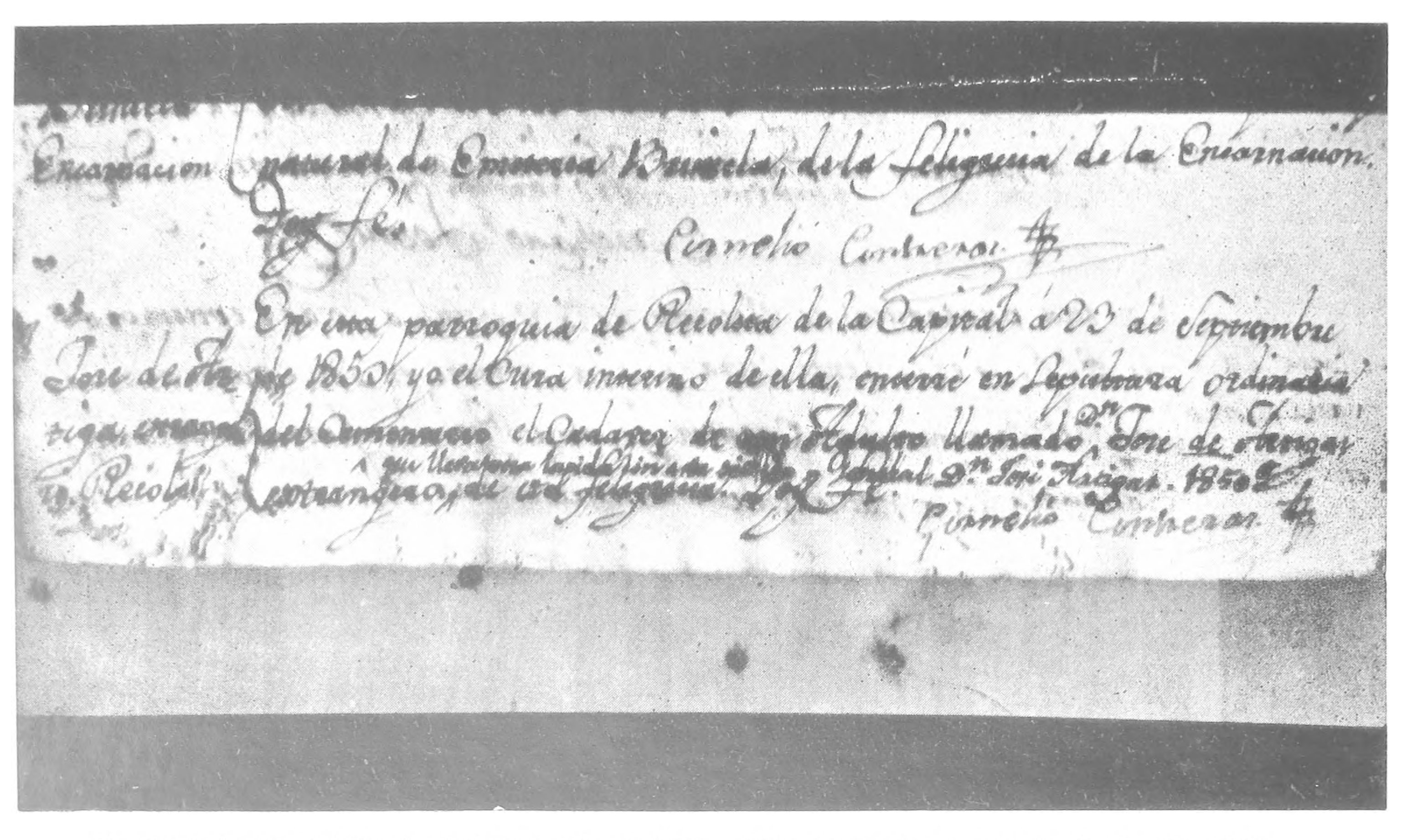
Prueba de ello es la facilidad con que el anciano lo domina.

Seguimos escuchándolo con creciente interés. Nos cuesta abandonar su presencia, ávidos de arrancarle hasta el último recuerdo que, sobre el viejo patriarca de otrora, guarda aquella cabeza pálida, próxima a sumergirse en la inmensidad...

Antes de retirarnos le tomamos fotografías, a lo que don León se presta con gran satisfacción, una de las cuales damos a la estampa, y le obsequiamos con algunas prendas de vestir y golosinas, que constituyen todo su anhelo. ¡Qué cosa más rica! exclama, mientras mastica los caramelos con fruición, poniendo a prueba su buena dentadura.

Lleno de infantil alegría nos expresa su agradecimiento con palabras emocionadas y frases gentiles.

Y mientras estrecha con efusión nuestra mano entre las suyas, mezcla el recuerdo de Artigas al de los hijos de la patria oriental.



Encarnacion | natural de Entrerios ..., de la feligresia de la Encarnacion. Doy fée.

Cornelio Contreras.

En esta parroquia de Recoleta de la Capital á 23 de Septiembre de 1850, yo el Cura interino de ella, enterré en sepultura ordinaria ... el cadaver de un adulto llamado D.n José de Artigas ... estrangero, de esta feligresia. Doy fé.

Cornelio Contreras.

Facsímil de la partida de defunción de Artigas, existente en la parroquia de la Recoleta.

¿ANSINA... LENZINA?

Mientras nos alejamos del anciano, estos dos nombres bullen en nuestra mente, y una luz interior nos ilumina para ver más claro y comprender mejor nuestra tesis de que Ansina y Manuel Antonio Ledesma no fueron una misma persona, como lo hemos explicado ya en el capítulo que le dedicamos.

¿Qué Ansina se llamaba Lenzina? — dice don León Benítez — en nada desacuerda con nuestra aseveración, sino que, por el contrario, la confirma. Pues, ¿por qué al trasladarse a Guarambaré iba a tomar el nombre de Manuel Antonio Ledesma?

No hallamos razones ni causas que lo justifiquen.

Además, nos parece muy extraño que Ansina, después de la muerte de Artigas, ya anciano y solo, abandonara estos lares, donde creemos que no le faltaría la protección de López, para ir a un punto determinado y lejano, como le sería Guarambaré, con los difíciles medios de comunicación propios de la época.

Tampoco nos parece posible lo que dice el señor Carrón, que el presidente López lo nombró allí celador-corregidor del pueblo; porque después de haberlo conocido y tratado como a un simple sirviente de Artigas, no iba a elevarlo a primera autoridad de un pueblo de su país.

Además, Ledesma aparece en Guarambaré rodeado de una familia que ha formado allí con su compañera Juliana Fretes, de cuya unión dejó seis hijos: Victoria, Roberta, Luisa, Sebastián, Ignacia y Pablo, cuyos descendientes nosotros hemos conocido, y sólo hablan de *abuelito Ledesma.*

La existencia de esta familia la hallamos muy lógica como complemento de la figura de Ledesma, puesto que allí pasó su vida de desterrado, la cual se prolongó por 67 años: pero resulta inverosímil en Ansina, por múltiples razones que surgen solas al buen criterio del lector.

Y así, cuánto más profundizamos en el estudio de la vida de estos dos hombres, más distintas y claras apare-

ccn sus personas, cuya confusión histórica no alcanzamos a explicarnos.

Aun cuando nuestro informante don León, llama Lenzina al fiel acompañante de Artigas, nosotros seguimos creyendo que el nombre ANSINA no debe cambiársele, porque ya ha alcanzado el valor y la belleza de los grandes símbolos nacionales.

Por eso repetimos: A Ansina, y sólo a Ansina, debe erigírsele, en estricta justicia, el monumento que acaba de levantarse en Montevideo. Porque su figura debe aparecer sola, ya en el monumento, ya en la historia, inconfundible en su humilde grandeza, dado que únicamente suya fué su obra amasada de abnegación y fidelidad; para recibir así el justo homenaje del pueblo oriental, al expresar su gratitud inmarcesible al Cirineo que supo compartir con el jefe vencido el peso de la Cruz de treinta años de ostracismo.

Solar de Artigas — 1943 — Paraguay.

——— o ———

''ARTIGAS, Defensor de la Democracia Americana'', merecería ser adoptado por el Consejo de Instrucción Primaria y Normal.

A. A. Vasseur

UN LIBRO... QUE ES EL LIBRO DEL DESTIERRO

Elisa Menéndez escribe un libro,
que bien puede dar las Mayúsculas
capitulares, al acto penúltimo
del drama de la pasión artiguista;
...silencio... soledad... destierro...
cuya grandeza queda todavía inédita...
Ninguna voz oriental ha seguido
con celo igual, las últimas jornadas
de ese Vía Crucis de los Treinta años...
donde la estampa del Prócer, entra en la noche
con su estrellada noche, y la ilumina
y enciende en gloria, mística ya, su heroismo
de Nazareno libertario...
Nadie escribió del Destierro, lo que ella
escribe y afirma y confirma
solemnemente, dando de ello plena fé
con valentía par de los mejores hombres
y prohombres, que a su tiempo iniciaron
y siguieron en obra de justicia póstuma
la histórica vindicación, haciendo luz
en el más tremendo drama que conocieron
los tiempos de la Insurgencia de América...
Insurgencia que es sólo instinto, no equivale
precisamente a Independencia, y menos
a Libertad que es de conciencia en plenitud...
...y ésta necesita el aliento místico
del espíritu preclaro, además
de la vocación heroica que presta
su fuego sagrado a la Gesta impar...
....

y ahora, Elisa escribe el libro...
que es como un templo de grandes verdades
iluminadas por su fe de patria
y de futuro, para que las nuevas gentes

aprendan a leer sobre sus letras
de luz oriental, el abecedario
de la esperanza americana...
...su libro que es de recuerdo y ofrenda mémore,
puesto al amparo de una grande sombra
todavía en pena de luz...

Elisa Menéndez escribe un libro:
el Libro del destierro, historiando
la última etapa de la pasión Artiguista
marcada por el signo nazareno...
...Un libro que lleva sus letras iniciales
al capítulo póstumo de la Epopeya.
...esta Artiguiada que vamos haciendo
nosotros, rápsodas sobrevivientes
de las edades homéricas, fenecidas...

Un libro, el suyo, que traducido ha de ser
a todos los idiomas de las gentes libres
y de buena voluntad en su libertad,
que hay aún en la tierra de los hombres...

ENTONCES ESTE LIBRO...

Ese libro de Elisa Menéndez, es pues,
como un bloque de verdades históricas
argamasadas con llanto de patria
oriental; hace pedestal con otros pares...
a un Gran Recuerdo, levantado a pulso
de luz, sobre el yermo oscuro de un Gran Olvido...
una centuria sombría de gente inmémore
que ensordecida entre un estruendo de armas
armadas por el odio fratricida
no escuchó, ni quiso escuchar
las voces admonitorias del juicio
...que cegada por las divisas banderizas
no vió, no pudo ver el esplendor
americano de un Oriente impar
polarizado en torno a la figura prócer...
el Sol glorioso que no logró sepultar
la noche, la selva, el destierro,... la Impiedad
de los hombres y de los dioses enemigos...
de aquella voz en vejez del Gran Precursor

...Transida ella misma de tanto
infortunio y dolor, anda y desanda
los duros caminos donde pasó
con sus ancianos pasos de silencio
el Patriarca sin patria, en el atardecer...
Elisa... flor de mujer Oriental
escribe este libro conmovedor...
el libro que viene a dar una imagen
nueva y exacta del Prócer proscripto
bajo las lunas del destierro...

Al amor de este fuego sacro, vive...
escribe su libro definitivo...
como quien ejerciera en nombre de los pósteros
un ministerio de justicia y culto
para una grande sombra, todavía
en pena de patria, y de luz... inaplacada...

Un libro, el suyo pues; al cabo
de todo un siglo, Elisa viene a ser
para la Hagiografía libertaria
de Artigas, Nazareno americano,
la Samaritana póstuma de su sombra.

....

y no está mal que se vuelva a decir
para que las nuevas generaciones
después de las de este Presente opaco
tengan testimonio acabado de este drama
de la Libertad, en su historia y su leyenda...

....

Y por todo esto, y más... digo y escribo!
Elisa Menéndez, es ya la buena
Samaritana de su sombra nazarena...
Ella, que supo dar a la pasión
americana del Patriarca sin ventura,
el agua-luz de su piedad florida...

....

Elisa Menéndez, mi noble amiga,
dolorosa como yo, como todos
los que llevamos en pasión de patria grande
el signo tremendo de Padre Artigas...
...¡Alabado sea, mujer, tu claro nombre

criollo, y tu preclaro espíritu
y tu armonioso corazón americano!
¡Alabada seas, Elisa, noble amiga!
....

Es tuya, ahora, y para siempre
la dulce palabra samaritana
traducida en letras de claro amor
a nuestro insigne idioma de futuro...
Es tuya, y de tu voz auxiliadora
la clave de sol, del grave signo solar...
que marcó el Patriarca a nuestros destinos
libres, libertarios, libertadores...
...porque tu recogiste el eco intacto
de aquella grande voz del Precursor
y su ensimismado silencio
que estuvo dialogando sin palabras
con la Eternidad, vestida de muerte.
...después de haber clamado en vano en el desierto
de los hombres, su urgente profecía
dando un nuevo ritmo a la Libertad.
...y una fe nueva a la Esperanza antigua...
Elisa; tu hiciste propia y viviste
...la agonía prometeica de sus treinta años
de selva, de noches, de infortunio y de olvido
...Elisa: y el eco largo que sobrevive
a la profética voz silenciada, tú
lo supiste escuchar, y recogiste...
con piedad samaritana; y ahora
lo das, ya reconstruído otra vez
en voz, para la mejor comprensión,
de la gente moza de nuestro Oriente,
...a mayor gloria, en cenital, de América...
....

Es tuya, entonces, la palabra azul...
que es también de iluminada piedad
...porque al fin, es ella, desde el bíblico tiempo,
el ministerio divino de la mujer...
...y también la luz de Justicia, más perfecta
que se haya dado en femenina voz

a las nuevas jornadas orientales...
Elisa Menéndez; es tuya...
la palabra fiel, que ilumina en gloria
el destierro del Prócer... en su ancianidad
desolada; tu la das, exprimiendo
el racimo de sangre de tu corazón...
...como se exprime en un llorar de estrellas
el dolor de la Noche...
nebulosa cosmogónica de los mundos...

ES TUYO ESTE LLANTO ORIENTAL

Es tuyo, Elisa, este llanto oriental
este llorar sin lágrimas sensibles...
hacia adentro, lloro filial, de patria en pena...
Fuiste rastreando la sombra del Padre Pródigo
por ver de hacerla volver al larario
en gracia de amor y ofrenda, aplacada ya,
del Exodo póstumo y el destierro
...Su destierro que hubo de ser definitivo,
y no quiso que así fuese, el buen Dios
el de nuestra Madre América, Trinitaria
y única... Supremo Juez y Parte total...
el Dios de los dioses y de los hombres
...no quiso que se cumpliera tanta injusticia...
Artigas, el Padre Pródigo de su luz...
...Patriarca sin patria y sin pueblo...
Libertador sin libertad... Se fué
por las sendas sin rumbos de la Noche
bajo un llanto silencioso de estrellas...
en tránsito hacia la Inmortalidad...
...Hace de esto, cien años largos, o cien siglos...
...Por esas mismas sendas dolorosas
huellas, como llagas vivas, sangrando luz
todavía y siempre, tu has ido
también, en descubierta, a la intemperie
de un clima de cosas hostiles, en silencio...
tu también has ido, en peregrinaje
místico, de patria doliente
siguiendo las huellas del Precursor
que supo, y anduvo a un tiempo, todas las sendas...

de la Amargura y de la Ingratitud...
...y en ellas rompió sus ancianos pasos...
cargados de muerte y de olvidos...

....

Ahora, todo este dolor de patria
tu lo recoges, Elisa Menéndez,
y toda esa angustia de lejanías
irreparables, esa noche de treinta años...
tu la recoges en tus manos de mujer
oriental... manos misericordiosas...
Cerrado en ellas, y en tu claro espíritu,
y en tu gran corazón, lo guardas
todo ese dolor de luz de su Sombra, ya
clavada en la Cruz Mayor del Crucero
Signo de los signos de nuestro mundo...

....

Tu lo guardas en tus manos misericordes
ese dolor glorioso, tal vez para sembrarlo
en campos y en gentes de Oriente
cuando sea la hora de siembra de albas...
...cuando otras primaveras orientales...
hagan nueva pascua florida
en el tiempo eterno de América...

ELISA, LA BUENA SAMARITANA...

Elisa Menéndez, tu traes
el agua samaritana de la Justicia
para la sed de luz, y de verdad
que mueve aun, y quien sabe hasta cuando
...la del Gran Desterrado, que nos dió,
en patrimonio, su Gloria y su desventura...
Tanto vienes a ser, Elisa, y eres
para la historia, y la leyenda, y todavía
para la Hagiografía libertaria
en Americana pasión
que con el Prócer máximo, nuestro, se inicia.
...así vienes a ser, y eres, la buena
Samaritana de su sombra nazarena...

ANGEL FALCO

Montevideo, Mayo de 1950.

Del Presidente de la Federación Histórica Nativista Oriental

Cuando se escriba la biografía definitiva de Elisa Menéndez, aparecerán numerosos rasgos de su personalidad relacionados con actividades de orden cultural que han representado auténtico beneficio público y han constituído esfuerzos de consideración de su parte. Entre ellos, y en un sitio preferencial, situamos su actuación en la Federación Histórica Nativista Oriental. Desde las reuniones preliminares a su fundación, realizadas en los salones del Ateneo de Montevideo, hasta el 25 de Mayo de 1950, día de la fundación de dicho centro de estudios, trabajó intensamente en la preparación de los estatutos y en su orientación general. Posteriormente ocupó la secretaría de la Institución e intervino activamente en todas las campañas de extensión cultural, difusión histórica y evocación costumbristas. Citaremos entre otras, las referentes a establecer la verdad sobre diversos errores históricos como el referente al desembarco de Artigas en la Calera de las Huérfanas, o el de su nacimiento, que se creía ocurrido en el pueblo de El Sauce, y hacer asimismo un estudio detallado de la ruta del Exodo, que va desde la parte geográfica hasta la militar y demarca el clima político y moral de la magna jornada. Dictó numerosas conferencias defendiendo el credo nativo, fustigando la actual costumbre de representar al gaucho y al paisano con ropas de tradición circense y lujosos atavíos, que desmienten su orígen humilde, aunque hagan las delicias de los que por personal lucimiento, los ostentan.

Fué uno de los puntales en la campaña tendiente a obtener la desaparición en los tablados del carnaval, de la vestimenta del gaucho, el primer soldado de la Patria. Campaña que culminó exitosamente.

En resumen, puede decirse que estuvo presente en todos los momentos de lucha de la Institución, por la que sentía verda-

dero cariño y que hasta el día último de su actividad, hasta su último momento lúcido, que, como una amarga prueba de nuestras palabras, se cumplió en momentos en que se dirigía a la sede de la Federación a encontrarse con sus compañeros de lucha en la reunión semanal de nuestra Institución, del lunes 27 de abril de 1953. Solo los que quedamos al frente de esa noble y quijotesca causa sabemos cuanto con ella perdimos, de lo que al pueblo hemos querido dar, y en cuanto a lo anímico nuestro, aún no nos hemos encontrado totalmente con su ausencia y en cambio nos seguimos dando cita con su recuerdo rector y afectivo, hermanados espiritualmente en sus obras: Semilla de inmortalidad con sabor de Patria Artiguista.

NICASIO GARCIA BERISSO

INDICE

1ª PARTE

2ª PARTE

SUPLEMENTO

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Donde dice:	Debe decir:
55	7	conformación	**confirmación**
58	11	incierta	**cierta**
58	35	lógicamente	**lógico**
72	19	inicarse	**iniciarse**
72	31	prependeré	**propenderé**
88	25	saltará de	saltará **de allí**
126	37	la citada	**ya** citada
129	12	para sellar la libertad	para sellar **el mérito a nuestros afanes, y que aparezca triunfante la** libertad
134	14	no necesita defensa	no necesita su defensa
135	9	los derechos suficientes	los derechos **de la comunidad, ni representarlo sin** derechos suficientes
139	3	de 1919	de **1819.**
139	17	año 1820	año **1829.**
141	15	espíritus tas	espíritus **tan**
155	13	condenación	**condensación**
164	8	Zorrilla San Martín	Zorrilla **de** San Martín
174	32	que obra!	que **obrar.**
186	30	causa comón	causa **común**
207	30	reales ufertes	reales **fuertes**
215	10	simples infautados	simples **infatuados.**
242	3	copa de alcibar	copa de **acíbar.**
259	3	Rincón de Sarandí	Rincón **y** Sarandí
266	18	Llama la tención	Llama la **atención.**

Este libro se terminó de
imprimir el día treinta de
diciembre de 1955, en los
Talleres Gráficos "Goes",
de Fontanillas y González
Avda. General Flores 2226
M o n t e v i d e o